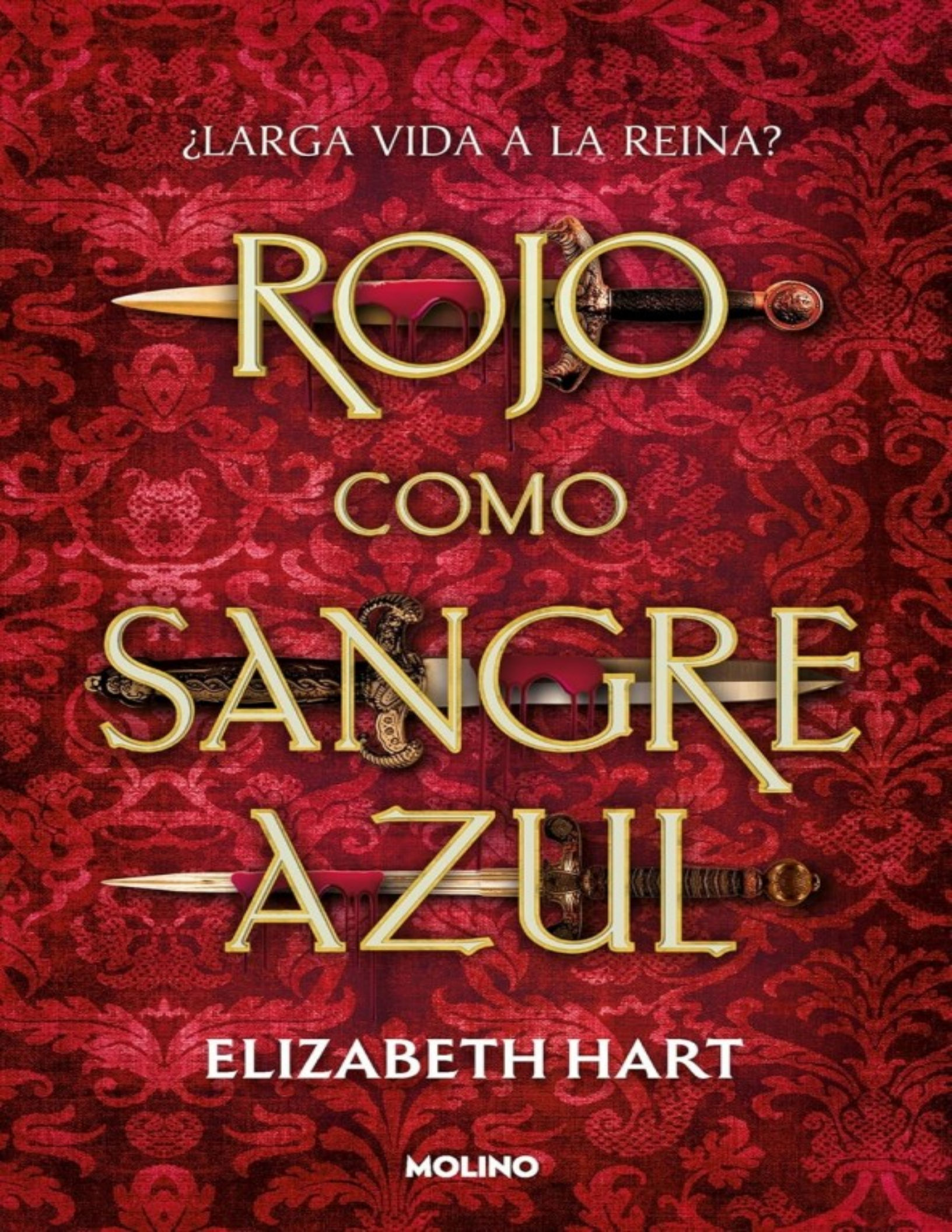
¿LARGA VIDA A LA REINA?



ELIZABETH HART

MOLINO

ELIZABETH HART

ROJO COMO SANGRE AZUL

Traducción de
Victoria Simó

MOLINO

A todas las mujeres cuyo arduo trabajo no se ve ni se valora.

Yo os veo.



UNO

Un trozo de papel aparece por debajo de mi puerta justo cuando el último cabo de vela empieza a agonizar.

Cierro el libro y me apresuro hacia la puerta, notando el frío de la piedra en la planta de los pies. Hay una sola palabra en el papel, escrita a toda prisa y con la tinta emborronada: establos. Acabo de leerla cuando la vela titila por última vez.

Con una leve sonrisa, me cambio el largo camisón de lana por el uniforme gris de criada. Tengo esta rutina tan interiorizada que no me cuesta nada atarme las cintas del delantal en la oscuridad. A tientas, escondo debajo de la almohada el libro que… digamos que he cogido prestado de la biblioteca del castillo. Me calzo las botas de trabajo y corro a los establos mientras las últimas estrellas se apagan en un cielo que empieza a clarear. Doy gracias de que la brisa que sopla desde el río conserve el calor de finales del verano.

Cuando llego a las gigantescas puertas encaladas del establo, asoma una mano y tira de mí para arrastrarme a un rincón donde la oscuridad es más profunda.

Suelto un gritito y busco algo en el bolsillo del delantal, pero

cuando oigo una risa queda y familiar a mi espalda, dejo el cuchillo donde estaba.

—¡Rowan!

—Perdona —me dice, aunque no parece nada arrepentido—. Estabas a punto de delatarnos.

Me giro para mirarlo mientras él añade:

—¡Vamos!

Y tira de mí por el lateral de los establos hacia una puerta más pequeña que hay al fondo.

En un pesebre vacío brilla la luz de una sola vela, depositada con cuidado en el suelo recién barrido. Junto a la vela descansa un tablero de ajedrez de madera pulida.

Se me iluminan los ojos. Corro al fondo del pesebre y me siento delante de las piezas negras.

—Solo tengo una hora antes de las rondas de la mañana.

No será la primera noche que, entre la lectura y reunirme con Rowan, no pego ojo.

—Tiempo de sobra para ganarte —responde a la vez que se acomoda en el suelo, ante las piezas de marfil.

Ahora la luz me permite verlo: el pelo rubio y revuelto, la sombra de la barba incipiente en la mandíbula, los labios llenos en los que se dibuja una sonrisa descarada. Y, cómo no, los chispeantes ojos azules, repletos de algo que Mellie llama «una picardía diabólica», pero que a mí siempre me han parecido inofensivos. Un miembro de la realeza que quiere entablar amistad con una criada no puede ser tan malo.

Lleva la ropa arrugada y el cuello de la camisa abierto, algo que debería otorgarle un aspecto poco principesco, pero que, en su caso, le aporta una elegancia desaliñada. Salta a la vista que lleva despierto —o al menos ocupado— toda la noche.

—Bueno —le digo levantando una ceja—, con quién… o sea, ¿qué estabas haciendo? Salta a la vista que no estabas durmiendo.

Rowan dirige la atención al tablero para meditar a fondo el primer movimiento y no contesta. Pero se le enrojecen las orejas.

—Sinvergüenza.

Se encoge de hombros.

—¿Qué quieres que haga, si no? Cedric está perdido en su propio mundo, Belle apenas me habla, Asher está ocupado siendo comandante de la guardia real o cualquier otra estupidez que le haya encargado mi padre y Sorren…

Se interrumpe en seco. Pero yo sé lo que viene a continuación.

«Y Sorren ha muerto».

Han pasado seis meses desde que el príncipe Sorren se cayó —o, si los rumores son ciertos, saltó— de la Vieja Torre. Lo siento mucho por Rowan. No estaba demasiado unido a su hermano mayor —como príncipe heredero, Sorren siempre andaba ocupado aprendiendo cómo funcionaban los asuntos del reino—, pero sentía una gran admiración por él.

Todo el mundo lo admiraba.

El príncipe Sorren era el hijo predilecto de Lumaria: apuesto, seguro de sí mismo, bueno. Su muerte sacudió a todo el reino y le complicó aún más las cosas a Rowan. No solo tenía que sobrellevar su propio dolor, sino el de todos a su alrededor. Tampoco le ayuda que sean —que fueran— tan parecidos. Rowan me confesó que durante un tiempo apenas podía soportar su propio reflejo en el espejo.

Mientras hago mi primer movimiento, le pregunto:

—¿Cómo se encuentra el rey?

El rey Octavius no se deja ver demasiado desde la muerte de Sorren. Nadie sabe exactamente cuál es su enfermedad, pero está

claro que la pérdida de su hijo ha mermado su salud.

—Llevo un par de días sin hablar con él. No quiere visitas. —Rowan mueve un peón—. Pero espero que esté recuperando las fuerzas, porque ayer hubo otra protesta. Tendrá que tomar medidas.

—Pensaba que el príncipe Asher había enviado tropas…

Rowan se pasa una mano por el pelo.

—Las envió, pero es lo único que puede hacer sin el permiso de padre. Además, ¿quién dice que enviar tropas sea la mejor estrategia? No queremos que haya violencia. De momento, las protestas han sido pacíficas… Si los soldados atacaran a la población, sería un desastre. Yo pienso que… Bueno, da igual lo que yo piense. —De repente, parece cansado—. Dudo mucho que nadie me pregunte. Asher, por supuesto, quiere exhibir su poder.

—Últimamente se le da muy bien —le digo sin molestarme en disimular mi disgusto. Desde la muerte de Sorren, Asher se ha vuelto irritable, impaciente y exigente. Ha despedido a tres ayudas de cámara como poco y a dos de las doncellas de su prometida. No para de organizar entrenamientos adicionales para sus tropas o de enviarlas a intimidar a los que protestan. Pero él no siempre fue así. Me da rabia que el cambio del príncipe me importe tanto. Al fin y al cabo, ¿a mí qué más me da?

Rowan pone los ojos en blanco. Él, por otra parte, no ha cambiado nada en absoluto. Siempre ha sido cariñoso, simpático y travieso. De todos los príncipes, era él quien le gastaba bromas a la niñera y el que se escapaba para aprender a jugar a las cartas en las timbas que organizaban los mozos de cuadra.

—Ruby —me dice en tono de reproche—. No te he sacado a hurtadillas del castillo para hablar de política. No seas aburrida tú también.

—Perdona, pero del castillo he salido yo solita.

Sus manos planean por encima del caballo.

—Es verdad. Tu astucia es una de mis cualidades favoritas. Aunque tiene sus límites.

—La culpa de eso la tuvo el ave y no yo, ya lo sabes.

Se ríe.

Cinco o seis años atrás, una lechuza se posó en un árbol situado casi en el límite de los jardines del castillo: el árbol en el que casualmente yo estaba escondida. Cuando grité y perdí el equilibrio, caí a los pies de Rowan, que se dio cuenta de que le estaba espiando. Decidió no castigarme por esa falta. En vez de eso, me pidió que robara de las cocinas una bandeja de las famosas tartaletas de melocotón de Mellie.

Mi carrera delictiva fue breve, pero nuestra amistad ha perdurado.

—¿Y qué libro te ha quitado el sueño esta vez? —me pregunta—. ¿Una de las novelas románticas de madre?

Niego con la cabeza y lamento no llevar el cabello suelto para poder ocultar mi rubor. Nunca debería haberle hablado del libro que encontré escondido en un rincón polvoriento de la biblioteca, cerca de los antiguos diarios de la reina. Llamarlo novela romántica es un modo suave de definirlo. Nunca he leído nada, ni antes ni después, que fuera tan… explícito. Él, como era de esperar, me pidió que se lo pasara en lugar de devolverlo a la biblioteca. No tengo ninguna duda de que ha puesto en práctica lo que aprendió en esas páginas.

Antes de que siga tomándome el pelo, le hablo del libro que estaba leyendo antes de reunirme con él, sobre una princesa perdida y su misión de pararle los pies a la reina malvada que se ha apoderado del reino. Seguimos jugando mientras le cuento la historia, hasta que el sol proyecta un rayo pequeño y amistoso en nuestro pesebre y yo vuelco su rey.

—Muy bien, se acabó —dice Rowan—. No pienso volver a jugar

contigo. Eres demasiado lista.

Sonrío.

—¿Así que admites la derrota esta vez? ¿No vas a alegar que me has dejado ganar ni vas a insistir en que ha sido el espíritu del Gran Traidor el que ha movido tu mano?

Se deja caer en el suelo de tierra compactada y se despereza poniéndose las manos detrás de la cabeza.

—La noche ha llegado a su fin. ¿Por qué brilla tanto el sol? —se queja.

Me pongo de pie.

—Ve a dormir. Algunas tenemos que trabajar.

Me sujeta el tobillo cuando paso por su lado.

—No dejes que ninguna reina malvada te secuestre.

—Pues será mejor que tu madre no nos encuentre —replico.

Suelta una risotada.

—¿Acabas de decir que mi madre es malvada?

Antes de que pueda responder, añade con un risita:

—Aunque tienes razón. ¿Sabes que ayer me obligó a besar a unos bebés? Bebés de verdad, Ruby. La prole de algún dignatario extranjero. Unas criaturas repugnantes, empapadas de babas.

La familia real de Lumaria suele hacer lo que le da la gana, pero la reina Narissa, de vez en cuando, le aplica a Rowan lo que considera un correctivo: cumplir con su deber como miembro de la realeza.

Para él, un auténtico horror.

Me suelta con un estremecimiento histriónico y golpea con la rodilla las piezas de la partida.

—Calla —le digo—. No es la reina la que debe preocuparnos. El maestro de caballería ha dicho que, si me vuelve a pillar por aquí, me obligará a limpiar pesebres cuando haya terminado mis tareas diarias.

No es algo que me apetezca después de una noche sin dormir. Ni nunca.

Rowan se pone serio. Sabe perfectamente que soy yo la que corre un riesgo. Puede que la reina Narissa le propine un manotazo en la muñeca o lo obligue a besar a un bebé, pero él no se juega el sustento.

Rowan y yo nos despedimos en voz baja y corro a la puerta de los establos y salgo. En el exterior me reciben los alegres rayos de primera hora de la mañana. El sol está mucho más alto —y es mucho más tarde— de lo que yo pensaba.

El patio de la cocina es el camino más directo a las dependencias de los criados. Con un poco de suerte, si me da tiempo, podré desayunar antes de dar comienzo a mis quehaceres.

Mientras me acerco, se me cae el alma a los pies. La cancela está entornada. Eso significa…

Echo a correr, pero es demasiado tarde.

Hay sangre por todas partes.



DOS

En el centro de ese caos de sangre y carne desgarrada gruñe un coyote con el hocico chorreando líquido rojo. Mi grito no sirve para alejarlo de su festín. Echo mano del pequeño cuchillo que llevo en el bolsillo del delantal y se lo lanzo con todas mis fuerzas. Consigo herir al animal, que por fin se aleja a la carrera, pero el daño que ha provocado sigue ahí.

El perro favorito de Asher sabe abrir la cancela y, una vez abierta, el patio de la cocina sufre los ataques de toda clase de alimañas: serpientes, ratas, tejones. La semana pasada fue una familia de zorros. Perdimos la mitad de las gallinas aquel día.

Hoy han sido nuestra mejor cazarratones y sus crías, minúsculos gatitos de pocas semanas de vida. Las manos me tiemblan de rabia mientras limpio la carnicería.

Oigo un maullido quedo y veo un movimiento en el montón de pelo ensangrentado. Una gatita sigue viva. Es imposible apreciar la gravedad de las heridas —hay demasiada sangre—, pero la recojo y la acerco a la fuente para lavarla. «Sigue respirando, chiquitina. No dejes de respirar».

—Déjalo, Ruby —grita Hessa—. No puedes hacer nada más que poner fin a su sufrimiento.

Me quedo mirando el pequeño cuerpo empapado de la sangre de su madre e imagino a otro bebé, este abandonado entre los escombros de un hogar azotado por la guerra. Si el desconocido que me encontró llorando en los brazos de mi madre muerta hubiera optado por esa clase de misericordia…

En fin. Hessa es nueva. Mellie habría sabido que la gatita se viene conmigo y al cuerno la «misericordia».

La muerte nunca es un gesto de piedad.

—Bueno, ya veremos —le digo abriéndome paso a codazos por su lado. Tengo unos tres minutos para cambiarme el delantal, encontrar un poco de leche de cabra para la gatita y subir a la biblioteca de la familia real para empezar a trabajar, o iré retrasada todo el día.

No hay tiempo para el desayuno. Maldita sea.

La gatita maúlla de hambre en mis brazos.

—No le des mis gachas a ese gato callejero —refunfuña Hessa a mi espalda.

—No se acercará a tus gachas, tranquila.

Echo mano de un paño limpio y lo hundo en la jarra de leche que hay sobre la mesa. Hessa resopla enfadada mientras yo le ofrezco el trapo al animal para que lo succione.

—Te va a partir el corazón, niña. Los gatos se mueren enseguida si pierden a su madre. Ya lo sabes.

Hessa se dirige a la enorme cocina de leña con los brazos repletos de hierbas aromáticas.

—¿Qué gato? —pregunta Sara, que acaba de entrar a toda prisa para coger una bandeja de comida y llevarla al salón principal. La trenza ya se le está deshaciendo y la abundante melena castaña se le riza alrededor de la cara. Como subordinada de Hessa, su día

empieza aún antes que el mío.

Sostengo la pelusa tricolor con las dos manos.

—Esta vez, el perro del príncipe Asher ha dejado entrar a un coyote. Solo he podido salvar a una gatita.

—Será mejor que la escondas. Bryson está desatado esta mañana. —Sara enarca una ceja—. El rey ha pasado mala noche.

Bryson, el mayordomo del rey, siempre está desatado. Tiene el pelo perpetuamente de punta porque se pasa el día manoseándoselo de puro nerviosismo y sus ojos siempre están inyectados en sangre por el vino que trasiega a escondidas para mantener a raya la ira.

Gareth, el catador real, le dirige a Hessa un asentimiento desde el extremo de la mesa alargada.

—Delicioso. Nada que objetar.

Hessa levanta la bandeja con la comida.

—Sara, lleva esto a los aposentos del rey —grita, pero Sara ya ha abandonado la cocina.

—Yo se la llevo.

Me escondo a la gatita en el bolsillo del delantal y cojo la bandeja.

Subo a la primera planta por la escalera del servicio, cruzo el salón principal a toda prisa y recorro el pasillo que discurre a lo largo del castillo, entre las altas torres redondas. La Torre Norte alberga las alcobas de los nobles mientras que la Vieja Torre está prácticamente vacía: se utiliza como almacén y contiene unas cuantas alcobas en desuso que el rey utiliza en ocasiones como celdas. En la sección central, que rodea el Gran Salón, se encuentran los aposentos de la familia real. La alcoba del rey Octavius está en el centro, con vistas a la carretera que lleva a Ryvin, que es el puerto con más tránsito de Lumaria, y a las rutilantes aguas del río Talas.

Cuando llego al pasillo principal, noto una corriente gélida en la nuca. Me quedo parada un momento al oír el eco de una risita a lo

lejos.

Miro en derredor presa de un estremecimiento, pero no hay ventanas abiertas, y la gigantesca puerta que conduce a los aposentos del rey está cerrada a cal y canto, como de costumbre. Hoy Drake está de servicio, apostado junto a la puerta con su armadura de cuero.

Me sacudo los nervios al acercarme a él.

—Buenos días —le digo al mismo tiempo que le tiendo la bandeja —. ¿Una mala noche?

Drake se encoge de hombros. No es muy hablador. Los guardias jóvenes son más aficionados al chismorreo.

Dando unos golpes en la puerta con los nudillos, se cuela en los aposentos del rey y yo recorro el estrecho pasillo que lleva a la biblioteca real, que todavía está sumida en la penumbra de la tenue luz del alba.

La gran estancia, diseñada como un lugar de reunión privado para la familia real, está silenciosa y desierta. Solo un leve vestigio de olor a tabaco de pipa sugiere presencia humana. El rey Octavius siempre insiste en que esta sea la primera habitación que limpiamos cada día. Dejo a la gatita en una silla de respaldo alto, junto al hogar. Protesta cuando la separo del calor de mi cuerpo, pero pronto está succionando otra vez el trapo empapado en leche.

Enciendo el fuego en la chimenea en un momento, quito el polvo de los estantes y paso la escoba por el frío suelo de piedra y por las finas alfombras, que fueron importadas de algún país lejano y cuyos colores se mantienen vibrantes después de tantos años.

Por fin hago un descanso para observar las piezas que descansan sobre el tablero pulido de ajedrez.

Alguien ha movido la torre de obsidiana y ha matado al caballo de mármol.

«Mi» caballo.

«¿En qué estás pensando? Has dejado a la reina desprotegida».

Me quedo mirando el tablero e imagino posibles movimientos analizando desenlaces en potencia.

Y entonces, por fin, entiendo la jugada.

«Ah. Muy listo».

Pero no lo suficiente.

Esquivo la trampa con facilidad.

«Jaque».

Rowan jura y perjura que él no es el jugador misterioso de la biblioteca, y yo me inclino a creerle. Teniendo en cuenta que él y yo jugamos al ajedrez todo el tiempo, no hay motivo para el secreto y, además, no es tan hábil como la persona que juega conmigo, en este tablero en concreto, desde que era niña. Pero Rowan también me ha dicho siempre que no sabe quién es y eso no lo tengo tan claro. Cada vez que le menciono estas partidas, desvía la mirada y casi siempre cambia de tema.

De repente, resuena un golpe en la habitación. Antes de que me dé tiempo a moverme, el príncipe Asher cruza la entrada trastabillando. Se detiene sobresaltado cuando me ve de pie junto al fuego. Me quedo parada un momento demasiado largo. Yo también me he asustado.

Madre mía, tiene un aspecto horrible.

Su pelo es un torbellino castaño, mucho más largo y oscuro que el de Rowan. Lleva la chaqueta desabrochada y chamuscada, y el cuello abierto de la camisa blanca deja a la vista su bronceada piel de terciopelo. Vale, no está horrible. Solo da miedo. Me mira con los ojos entreabiertos, que parecen oscuros a través de la luz del fuego.

Durante un momento me quedo hipnotizada por su mirada mientras la sorpresa me recorre por dentro como una corriente

eléctrica. Él nunca me mira. ¿Por qué iba a mirarme? Soy la escoba intangible que barre el suelo, la chispa que enciende por arte de magia el fuego del hogar, el trapo que hace desaparecer el polvo.

Soy invisible.

Mentiría si dijera que eso no me molesta. Que no he pasado noches imaginando su mirada en mí, palpable como un contacto físico. Ahora por primera vez me presta atención… y no tengo ni idea de qué hacer. ¿Estoy soñando?

Una voz femenina habla tras él.

—No creo que necesites un libro a estas horas de la mañana, alteza.

Un brazo pálido y delgado se agarra a su codo y, a continuación, aparece un rostro etéreo, perfectamente enmarcado por una melena de abundante cabello rubio cobrizo.

—¿No prefieres dormir un poco?

Lady Rosaline, su prometida, no se fija en mí.

Pero ahora tengo claro que he interrumpido un momento privado entre los dos y mi cuerpo paralizado reacciona de inmediato. No me extraña que me esté mirando. Tengo que salir de aquí ahora mismo, antes de que haga algo más que mirarme.

Le dedico una reverencia apresurada, guardo la escoba en el pequeño armario que hay detrás del tapiz del caballero caído y recojo a la gatita.

—Disculpen —murmuro con la cabeza gacha—. La habitación está lista, si necesitan usarla.

—¡Oh! ¡Una gatita! —La vocecilla cantarina de Rosaline suena chillona en el silencio. Y los brazos que alarga hacia mí son exigentes—. Es preciosa.

Aparto al animal de sus manos para que no pueda cogerlo. La gatita maúlla un quejido.

—Oh, por favor, déjame verla —me pide Rosaline con una sonrisa encantadora.

Una nube de pecas le salpica las mejillas. Desde la muerte de Sorren, otras nobles han empezado a pintarse pecas falsas en la cara, ahora que lady Rosaline va a casarse con el nuevo heredero al trono.

—Siempre he querido tener una mascota. Asher, ¿no crees que me quedaría bien un gatito peludo alrededor del cuello? Una estola que ronronea. Podría…

—No.

La palabra se me escapa y Rosaline enmudece de la sorpresa. Siempre me ha parecido una persona superficial. Se cambia varias veces de vestido cada día y le pide a su doncella que le arregle el peinado una y otra vez. Pero ¿un gatito como accesorio de moda?

—¿Qué? —La voz del príncipe Asher resuena en la habitación, brusca como un latigazo.

Mierda. Ahora sí que se ha fijado en mí.

—Es mía —les espeto, y al momento me maldigo. Soy una criada. No tengo nada mío—. Quiero decir, disculpe, alteza. La estamos entrenando para cazar ratones. Su madre ha muerto. Por culpa de su perro.

«No. No digas eso. No lo acuses. Vas a empeorar las cosas».

—O sea, la necesitamos en la cocina.

Retrocedo hacia la puerta. Acabo de meterme en un buen lío. Me va a arrancar la gatita de las manos y luego mandará azotarme por impertinente. Me va a despedir…

Ay, mierda.

No espero a ver qué hace el príncipe Asher. Me doy media vuelta y echo a correr por el pasillo con la gatita contra el pecho, que se aferra a mí con sus minúsculas garras.

Acabo de llegar al Gran Salón cuando la melodiosa música de un flautín empieza a flotar por la estancia.

Me detengo en seco y la aprensión se apodera de mi cuerpo. Es raro oír música tan temprano. No la había oído desde…

Desde que murió el príncipe Sorren.

En el fondo del salón, Bryson agacha a cabeza mientras sus sirvientes cubren las ventanas con telas negras.

Sara se detiene a mi lado sin hacer ruido y susurra:

—¿Te has enterado?

Niego con la cabeza, y ahora el temor se concentra en mi estómago, pesado como una roca.

—¿Qué ha pasado?

Cierra los puños con fuerza.

—El rey Octavius ha muerto.



TRES

Tardo unos instantes en procesar las palabras. ¿El rey ha… muerto? Estuve junto a su puerta hace menos de una hora. Rowan me dijo hace nada que esperaba que su padre recuperara las fuerzas.

—Drake lo encontró muerto en la cama cuando le llevó el desayuno —me susurra Sara.

Lissa se acerca por el otro lado. Va cargada con un montón de sábanas, como si la hubieran interrumpido en plena faena.

—Entonces Asher será rey —dice con voz queda, y la tensión le estira las comisuras de los labios—. Qué más da uno que otro.

—A mí me caía bien Sorren —murmura Sara—. Siempre nos dejaba dulces en el solsticio de invierno. Quizá hubiera sido un rey distinto.

Lissa niega con la cabeza.

—Todos son iguales. Nada cambiará hasta que hayan desaparecido todos.

Le propino un codazo y la regaño por lo bajo.

—No puedes decir eso. Aquí no, Lissa.

Paseo la mirada por la silenciosa estancia. Hay más criados en

corrillos por ahí, iguales al nuestro, y varias de las criadas mayores están agrupadas en un rincón llorando a lágrima viva. No veo guardias ni nadie que nos preste atención. Pero no por eso me siento más segura. Si alguien nos oyera y se chivara a Bryson…

Lissa odia a la familia real, y con razón. Sus padres murieron en la brutal guerra relámpago contra Castella, después del vergonzoso ataque de este reino a su aldea fronteriza. Fue brutal porque muchos lumarios murieron, y fugaz porque el rey Octavius le cedió a Castella una parte de nuestro territorio meridional, incluida la aldea que habían saqueado, para poner fin a la guerra. Una recompensa por la matanza, lo llama Lissa.

Ella se siente segura diciéndome ese tipo de cosas porque da por supuesto que yo también odio a la familia real. Al fin y al cabo, mis padres murieron en la guerra igual que los suyos. Pero no sabe nada de mi amistad con Rowan. Ni de los libros que he leído sobre la historia de nuestro reino. Yo no culpo al rey Octavius; no del todo. En realidad, él no declaró la guerra a nadie. Y fue su consejero de confianza, lord Garrick Donahue, el que vendió a Castella los secretos de Lumaria. Garrick, conocido como el «Gran Traidor», les informó de los movimientos y las tropas que necesitaban para atacar con éxito la frontera sur. El rey Octavius encarceló a su amigo y actuó con celeridad para poner fin a la matanza.

Y es verdad que Garrick es el hombre más odiado de Lumaria. Pero también hay quien piensa que el rey fue indulgente en exceso… y débil. Lumaria lo ha pasado mal desde entonces. Castella se anexionó o quemó una buena cantidad de nuestras tierras de cultivo. Hay auténtico sufrimiento: eso no puedo negarlo.

Yo no conocía al rey en persona, como es natural, pero siempre me pareció un hombre ecuánime y bondadoso. Una persona que cargaba con el peso del reino sobre sus hombros. Rowan me ha

contado que su padre era amable y atento con sus hijos cuando eran niños, y que pasaba tiempo con ellos a pesar de la insistencia de la reina Narissa en que la presencia del rey no era necesaria. Y las pocas veces que me crucé con él en la biblioteca, siempre se interesó por mi salud. Un rey que repara en una criada y no digamos que habla con ella… Bueno, no es lo habitual.

Además, la familia real permitió que me criara en el castillo. Me podrían haber enviado a un orfanato. Podrían haber dejado que muriera cuando era un bebé.

Así pues, aunque entiendo que Lissa odie a la familia real, yo… no puedo compartir ese sentimiento.

Bryson carraspea para aclararse la garganta en el otro extremo de la habitación.

—Como muchos de vosotros ya sabéis —empieza, y su voz parece hacer equilibrios sobre el filo irregular que discurre entre la reverencia y la consternación—, el rey Octavius ha sucumbido a su enfermedad esta mañana. Habrá mucho trabajo los próximos días, porque tenemos que preparar el funeral y la coronación del nuevo rey. La familia real os ha concedido unas horas libres para que podáis llorar esta pérdida irreparable. Por favor, volved a vuestras dependencias. Tenéis hasta la quinta campanada para recuperaros, antes de iniciar las tareas de la noche.

Cuando da una palmada, nos dispersamos.

Yo intento reprimir un bostezo, pero Sara se da cuenta.

—Será mejor que aproveches este rato para dormir, Ruby —me dice propinándome un codazo—. Pareces más cansada que un oso en invierno. Me sabe mal por el rey, de verdad que sí, pero no lamento que tengamos un rato libre.

Lissa suspira con sentimiento.

—Dudo mucho que yo pueda descansar. No voy a tirar estas

sábanas aquí en medio, ¿verdad?

Se aleja con paso cansino, sin hacer el menor esfuerzo por impedir que las sábanas se arrastren por el suelo. Sara y yo nos encaminamos a nuestros dormitorios.

—¿Y qué? —murmura echando un vistazo al pasillo para asegurarse de que estamos solas—. ¿Has vuelto a reunirte con tu príncipe? No creas que no me he fijado en que entrabas en la cocina por el patio.

Un amago de sonrisa asoma a mis labios.

—Haces que parezca algo indecente.

Sara es la única que sabe lo mío con Rowan. Es mi mejor amiga y, además, yo la he encubierto un par de veces, cuando ella tenía alguna cita secreta.

—Sería indecente si lo dejaras. Ese hombre ha dormido con la mitad de mujeres de este castillo, tanto nobles como plebeyas.

Agita las cejas con un gesto travieso, pero se detiene de golpe cuando un lacayo dobla la esquina y se acerca por el pasillo a grandes zancadas.

Guardamos silencio hasta que pasa de largo.

—Lo nuestro es distinto —le digo cuando volvemos a estar solas —. Somos amigos. Como tú y yo.

Sara se queda parada junto a la puerta de mi dormitorio.

—Ruby, el príncipe Rowan y tú no sois amigos como tú y yo.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, venga ya, Sara.

No es la primera vez que mantenemos esta conversación. Y no digo que yo sea totalmente inmune a los encantos de Rowan. Pero él nunca ha intentado nada… y yo nunca lo he animado a hacerlo.

Recuerdo su forma de agarrarme el tobillo, como si no fuera nada. Y la despreocupación con la que me soltó.

Me sacudo los pensamientos con una pequeña sonrisa. Sara ve cosas donde no las hay.



Una vez en mi cuarto, saco a la gatita de mi bolsillo. Ella se acurruca en la manta de mi camastro y se duerme. Su pelaje moteado está erizado como la pelusa de un diente de león. Me quedo un momento mirándola, sopesando la imposibilidad de que las dos estemos aquí, vivitas y coleando en el interior del castillo.

Introduzco la mano por debajo del cuello de mi camisa para palpar el pequeño colgante que llevó allí escondido, una piedra rojo rubí que noto cálida contra la piel.

Fue Mellie, la vieja cocinera, la que me puso el nombre cuando un extraño me trajo aquí para que cuidaran de mí. Ella se aseguró de que nadie me quitara el colgante, el único objeto de mi antigua vida que traje conmigo. No sé cuál era mi verdadero nombre ni quiénes fueron mis padres. Solo sé que murieron durante la invasión de Castella, que un desconocido me salvó y me trajo al castillo, y que yo llevaba esta piedra colgada del cuello cuando me encontraron.

La gatita gime en sueños. Es una superviviente, está claro. Las dos lo somos. Y, como yo, necesita un nombre. Muevo los ojos hacia la esquina del libro que tengo escondido debajo de la almohada.

Princesa. Es un nombre frívolo, pero la princesa perdida del cuento sobrevive contra todo pronóstico y yo estoy decidida a que ella sobreviva también.

—Princesa —murmuro mientras le acaricio el suave pelaje con un dedo. Las vibraciones me hacen cosquillas en la yema cuando empieza a ronronear—. Bien. Entonces no hay más que hablar.

Devuelvo el colgante al interior de la camisa y me acurruco a su

lado en la cama. Hace cinco años que no tengo un día libre y, a pesar de las circunstancias, la perspectiva de disfrutar de siete horas enteras para mí se me antoja un lujo. Me planteo si leer un rato *La princesa perdida de Lennox,* pero la noche en vela me está pasando factura. Casi me he dormido cuando alguien llama a la puerta golpeándola con fuerza.

Adormilada y un poco aturdida, me pongo de pie, me aliso el delantal y enderezo la espalda. Supongo que nuestro periodo de luto ha terminado.

Abro la puerta y suelto un gritito estrangulado.

Bryson se encuentra ante mí flanqueado por dos guardias. Es la primera vez que aparece en mi puerta.

Su rostro, demacrado por el cansancio, exhibe una expresión particularmente sombría.

—Acompáñanos, Ruby.

—¿Disculpe, señor?

—No montes un escándalo —me dice con aire fatigado—. Sería impropio.

Lo sigo al pasillo, no sin antes volverme a mirar a Princesa con disimulo. Por suerte, sigue durmiendo.

—¿Qué pasa, señor? —me arriesgo a preguntar. El corazón me late a toda potencia.

No me responde. Los guardias me escoltan, uno delante y otro detrás, como si fuera una prisionera de camino al tribunal.

¿Ese es el motivo de todo esto? ¿Me he metido en un lío?

Está claro que Bryson no va a responder a mis preguntas y desde luego no les voy a preguntar a los guardias. No conozco a ninguno de los dos y sus caras muestran expresiones severas.

Para cuando volvemos a entrar en el Gran Salón, percibo los desacompasados latidos del corazón en la garganta y tengo las

manos empapadas de sudor. Solo hay un puñado de cosas de las que podrían acusarme, pero la más reciente es mi conducta con el príncipe Asher y lady Rosaline esta mañana.

Me va a despedir. Voy a tener que vivir en la calle, porque el poco dinero que tengo para velas solo me alcanzará para buscar refugio un par de noches. Podría buscar otro trabajo, pero la gente dice que Bryson incluye en una lista negra a los criados que despide. Tendré que abandonar Ryvin.

Se me saltan las lágrimas. «Mierda».

No nos detenemos en el Gran Salón y estoy a punto de desmayarme cuando Bryson guía a nuestro pequeño cortejo a través de la recargada puerta dorada que conduce a la sala del trono. No es posible que vayamos a entrar ahí.

«No es posible».

La única doncella que tiene permitida la entrada es Miriam y solo porque es tan anciana que no oye nada.

Madre mía, estoy perdida. Esto es algo peor que un despido. Debe de estar enfadadísimo.

La opulencia de la sala del trono es deslumbrante. Del techo penden lámparas bajas que brillan como recién bruñidas y proyectan una luz preciosa. Espadas afiladas y brillantes cuelgan de las paredes y ante ellas hay una fila de soldados. Una alfombra azul marino discurre desde la puerta hasta la tarima, en la que se yerguen dos tronos dorados tapizados en terciopelo azul.

Uno, como es natural, está vacío.

La reina Narissa está sentada en el otro y lleva el cabello dorado recogido en torzales por detrás de la refulgente tiara. Los hijos del rey Octavius están de pie a ambos lados del trono. Al instante, busco a Rowan con la mirada. Sus ojos formulan una pregunta que no puedo responder… y me dejan claro que él tampoco sabe qué hago

aquí. Me encojo de hombros con un gesto casi imperceptible. Él parece tan preocupado y desconcertado como yo, pero, por encima de eso, sus facciones reflejan un pesar que no es nada propio de él. Perder a su hermano mayor y a su padre en menos de un año… Me da muchísima pena.

En algún momento de las horas transcurridas desde el alba, Rowan se ha enfundado una chaqueta negra y se ha cepillado el cabello. El príncipe Asher, en cambio, todavía lleva puesto su abrigo de terciopelo chamuscado y tiene un aspecto aún peor que cuando lo he visto por última vez. Exhibe unas ojeras profundas y oscuras, y muestra un gesto crispado en la boca que me congela el aliento en el pecho.

La hermana melliza de Rowan, la princesa Belle, está plantada con rigidez al otro lado de Rowan. Tiene los ojos vidriosos y el delgado cuerpo tenso como la cuerda de un arco, todavía en camisón. El hermano pequeño, el príncipe Cedric, está algo separado del resto y lleva puesta la bata sobre el pijama. Tendrá más o menos mi edad, pero siempre ha parecido mucho más joven. Mira las espadas de la pared y finge que los demás no estamos allí.

Aparte de los soldados que flanquean los tronos y de la familia real, las únicas personas que nos esperan en la estancia son los tres consejeros del rey Octavius.

—Altezas —dice Bryson a la vez que se inclina ante la familia real —. Ruby, la criada.

Yo los saludo con una reverencia un tanto torpe bajo el peso de sus miradas y la reina Narissa enarca una ceja a la vez que tuerce la boca con una mueca recelosa.

—Lord Hayes, ¿qué hace aquí una criada? No entiendo qué pasa.

Ay, Dios mío. No soy la única.

Lord Tareth Hayes, uno de los tres consejeros más antiguos del

rey, carraspea para aclararse la garganta.

—El rey Octavius dejó escrito un edicto de su puño y letra, atestiguado por su hijo menor.

Levanto la vista, sorprendida al oír las palabras. Lord Hayes se frota la marcada arruga que tiene entre las cejas. Una barba bien recortada le oculta la mayor parte de la cara, pero salta a la vista que está torciendo el gesto. Los otros dos consejeros, lord Simon Rutherford y lord Liam Stone, el padre de lady Rosaline, están de pie a su espalda.

El príncipe Cedric sigue pendiente de las espadas.

—¿Un edicto? Verdaderamente, Tareth, estoy segura de que la última cruzada educativa de mi marido o sus planes de pagar más a las criadas pueden esperar a mañana.

La reina Narissa se recuesta contra el respaldo del trono. Parece agotada, aunque su voz ha sacado las garras.

Vuelvo a buscar los ojos del príncipe Rowan. ¿Ha descubierto su padre nuestra amistad? ¿Acaso ese decreto tiene algo que ver con nosotros?

Lord Hayes carraspea.

—Alteza, le aseguro que debemos abordar este asunto cuanto antes. —Aprieta los labios, como si lo que está a punto de decir fuera tan desagradable como el primer intento de Hessa con el pastel de hígado—. El rey Octavius nombró… ejem… nombró a Ruby, una sirvienta, heredera al trono. Es nuestra reina.

Cuando concluye su declaración, me clava la mirada como esperando una respuesta.

Yo no puedo hacer nada más que pestañear, atónita.

«¿Qué?».



CUATRO

Se hace un silencio sepulcral. Pasado un momento, la reina Narissa vocifera con violencia:

—¿Cómo?

Rowan suelta una carcajada de incredulidad. La princesa Belle abre unos ojos como platos. Los soldados se revuelven en el sitio; se oye un tintineo de espadas. El príncipe Cedric continúa mirando la pared como si no hubiera oído nada.

Antes de que pueda hacer algo más que mirarlos a todos boquiabierta, con un «¿disculpen?» en la punta de la lengua, el príncipe Asher se abalanza sobre mí y me aferra la garganta con una mano.

—¿Qué eres? —gruñe—. ¿Una espía? ¿Una puta?

Yo intento negar con la cabeza. El pánico me golpea en el pecho. En cuestión de segundos estoy viendo manchas negras que bailan ante mis ojos. Quiere matarme.

Me va a matar.

—¡Asher, para! —grita Rowan.

Lord Stone agarra a lord Hayes del brazo entre el tintineo de sus

numerosos anillos.

—Tareth, deberías haber hablado antes con nosotros —gruñe—. Nos podríamos haber ahorrado esta escena.

Y al decir «esta escena» se refiere a mi asesinato.

El príncipe Asher echa un vistazo a los hombres y afloja la presión una pizca mientras su hermano se acerca.

Lo suficiente para que yo saque la mano del bolsillo del delantal esgrimiendo el cuchillo que llevo escondido. Le pego la hoja a la garganta.

No puedo herir al príncipe, claro que no.

Pero tampoco estoy dispuesta a morir.

—Príncipe Asher, retírate. —La voz de lord Rutherford retumba entre la confusión. Es la primera frase que pronuncia el consejero más anciano—. Tú también, criada.

Y una mierda.

Durante un ratito Asher y yo nos miramos fijamente, separados tan solo por un soplo de aliento. Nuestras vidas reducidas a la presión de una mano, al filo de una hoja. Sus ojos verde bosque rezuman intenciones asesinas, ninguna disculpa.

El príncipe Asher lleva entrenándose para capitanear el ejército del rey desde que tenía dieciséis años. Como segundo en la línea sucesoria, era su derecho de nacimiento. Pero después de la muerte de Sorren, estaba destinado a heredar el trono.

Un trono que el rey me ha dejado… a mí.

Un escalofrío me recorre la columna. Si este hombre no me mata ahora, tiene todos los motivos del mundo para volver a intentarlo, la próxima vez sin público.

Intento levantar el mentón. Estoy dispuesta a morir antes que dejar que me vea asustada.

—Asher.

Lord Hayes le habla en el tono que emplearía un padre para hacerle una advertencia a su hijo. Es de lo más improcedente, pero quizá por eso funciona.

Tras otro instante asfixiante, afilado como una hoja, el príncipe me suelta.

Dejo caer la mano, que todavía aferra el cuchillo con fuerza, y toso cuando el aire vuelve a circular por mis pulmones. Me duele la garganta. Mañana tendré magulladuras en el cuello.

—¿Es… es nuestra hermana? —pregunta Rowan. Está pálido y la expresión de su rostro es indescifrable.

—Claro que no. No es una hija bastarda del rey. Imposible —escupe la reina Narissa en un tono empapado de repugnancia.

Antes de que yo pueda empezar a meditar lo que implica todo esto, lord Hayes niega con la cabeza.

—No. Ella no tiene sangre azul. El rey manifiesta con absoluta claridad que no posee derechos de nacimiento al trono.

—En ese caso anularemos el edicto —dice lord Stone—. El derecho de sangre está por encima de esta bobada. No podemos entregarle el reino a una criada.

Sus palabras me ofenden un poco, sinceramente, aunque estoy de acuerdo con él. Está claro que todo esto es un error, teniendo en cuenta que hay cuatro descendientes directos del rey que siguen vivos.

Pero lord Hayes niega con la cabeza.

—El edicto se redactó en presencia de un testigo, del puño y letra del rey, y contiene su sello personal. Lo que dice es ley. Lo sabes muy bien, Liam.

—Pero —intervengo con voz ronca— ¿no explica por qué?

La expresión de lord Hayes se suaviza. Su pesar parece sincero cuando dice:

—Me temo que no. Solo que tenías que ser tú y que no compartes lazos de sangre con la familia real. Puede que con el tiempo se aclaren sus motivos.

Cedric abandona la contemplación de la pared y se me acerca con paso cansino.

—«La historia de Ruby es la historia de Lumaria. Ella también será el futuro de nuestro reino». Eso dijo padre.

Sus ojos verdes, muy parecidos a los de Asher, me miran como si pudieran atravesarme. Su piel es blanca como la tiza bajo esta luz parpadeante.

—Eso es una enorme gilipollez —estalla el príncipe Asher. Diría que tiene ganas de estrangularme otra vez.

Es difícil reprochárselo, teniendo en cuenta lo que ha perdido. Pero no me apetece que intente asesinarme de nuevo. Retrocedo tambaleándome.

—Necesito… necesito un momento —digo con suavidad—. ¿Puedo retirarme un ratito?

Lord Hayes entrelaza mi brazo con el suyo, como si yo fuera la dama y él mi caballero.

—Por supuesto, majestad. Deberías descansar. Mañana será un día complicado. Tendremos que anunciar el edicto del rey, empezar a preparar la coronación. Tardaremos un tiempo, unas cuantas semanas quizá, en organizarlo todo…

—No puedes hablar en serio, Tareth. ¿Me estás diciendo que no vamos a intentar derogarlo?

La reina Narissa se levanta. Tiene un aspecto tan fiero y terrorífico como cualquier dragón mítico.

La mandíbula del consejero se crispa.

—No se puede hacer nada. La palabra del rey equivale a la de Dios.

—Pero ¿qué pasa con Asher? —La princesa Belle rompe su silencio.

La pregunta queda en suspenso, sin respuesta. Yo intento captar la mirada de Rowan, pero él está observando a su hermana.

Lord Hayes da media vuelta conmigo y me acompaña al exterior de la sala del trono. Su última frase, «la palabra del rey equivale a la de Dios», todavía reverbera en mis oídos.



Estoy tan aturdida, tan absolutamente desorientada, que no reparo en el camino que tomamos hasta que lord Hayes se detiene delante de una puerta inmensa. Drake está apostado junto a la entrada.

Opongo resistencia. «No».

—Este no es mi cuarto —digo con una voz que es un abrupto vestigio de sí misma.

—Ahora lo es.

Lord Hayes me guía al interior de un dormitorio enorme: sillas tapizadas en terciopelo, un fuego vivo bajo una enorme repisa de mármol, un umbral en forma de arco que conduce a una cama con dosel más grande que toda mi habitación. Esta era otra alcoba que no tenía permiso para limpiar.

—Milord, no puedo dormir aquí. Estos… aposentos… no son los míos. Yo pertenezco a las dependencias del servicio. Tengo una habitación. Mi cuarto…

Un cuarto minúsculo con una vela por semana, un camastro bajo, una manta. El mismo en el que he dormido cada una de las noches desde que llegué al castillo siendo un bebé.

Princesa está allí ahora, sola.

El pánico se apodera de mí, parloteo sin ton ni son. Lejos de la

familia real, lejos de la estupefacción onírica de la sala del trono, la realidad empieza a imponerse.

Si no fuera porque esto no puede estar pasando.

El consejero del rey posa una mano pesada en mi hombro.

—Ya sé que te encuentras en un estado de estupor. Diablos, todos lo estamos. No tenía ni idea de que el rey tenía intención de convertirte en su heredera y, con franqueza, yo le habría aconsejado que no lo hiciera. Dice mucho en tu favor que te opongas a este… bueno… llamémosle regalo. Te ruego, Ruby, que uses este poder recién adquirido con sabiduría.

Sus palabras pretenden consolarme, pero el peso de su mano se me antoja una advertencia.

Le hace una indicación al soldado apostado en el pasillo.

—Drake será uno de tus guardias personales, como lo fue del rey.

—No necesito…

Me silencia con una mirada.

—Ni te imaginas, querida mía, la cantidad de personas que desean tu muerte ahora mismo.

Me trago el aliento que se me ha quedado atascado en la garganta junto con el recuerdo del destello asesino en los ojos del príncipe Asher.

—Que tengas buen día, majestad —dice lord Hayes a la vez que inclina la cabeza. Y se marcha cerrando la puerta al salir.

Tan pronto como estoy de verdad completamente sola, me desplomo en una de las butacas que hay junto a la chimenea y me echo a llorar.



CINCO

Cuando por fin se me secan las lágrimas, echo un vistazo a esa sala forrada de terciopelo, intentando no mirar a través de la entrada arqueada que conduce a la cama vacía de la alcoba adjunta.

El lecho en el que murió el rey. Me estremezco solo de pensarlo.

Me obligo a concentrarme en la telaraña prendida a la pata tallada del escritorio que hay en el rincón. En el borrón oscuro de la bandeja de plata que decora la repisa de la chimenea. En la mancha que asoma en el borde de la alfombra que tengo a los pies.

Me pongo de pie y arrastro un dedo por el estante que hay junto a la repisa. Sir Miller, el ayuda de cámara del rey, es el responsable de limpiar estos aposentos, pero el rey a veces le pedía a Lissa que le ayudara. Ahora entiendo el motivo.

Me muero por limpiar el estante, frotar la alfombra, retirar la telaraña, pulir la plata. Jamás en toda mi vida he pasado un día mano sobre mano. Soñaba con un poco de tiempo para descansar, sin mesas que desempolvar ni sábanas manchadas de sudor que llevar abajo. Fantaseaba con leer un libro entero sentada en una silla del jardín, a la luz del sol, como a veces veo hacer a los nobles.

Pero nunca he deseado ser reina.

Jamás.

Unos golpes suaves en la puerta me sobresaltan y todo mi cuerpo se paraliza como si me hubieran pillado robando. Espero un segundo, pero está claro que el rey no va a abrir la puerta. «Espabila, Ruby».

Sara está esperando al otro lado con Princesa en brazos.

—Uf, Sara, gracias a Dios que eres tú.

La envuelvo en un abrazo fuerte pero incómodo, intentando no aplastar a la gatita, y la arrastro al interior de la habitación.

La tensión de mis hombros se afloja al instante. Tardo un momento en reparar en la postura rígida de Sara, en contraste con mi alivio. Me desprendo de ella despacio.

—Esta fiera salvaje estaba rugiendo como una pantera en tu habitación —me dice—. Supuse que la querrías aquí contigo.

Me tiende a Princesa.

—Eres un cielo. Gracias.

Con un maullido recatado, la gatita empieza a lamerme la oreja.

—Ahora sí que eres una princesa —murmuro. Su presencia me reconforta.

—¿Necesita algo más su majestad? —me pregunta Sara con un tono raro y chillón. Me hace una reverencia incómoda.

—Ay, no, no hagas eso. Soy yo, Sara. Por favor —le digo a toda prisa. Hoy ha sido el día más extraño de toda mi vida. Solo me faltaba que Sara empezara a hacerme reverencias.

Durante un momento horrible, pienso que se va a poner en plan «su majestad» otra vez.

Pero, por suerte, pierde el aire rígido y corre hacia mí.

—Vale, Ruby, cuenta. ¿Tenías una aventura con el rey? Eso dice todo el mundo. Que estaba locamente enamorado de ti, tan loco

como para convertirte en reina. ¿Cómo pudiste no decirme nada? ¡Me entran ganas de sacudirte!

—Uf, Sara, ya me estás sacudiendo.

Me suelta los brazos.

—Ay. ¡Perdón! Pero, en serio, cuéntame qué narices está pasando.

Hundo los hombros.

—Te juro que no lo sé. Claro que no tenía una aventura con el rey. Si la hubiera tenido, créeme que te lo habría contado. Nunca me he besado con nadie aparte de Milo y seguro que te acuerdas de las horas que dedicamos a hablar de aquel desastre.

Abre la boca, la cierra y arquea una ceja.

—Entonces ¿era tu padre? ¿Eres la hija de un amor secreto del rey o algo así?

—Según lord Hayes, no. Todo el mundo insistió mucho en que no tengo ningún parentesco con el rey. Tiene que ser un error. —Me desplomó en una de esas estúpidas butacas, tan suntuosas, de color burdeos—. Para el rey Octavius, yo era el último mono del castillo. Me parece que una vez me preguntó si estaba pasando una mañana agradable. Yo pensaba que ni conocía mi nombre.

¿Y sin embargo me escogió a mí?

Sara se deja caer en la silla de enfrente.

—¿Y qué piensa el príncipe Rowan?

—No hemos tenido tiempo de hablar —le digo—. Pero parecía tan perplejo como todos los demás.

—Supongo que ya no tendréis que mantener en secreto vuestra amistad.

Aún no he tenido tiempo de pensar en las consecuencias de mi nueva situación. Aunque ese detalle al menos no me parece terrible.

—Es verdad. Pero yo… no sé cómo va a funcionar esto. No me parece que esté sucediendo de verdad.

Sara señala a Princesa, que está mordisqueando el extremo de un cordón de mi delantal, y dice:

—Supongo que a ella tampoco tendrás que ocultarla.

—Tengo que darle de comer.

Me paso las manos por la cara. Yo también debería comer algo. Pero no puedo plantarme en la cocina y pellizcar el pan recién hecho de Hessa, como hago normalmente.

—Te traeré algo —se ofrece Sara, haciendo amago de levantarse.

—Espera, Sara. ¿Te quedarás aquí arriba conmigo? —le pregunto —. Podrías ser, no sé, ¿mi doncella o algo así?

La pregunta me produce una sensación rara. Mi cerebro se niega a aceptar que, de pronto, ocupemos posiciones tan diferentes. Pero no podré hacer esto sin ella. Es mi mejor amiga.

Pasado un momento, niega con la cabeza.

—Me gustaría, aunque no me parece buena idea. ¿Qué pensaría la gente si, a la primera de cambio, asciendes a tu mejor amiga a uno de los puestos más importantes del castillo?

—¿Que soy lo bastante lista como para rodearme de mis amigos?

—O que estás repartiendo favores. Y tampoco es que yo pueda ayudarte mucho, de todos modos. Trabajo en las cocinas y reparto las comidas. ¿Qué sé yo de maquillaje y de vestidos? Acabarías teniendo el mismo aspecto que lady Fordham el día que se cayó en el cuenco del ponche.

—Pero, Sara… —protesto, aunque sé que seguramente tiene razón.

Se pone de pie y me toca la cabeza un instante, una caricia fugaz como una bendición.

—Yo seguiré en el castillo. Mándame llamar siempre que me necesites. Y no seas una reina de mierda, ¿vale? Ya sabes cómo son las cosas para nosotros. No lo olvides.

Cuando se da media vuelta para marcharse, su sonrisa de siempre se desvanece un instante revelando un levísimo asomo de envidia. No se lo reprocho, igual que sé que no me creería si le dijera que yo no quería nada de esto.

—No lo olvidaré —le grito mientras sale de la alcoba.

Cuando me quedo sentada a solas, el silencio me enseña los dientes. ¿Cómo debieron de sonar los estertores de muerte del rey?

¿Los estoy oyendo ahora?

¿Y qué estarán diciendo los criados y los nobles de mí? ¿Que me acostaba con el rey? ¿Que soy una mosquita muerta, decidida desde el principio a usurpar el trono?

Me imagino los susurros, crueles y despectivos.

Intento concentrarme en el ronroneo quedo de Princesa, en el crepitar del fuego. En mi propia respiración, rápida pero regular y reconfortante. Intento imaginar mi futuro. Pero que me aspen si soy capaz de ver algo más que la mancha negra en la estúpida bandeja de plata de la repisa de la chimenea. Entierro la cara entre las manos. Estoy aquí sentada, una puñetera reina en su alcoba real, y lo único que quiero es limpiar la plata como la criada que soy en realidad.

No puedo evitarlo. Froto la marca con el bajo del delantal. Desaparece mucho antes de que me dé por satisfecha y sigo frotando y frotando.

Cuando se me cansa el brazo, devuelvo la bandeja a su sitio. En ese momento me fijo en la pequeña caja que antes tapaba la bandeja decorativa. El metal también está medio renegrido.

La caja es pequeña, de plata, y tiene una extraña mella en la tapa. Y una sola palabra grabada: «Ruby».

Me da un vuelco el corazón y me empiezan a pitar los oídos.

Intento abrir la caja, pero está cerrada con llave. Presiono la mella

con la yema del dedo, pero no sirve de nada. Aunque… la forma de esa marca me suena, y es muy raro, porque parece la huella de algo… de algo que conozco bien. Me acerco la mano al colgante y lo palpo.

No. No es posible…

Sintiéndome casi obligada, me quito el colgante del cuello. Encajo el rubí en la marca. Un pequeño desplazamiento, un giro y ya está.

Presiono y la tapa se abre.

Me quedo sin aliento. Soy incapaz de respirar. Una caja escondida que lleva mi nombre y la llave es la joya que ha colgado de mi cuello toda la vida.

Me tiemblan las manos cuando la abro. Dentro hay una hoja de pergamino. Y debajo un sencillo anillo de oro. Desenrollo el pergamino y encuentro una nota escrita de puño y letra del rey, con la misma caligrafía austera y agresiva que caracteriza todos los edictos reales que se han exhibido en el salón principal a lo largo de los años. ¿Colgarán también el edicto en el que me declara reina?

Ruby:

Si has encontrado esta carta, significa que yo he muerto y que tú eres la nueva reina. Sé que puedo confiar en ti, puesto que no puedo confiar en ninguna de las personas que me rodean.

Pues debes saber que mi muerte ha sido un asesinato. Y la persona que ha puesto fin a mi vida estaba lo bastante unida a mí como para llevarlo a cabo. Era una víbora disfrazada con ropajes reales.

Ahora tú también estás en peligro. Encuentra al asesino, por tu propia seguridad y por la seguridad de Lumaria.

La respuesta está en la historia.

Rey Reginald Octavius



SEIS

Asesinado. El rey murió asesinado.

Esa noche duermo mal y me despierto cada dos por tres, porque no puedo dejar de darles vueltas a las palabras del rey. Solamente puedo pensar: tiene que ser una broma. Una broma cruel. O una pesadilla, una de la que me encantaría despertar. Pero pasan las horas, la noche color ónice profundo cede el paso al tono crema del alba, y yo estoy aquí, en la sala de las dependencias reales, mirando el sello del monarca en el pergamino que tengo en la mano.

Me he aprendido las palabras de memoria, pero no acabo de entender qué significan. «La respuesta está en la historia». ¿En la historia de Lumaria? ¿O en mi historia? ¿En la historia de una niña huérfana que no conoce ni su apellido? Ni siquiera sé por dónde empezar.

En el exterior, las campanas de la iglesia dan la hora. Las ocho de la mañana. Ya hace rato que el servicio se ha levantado para dar comienzo a los quehaceres del día: avivar los fuegos, dar de comer a las gallinas, limpiar los estropicios que los miembros de la familia real hayan dejado durante la noche.

Esa es mi verdadera historia, mi futuro y mi destino. Yo debería estar abajo, oyendo a Lissa despotricar de la familia real y tomándole el pelo a Sara por las miraditas que le lanza a la nueva criada. No aquí arriba, tratando de resolver un asesinato. Pero igual que llegué al portal de Mellie veinte años atrás con un rubí colgado del cuello y nada más, este es ahora mi tablero.

Y eso significa que tengo me toca a mí hacer el primer movimiento.

Tengo que ver al rey.



El rey Octavius yace en la capilla ardiente que han instalado en el Gran Salón. La estancia está en penumbra. La única luz procede del círculo de velas que han colocado alrededor del cuerpo y del leve fulgor que se filtra por las cortinas negras. Mañana se abrirá la sala al público, una vez que se haya leído el edicto y anunciado la nueva línea sucesoria, pero de momento aquí solo puede entrar la familia real. Y eso ahora me incluye a mí, supongo.

Así que, de momento, estoy sola.

Sola con el rey.

El rey que ha muerto asesinado. El rey que me nombró su sucesora. Que me encomendó la tarea de resolver su asesinato.

Ay, Dios.

Me siento más desbordada por la situación que si estuviera en el fondo del río Talas, con los pies enredados en los juncos.

Mis chinelas susurran contra el suelo de piedra cuando me acerco al círculo de velas. Me parece inapropiado estar aquí, a solas, mirando la cara del rey.

Un gigantesco colgante de oro descansa sobre su pecho, encima

del manto azul marino, y una corona con rubíes engastados le ciñe el pelo, esa cabellera que se volvió entrecana con los años y que hoy le han peinado con esmero. A pesar del maquillaje y del enorme armiño que le envuelve los hombros, su piel exhibe un matiz amoratado y tumefacto. Tiene la boca cerrada, pero percibo un rictus raro en sus labios, como si hubiera muerto apretando los dientes.

Como si su muerte —su asesinato— hubiera sido dolorosa.

¿Supo que le había llegado el final? ¿Pudo ver la cara de su asesino? ¿O murió en la oscuridad, consciente de que iba a recibir el golpe fatal, pero ignorante de la mano que lo descargaba? ¿Y qué le causó la muerte? ¿Qué puede matar a un hombre sin dejar marca?

Mis preguntas podrían llenar todo un reino. Y es egoísta por mi parte, muy egoísta, ya lo sé, pero lo que desearía más que nada en el mundo es poder preguntarle por qué. ¿Por qué yo? ¿Por qué pensó que yo, de entre todas las personas posibles, sería capaz de hacer esto?

—¿Por qué? —susurro al silencio alargando una mano insegura hacia la suya, cerosa y lívida.

—Todos nos hacemos la misma pregunta.

Por poco me desmayo allí mismo. Mirando a un lado y a otro desquiciada, lo descubro por fin oculto entre las sombras que hay detrás de círculo de velas.

El príncipe Asher camina despacio hacia mí. Parece más centrado que la última vez que lo vi y completamente sobrio. Sus ojos de color verde oscuro emiten destellos dorados a la luz de las velas, y se me acelera el pulso. Lo tengo tan cerca que huelo su aroma a madera ahumada y percibo la tensión de sus músculos bajo la chaqueta. Su belleza abrupta se me antoja aterradora. Ha cambiado mucho estos últimos seis meses. No me extraña que mi fascinación

haya mudado en miedo.

Retrocedo un paso.

—¿Has venido a llorarle? —le pregunto haciendo esfuerzos para que no me tiemble la voz.

Si alguien asesinó al rey, lo apostaría todo al hijo que tiene una vena violenta, al que más beneficiaba su muerte.

—Yo podría preguntarte lo mismo —dice el príncipe Asher.

Mellie me dijo una vez: «A veces los señores dirán algo cuando tú estás cerca y pensarás que se dirigen a ti. Pero, para ellos, no somos personas de verdad. No digas nada y se les olvidará enseguida».

Así que lo miro sin decir ni pío, esperando a que se rinda. Le toca a él mover ficha.

Da un paso adelante, apoya la mano en la mesa de caoba pulida en la que descansa el cuerpo de su padre y gruñe:

—Mi padre nació en este castillo, como su padre antes que él. Nuestra familia lleva generaciones gobernando Lumaria. ¿De verdad crees que te vas a apropiar del legado de mi familia?

Yo me encojo de hombros con tanta indiferencia como puedo, haciendo caso omiso del frenético latido de mi corazón.

—Tu padre lo quiso así.

Él resopla una especie de carcajada explosiva.

—Mi padre estaba enfermo y abrumado por la pena. En su estado, era muy influenciable. ¿Qué le dijiste… o le hiciste?

Se acerca un poco más y me asalta un temor repentino al ser consciente de que estamos solos. Drake me está esperando fuera… Si grito, ¿llegará a tiempo?

Tratando de hablar con voz firme, le digo:

—No creo que le estés dando a tu padre el crédito que merece.

La furia se adueña del rostro de Asher y sus ojos se encienden como llamas verdes.

—Buenos días, príncipe Asher —le digo antes de que intente matarme otra vez con sus propias manos.

—Te esperan en la terraza —me dice a regañadientes, como si le costara un esfuerzo—. Para desayunar.

—¿Desayunar? —repito, perpleja ante su súbito intento de mostrarse civilizado.

Posa los ojos en mi atuendo, el uniforme de criada del que todavía no me he despojado.

—Espero que tengas otras prendas. Si vamos a jugar a este estúpido juego, al menos vístete en consonancia —me dice con desdén—. Mientras formes parte de él.

La rabia se apodera de mí. Puede que «solo» sea una criada, pero me doy cuenta cuando alguien me falta al respeto. Y nunca se me ha dado bien mantener la boca cerrada.

—Majestad —replico con dulzura.

—¿Disculpa?

Inclino la cabeza a un lado y le lanzo una mirada tan directa como la suya.

—Has olvidado decir «majestad». Fue la última voluntad de tu padre. Dale las gracias a él.

Dirigiendo una última sonrisa al príncipe y al rey que yace de cuerpo presente a su espalda, me doy media vuelta de camino a las puertas.

Seguro que se trata de una ilusión óptica, pero, por un breve instante, juraría que el difunto rey me devuelve la sonrisa.



SIETE

Cuando salgo a la terraza, se hace el silencio entre los nobles que se han reunido a desayunar. Un silencio sepulcral. Todas las caras se vuelven a mirarme excepto la de Rowan. Él tiene la mirada clavada en la mesa. Levanto la barbilla al acordarme de la nota del rey. Cualquiera de estas personas que me observan podría ser el asesino.

Lord Hayes me acompaña a una silla vacía que hay a la cabecera de la mesa, con el príncipe Cedric a la derecha y Rowan a la izquierda. Es Rowan el que se levanta cuando me acerco.

—Bienvenida, majestad —dice en un tono de voz lo bastante alto como para que todo el mundo le oiga—. Estás guapísima.

Echo un vistazo a mi vestido. Antes, cuando he regresado a los aposentos del rey —a mis aposentos—, han aparecido lord Hayes y lord Stone con Beatrice, la modista de cámara, que ha venido cargada de antiguos vestidos de la princesa Belle y un ejército de ayudantes. Aunque lord Stone ha arrugado la nariz al ver mi elección, he terminado enfundada en un vestido azul cielo con las mangas abullonadas y sin corsé.

Mi primera victoria como reina, supongo.

Miro a Asher de reojo, cuyos labios prietos dibujan una línea muy fina. Me vuelvo a mirarlo levantando una ceja, con un mensaje claro en el gesto: «¿Lo he hecho bien?».

Rowan me toma la mano y tira de mí lo suficiente como para darme un beso en cada mejilla. Al momento me envuelve su aroma cálido y picante, como a bourbon y humo de pipa.

—Esperan que te comportes como una criada —murmura—. Sorpréndelos.

Se aparta con los ojos brillantes. Sus palabras me animan, pero noto la tensión de su cuerpo y percibo poca ternura en sus ojos. ¿Será porque no quiere que nadie adivine que somos amigos en secreto?

¿O porque me envidia?

Me siento con la espalda muy recta. Me he percatado de que el príncipe Asher ha ocupado el asiento del centro de la mesa en forma de U, con su madre a la derecha y lady Rosaline a la izquierda. Rosaline se ha trenzado la abundante melena de color oro cobrizo en forma de corona, y con el precioso vestido verde y ese porte majestuoso que muestra, es la imagen perfecta de una futura monarca. La gente ha especulado mucho estos últimos dos años acerca de por qué Asher y ella aún no han fijado la fecha de la boda. Asher no parece tener prisa, aunque la impaciencia de lord Stone es palpable.

Podría reclamar el sitio de honor, pero me parece más prudente esperar a la coronación para empezar a imponerme. Dejarles pensar que soy una criada sumisa e influenciable, a la que todo esto le queda grande, podría ayudarme. En todas las novelas de misterio que he leído, es su propia arrogancia la que delata a los asesinos. Y en el ajedrez un exceso de confianza equivale a una derrota segura.

Mejor que me subestimen.

El príncipe Asher me pilla observándolo. Su mirada asesina bastaría para escaldar un tomate. Hubo una época en la que me habría encantado que estuviera pendiente de mí, pero ahora me cuesta sostenerle la mirada y siento un alivio secreto cuando un criado aparece a mi lado y se interpone entre los dos. Una vez que tengo la comida delante, no puedo mirar nada más. Llevo sin comer desde ayer por la mañana y esto huele de maravilla. Hessa ha dedicado meses a perfeccionar esta ensalada de huevos de codorniz, y se nota.

—¿Vas a necesitar clases de etiqueta, «majestad»? —me pregunta el príncipe Asher con una voz dura como una piedra—. No creo que la preparación de una criada incluya modales en la mesa.

Rosaline tose en su servilleta mientras que la reina Narissa ni se molesta en disimular una risa queda.

—No necesito ayuda, alteza, muchas gracias —respondo obligándome a mirar de nuevo sus ojos pétreos—. Solo estaba admirando la esplendidez de esta comida. Nunca había visto unos huevos de codorniz preparados de esta manera. Los nidos de azúcar son pura inspiración.

Durante una milésima de segundo, parece desconcertado. Yo le dedico una sonrisa serena y tomo un delicado bocado… con el cubierto correcto. Me pregunto cómo se sentiría Asher si supiera que su tutora de infancia me enseñó el alfabeto y modales en la mesa. Mellie se empeñó en que me diera clases después de encontrarme subida a un árbol por enésima vez, espiando a los jóvenes príncipes durante sus lecciones de lucha —y… otras actividades—, alegando que daría menos problemas si tenía algo que hacer.

Que conste que eso no me impidió seguir trepando a los árboles, como Rowan puede atestiguar.

Mientras doy cuenta de la comida, me fijo en los comensales. La

princesa Belle está sentada enfrente de mí, con lord Hayes, lord Stone y lord Rutherford distribuidos a ambos lados. Se comporta como si yo no estuviera. Claro que también se comporta como si la comida no estuviera. Se limita a estar ahí sentada, tiesa como un palo, con una expresión indescifrable en sus ojos azul hielo. Lleva la cabellera rubia recogida en un moño severo y está tan quieta que bien podría ser una estatua de mármol. El efecto es inquietante. Nunca he conocido a nadie que revelara tan poco de lo que piensa y siente. Rowan siempre intenta convencerme de que Belle y él son capaces de leerse el pensamiento, pero me cuesta imaginar a Belle enseñándole sus cartas a nadie, ni siquiera a su hermano mellizo.

La conversación se reanuda mientras toman los primeros bocados. Oigo comentarios sobre el tiempo, una justa reciente y la próxima función de una compañía teatral ambulante. Hablan de todo excepto del hecho que el rey ha muerto y ha nombrado heredera a una intrusa. Entretanto, Asher me asesina con la mirada; es bastante evidente que se está conteniendo para no lanzarme una daga directa al corazón a través de la mesa. Palpo el cuchillo que he guardado en mi faltriquera, dando gracias por ese peso del que nunca me separo.

Y si bien la mirada de Asher es la que noto posada en mí, sus ojos no son los únicos que albergan intenciones asesinas. La reina Narissa parece especialmente rabiosa. Pero cualquiera de ellos podría haber matado al rey. Y cualquiera de ellos podría estar maquinando mi muerte.

Como si me leyera el pensamiento, Cedric se inclina hacia mí.

—Lamento la conducta de mi familia —dice hablando por primera vez. Su tono de voz es poco más que un susurro.

Las cejas de Cedric están un poco revueltas, la mata de pelo un tanto despeinada, pero posee el mismo atractivo rudo que sus

hermanos. Aunque él es distinto. Más amable y también un poco más… ausente. Connell, su ayuda de cámara, me dijo una vez que no volvió a ser el mismo desde a muerte de Sorren. Cedric vio a su hermano caer de las almenas de la Vieja Torre y fue el primero en acudir corriendo a su cuerpo destrozado.

—Todos tenemos que acostumbrarnos a la idea —respondo, tratando de ser benévola—. El príncipe Asher pensaba que sería rey. Supongo que cualquier príncipe alberga esperanzas de llegar a serlo.

—Yo no —dice Cedric con un leve estremecimiento—. Las decisiones que tiene que tomar un rey…

Deja la frase en suspenso y niega con la cabeza.

—Yo no tengo mucha experiencia en tomar decisiones —reconozco con pesar, y al momento me pellizcaría por haber señalado mi absoluta ignorancia al respecto.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Tienes algún plan?

La mirada de Cedric se afila por primera vez, como si estuviera totalmente pendiente de mi respuesta.

¿Un plan? No ha pasado ni un día entero desde que lord Hayes me nombró reina. Pues claro que no tengo un plan. Ahora mismo ni siquiera creo que tenga una mente funcional. Pero de ahí a reconocerlo en voz alta…

Paseo la mirada por la mesa, pero no parece que nadie nos esté prestando atención. La princesa Belle está enfrascada en una conversación con lord Hayes, y Rowan sigue concentrado en su plato. Hasta Asher está ocupado, respondiendo a una pregunta de Rosaline.

—Confío en que… Confío en que saldremos adelante, de un modo u otro.

La expresión de Cedric se tensa.

—No te fíes de nadie. El castillo es un nido de víboras. Mienten

más que hablan.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral y una delgada cinta de miedo se arremolina en mi cuerpo. «Una víbora disfrazada con ropajes reales». ¿Será casualidad que Cedric haya usado la misma palabra exacta que empleó su padre en la nota de advertencia?

—¿Tú incluido? —le pregunto con una sonrisa, tratando de aligerar el ambiente antes de que algún miembro de la familia real se percate de nuestra conversación. Es peligroso, muy peligroso, hablar de esto aquí, ahora. Trabajar de criada me ha enseñado que siempre hay alguien escuchando, tanto si lo sabes como si no. Y en la corte las palabras son letales como armas.

Cedric se desconcentra otra vez. Ahora me mira como si no me viera.

—Mi vida es una gran mentira.

Sus palabras caen como una losa. Sin embargo, antes de que yo pueda responder, Rowan da unos golpecitos con el cubierto en la copa. El silencio se espesa cuando la levanta hacia mí. Una expresión casi atormentada parpadea un instante en sus facciones.

—Me gustaría proponer un brindis por la nueva reina de Lumaria. Que…

—Menuda estupidez. —El príncipe Asher se levanta a toda prisa—. Sigue representando esta farsa si quieres, pero yo no pienso participar.

Un silencio atónito se apodera de la terraza mientras él sale al jardín como un vendaval. Todos los ojos se posan en mí. Rowan es el único que mira a otra parte y eso lo empeora todavía más si cabe, no sé por qué. Me pongo colorada como un tomate. Y en ese momento, no puedo más. El edicto. La nota. La falta de sueño. Todo me supera.

—Hum, si me disculpan un momento, por favor… —digo a la vez

que me levanto arrastrando la silla. Me obligo a caminar con paso firme hasta que llego al distribuidor interior, donde me detengo a respirar unas cuantas veces mientras se me normaliza el pulso. Miro mi reflejo en uno de los numerosos espejos que decoran el amplio espacio. De repente, mi reflejo no es el único que me devuelve la mirada.

La princesa Belle está detrás de mí. El negro riguroso de su vestido realza la palidez de su tez.

—No deberías haberte marchado —me dice.

—Lo lamento, majestad —respondo automáticamente.

—¿Y por qué te disculpas, exactamente? —me pregunta en tono dulce enarcando una ceja.

—Es que… O sea, lamento que… —balbuceo, maldiciendo para mis adentros mi torpeza.

—Primera regla —me dice la princesa Belle entornando los ojos—. No te disculpes. Nunca. Una reina no se justifica ante nadie.

—Yo…

—Y no compartas con nadie tus verdaderos sentimientos. No demuestres miedo, ni ninguna emoción, de hecho. Te estaremos observando. Todo el mundo te estará observando. —Una sombra cruza el rostro de Belle—. La época de las reverencias, de transigir y de estar pendiente de los demás ha pasado a la historia. Si demuestras debilidad, si no consigues imponerte, te devoraremos. ¿Lo entiendes?

Asiento. No sé qué decir.

—Bien —dice—. Ahora volvamos a la mesa. Y esta vez no te acobardes.

Mientras regresamos a la terraza, sus palabras de advertencia reverberan en mis oídos, agudas como dientes y a punto de tragarme entera.



OCHO

No consigo tranquilizarme, ni siquiera cuando me encierro en mi habitación a cal y canto, sabiendo que Drake monta guardia en el exterior. Me paseo de un lado a otro por delante de la chimenea, seguida de cerca por Princesa.

Cedric me ha dicho que toda su familia miente. Belle afirma que son capaces de devorarme. Esta misma mañana, Asher se ha abalanzado sobre mí. La reina Narissa se muestra abiertamente hostil. Y Rowan… bueno, él me ha defendido, pero también se comporta de un modo raro. Está tenso. No me mira a los ojos.

¿Hay un asesino entre los miembros de la familia real?

«Piensa, Ruby. Si esto fuera una partida de ajedrez, ¿cuál sería tu próximo movimiento?».

Me detengo para concentrarme en esa idea. En la estrategia. De eso sí sé algo.

¿Qué necesito? Más información. Vale… Tengo que usar mis peones y quizá un caballo para explorar el tablero.

Mando llamar a Sara.

Para cuando llega, estoy un poco más tranquila. Princesa está

acurrucada en mi regazo, con el cuerpecito cálido y relajado. Ronronea sonoramente. El fuego chisporrotea en la chimenea. Hace demasiado calor aquí dentro, pero no quiero abrir las ventanas y correr el riesgo de que alguien oiga nuestra conversación.

—Ru… Su majestad.

Sara se queda de pie junto a la puerta, incómoda, como si no supiera si abrazarme o hacerme una reverencia.

—Ven a sentarte, Sara. Ya sabes que no tienes que comportarte de una manera especial conmigo.

Le señalo la butaca de terciopelo que tengo delante.

Ella hace una mueca.

—Bryson nos ha soltado un sermón sobre cómo tenemos que tratarte ahora. Ha dicho que nada de «confraternizar» ni «tomarnos confianzas»…

—Me importa una mierda lo que diga. —Sara ni se inmuta. Mi rabia no va con ella y lo sabe—. Por favor, Sara. Necesito hablar contigo.

Tan pronto como se sienta en la butaca, suspira y se hunde en los suaves almohadones. Princesa se incorpora arqueando la espalda antes de hacerse un ovillo de nuevo.

—Necesito tu ayuda —le digo en voz baja—. Y tu discreción.

Sara levanta las cejas.

—Ya sabes que puedes contar con las dos cosas, ¿no?

Respiro profundamente.

—Creo que el rey Octavius murió asesinado.

Al oír eso se incorpora en el asiento y abre los ojos de par en par. Me clava la mirada.

—¿Qué?

—Me dejó una nota. Pero no explicaba nada. Puede que tuviera miedo de que la encontrara la persona equivocada. Pero decía que,

si yo la leía, significaba que lo habían asesinado.

—Ruby —musita—. Pero eso… eso es…

—Ya lo sé. —Me inclino hacia ella—. ¿Qué dicen en las cocinas? ¿Circula algún rumor sobre su muerte?

Niega con la cabeza, todavía con los ojos como platos.

—Solo que estaba enfermo y que murió mientras dormía. Nada, aparte de lo que ya sabíamos.

Vale, murió mientras dormía. Eso fue lo que me dijeron los consejeros también. Así pues, ¿cómo se puede matar a alguien de manera que parezca que se ha dormido? Muevo otro peón y estudio el tablero.

—Si lo asfixiaron, el asesinato sería difícil de demostrar. O si lo envenenaron —discurro en voz alta—. O…

—¿O quizá solo era un viejo desquiciado? —sugiere Sara—. Ya sabes que Octavius no estaba en sus cabales. ¿De verdad te vas a fiar de lo que te dijo?

—No lo sé. —Me recuesto contra el respaldo de la silla, estrujándome los sesos—. Tanto si chocheaba como si no, lo cierto es que está muerto y que cambió la línea de sucesión. Tiene que haber un motivo, Sara.

—Tienes razón —asiente—. A ver. Supongamos que fue asesinado. Puede que lo asfixiaran. El veneno dejaría alguna señal, ¿no? Estaría abotargado, tendría espuma en la boca… Es lo que les pasa a las ratas y a las serpientes del sótano.

Hago una mueca de asco al visualizarlo. Pero tiene razón.

—Vale, entonces alguien tuvo que entrar en la habitación. Para asfixiar a una persona… tienes que estar presente.

Sara parece dividida entre la fascinación y el horror. Yo, personalmente, me inclino más por el horror.

—Tenemos que averiguar quién le visitó esa noche. Y si Drake fue

el primero que entró en su alcoba por la mañana. ¿No entraría antes sir Miller para avivar el fuego?

Tengo el estómago en un puño. Alguien muy próximo al rey, una persona en la que confiaba —o en la que debería haber podido confiar— se sentó a su lado en la cama, cogió su almohada y se la apretó contra la cara hasta matarlo.

¿Es eso lo que estamos sugiriendo?

Sara tuerce la cabeza.

—Espera, me parece que oí comentar que sir Miller estaba enfermo esa noche. Estuvo gimoteando que le había fallado al rey y luego presentó la dimisión. Ya ha abandonado el castillo.

—¿De verdad estaba enfermo? ¿Y lo obligaron a marcharse o fue más bien una huida, para que no lo interrogaran? —pregunto.

Sara se encoge de hombros.

—Imposible saberlo.

—¿Podrías preguntar por ahí? ¿A ver qué averiguas?

Yo no puedo ponerme a interrogar a la gente, aunque podría hacerle unas cuantas preguntas a Drake. Y quizá también a sir Henry Locke, el médico del castillo. Pero Sara siempre ha sido una cotilla. A nadie le extrañará que intente sonsacar información al personal de las cocinas.

—¿De verdad piensas que asesinaron al rey? —pregunta Sara, que todavía se resiste a creerlo.

Me encojo de hombros, y mi corazón brinca como un conejo asustado.

—No lo sé. Pero si lo fue…

—Entonces tú también estás en peligro —termina Sara en tono funesto.

No tengo ocasión de hablar con Drake hasta el día siguiente. Y cuando llega el momento, no sé cómo sacar el tema. Al final opto por preguntarle sin más.

—¿Cuál es tu turno habitual, Drake? Tengo la sensación de que siempre estás aquí.

Me abro paso por la puerta como puedo, enfundada en el ridículo vestido de hoy, para salir al pasillo.

—Trabajo desde las doce campanadas de la medianoche hasta la novena campanada de la mañana, su majestad —dice en tono engolado. Drake ha sido el guardia personal del rey durante más de una década. Es un hombre alto y musculoso con el pelo plateado cortado al rape y profundas arrugas en el entrecejo.

—¡Entonces estuviste de guardia toda la noche! ¿Y siempre es así? ¿Alguna vez ves la luz del sol?

Le dedico una sonrisa pero, como de costumbre, no me la devuelve.

Sin embargo, responde a mi pregunta, y eso es nuevo. Cada vez que intentaba entablar conversación con él cuando era una criada, me ninguneaba.

—Sí.

Bueno, supongo que eso es una respuesta.

—Te vi la mañana que murió el rey —le digo, ahora en un tono más serio, porque no me está diciendo nada—. ¿Habías trabajado toda la noche?

Asiente, esta vez con gesto crispado.

—¿Viste al rey Octavius al principio del turno? ¿Parecía… parecía a punto de morir?

Esto ya no puede pasar por una conversación educada; espero que mis preguntas parezcan curiosidad morbosa y no un interrogatorio. Como reina entrante puedo interrogar cuanto me

plazca, por supuesto, pero si corre la voz de que sospecho que hay gato encerrado, al asesino podrían entrarle ganas de borrarme del mapa cuanto antes. En el ajedrez, uno nunca anuncia su próximo movimiento.

—Lo vi —me concede Drake—. No parecía distinto. Pero me pidió que me saltara los descansos esa noche.

Eso sí que es raro.

—¿Y te quedaste aquí nueve horas seguidas sin descansar?

Se encoge de hombros.

—Es factible.

—¿Visitó alguien al rey esa noche? ¿Estaba solo?

—Mi turno empezó en plena noche. Nadie entró en su habitación hasta que yo lo hice. Al día siguiente. Con el desayuno.

Y entonces, encontró al rey muerto. No hace falta que le pregunte por eso. Pero tengo una última pregunta.

—Sir Miller… ¿no habría tenido que entrar antes para avivar el fuego?

Drake se encoge de hombros.

—Ese día no vino.

Asiento mientras asimilo la información.

—Trabajas demasiado —le digo, porque es verdad. Y porque necesito darle un sentido a esta conversación—. No quiero que te quedes ahí de pie nueve horas seguidas sin descansar. Hablaré con lord Hayes.

Drake inclina la cabeza.

—Sí, su majestad.

Mientras enfilo el pasillo, clasifico la información que tengo. Drake fue la última persona que vio al rey con vida y la primera que lo vio muerto. Informó de inmediato, así que debe de ser verdad, a menos que sea un mentiroso muy hábil y confiara en que su «sinceridad»

ahuyentaría las sospechas.

Pudo haber asesinado al rey él mismo. También es posible que se quedara dormido durante la guardia y que, aprovechando el descuido, alguien entrara y saliera de la alcoba real sin que nadie se percatara.

O, lo que es más probable, es posible que el rey muriera mientras dormía y que la nota que me escribió tan solo fueran las paranoias de un anciano enfermo.

Pero si Octavius murió asesinado y nadie entró ni salió de la alcoba esa noche, solo hay una explicación válida: el veneno.



NUEVE

Ha pasado un año, como poco, desde la última vez que visité el dispensario de sir Henry, pero venía a menudo cuando era niña, durante aquella fase un tanto desastrosa en la que me caía de los árboles cada dos por tres. La sala no ha cambiado demasiado. Sigue habiendo un pequeño estante con macetas de hierbas medicinales junto a la única ventana, una mesa cubierta con una manta para los pacientes y estantes y más estantes de frascos, ampollas y todo tipo de recipientes para sus tinturas y ungüentos.

A diferencia de la humedad fría del Gran Salón, el ambiente es cálido aquí dentro, casi sofocante, gracias al fuego vivo que arde en la chimenea.

Cuando entro, veo a Belle sentada junto al hogar. Delante de su banco de trabajo, sir Henry muele algo en un mortero.

—Disculpen.

Me muerdo la lengua para no seguir pidiendo perdón por interrumpirles. Ya sé lo que piensa Belle de que una reina se disculpe y hable de usted.

Levanta la vista, obviamente sorprendida de verme.

Sir Henry deja lo que está haciendo y se apresura a ir hacia mí.

—Majestad. ¿Te encuentras bien? ¿Qué puedo hacer por ti?

Casi todas las doncellas han estado medio enamoradas de sir Henry en un momento u otro; más de una chica se ha puesto enferma solo para que él la tratara. Es tan guapo que incomoda, con ese pelo rubio salpicado de distinguidas canas en las sienes y la clase de ojos que parecen leerte el pensamiento. Puede que se deba a su profesión, pero es difícil mirarlo a los ojos, porque tienes la sensación de que es capaz de ver hasta el último de tus secretos, incluidos los más íntimos.

—Estoy bien. Tengo que hablar contigo un momento. ¿Puedes?

Belle se levanta con brusquedad y se encamina a la puerta.

—Gracias, sir Henry. Esta tarde vendré a buscar el somnífero. —Me dedica una pequeña reverencia—. Majestad.

—No hace falta. Te la enviaré a tus aposentos —responde sir Henry con una leve inclinación.

Belle asiente y sale al pasillo.

Sir Henry se vuelve hacia mí.

—¿Qué puedo hacer por ti, majestad? Pensaba que asistirías a la lectura pública del edicto.

—Sí, solo tengo un momento, pero de eso quería hablar contigo —le digo—. El decreto del rey los ha puesto muy nerviosos a todos y yo desde luego no me esperaba este… honor. En tu opinión, como médico del rey, ¿cómo se encontraba últimamente? ¿Tenías motivos para estar preocupado?

Sir Henry vuelve a su mesa de trabajo y empieza a moler hierbas en el mortero.

—Yo no lo vi en sus últimos días. Rechazó mis servicios. De manera que, sí, tenía motivos para estar preocupado.

Qué raro. ¿Por qué no quiso el rey Octavius que su médico le

examinara?

—¿Pasó algo en ese tiempo? ¿Estaba empeorando de su enfermedad?

Sir Henry se detiene. Se queda mirando la mesa con expresión ausente mientras lo medita.

—La última vez que lo vi se quejaba de dolor de estómago, así que le di una tintura. Debería haberle hecho efecto, pero se negó a verme al día siguiente. Lo oía quejarse en su habitación, como si sufriera dolores o quizá porque estaba enfadado. Le supliqué que me dejara reconocerlo, pero no quiso. —Se vuelve a mirarme con los ojos inundados de pesar—. A decir verdad, no paro de pensar en ello.

—¿Alguna vez había rechazado tus servicios con anterioridad?

Lo miro fijamente. Si el rey pensaba que estaba en peligro… ¿quizá sospechaba del médico?

Sir Henry niega con la cabeza.

—Nunca.

—Sir Henry, todo el castillo sabía que el rey estaba enfermo, pero no recuerdo que nadie dijera cuál era su enfermedad. ¿Llegaste a alguna conclusión?

Sir Henry se recuesta contra la mesa con un suspiro.

—¿Sinceramente? Pensé que estaba enfermo de pena. Dolores estomacales, fatiga, aversión a la luz… Eran los síntomas clásicos y empezaron justo después del accidente de Sorren. Nunca he visto un caso tan extremo como para llevar a una persona a la muerte, pero he leído que puede pasar.

Lo escudriño con atención.

—¿Podría un veneno provocar esos síntomas?

Clava los ojos en los míos.

—¿Un veneno?

No pestañeo.

Se encoge de hombros despacio.

—Supongo que sí. Pero cabría esperar síntomas más extremos de una cantidad tan alta como para provocar la muerte. Habría mostrado decoloración de la piel, vómitos continuados, estado de conciencia alterado… No puedo afirmarlo con seguridad, pero no creo que los síntomas del rey fueran compatibles con el envenenamiento.

Me planteo por un momento si podría estar mintiendo. Si le puso algo al rey en la tintura que, en lugar de curarle los dolores estomacales, lo envenenara lentamente.

Sin embargo, estudiando a sir Henry, sus ojos tristes y brillantes, la colección de medicamentos que maneja con tanto cuidado, la idea no me convence. Hace veinte años que es el médico de confianza del castillo. Ha atendido a los criados con tanta consideración y meticulosidad como a la familia real.

—Gracias, sir Henry —le digo.

—Majestad, ¿puedo conocer el motivo de estas preguntas? —Sir Henry parece preocupado—. ¿Tienes alguna prueba de que el rey pudiera haber sido…?

—No, claro que no —respondo a toda prisa. Me he movido con demasiada rapidez por el tablero y he levantado sus sospechas—. Es solo que todo ha pasado muy deprisa. Tengo muchas dudas, igual que todos. Y, como es natural, quiero tomar medidas que garanticen mi propia seguridad.

Asiente.

—Lo entiendo. Espero haber despejado tus inquietudes.

—Lo has hecho. Gracias —le digo sonriendo para disimular la mentira.

Salgo al pasillo y veo a lord Hayes caminando hacia mí a grandes

zancadas.

—Majestad, ahí estás —me dice sin aliento y contrariado—. El consejo ha convocado una reunión. Tenemos que hablar contigo antes de la lectura del edicto.



—Tenemos un problema —dice lord Stone tan pronto como entro en la sala del trono.

Toda la familia real está presente, así como lady Rosaline, de pie junto a su padre. Va vestida de punta en blanco, como de costumbre, pero noto cierta tensión en sus facciones y en su postura.

Narissa lleva un precioso vestido diurno de color morado, se ha recogido el canoso cabello rubio en un intrincado moño y me dispara dagas con la mirada.

Lord Rutherford está sentado a una mesa de madera pulida que hay a un lado y tiene la nariz hundida en varios libros antiguos y montones de pergaminos.

—Majestad —dice lord Hayes según me acompaña al trono.

Me resulta terriblemente incómodo pasar junto al príncipe Asher para sentarme en el trono dorado que todos considerábamos suyo. Se me retuercen las tripas. Busco a Rowan con la esperanza de que me dedique una sonrisa tranquilizadora o alguna señal de que se alegra de verme, pero se está mirando las uñas con el ceño fruncido asomando en la frente.

Me preocupa que no hayamos encontrado un momento para hablar y, siendo sincera, eso de que finja que no hay nada especial entre los dos es todavía peor si cabe. En cualquier caso, mi nueva posición en el castillo debería allanar el terreno de nuestra amistad,

pero, por lo que parece, no es capaz ni de mirarme.

Belle y Cedric están retirados a un lado, intercambiando murmullos. Belle no para de frotarse el brazo y de rascarse la mano. Hoy Cedric parece más joven, menos ausente y más inseguro.

Preocupado.

Lord Stone señala los libros y los papeles que lord Rutherford tiene delante.

—Ninguna mujer ha ocupado el trono desde los tiempos de la reina Cora, ni tampoco ha habido un cambio en la línea sucesoria. Según los documentos y las leyes de la tierra, las reinas deben acudir a la coronación con un príncipe consorte.

—¿Y eso qué significa? —pregunto, aunque ya se me está encogiendo el estómago. Me parece que ya lo sé, pero deseo con todas mis fuerzas estar equivocada.

Lord Hayes responde, casi con suavidad:

—Significa que tendrías que estar casada o al menos prometida antes de la coronación.

Tengo que hacer un esfuerzo para que no se me crispe visiblemente la mandíbula. Un matrimonio concertado me apetece todavía menos de lo que me apetecía convertirme en reina.

—La coronación no se celebrará hasta dentro de varias semanas. ¿Por qué hablamos de esto ahora, antes de que el edicto se haya hecho público? Porque el pueblo necesita saber lo que está pasando.

Narissa emite un ruido despectivo con la garganta.

Lord Hayes se levanta.

—¿Eres consciente, majestad, de que la actual familia real quedará totalmente desposeída tras tu coronación? La reina viuda Narissa disfrutará de ciertos privilegios, pero sus hijos estarán desprotegidos una vez que se les excluya de la línea sucesoria. El príncipe Asher dejará de ser comandante del ejército lumario; las

perspectivas matrimoniales de la princesa Belle se esfumarán. Si no les concedes al príncipe Rowan y al príncipe Cedric un título o algún tipo de apoyo financiero, quedarán totalmente excluidos de la sociedad a la que han pertenecido toda su vida.

Trago saliva para recuperarme de la impresión. Ni siquiera me había planteado que la posición de todos ellos cambiaría después de mi coronación. De repente, el recelo de Rowan —y la ira de Asher— me parecen mucho más justificados.

—No —digo intentando que no me tiemble la voz—. No era consciente de nada de eso.

—El edicto del rey no incluye ninguna cláusula relativa a ellos. Se limita a nombrarte a ti su sucesora.

Cada una de las palabras de lord Hayes se me clava como una daga. ¿Cómo pudo el rey hacerles eso a sus propios hijos? ¿Tan poco confiaba en ellos?

¿Y qué voy a hacer yo al respecto? Como es natural, no les dejaré en la calle sin posición ni dinero.

Otra pregunta me asalta, un detalle que no me cuadra.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? ¿Qué tiene que ver con mi estado civil?

Narissa hace una mueca antes de esbozar una sonrisa cáustica.

—Es obvio, ¿no? El matrimonio con uno de mis hijos es la única solución viable.

Lord Hayes añade:

—Una boda con un miembro de la antigua familia real legitimaría tu posición como reina y serviría para demostrar que los miembros de la familia… y la nobleza… te apoyan. Podemos anunciar el compromiso cuando leamos el edicto para que la transición sea más fluida. El matrimonio también protegerá a los hijos del rey Octavius, como familiares del príncipe consorte, y les otorgará una posición en

Lumaria y en el castillo.

Mi mente examina las palabras. «Una boda con un miembro de la antigua familia real». «Protegerá a los hijos del rey Octavius».

«El matrimonio».

—¿Con quién? —pregunto, y Rowan me mira por fin.

—El príncipe Rowan es la opción más lógica. —Lord Stone lo dice con suma naturalidad, como si estuviera negociando el precio de un nuevo caballo—. En otras circunstancias el príncipe Asher habría sido el escogido, por ser el primogénito, pero ya está prometido con mi hija.

Ya no lo escucho. Todos desaparecen excepto Rowan.

Él busca mis ojos, pero su expresión es indescifrable. ¿Qué piensa él de esta solución? ¿Qué pienso yo? Me veo arrastrada a una nueva vida, quiera o no. Al menos Rowan no es un desconocido, pero ¿tener que casarme, encima de todo lo demás?

El corazón me late a toda velocidad. Tengo un nudo en la garganta. Mi visión se ensombrece. La parpadeante luz de las velas se atenúa. Me aferro al resbaladizo brazo del trono mientras la sala se inclina de un modo vertiginoso. Me voy a desmayar. Voy a caer desplomada aquí mismo, en este trono dorado. No puedo…

—Ruby —dice Rowan al mismo tiempo que avanza para arrodillarse a mis pies. No me toca, pero un gesto comprensivo le suaviza los labios. Me conoce. Sabe que estoy al borde del colapso. El tono familiar de su voz me serena—. Ruby, ¿te quieres casar conmigo?

Inspiro hondo, muy despacio. En todos los años que llevamos siendo amigos, jamás hubiera imaginado —ni por un instante— que Rowan y yo íbamos a acabar así. Sin embargo, por alguna razón, saber que es él y ver sus tiernos ojos azules mirándome fijamente me da las fuerzas que necesito para decir:

—Sí.

No quiero que pierda su posición en el castillo. No quiero que la pierda ninguno de ellos.

Y, desde luego, no quiero darle motivos al príncipe Asher, comandante del ejército de Lumaria, para averiguar si el ejército es fiel a la corona… o a él.

En el ajedrez, cuando estás entre la espada y la pared, tienes que reorganizarte, hacer sacrificios… cualquier cosa con tal de conservar la reina.

Lord Hayes bate las palmas.

—Excelente. Lord Stone, redacta los documentos. Majestad, príncipe Rowan, acompañadme. Tenemos que hacer público el edicto y anunciar vuestro compromiso. Es mejor que los demás vengáis también. Un frente unido tranquilizará al pueblo.

Narissa parece a punto de objetar (Asher también), pero, cuando Rowan se levanta y me ofrece el brazo, nadie pone objeciones. Nos encaminamos en grupo al balcón real, desde el cual el rey anunciaba sus promulgaciones.

Noto los latidos erráticos de mi corazón en la garganta. Lord Hayes abre las puertas del balcón con dificultad y tomo la mano de Rowan cuando estalla el rugido de la multitud.



DIEZ

Lord Hayes se encarga del discurso, gracias a Dios. Yo solo tengo que estar ahí de pie y saludar. La cálida presión de la mano de Rowan me ayuda a centrarme, aunque todo lo demás parece un sueño. Una vez que el anuncio termina, decido que mi paciencia se ha agotado también.

—Príncipe Rowan, tengo que hablar contigo —le digo con toda la autoridad que soy capaz de proyectar.

Asiente y me acompaña de vuelta a la sala del trono. Les pido a los consejeros que se marchen para poder quedarme a solas con él.

Y ahora no sé por dónde empezar, cómo no.

Por fin le espeto:

—Nos vamos a casar.

Se le insinúa una sonrisa en la comisura de los labios. Se recuesta contra la mesa y cruza los tobillos. Su postura relajada es el polo opuesto de la electricidad que recorre mi cuerpo. Estoy al borde de un ataque de nervios.

—¿De qué va todo esto, Ruby? Pensaba que eras una criada —me dice y, de repente, es obvio que no está tan relajado como intenta

aparentar. La tensión también chisporrotea en su interior.

—Y lo era —replico—. No tengo la más mínima idea de por qué me escogió tu padre.

La sonrisa desaparece de su rostro.

—Me cuesta creerlo.

—Rowan, tú me conoces —le digo a la vez que doy un paso hacia él—. Yo nunca te he mentido.

Me mira largo y tendido. Luego resopla y se frota la cara con las manos.

—No sé qué narices está pasando, pero te creo. Aunque esto complica las cosas. Ya no puedo sentirme un rebelde reuniéndome contigo a escondidas. Vas a ser mi esposa… Menudo aburrimiento.

Le atizo un puñetazo en el brazo en plan de broma.

Él lanza un gemido histriónico.

Es la misma queja que suelta cada vez que le gano al ajedrez. Una oleada de nostalgia me inunda. En solo dos días, mi futuro —mi vida — se ha transformado en algo que ya no reconozco. Se me aflojan las rodillas. Todo esto me supera.

—Tú no querías esto, ¿verdad? —murmuro mientras intento contener las lágrimas—. Lo siento mucho, Rowan. Tenías pensado esperar todo lo que pudieras para casarte…

—Ruby. —Me apoya una mano en el brazo—. Todo eso eran tonterías y lo sabes. Iba a casarme me gustara o no. Al menos, así…, bueno…, a lo mejor no está tan mal, ¿no?

Agacha la cabeza para mirarme a los ojos. En su mirada veo ternura, familiaridad y quizá algo más, algo que no sé nombrar. Cediendo a un impulso, le poso la mano en la mejilla y mis dedos helados se caldean contra su piel.

—Si tenía que casarme, me alegro de que seas tú —reconozco. Durante un instante el ambiente se enrarece. Sus pupilas casi

devoran el azul de sus ojos. Empiezo a sentir…

Aparto la mano y retrocedo.

El corazón se me sube a la garganta. Incómoda, le tomo la mano.

—Vamos.

Avanzamos hacia los tronos.

Nos sentamos en silencio en los asientos de terciopelo azul con las manos abiertas sobre los reposabrazos de oro.

—¿Estamos preparados para esto? —le pregunto con un susurro ronco. Ni siquiera estoy segura de que se lo esté preguntando a él. Quizá me lo pregunto a mí misma. O al fantasma del rey Octavius. Diablos, o al mismísimo universo.

Pero me contesta Rowan, naturalmente.

—¿Preparados para casarnos y convertirnos en los gobernantes de Lumaria? Para nada.



Los preparativos de mi coronación no se parecen a nada que haya vivido antes. En lugar de levantarme temprano para barrer la biblioteca y llevar las sábanas sucias a la lavandería, que está al otro lado del patio de la cocina, me paso horas de pie mientras Beatrice y sus secuaces me empujan y me zarandean. En lugar de cotillear con Sara sobre qué dama ha compartido la cama de Rowan esa noche, me toca escuchar el sermón de la gobernanta Blake sobre etiqueta y protocolo… y acabo preguntándome cómo se supone que voy a compartir cama con Rowan. En lugar de poner los ojos en blanco mientras Bryson me explica en la cocina las últimas reglas sobre cubos de tocino ahumados y salsa de carne, intento hacer caso omiso de las miradas suspicaces del príncipe Asher mientras me zampo la panceta caramelizada y las patatas asadas en el incómodo

silencio del Gran Salón.

Rowan y yo no tenemos ni un momento para escabullirnos a los establos a jugar al ajedrez. Y ya no volveremos a tenerlo. Yo sigo aprovechando los ratos a solas para leer, a veces hasta las tantas de la noche, pero ahora no me hace falta gastar mis escasos ahorros en velas. Lissa se ha convertido en mi doncella personal, y mientras que antes se dedicaba a poner verde a la familia real, ahora se calla la boca y adopta una expresión impertérrita.

Tampoco tengo mucho tiempo para la tarea que el rey me encomendó: resolver el misterio de su asesinato. Y, a decir verdad, no tengo claro que pueda hacer gran cosa. Drake dice que nadie visitó al rey la noche que murió y sir Henry opina que hay pocas probabilidades de que Octavius fuera envenenado. Sara apenas ha oído rumores y los pocos que han llegado a sus oídos me señalan a mí como asesina. Me he planteado si enviarle un mensaje a sir Miller, pero no sé cómo plantearle el tema sin revelarle mis sospechas. Cuanto más tiempo pasa, más convencida estoy de que el rey se equivocó.

Sin embargo, aunque hubiera muerto plácidamente mientras dormía, eso no significa que no hubiera alguien de su círculo de confianza que le deseara el mal. Lo único que puedo hacer es observar, escuchar y esperar. Al menos, de momento.

Lord Rutherford, por lo que parece, ha decidido concentrarse en la logística de la propia ceremonia, mientras que lord Hayes y lord Stone se encargan de supervisar mi transformación de doncella a reina.

Lord Stone ha resultado ser de gran ayuda con mi vestuario, aunque podría vivir perfectamente sin sus miradas asesinas y sin oírle comentar entre suspiros que su hija habría sido una reina más hermosa. Salta a la vista que Asher piensa que le he arrebatado el

puesto, pero la propia Rosaline no parece molesta en absoluto. A veces me sonríe durante el almuerzo, aunque no hemos tenido ocasión de charlar.

Belle no se esfuerza demasiado en hablar conmigo, pero la pillo observándome a menudo. Evaluándome.

«Te devoraremos».

También me entero de detalles relativos a la propia coronación que, como era de esperar, abarca mucho más que una simple ceremonia. Para empezar, una semana después de la lectura del edicto, habrá un desfile para presentarnos oficialmente —a mí y al príncipe consorte— al pueblo. Luego, pasada otra semana, celebraremos un baile para afianzar el apoyo de la nobleza. Finalmente, dos semanas después del baile, viajaremos a los Encumbrados Arcos para la boda en sí.

Lord Hayes ha concluido que bastará con que esté prometida el día de la coronación, así que a Rowan y a mí se nos ha concedido una pequeña prórroga antes de pronunciar los votos.

A pesar del discursito de Asher sobre su padre en la capilla ardiente, mi ascenso al trono no será la primera ruptura en la línea sucesoria del reino: esta última semana la gobernanta Blake me ha enseñado un montón de cosas sobre historia lumaria, incluida la crónica de Mildred la Reina Loca, que nombró heredero a su caballo favorito, con la consiguiente pelea entre sus cuatro amantes, dos de los cuales eran mujeres. La reina Cora ganó aquella vez y desde entonces todos los reyes de Lumaria son sus descendientes directos. Creo que la gobernanta me contó la historia para remarcar hasta qué punto era raro y absurdo que el rey Octavius me hubiera nombrado heredera, pero yo extraigo la moraleja de que hay precedentes.

Y, oye, al menos yo no soy un caballo.

La mañana del desfile todavía me siento una doncella, pero hasta yo soy consciente de que ya no lo parezco.

El primero de los tres vestidos de gala que Beatrice ha confeccionado me ha transformado por completo. Me miro al espejo de cuerpo entero, envuelta en tejidos rojos y dorados, y no me reconozco.

Me obligo a respirar despacio y profundamente, porque tengo el estómago en un puño. Llevo puesto el anillo que el rey escondió en la caja con su carta, una banda de oro fina, muy bonita, a la que no paro de dar vueltas en el dedo. Todavía no me creo lo que está pasando.

—¿Preparada? —me pregunta lord Stone cuando entra deprisa y corriendo, ataviado con un atuendo fastuoso. Las cadenas de su collar de oro tintinean con cada movimiento.

Despego los ojos del espejo para mirarlo.

—Sí —respondo, aunque el latido frenético de mi corazón se hace eco del «para nada» de Rowan.

La familia real y yo vamos montados en la suntuosa carroza abierta que cierra el desfile. Lord Hayes dijo que teníamos que ir todos juntos, desestimando el empeño de lord Stone en que viajáramos en este carruaje solamente Rowan y yo o en que incluyéramos a su hija en el grupo, que era lo que quería en realidad. Pero el príncipe Asher alegó algo del tamaño de la carroza y los problemas de seguridad, así que lady Rosaline viaja en el vehículo de su padre.

Vamos un poco apretados, incluso sin ella. Narissa, Belle y Cedric se han sentado juntos de espaldas al cochero, y yo estoy apretujada entre Rowan y Asher. Una posición que no es en absoluto ideal.

—¿Puedes dejar las manos quietas? —me espeta el príncipe Asher.

No me toca, pero noto que le gustaría sujetarme las manos para impedir que me toquetee las rodillas y me retuerza los dedos.

—Déjala en paz —gruñe el príncipe Rowan—. Está nerviosa.

—Alteza, yo no… —empiezo a decir. El «alteza» me sale directo del inconsciente. No recuerdo cómo se supone que debo llamarle ahora. La gobernanta Blake tiene tendencia a hablar por los codos y yo tengo la costumbre de desconectar al cabo de un rato.

—Me despista —replica el príncipe Asher, lacónico.

—Si estabas preocupado, deberías haber acompañado a la caballería —responde Rowan, y un ceño se le insinúa entre las cejas —. ¿Todavía hay protestas?

Asher observa las calles de los alrededores. La mayor parte del gentío se congrega a lo largo de la carretera que desemboca en la plaza mayor de Ryvin, pero hay unos cuantos rezagados por aquí.

—Siempre hay protestas.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —le pregunto al recordar lo que me dijo Rowan antes de la muerte del rey sobre el uso de la fuerza.

Asher vuelve su penetrante mirada verde hacia mí para fulminarme con su desprecio.

—Me parece, majestad, que eso depende de ti.

La vergüenza me retuerce las tripas y se me seca la boca como si tragara ceniza. He mantenido una reunión tras otra con lord Hayes, y lord Stone me ha dado su opinión acerca de decenas de vestidos, pero nadie me ha explicado todavía lo que implica gobernar un país.

—Yo…

—No la pongas en evidencia —interviene Rowan—. Todos sabemos que lord Hayes va a tomar ese tipo de decisiones hasta la coronación, como miembro más antiguo del consejo. Solo lo dices para que se sienta mal.

Agradezco el apoyo de Rowan, aunque me molesta que no me haya dado la oportunidad de defenderme sola. Le apoyo la mano en el brazo como diciendo «déjalo».

Asher se fija en el gesto.

—Veo que os habéis tomado muy bien eso del matrimonio concertado.

Cada palabra que sale de los labios de este hombre es incendiaria, literalmente, y tengo una respuesta rabiosa en la punta de la lengua. Pero, durante una milésima de segundo, justo mientras aparta la mirada, atisbo una emoción distinta en su rostro. ¿Es… envidia? ¿O suspicacia?

—Chicos, estamos a punto de iniciar el trayecto principal del desfile —interviene Narissa mirando a sus hijos con una expresión de reproche. No se digna a mirarme a mí—. Concentrémonos en eso, ¿de acuerdo?

Rowan devuelve la atención a la calle, pero su mano resbala hacia la mía un instante para estrechar mis dedos temblorosos.

—¡Mira, Belle! —exclama Cedric señalando una fuente decorada con abundantes plantas.

Cedric es el único que parece estar disfrutando. La emoción infantil de su rostro me hace preguntarme cuánto tiempo llevaba el chico sin salir de los terrenos del castillo.

Sin duda hay mucho que mirar. Recuadros de telas de colores y frondosas plantas colgantes descienden de las ventanas hacia las calles y brillantes hojas de otoño decoran los adoquines. Por fin, llegamos a la altura del grueso de los espectadores. Muchos agitan las telas multicolores como banderas.

La carroza real es el broche de oro del desfile; justo delante avanza el carruaje que transporta a los tres consejeros y a sus familias, incluida lady Rosaline, que saluda a la muchedumbre con

un gesto encantador.

Supongo que yo debería hacer lo mismo.

Delante de los vehículos avanza una fila de tamborileros seguidos de soldados que portan la bandera roja y dorada de Lumaria, ahora con un crespón negro como señal de duelo por el rey Octavius. Los pasos reverberan al ritmo de los tambores. Incluso los caballos de las carrozas marchan al compás. Otra tropa de soldados en formación, más pequeña que la primera, desfila detrás de nosotros. Los gritos de la multitud aumentan de volumen y no todos suenan festivos.

Cierro los puños para dejar las manos quietas. No vayan a despistar al príncipe Asher.

Las personas que esperan a ambos lados de las calles adoquinadas están divididas en dos bandos muy claros. Un grupo nos aclama, agita las banderas y sonríe. Pero hay otro más pequeño y desagradable que nos insulta y nos abuchea. Unas cuantas piezas de fruta se estrellan contra el suelo en las inmediaciones de la carroza; nadie se atreve a tirárnoslas directamente.

No tengo claro si estos últimos son los manifestantes antimonárquicos de siempre o una nueva facción que está molesta de que sea yo la que porta la corona. Al fin y al cabo, soy una reina sin una gota de sangre azul en las venas.

Una mujer mayor se abalanza hacia la carroza y tira un tomate a las ruedas. Asher se pone tenso a mi lado, pero al momento un soldado aparta a la mujer.

¿Qué puedo hacer, aparte de sonreír e intentar que no parezca que estoy a punto de desmayarme? No quiero que los soldados les hagan daño a los manifestantes. Igual que Rowan, no creo que la violencia sea la solución.

Intento imitar el saludo de lady Rosaline, pero me siento rara e

incómoda, así que dejo de hacerlo. El príncipe Rowan me estrecha el brazo para animarme, pero noto que él tampoco las tiene todas consigo. Aunque esto no es una protesta en toda regla, está claro que algunos han venido a expresar su descontento.

—Sonríe —me dice Narissa—. Una reina debe sonreír a sus súbditos.

—¿Incluso a aquellos que me gritan que me pudra en el infierno? —le pregunto dedicándole a ella una sonrisa almibarada.

—Especialmente a aquellos —replica—. Debes convencerles de que la corona te pertenece. Tiene que parecer que ocupas el puesto que te corresponde…

Un repentino chirrido ahoga las aclamaciones de la multitud. Hay una sombra a mi espalda… Me doy la vuelta justo cuando la carroza se columpia hacia un lado con violencia. Varias manos se alargan hacia el vehículo para aferrarme las mangas, el pelo, la corona.

La multitud se abalanza sobre nosotros, más enardecida que mi corazón. Alguien me agarra de la muñeca y estira. Yo me sujeto al asiento tratando de oponer resistencia, pero la fuerza es excesiva.

—¡Ruby! —El grito de Rowan apenas se abre paso entre el fragor.

Me palpo el vestido con la otra mano buscando el cuchillo que llevaría si todavía fuera una criada. Pero no hay nada: solo pesado brocado, inútil contra la marea de cuerpos que está empujando la carroza. Todo sucede muy deprisa.

Volvemos a tambalearnos y el coche se inclina peligrosamente cuando una persona intenta arrancarme del vehículo. Se me engancha el zapato en el marco y chillo al perder el equilibrio.

De forma inesperada, el príncipe Asher está ahí, con el brazo alrededor de mi cintura.

—¡Aguanta! —me ordena, y yo estoy tan sorprendida de que me esté ayudando que casi desobedezco y me suelto.

Rowan empuja las manos que intentan alcanzarme y los afilados dedos se clavan en su delicado abrigo negro. Drake, que se acerca por un lado a caballo, grita algo, pero la rugiente multitud ahoga su voz.

Súbitamente algo silba junto a mi cabeza y, al momento, Narissa y Belle están chillando también. Me giro para ver qué ocurre y me quedo mirando fijamente el astil tembloroso de una flecha incrustada en la pared de la carroza.

—¡Sácanos de aquí! —le grita Asher al cochero.

Los caballos aceleran justo cuando una nueva ola de soldados se despega del desfile para obligar al gentío a retroceder.

Yo estoy temblando. Me estremezco tanto que apenas puedo aferrarme al brazo de Asher. Tengo las manos enrojecidas y despellejadas de tanto intentar agarrarme al marco de madera y me escuece la cara porque alguien me ha arañado. O quizá sea porque la flecha me ha rozado. Me palpo la mejilla. Cuando retiro los dedos, están manchados de sangre.

—¿Estás herida, Ruby? —me pregunta Rowan por el otro lado. Su pelo rubio es ahora una maraña dorada. Parece dispuesto a pelearse con cualquiera, quizá incluso ansioso por hacerlo.

—Mi cara —susurro.

Me examina sosteniéndome el rostro con delicadeza.

—Solo es un arañazo. No tienes nada.

La carroza gana velocidad según adelanta a las filas de soldados que nos escoltan de camino al castillo. El príncipe Asher me suelta y se concentra en gritarle órdenes al cochero. Cedric parece a punto de echarse a llorar. Narissa intenta consolarle, pero también la cara de la reina ha perdido cualquier vestigio de color. Los bajos de su vestido negro están desgarrados. Belle, que viaja sentada en el banco totalmente rígida, tiene todo el aspecto de estar a punto de

derrumbarse.

—Te llevaremos a un sitio seguro, Ruby —me dice Rowan a la vez que me rodea con el brazo—. Todo irá bien.

Yo no lo tengo tan claro.

—Esa flecha —le digo mirándolo— iba dirigida a mí. En esa multitud había alguien que quería matarme.

Narissa responde algo en tono brusco, pero no la oigo. Las palabras del rey reverberan a toda potencia en mis oídos.

«Ahora tú también estás en peligro».



Para cuando el carruaje entra en las cocheras, casi estoy respirando otra vez y mis manos han dejado de temblar. Narissa ha tranquilizado a Cedric, que todavía está pálido como el papel.

Rowan me ayuda a apearme de la carroza. Me apoyo en él sin poder evitarlo; es tan cálido y sólido, tan firme y conocido… En realidad, nunca nos hemos abrazado ni compartido demasiado contacto —nuestra amistad no era así—, pero ahora me sorprendo abrazándolo con fuerza. Me siento a salvo en el círculo de sus brazos.

Él se pone tenso un momento, aunque enseguida me atrae contra su pecho y nos quedamos así, respirando.

Detrás de mí, alguien carraspea.

—Déjanos un momento, Asher —le pide Rowan, aunque se aparta con suavidad.

Asher nos está fulminando con la mirada y Drake no es el único guardia que nos observa.

—Actuáis como si os conocierais de toda la vida —observa Asher en tono ligero, pero hay recelo en su expresión—. Qué adorables.

Lord Hayes se apresura a abrirnos la puerta que conduce al interior del castillo. Asher me coge del brazo, pero yo me aparto.

—No hace falta que me lleves —le digo—. Puedo caminar sola.

—Perdón… majestad —dice, pero está claro que la disculpa no es sincera.

¿Por qué no ha dejado que la multitud me sacara de la carroza? ¿No es eso lo que quiere? ¿Perderme de vista? Todavía noto su brazo estrechándome contra su cuerpo, protegiéndome, y la violencia de su mano en torno a mi garganta aquel primer día en la sala del trono.

Rowan se interpone entre los dos y se lo agradezco. No puedo mirar a Asher ahora mismo.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto girándome hacia lord Hayes —. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

Lord Hayes reduce el paso cuando llegamos a la altura de la biblioteca.

—Como ya sabes, hay una facción creciente de gente que no está contenta con este sistema de gobierno. Dudo que fuera un ataque organizado por antimonárquicos, pero investigaremos quién instigó los tumultos y cómo burlaron nuestras defensas. Mientras tanto… — Me conduce a la sala silenciosa y desierta, pero deja a Drake, a Asher y a Rowan en la entrada—. Majestad, quédate aquí un momento, por favor. Creo que ha llegado el momento de idear un plan más… sólido… para protegerte. Volveré enseguida.

—¿Y yo no debería estar presente en esa conversación? — pregunto, recordando lo que me dijo Belle sobre demostrar autoridad.

Lord Hayes guarda silencio un momento.

—Pues claro que sí, majestad, si así lo deseas. Pero, con el debido respeto, ¿sabes algo de medidas de seguridad?

Tiene razón.

Rowan se separa de los demás para entrar en la biblioteca.

—¿Quieres que me quede contigo?

—Estaré bien sola, gracias —le digo. El silencio de la biblioteca es lo que necesito ahora mismo. Unos instantes para asimilar lo que acaba de pasar.

—Le pediré a sir Henry un ungüento para esa herida —me dice señalando mi mejilla.

La puerta se cierra con un suave golpe y me quedo a solas en la biblioteca del rey.

Mi estancia favorita de todo el castillo.

El fuego chisporrotea alegre en el hogar y las cortinas abiertas dejan pasar los últimos rayos dorados del día. Permanezco un momento de pie a la luz del sol y cierro los ojos mientras respiro el aroma a tabaco de pipa y a libros viejos.

«La respuesta está en la historia».

Es la única frase de la carta del rey que parece una verdadera pista. Pero la palabra «historia» abarca tantas cosas distintas… No se me ha ocurrido una buena manera de seguir esa línea de investigación. Mirando las estanterías, me pregunto si la explicación estará en alguna parte de esta sala, entre estos libros. Me gusta sobre todo la ficción —los cuentos de hadas y las novelas románticas —, pero también he leído unos cuantos libros de historia.

Deslizo los dedos por los lomos, uno tras otro. No parece que los volúmenes estén clasificados siguiendo un orden concreto. Encuentro un libro de historia sobre el antiguo pueblo de Tartula mezclado con varios libros de leyendas de Argan. Pero, al final, mis dedos se posan en algo interesante: un grueso volumen de color arcilla titulado: *La Guerra de las Siete Semanas: una historia.* El lomo está dañado: tiene una gran muesca en forma de V en el

cuero. Echo un vistazo a los otros estantes; no hay ningún otro libro con esa marca.

Hum.

La Guerra de las Siete Semanas también es mi historia. Fue la guerra en la que mataron a mis padres, instigada por el Gran Traidor, y que provocó el auge del sentimiento antimonárquico. Puede que el rey se refiriese a esa historia.

Extraigo el libro del estante y abro la primera página.

> La Guerra de las Siete Semanas no empezó con una explosión; ni siquiera con una llamada a las armas. No, la culpa de la guerra más letal que se ha producido en territorio Lumario en cien años la tuvo la debilidad de carácter y la traición a los valores, la moral y el sentido de la justicia del reino. Estalló por culpa de la deslealtad y la arrogancia.

El libro es tremendamente aburrido, y el autor tiene tendencia a ponerse dramático. Pero no es eso lo que me llama la atención.

Hay letras subrayadas.

M-I-R-A-A-B-A-J-O

«Mira abajo».

¿Que mire abajo qué? Paso la página, pero no hay más letras subrayadas. Deslizo la mano por el borde inferior del libro, hojeo las páginas. Nada. Vale, mira abajo. ¿Debajo del propio libro? Me acerco a la estantería y deslizo la mano por el hueco que ha dejado el volumen. Saco los dedos llenos de polvo, nada más.

Abajo.

Cambio los libros de sitio, pego los dedos al fondo del estante. Luego reviso el estante inferior. Los libros que están justo debajo no tienen nada de especial: son tomos encuadernados en piel negra que tratan de técnicas de pesca comercial y agricultura. A no ser

que… Un momento…

Extraigo los libros situados bajo el hueco del libro de historia. Allí escondido, pegado en plano al fondo de la estantería de tal modo que nunca lo verías si no supieras dónde buscar…

Saco un delgado volumen encuadernado en piel. No hay título en el lomo y las páginas son muy finas. Lo abro con sumo cuidado y descubro que está escrito de puño y letra del rey.

Es un diario.

El diario del rey, oculto en la biblioteca. ¿Era esto lo que quería que encontrara?

Me encamino a la butaca que hay junto a la chimenea con el libro pegado al pecho. Debe de haber algo aquí, quizá el motivo por el que me escogió. En este diario encontraré las respuestas a mis preguntas.

Con un gesto automático, echo un vistazo a la mesa de ajedrez al pasar y me detengo en seco.

Mi contrincante ha movido.

Me inclino a mirar el tablero. Hum. Es un movimiento interesante, pero también…

Ja. Vuelco el rey de mi contrincante.

Jaque mate. Mi sonrisa victoriosa se esfuma al instante. Estudio el tablero con más atención, repasando todos los movimientos que el jugador desconocido podría haber hecho.

Hay al menos tres jugadas que me habrían dejado en desventaja. ¿Cómo es posible que no las haya visto? Nunca le había ganado con tanta facilidad.

Es casi… Es casi como si me hubiera dejado ganar.

Me quedo mirando el tablero como si fuera el mazo de cartas de una pitonisa, tratando de adivinar el significado de las pequeñas piezas de mármol. El rey volcado. Una muralla de peones y alfiles.

La reina triunfante en el lugar que antes ocupaba el rey.

Mi brazo se tensa en torno al diario del rey Octavius.

De repente, no tengo la menor idea de cuál es el juego al que estoy jugando en realidad.

Y dudo mucho que haya ganado.



DOCE

—Majestad, con el debido respeto, las dagas no se esgrimen así.

El teniente Gaynor espera mi asentimiento antes de corregir la posición de mi mano.

El príncipe Asher está recostado contra la pared aproximadamente a un metro de distancia, observándonos con atención. Enfundado en su armadura de cuero, exhibe una mueca despectiva. Su escrutinio se parece mucho a tener una mano sujetándome la nuca y me entran ganas de usar la daga contra él.

Lord Hayes habló con Asher del asunto de mi protección, porque el príncipe es el máximo mando del ejército. El plan que idearon, junto con Drake, fue enseñarme autodefensa. Rowan se mostró escéptico y, sinceramente, yo comparto su opinión. ¿De qué me van a servir las habilidades de autodefensa si me disparan otra flecha a la cabeza? Pero al menos es algo que está en mi mano, un aspecto de mi protección que yo misma puedo controlar. Así que accedí.

Sin embargo, la cosa no va nada bien.

Ahora mismo casi preferiría haberme retirado a mis aposentos… para no volver a salir. No tendría necesidad de protegerme si nunca

abandonara mi alcoba. No tendría que ver al príncipe con esa armadura ceñida al cuerpo.

Y, a pesar de todo…

Aquí estoy, encerrada en la armería con el teniente Gaynor y Asher, quien, dejando aparte su heroico gesto durante del desfile, intentó matarme. En serio, me siento la mar de segura y protegida en estas clases.

—Majestad.

Me obligo a devolverle la atención al teniente Gaynor.

—¿Lo ve? Si la empuña así ejerce más control y obtiene ventaja.

Me muestra a qué parte del muñeco de paja debo apuntar para causar el mayor daño posible.

Intento clavar el cuchillo del modo que me indica, pero la posición me resulta forzada, muy distinta de cómo empuñaba el cuchillo más pequeño y ligero que llevaba antes en el delantal. Cuando la punta de la daga se hunde en la paja, mi mano resbala y el arma cae al suelo.

Asher emite un ruido que recuerda sospechosamente a un bufido de impaciencia.

—Discúlpame por no ser perfecta en algo que, literalmente, estoy intentando por primera vez —le espeto.

—¿Por primera vez? Pues no lo parecía cuando me paraste los pies a punta de cuchillo.

Asher se despega de la pared y se acerca a grandes zancadas entre los leves crujidos de su coraza de cuero. El cabello oscuro le tapa los ojos cuando recoge el cuchillo.

Me encojo asustada antes de darme cuenta de que me lo tiende por la empuñadura.

—Otra vez.

Se da media vuelta con la tensión grabada en las facciones.

Con más esfuerzo del que debería necesitar, vuelvo a concentrarme en el teniente Gaynor y en el muñeco de paja.

Lo intento de nuevo.

Y una vez más.

Y otra.

Sus objeciones nunca se acaban: que si no penetro la paja con la profundidad suficiente. Que si no sujeto el arma con la fuerza adecuada.

Que si el ángulo es incorrecto.

Que si el arma se me ha vuelto a caer.

Que si estaba demasiado lejos del objetivo.

Que si he vacilado.

Nada me apetece más que clavar la puta daga en el frío y displicente corazón del príncipe. Rowan me comentó una vez en broma que su padre debería haber dejado a Asher a cargo de la biblioteca, no del ejército. Recuerdo aquella versión más considerada de Asher, la que salía al jardín a leer los días de sol con una sonrisa dulce e indolente en la cara. Nunca le he contado a Rowan que fue su hermano el que despertó en mí el amor por la lectura.

En aquel entonces, Asher era una persona estricta, pero nunca cruel. No hasta la muerte de Sorren. A Rowan siempre le molestó que Asher y él no estuvieran más unidos. Culpaba a su padre por haber colocado tanta responsabilidad y tanta violencia sobre los hombros de Asher.

Pero no sé. Puede que yo no la viera. Puede que la violencia siempre estuviera ahí.

—Ya basta —dice Asher por fin. Al cabo de un momento lo tengo encima, agarrándome las muñecas, y su aroma ahumado inunda mis fosas nasales—. No me creo que seas tan torpe con la daga.

—Déjame usar mi cuchillo —respondo exasperada—. O probar

otro movimiento. Otra cosa. Lo que sea.

Asher me mira un buen rato sin dejar de retorcerme la muñeca para colocarla en el ángulo que él considera correcto. Sus ojos verdes destellan y súbitamente solo puedo pensar en el momento en que intentó matarme. En lo cerca que estábamos entonces. En lo cerca que estamos ahora.

Con una daga suspendida entre los dos.

Retrocede liberándome la muñeca y se me desploma el brazo como una piedra. El cuchillo repica contra el suelo.

Ahogo una exclamación.

—Ven conmigo —me ordena, y yo lo sigo antes de que vuelva a agarrarme el brazo. Pronto estamos recorriendo los gélidos pasillos de piedra del castillo.

—Majestad —le recuerdo—. ¿A dónde vamos?

No se molesta en responder.

Cuando llegamos a la angosta escalera de caracol de la Vieja Torre, me ordena:

—Sígueme, *majestad*.

—¿Tengo que hacerlo? —lo desafío rabiosa. Nunca me ha gustado que me dieran órdenes de malos modos, ni siquiera cuando era una criada.

Él no se digna a contestar y, por mucha rabia que me dé, en realidad no tiene que hacerlo. Ni siquiera soy reina todavía, oficialmente. No tengo demasiada práctica en estar al mando.

Eso no significa que esto me guste. Fulminándole la espalda con la mirada, subo esa escalera estrecha y sinuosa.

Al cabo de nada me quedo sin aliento y me arrepiento de cada una de las elecciones vitales que me han traído hasta este momento.

No, no me he expresado bien. Lamento cada una de las elecciones vitales de otras personas, es decir, cada una de las decisiones del

rey. A mi entender, las decisiones que yo he tomado han influido muy poco en la situación en la que me encuentro, a punto de ser coronada reina y subiendo una escalera de piedra que nunca se acaba.

Eso es lo que Asher no parece entender. No fui yo la que quiso ser reina. Yo nunca elegí convertirme en el blanco de los antimonárquicos ni en víctima de un posible asesinato.

Yo no tengo la culpa de este lío.

Cuando por fin llegamos a lo alto de la torre, estoy resollando y temblando de cansancio.

El príncipe Asher empuja la pesada puerta de madera y planta cara al viento que aúlla al colarse en la escalera. Vaya, esto no es siniestro ni nada.

Le sigo de mala gana al exterior. La Vieja Torre tiene vistas a la ciudad y, más allá, a los vastos sembradíos de Lumaria, salpicados de pequeñas aldeas. El río Talas brilla a nuestra izquierda y un cielo infinito se extiende en lo alto.

—¿Qué hacemos aquí arriba?

Mi pelo, que llevaba recogido en un moño impecable, se transforma de inmediato en una maraña de greñas negras en torno a mi cara.

El príncipe Asher se planta un momento ante el sibilante viento con la cabeza echada hacia atrás y los puños junto al cuerpo. Su cuerpo se tensa y puedo decir con sinceridad que, si le salieran alas y echara a volar, no me sorprendería lo más mínimo.

En vez de eso, se despliega como una serpiente y salta en mi dirección. Agarrándome del brazo, tira de mí hacia el parapeto bajo de piedra. Me empuja contra la barandilla, se pega a mi espalda y me sujeta con tanta fuerza contra todo su maldito cuerpo que no puedo escapar.

—¿Qué haces? —le pregunto. Mi voz es un grito ahogado. Es imposible no pensar en el príncipe Sorren, que saltó a su muerte desde esta misma torre hace tan solo unos meses. Estamos casi en el cielo. La tierra parece pequeña y dura allí abajo.

—¿Lo ves? —me gruñe Asher junto al oído, y la calidez de su aliento contrasta con el gélido viento.

—¿Que si veo qué? ¿A ti qué te pasa?

Mirar los ondulados campos que se extienden al fondo me está mareando y el corazón me late con tanta potencia que se me va a salir por la garganta.

Estoy temblando. Me va a empujar. Ay, Dios mío, qué tonta soy. He subido con él aquí arriba, directa a mi propia muerte. Encontrarán mi cadáver en los adoquines de abajo. En el mismo sitio que encontraron el de Sorren.

Asher se quedará con el reino y nadie sabrá que, muy posiblemente, el rey Octavius murió asesinado.

Ni que a mí me asesinaron también.

—Todo eso es tuyo ahora. Todas las personas de esas aldeas viven inmersas en la conmoción y la inseguridad que les provoca saber que una completa desconocida ha heredado el maldito trono. Están esperando, no, dan por supuesto que vas a meter la pata. Que vas a perjudicar a Lumaria. Así que dime una cosa, *majestad.* Si tú no crees que autoprotegerte es importante, ¿por qué iban a creer ellos que protegerás este reino? ¿Por qué?

Forcejeo para soltarme y me retuerzo hasta que acabo de cara a él, con los faldones enredados en las piernas. Me duele el pecho cuando intento respirar con el corsé pegado a su coraza de cuero. Tengo su cara casi encima de la mía, su garganta a un aliento de distancia. Ojalá llevara encima mi cuchillo de cocina para poder dejarle mi marca al caer. Entonces vería lo «inútiles» que son los

instrumentos de mi antigua vida.

Su mirada me incendia la cara, desciende a los labios y vuelve a los ojos. El fuego de su ira me quema. Me carboniza. Sacudo un poco la cabeza cuando el pasado se abalanza sobre mí. Yo no soy la única que tiene una vida anterior. Me acuerdo de cómo era antes el príncipe Asher.

—¿Qué te pasó? —Las palabras se me escapan sin que pueda evitarlo—. Tú no eras así.

—No me conoces.

En ese momento me doy cuenta de que él también jadea.

—Sé que te escondías en el huerto de árboles frutales cuando las lecciones te agobiaban —le digo—. Sé que te preocupabas cuando tus perros se portaban mal. Los entrenabas tú personalmente. Y eras amable con el servicio. Nunca molestabas a las criadas.

Poso la mirada en la mano que me aferra el brazo. Su calor me chamusca la piel.

Asher afloja la presión, pero no me suelta.

—¿Tú cómo…?

—Sé que lloraste cuando murió tu hermano. Cuando cayó de esta misma torre.

Una tormenta estalla en su cara. Me suelta del todo y se aparta.

—No hables de Sorren. No hables como si supieras algo.

—Quizá, en lugar de matarme, deberías dedicar un ratito a pensar por qué tu padre creyó necesario que yo ocupara este puesto. ¿Por qué no te nombró a ti, Asher? ¿De verdad crees que yo hice algo?

Como siempre decía Mellie, soy la típica persona que aprende a base de pegarse batacazos.

Y sé, tan pronto como las palabras salen de mis labios, que acabo de cometer un error garrafal.

La tempestad que se ha apoderado de los ojos de Asher queda

reducida a un destello peligroso y voraz. Vuelve a acercarse y me aferra la cintura como para levantarme y tirarme.

Mierda. Araño las piedras buscando un punto de agarre.

—Alteza, esa parte del parapeto es vieja. Por favor, llevad cuidado.

Vuelvo la cabeza y veo que se acerca un soldado. Va vestido de uniforme y lleva varias armas prendidas a la espalda. Obviamente está de servicio.

Parece casi… ¿azorado?

Súbitamente, soy aún más consciente de que Asher me aferra por la cintura y de la cercanía de nuestros cuerpos. Es posible que el soldado haya malinterpretado este pequeño intento de asesinato.

¿Chillo? ¿Le pido que dispare al príncipe Asher?

¿Lo haría? ¿Qué birria de lealtad puedo esperar por su parte, si todavía faltan semanas para mi coronación? Seguro que aplaudiría si Asher me empujara por encima de la barandilla. Estrecharían su vínculo sobre mi cuerpo destrozado, compartirían una pinta de cerveza y siempre se acordarían de cómo salvaron juntos a Lumaria de la criada malvada.

Empujo el pecho de Asher con las dos manos, empleando todas mis fuerzas.

Durante una décima de segundo, permanece quieto como una roca. Y luego, milagrosamente, cede.

Amplío el espacio entre mí misma y el parapeto ruinoso. También entre mí misma y el príncipe.

—Gracias —digo, dirigiéndome al soldado—. Creo que me acabas de salvarme la vida.

Tras eso, antes de que el soldado pueda responder —antes de que Asher me aferre de nuevo— arrastro mi pesado vestido a la puerta y bajo la angosta escalera.



TRECE

—¿Estáis lista para el baño, majestad? —me pregunta Lissa por la noche.

—Sí, gracias.

Me pongo de pie despacio sujetando a Princesa entre mis brazos. Mi cuerpo cruje cuando me muevo. Lo tengo dolorido por el entrenamiento con el teniente Gaynor y entumecido por la tensión que se acumula en mis hombros.

La cena ha sido agotadora. Asher no me quitaba los ojos de encima, Rowan parecía perdido en sus pensamientos y apenas abrió la boca, y lord Hayes no paraba de hablar de nuevas medidas de seguridad. Narissa se dedicó a cotillear con sus amigas aristócratas y sus frecuentes miraditas no dejaban lugar a dudas de quién era el objeto de sus críticas. Belle y Cedric ni siquiera aparecieron. Espero que Cedric no esté demasiado traumatizado por lo sucedido en el desfile, aunque también le envidio. Ojalá yo pudiera pedir que me trajeran la cena a mis aposentos.

Pero ahora, por fin, ha llegado el momento del día en el que disfruto de auténtico silencio, incluso mental.

Theia, mi otra doncella, acompaña a Lissa al baño. Al cabo de un momento se deja oír el chorro del agua. Princesa se retuerce hasta que la dejo en el suelo. Abro las ventanas para que entre la brisa fresca.

Las campanas tañen a lo lejos. Los aposentos del rey dan al río Talas. Lo único que veo en el horizonte son los tonos rosados y morados del ocaso reflejados en el agua y las velas pequeñas y brillantes que se insinúan en las inmediaciones del puerto. Me quedo parada delante de la corriente de aire y respiro profundamente.

«Saldrás de esta, Ruby».

Ya he leído las últimas entradas del diario del rey. Buscaba una explicación de por qué el monarca me eligió, pero la última entrada se remonta a años atrás, mucho antes incluso de la muerte de Sorren. Tendré que volver a empezar desde el principio. Debe de contener alguna información importante. De no ser así, ¿a qué viene tanto secreto?

Y también está el misterio de si el rey fue asesinado o no. Si Drake dice la verdad, no había nadie en su alcoba la noche que murió. Y en el caso de que sir Henry esté en lo cierto, no lo envenenaron. Alguien intentó matarme en el desfile. Y el rey presintió que no podía confiar en su círculo más íntimo, ni siquiera en su propia familia.

¿De quién tenía miedo? ¿Y por qué me escogió a mí? No puedo evitar pensar que… por alguna razón… mi historia es importante. Que tal vez, si resuelvo el misterio, averiguaré la respuesta a preguntas que llevo haciéndome toda la vida. ¿Quiénes fueron mis padres? ¿Por qué me llevaron al castillo en vez de dejarme en un orfanato o con otra familia? ¿Qué detalles de mi persona o de mi historia personal llevaron al rey a pensar que podía confiar en mí?

La incertidumbre de tantas incógnitas me encoge el corazón. Lo

único que puedo hacer es aguantar el tipo como pueda hasta que llegue el momento de mover ficha, de hacer algo.

Echo mano del pequeño cuchillo que he dejado en la mesa baja, junto a la butaca. La daga que el teniente Gaynor me obliga a usar durante los entrenamientos sigue abajo, en la armería. Por frustrante que haya sido la clase de hoy, tengo que aprender a defenderme. El príncipe Asher me lo ha dejado muy claro.

Practico los movimientos, esta vez con el cuchillo pequeño.

«Esquiva y golpea».

«Esquiva y golpea».

Los últimos rayos del día se reflejan en la hoja cuando tuerzo el cuerpo y corto el aire. No tengo un muñeco de paja con el que practicar pero, qué importa, aquí hay almohadas de sobra. Tampoco es que las use para dormir. Ha pasado más de una semana y todavía no he reunido valor para acostarme en la cama en la que murió el rey. Prefiero la butaca. Ya se me pasará la tortícolis.

Apoyo el almohadón más grande y firme contra una de las patas de la cama.

«Esquiva y golpea».

El almohadón se hunde bajo mi hoja. Es mucho más fácil con un cuchillo de mi medida. Me imagino que el almohadón es Asher y le clavo la hoja con saña.

«Esquiva y golpea». Sus preciosos ojos, tan odiosos. «Esquiva y golpea». La mandíbula, abrupta y despiadada. «Esquiva y golpea». Su pecho desnudo, que sube y baja…

—¡Majestad!

Me giro de golpe conteniendo un grito.

Theia se ha quedado parada en la puerta del cuarto de baño. Estoy rodeada de nubes de plumas que bajan lentamente hacia el suelo.

Theia es más joven que Lissa y que yo, delgada y etérea, con un cabello rubio pajizo que todo el tiempo se le escapa de la trenza. Normalmente corretea de un lado a otro como un ratón asustado, algo que me pone de los nervios. Ahora me mira con los ojos como platos, como si temiera ser la próxima en recibir una puñalada. Con una voz casi inaudible, me dice:

—El baño está listo, su majestad.

En ese momento aparece Lissa y se detiene en seco justo detrás de Theia.

Vaya, resulta embarazoso.

—Lo siento —le digo. Me escondo el cuchillo en la espalda como una niña a la que acaban de pillar robando caramelos.

Lissa se interna a toda prisa en la habitación.

—Hemos visto cosas peores, ¿no?

—Ya. Puedo…

—¿Necesitáis ayuda con el vestido?

Reprimo un gemido. Ya lo creo que necesito ayuda para librarme de esta trampa mortal.

—Sí, por favor —admito.

—Pues claro, majestad —dice, ya aflojándome las ballenas. Theia empieza a recoger los restos del almohadón. Yo la miro colorada de la vergüenza.

—Gracias —le digo.

Cuando Lissa termina y me quedo en camisola, ella ayuda a Theia a recoger las últimas plumas.

—Vuelvo enseguida con almohadones limpios —anuncia Theia con la voz ahogada por la torre de plumón y tela.

—Por favor, tráelos por la mañana —le digo a toda prisa—. Esta noche no los necesito. Las dos podéis tomaros el resto de la noche libre.

—Sí, majestad. Gracias.

Lissa me hace una reverencia y le abre la puerta a Theia.

Cuando se marchan, me envuelve un silencio benevolente.

Solo cuando estoy de pie junto a la bañera, enfundada en la camisola y envuelta en vapor, me doy cuenta de que todavía llevo en la mano el cuchillo con el que he asesinado a los almohadones. Lo dejo en la mesa decorativa que alberga las lociones y los jabones.

Me sumerjo en el agua caliente con sumo cuidado. El calor me afloja los hombros y las muñecas. La tensión de mi cuello desaparece. Me deshago el moño y hundo el pelo en el agua, dejando que se despliegue alrededor de mi cabeza.

Con los ojos cerrados, conteniendo el aliento, me sumo en mis pensamientos.

Que deberían estar centrados en averiguar quién constituye una amenaza para el rey y qué relación tiene eso con mi propia historia.

Pero es la cara del príncipe Asher la que asoma a mi mente. No el rostro rabioso y ardiente que he visto hoy, cuando casi me tira por encima de las almenas.

No.

Me desplazo con el pensamiento a la biblioteca, hace unos meses, justo después de la muerte de Sorren. Estoy quitando el polvo, barriendo el suelo y mirando el tablero de ajedrez, deseosa de hacer mi jugada, y doy un respingo, conteniendo un grito, porque hay alguien sentado en la butaca junto al hogar apagado de la chimenea. Es Asher, con la cabeza entre las manos y los hombros estremecidos. Me oye y levanta la vista. Tiene los ojos llorosos, la mirada vacía.

Nos miramos un buen rato y el corazón se me rompe despacio. Está destrozado, desgarrado por el dolor, tan trastornado que por una vez me ve, a mí, la criada invisible.

Alargo una mano consoladora hacia ese hombre junto al cual he crecido a distancia, ese hombre al que vi de niño siguiendo a su radiante hermano mayor como si fuera el sol. Le poso la mano en el hombro sin pensar, como si fuera mi amigo igual que Rowan, justo cuando vuelve en sí.

Se levanta de la silla de golpe tirando el tablero de ajedrez y, mientras las piezas se estrellan contra el suelo, con mi mano rozándole el brazo, sale huyendo.

Ahora emerjo del agua jadeando, tratando de sacudirme el recuerdo, la sensación de ahogo en el pecho, que ya no se debe a la rabia y a la frustración.

Abro los ojos.

Y entonces, llega a mis oídos. Una especie de roce. *Escrich, escrich, escrach.* Me retiro el pelo de la cara y lo escurro para que no gotee y poder concentrarme en el ruido.

Escrich, escrach…

El ambiente se enfría. Se me eriza la piel de los brazos. El silencio se torna agobiante.

Ecrich, escrach… miau.

¿Miau?

Y entonces la veo, una patita blanca que asoma por la puerta entreabierta.

«Princesa».

El ritmo de mi corazón desciende. Sonrío, pero el hechizo del baño se ha roto. La espuma cálida de mi lujoso jabón ha desaparecido y mis pálidas rodillas sobresalen de la superficie del agua. Más allá, veo una cuerda negra enrollada a la cañería, pero se ha desatado y parece a punto de caer a la bañera. Qué sitio tan raro para atar una cuerda.

Me inclino hacia delante para volver a atarla al grifo…

Maldita sea, eso no es una cuerda. Es una serpiente.



CATORCE

Pego un grito y me abalanzo de la bañera al suelo. Me golpeo las muñecas y los codos contra las resbaladizas baldosas y me machaco las rodillas contra el lateral de la bañera. Mañana tendré cardenales por todas partes. Pero prefiero los cardenales a la mordedura de una serpiente.

Me pongo de pie a toda prisa y me vuelvo a mirar si las olas que ha provocado mi cuerpo han bastado para empujar a la serpiente fuera de la bañera. Repta por el borde un momento y cae al suelo formando un ovillo negro.

Mierda.

Justo en ese momento, cómo no, entra Princesa al trote con la intención de averiguar qué está pasando. La serpiente la ve y se desenrosca para culebrear a toda prisa por el suelo.

—¡No! ¡Vete, Princesa! —le grito.

No me hace caso. En cuanto ve el animal el movimiento, se le eriza el pelo, arquea la espalda y sisea para mantenerlo a raya. Si fuera una gata adulta, el reptil no tendría ninguna posibilidad.

Pero todavía es muy pequeña, y la otra, toda una señora

serpiente.

Fuera de control, miro a un lado y a otro, buscando algo que pueda lanzarle o algo pesado para aplastarla. Mis ojos se posan en el cuchillo, que sigue en la delicada mesa del otro lado de la bañera. Me precipito hacia el arma.

Detrás de mí, Princesa vuelve a sisear.

Esta vez no intento esquivar y golpear.

Me limito a lanzar el cuchillo y a observar cómo la hoja corta en dos el cuerpo del animal.

Al mismo tiempo, un terrible trompazo resuena en la otra habitación y alguien entra como un vendaval.

—¿Drake? —grito al tiempo que me doy media vuelta.

Pero no es Drake. Ni mucho menos.

Es Rowan.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien? —exclama al mismo tiempo que yo pregunto:

—¿Qué haces aquí?

Por un momento nos quedamos paralizados, jadeando. No puedo ni imaginar la impresión que le causa la escena: un gatito erizado, una serpiente cortada en dos, una chica desnuda.

De nuevo me abalanzo hacia delante, esta vez para echar mano de mi bata. Él tose con las mejillas encendidas y se da la vuelta mientras me enfundo la prenda.

La fina seda se me adhiere a la piel húmeda, pero al menos tapa las partes importantes.

—Había una serpiente en mi baño —le digo—. Una víbora.

Y, al decirlo, asimilo lo que acaba de pasar. He tenido una serpiente venenosa a pocos centímetros de la piel. Podría haberme mordido. Podría haber matado a Princesa. Podría haberme matado a mí.

Retrocedo un paso y piso un charco del suelo. Pierdo el equilibrio cuando patino.

Rowan me agarra por la cintura antes de que caiga.

—Ya está, ya está —murmura. Noto su aliento cálido contra mi oreja, sus brazos fuertes alrededor de mi cuerpo—. Seguro que ha subido por las cañerías buscando comida. ¿Te ha mordido?

—No.

Me castañetean los dientes del frío y de la inconsistencia de la explicación de Rowan. Que las serpientes suben por las cañerías. Porque esa no es la primera explicación que a mí me ha venido a la mente.

Me estrecha con más fuerza.

—Ven, siéntate junto a la chimenea. Tienes que entrar en calor.

Mientras nos internamos en la pequeña sala, advierto que mi puerta está cerrada y no veo a Drake por ninguna parte. Es imposible que mi guardaespaldas haya dejado entrar a Rowan como una exhalación sin acudir él también a mi rescate.

Así que…

—¿Cómo has entrado? —le pregunto a Rowan, zafándome de sus brazos. Su camisa está empapada y la tela de la bata se me pega al pecho dejando muy poco a la imaginación.

Miró en derredor presa de la agitación, como si pudiera materializar a Drake solo con pensar en él. Veo otra cosa. Una sombra densa detrás —«detrás»— del tapiz.

—¿Por qué hay un hueco en la pared?

Rowan baja los ojos una milésima de segundo. Carraspea cuando me devuelve la mirada.

—Contéstame —le exijo en tono más serio.

—Hay pasadizos secretos por todas partes en esta zona del castillo.

Golpetea los dedos rítmicamente contra la repisa de la chimenea, un tic nervioso que tiene. Siempre lo hace cuando sabe que le estoy ganando al ajedrez. En lugar de sostenerme la mirada, desvía la vista hacia Princesa, que se frota contra mis tobillos desnudos.

—Mi habitación está cerca. Cuando te he oído gritar, bueno, después de lo sucedido en el desfile…

Ha pensado que alguien se proponía asesinarme.

—¿Por qué? —le pregunto, con un nudo en la garganta.

—No quiero que te pase nada malo, Ruby. Ya lo sabes. —Parece tan angustiado que estoy a punto de alargar la mano para consolarlo a él—. No he podido evitarlo: tenía que ayudarte.

—No, eso ya lo sé —respondo—. Quiero decir, ¿por qué hay pasadizos secretos?

—Ah. Para que la familia real pueda escapar en caso de ataque —explica—. Conducen a los sótanos, a un túnel que desemboca en el exterior del castillo. —Las orejas de Rowan se ruborizan y una mirada azorada se apodera de su apuesto rostro—. También se usan para otras cosas, claro, pero principalmente están ahí por nuestra seguridad.

—Es la primera vez que oigo hablar de pasadizos secretos. —Mi cerebro tiene que procesar un montón de datos ahora mismo—. ¿Los criados no conocen su existencia?

—Espero que no. Por algo son «secretos». —Se acerca un poco más y me aparta un mechón de la cara para pasármelo por detrás de la oreja—. La verdad es que hacía años que te lo quería contar. Habría facilitado nuestros encuentros secretos.

—¿Pero no confiabas en mí?

Un ligero temblor se adueña de mis rodillas. No sé si se debe al frío o a que estoy empezando a reaccionar a lo sucedido.

—No fue por falta de confianza, sino por los sermones que me

echaba mi padre. —Sonríe con pesar—. Me dejó muy claro que le traía sin cuidado para qué usara yo los pasadizos, pero que no debía dejar que nadie más los empleara, bajo ninguna circunstancia.

Teniendo en cuenta lo larga que es la lista de conquistas románticas de Rowan, es increíble que fuese capaz de guardar el secreto.

Pero la novedad del pasadizo secreto solo me despista un ratito.

—Me parece que necesito sentarme.

Doy un paso tembloroso hacia las butacas. «Una víbora. En mi baño».

—Ruby, ven aquí —me dice Rowan con suavidad, como si fuera lo más normal del mundo abrir los brazos para estrecharme contra su pecho. Como si nos abrazáramos todo el tiempo. Como si fuera habitual que me posara las manos en la espalda y en la cadera. Como si nos hubiéramos prometido por elección y no por obligación.

Su cuerpo es tan cálido…

Princesa se enreda en nuestros pies mientras maúlla bajito pidiendo atención.

Rowan me besa la frente con suavidad. Al principio pienso que lo hace para consolarme, que es un gesto fraternal, pero no se despega de mí. Desliza las manos a las muñecas, sube por los brazos hasta los hombros, donde el fino albornoz se está abriendo. Me retira una gota de agua de la mejilla con el pulgar. Tiene los labios abiertos, suaves y acogedores, a un solo aliento de los míos.

A la luz del fuego sus ojos parecen líquidos y, en ese momento, soy consciente, con cada fibra de mi ser, de que este hombre va a ser mi marido.

—Ruby… —murmura de nuevo, y yo no sé si estoy preparada para oír lo que está a punto de decir o para el modo en que su mentón desciende para acercarse al mío. Una nube de mariposas echa a

volar en mi vientre. No sé si…

Unos golpes en mi puerta hacen añicos la magia del momento. Antes de que llegue a exhalar siquiera, sus brazos abandonan mis hombros y se despega de mí.

—Buenas noches, Ruby.

Se marcha con una reverencia y al momento el tapiz está plano contra la pared. Yo estoy aturullada y tardo un momento en responder a la llamada.

Sara entra a toda prisa con una bandeja.

—¿Drake está fuera? —pregunto. Me estremezco otra vez ahora que he perdido el calor de Rowan.

—No —dice Sara frunciendo el ceño—. No había nadie ahí fuera. ¿Por qué estás tan mojada?

Me quedo mirando el pasillo. El pasillo desierto. Los consejeros han organizado turnos de guardia las veinticuatro horas desde la lectura del edicto del rey. Y de repente, la noche que encuentro una serpiente en mi baño, ¿no hay nadie aquí?

—Sara, necesito que vayas a buscar a lord Hayes. Y a Drake. Y también a sir Henry, por si acaso.

Cuando me vuelvo a mirarla, descubro que ha palidecido.

—¿Por qué? ¿Va todo bien?

—La verdad es que no —le digo en tono sombrío—. Me parece que alguien acaba de intentar asesinarme.



QUINCE

—Sin duda se trata de una víbora —dice sir Henry, que está plantado delante de la serpiente muerta. Hace un gesto de asentimiento y Lissa procede a limpiar el estropicio—. ¿Estás segura de que no te ha mordido? ¿Estás mareada o te falta el aliento?

Niego con la cabeza.

—No estaba dentro de la bañera. Colgaba del grifo. He salido del agua en cuanto la he visto.

—Pues ha sido una suerte.

Me mira las piernas de todos modos como buscando mordeduras. Ya me he enfundado una bata más larga y gruesa. A pesar de todo, noto el rubor que me sube por el cuello.

—¿Y cómo, en el nombre de Dios, ha llegado una víbora aquí arriba? —pregunta lord Stone, que gesticula con aire agitado.

—Alguien tiene que haberla colocado ahí de algún modo —responde lord Hayes con una expresión furibunda—. De momento, vamos a interrogar a tus doncellas.

Inclinada sobre el cuerpo de la serpiente, Lissa se queda rígida. Hace años que la conozco. Somos amigas. O lo éramos. Me resulta

casi imposible imaginármela colocando una serpiente venenosa en mi baño. Casi, pero no del todo. Ella ha dejado muy claro una y otra vez que no siente ningún cariño por la familia real, un grupo que ahora me incluye a mí.

¿Habrá sido ella? ¿De verdad ha intentado matarme?

En cuanto a Theia, esa chica tiene miedo de todo lo que se mueve. Estoy segura de que se desmayaría si viera una serpiente y no digamos si tuviera que tocarla. Ha entrado antes con Lissa, cuando las he llamado, pero en vez de meterse con ella en el baño se ha quedado fuera avivando el fuego.

—Un momento —digo antes de que Drake pueda cumplir la orden de lord Hayes—. ¿No podría… haber subido por la cañería?

Sir Henry revisa los grifos deprisa y corriendo.

—Supongo que es posible. No es la primera vez que alguien encuentra una serpiente en el castillo. Pero de todos modos… me parece mucha casualidad.

—Hay que interrogar a las doncellas —insiste lord Stone.

Echo un vistazo a los hombros encorvados de Lissa y tomo una decisión instantánea.

Les indico por gestos a los hombres que se agolpan en la puerta de mi baño que regresen a la sala.

—Podéis interrogarlas si queréis, pero no les impidáis seguir cumpliendo con sus deberes.

—¿Y si resulta que una de ellas es culpable? —pregunta lord Stone, colérico.

Si Lissa no ha tenido nada que ver con esto, no quiero que tenga un motivo más para odiar a la monarquía y desconfiar de ella. Pero si está implicada…

Le lanzo una mirada funesta.

—En ese caso, quiero que encierres a la potencial asesina en la

torre.

Espera un momento y asiente.

—Por supuesto, majestad.

—¿Y qué me dices de ti, Drake? —le pregunto, desplazando mi atención al guardia—. No estabas en tu puesto, junto a mi puerta. ¿Dónde estabas?

Una mezcla de vergüenza y desconcierto desencaja el rostro ajado de Drake.

—He recibido un mensaje que decía que lord Hayes quería hablar conmigo en el Gran Salón. Pero no he visto a nadie cuando he llegado allí. Y luego, cuando por fin he dado con él, ha llegado un lacayo con el recado de que su majestad estaba en apuros. Y lord Hayes no sabía nada de ningún mensaje. No me había mandado llamar.

Estudio al guardia con atención, buscando alguna vacilación en su expresión o quizá una perla de sudor en su frente.

—¿Quién te dio el mensaje de lord Hayes?

Drake se pone colorado.

—Un lacayo. No recuerdo cuál de ellos.

—¿No recuerdas cuál de ellos? —Lord Hayes prácticamente se lo grita.

Yo apoyo la mano en el brazo de mi consejero.

—Lord Hayes, por favor, encárgate de que alguien hable con los lacayos. A ver si podemos averiguar quién le transmitió el mensaje a Drake y en nombre de quién. —Me vuelvo hacia el guardia—. Tal como están las cosas, tenemos que dar por supuesto que cualquier desviación de la norma es importante.

—Sí, majestad, lo siento mucho. No debería haber abandonado mi puesto.

Está tieso como un palo, con una mano en la espada. Se siente

abochornado, quizá. Y sin duda, está agotado.

Pero ¿no lo estamos todos?

—Tienes razón. No deberías haberlo hecho.

Asher aparece detrás del grupo de hombres que conversa junto al fuego. Se separan como aguas que se dividen al paso de un barco según el príncipe se encamina al centro del corrillo. Theia se queda allí sola, temblando junto al hogar.

Rowan sigue de cerca a su hermano, y todo en su talante da a entender que pasaba por aquí y ha asomado la cabeza para averiguar a qué venía tanto alboroto. Incluso me hace un pequeño guiño.

Miro de nuevo a Asher, que observa a Drake echando chispas por los ojos. La chaqueta color burdeos otorga un resplandor cálido a su piel.

Drake agacha la cabeza.

—¿Cuántas horas llevabas de servicio? —le pregunta el príncipe Asher.

—Desde la primera campanada —dice.

—Eso son casi doce horas.

—Sí, alteza. Garon y yo hemos estado haciendo turnos de doce horas.

—¿A las órdenes de quién? —Se vuelve a mirarme—. Les exiges más a estos hombres que yo en los ejercicios de guerra.

—Yo no… No sabía que…

Dejo de poner excusas. Yo no tenía ni idea de que Drake y Garon estuvieran haciendo unos horarios tan absurdos y desde luego yo no los he ordenado. Drake me dijo que se había encargado del turno nocturno el día que el rey murió. No me dijo que estuviera haciendo aún más horas conmigo.

Pero todo eso da igual. Yo debería haberlo sabido. Debería haber

preguntado. Estaba tan pendiente de todo lo demás que no llegué a hablar con lord Hayes para pedirle que acortara las guardias de Drake, como le había prometido.

—Drake, estás de permiso las próximas cuarenta y ocho horas. Diles a Reece y a Calen que quedan incorporados al equipo de seguridad de la reina. Turnos de ocho horas con dos horas compartidas cada uno. Las guardias nunca pueden durar más de nueve horas. Un descuido como este podría costarle la vida a alguien.

Asher me mira de nuevo y no soy capaz de distinguir si su expresión es de reproche o de advertencia.

Lo que sí sé es que ya estoy harta de todo esto.

—Caballeros, dejadme sola. —Me trago el «por favor»—. Discutiremos las acciones que vamos a adoptar por la mañana.

Abandonan mis aposentos, Asher con expresión ofendida. Rowan me mira con las cejas una pizca enarcadas, como preguntándome si todo va bien. Yo asiento con un pequeño gesto de la cabeza. Theia se escabulle tan aprisa que se olvida de hacerme la reverencia. Lissa sale la última, cargada con una bolsa empapada en sangre que contiene la serpiente cortada. Se atreve a mirarme a los ojos solo una vez con expresión indescifrable.

No sé si Lissa ha soltado la serpiente en mi baño. No sé si tuvo algo que ver con la muerte del rey. Pero sé mejor que nadie que no debo subestimar a una criada.



El incidente de la serpiente me ha alterado más de lo que estoy dispuesta a admitir frente a mis consejeros, pero Sara se da cuenta. Cuando le pido que duerma conmigo esta noche, accede sin

preguntar.

Compruebo dos veces que la puerta esté cerrada y bloqueada antes de tumbarme en la cama del rey con Sara.

—Es la primera vez que voy a dormir aquí —le confieso. Abre los ojos de par en par a la parpadeante luz de las velas.

—¿En la cama? —me pregunta, y parece escandalizada—. ¡Ruby, han pasado casi dos semanas!

—Las butacas son muy cómodas.

Princesa ronronea en la almohada, a mi lado. Está encantada con la nueva disposición.

Sara se deja caer sobre la cama con las manos detrás de la cabeza.

—¿Dices que son cómodas? Esta cama es lo más cómodo que he probado en mi vida. Voy a dormir como un angelito sobre nubes celestiales. Tendrás que pegarme un empujón para despertarme. ¿Por qué, si se puede saber, has estado durmiendo en una butaca?

Tiene razón. La cama es divina. Poder estirarme cuanto quiera, dormir en un colchón tan blando… Pero…

—Sara, el rey Octavius murió aquí, en esta cama. Yo… no podía dejar de pensar en ello.

Se incorpora de golpe. Por un momento lucha consigo misma, sin moverse del sitio.

El lecho gana la batalla.

Vuelve a tumbarse y me mira.

—Ahuyentaremos juntas a su fantasma.

Alargo las manos hacia ella igual que hacíamos cuando éramos más jóvenes y nos colábamos en la cama de la otra porque alguna de las dos había tenido una pesadilla.

—Estos días casi he llegado a convencerme de que no podían haber asesinado al rey. Pero ahora… no lo sé. ¿Y si le mordió una

serpiente? Podría haber muerto en la cama. Eso equivale a morir envenenado, ¿no? ¿Se le ocurrió a sir Henry buscar una mordedura de serpiente? Alguien la podría haber soltado en cualquier momento. Mucho antes de que Drake empezara el turno.

—¿Y se quedó… reptando por ahí? ¿Hasta que por fin le mordió? ¿Y luego esperó un tiempo antes de atacarte a ti también?

Nos miramos largo rato. Luego, moviéndonos a la par, empujamos el edredón a los pies de la cama.

Sara levanta la vela.

—¿Ves algo?

—No… ¿Tú?

Se me pone la piel de gallina solo de pensar que podría haber más serpientes arrastrándose entre las densas sombras de debajo de la cama.

—Tenemos que mirar por todas partes, ¿no? Para estar seguras.

Sara frunce el ceño y parece tan intranquila como yo.

Asiento.

No tardamos demasiado en inspeccionar cada rincón, cada sombra y recodo de los aposentos reales. Encontramos más polvo del que me gustaría, pero ninguna serpiente.

Para cuando volvemos a meternos en la cama, estoy temblando.

—No sé cómo voy a hacer esto —reconozco a la vez que me arropo con las sábanas para taparme los hombros y giro el cuerpo hacia Sara—. No sé cómo ser una maldita reina, Sara. Lissa podría haber metido aquí la serpiente. Mierda, podría haber matado al rey, y yo le dije a lord Hayes que tenía que seguir trabajando. Y Rowan… hace años que somos amigos. Debería estar encantada de casarme con él: al menos no es un desconocido. ¡Y es guapísimo! Pero esta noche… o sea, la otra noche… —Aun en pleno ataque de nervios, recuerdo que los pasadizos son un secreto guardado con celo—. Me

parece que estuvo a punto de besarme y… no sé. Nunca se me había pasado por la cabeza besar a Rowan. Me siento como si ahora fuera una persona distinta. ¿De repente soy una reina y estoy besándome con Rowan? Sara, yo no sé hacer esto.

Ella me estrecha las manos.

—Vale, en primer lugar, puede que tú nunca te hayas planteado besar al príncipe Rowan, pero te aseguro que él si se había planteado besarte a ti.

—¡Sara!

—Vale, vale. —Se pone seria—. No sé si Lissa tuvo algo que ver con lo de la serpiente. Espero que no. Pero si por casualidad fue cosa suya… tú no eres una mala persona, ni una mala reina, por querer pensar bien de ella. Solo tenemos que asegurarnos de que nunca se quede a solas en tus aposentos hasta que averigüemos la verdad. O podrías enviarla a trabajar a otra parte del castillo. Y no nos olvidemos de que Theia también estaba aquí.

—¿Theia? ¿De verdad piensas que Theia pudo haberlo hecho?

Pienso que va a poner los ojos en blanco, pero me mira sin la menor traza de ironía.

—¿Por qué no? ¿Quién sabe de lo que es capaz de hacer cualquiera de nosotras? Hace poco que Theia trabaja en el castillo. Yo casi no la conozco.

—Pero todo le da miedo —arguyo.

—También podría estar fingiendo, para que todo el mundo piense eso.

En serio, Sara tiene una mente diabólica.

—Vale, muy bien, pues será mejor que no les quite el ojo de encima a ninguna de las dos.

¿No hay un dicho que aconseja mantener cerca a los amigos y aún más a los enemigos?

—Me parece muy bien. Ahora escucha, porque esto es importante. —Inspira hondo. La luz titilante de las velas proyecta reflejos dorados en su rostro—. Dices que no sabes hacer esto. Vale, muy bien. Pero, Ruby, estoy convencida con toda mi alma de que averiguarás cómo hacerlo. Puede que aún no sepamos por qué te escogió el rey, pero te escogió. Tú eres la persona más inteligente que conozco. Demonios, eres la persona más inteligente que conoce cualquier habitante de este castillo. Eres lo bastante lista como para ser una reina magnífica para todo el mundo y no solo para la nobleza. Tienes una oportunidad de mejorar las cosas para todos nosotros.

Arqueo una ceja.

—Menudo discurso.

Ella me sonríe.

—Lo he practicado. Lo guardaba para tu coronación, pero lo necesitabas ahora. Hablo en serio, Ruby. Tienes algo que ningún monarca ha tenido en cientos de años.

—¿Y qué es?

Ella me aprieta las manos de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Perspectiva.

Ah. Estaba tan concentrada en averiguar más del rey y de mí misma que no he prestado demasiada atención a lo que podía suponer mi nueva posición para los demás.

La abrazo con toda mi alma.

—Gracias, Sara.

Ella se da la vuelta para soplar la vela y luego nos quedamos cara a cara otra vez, ahora en la oscuridad.

—Solo hemos hablado de mí y de mis problemas. ¿Qué me dices de ti? ¿Con quién te has estado besando?

Durante un buen rato no me responde. Tanto rato, de hecho, que

empiezo a dormirme, y no estoy segura de si la frase «parece sacada de un cuento de hadas, Ruby, de veras» forma parte de un sueño.



Tan pronto como Sara se marcha a hacer sus tareas al día siguiente, las dos medio atontadas después de esa noche de sueño profundo que tanto necesitábamos, me deslizo por detrás del tapiz que hay junto a la chimenea.

El rey me dijo que correría peligro. Bueno, es evidente que acertó. Pero no me voy a sentar en mis aposentos a esperar a que me llegue la muerte.

Deslizo las manos por la pared buscando un pestillo oculto.

Los pasadizos secretos ofrecen convenientes vías de escape, y teniendo en cuenta la cantidad de veces que ya he estado a punto de morir, contar con un plan de huida sería inteligente. Pero, por encima de todo, tengo que averiguar cómo cerrar esta puerta por dentro. Por mucho que le agradezca a Rowan que acuda en mi ayuda, no quiero que nadie entre en mis aposentos sin ser invitado.

Tardo unos minutos, hasta que por fin encuentro una junta en mitad de la pared. Con un chasquido casi inaudible, desengancho el pestillo y empujo la puerta hacia la oscuridad.

Hay motitas de polvo flotando en el aire. El silencio es absoluto. Entro en el angosto pasadizo, que huele a aire estancado, y examino la puerta para averiguar cómo abrirla desde dentro. Trasteo hasta estar segura de saber cómo abrirla y cerrarla. Aunque, de todos modos, no voy a poner a prueba mi teoría: ni en sueños quiero acabar encerrada aquí dentro. Ya me siento como una rata que corretea por detrás de las paredes. Quedarme atrapada sería una

pesadilla.

Despacio, avanzo en la oscuridad sin hacer ruido, con las manos extendidas para abrirme paso a tientas.

Un largo pasillo se extiende ante mí en paralelo al corredor principal, del que salen las habitaciones de la familia real. Está salpicado de pequeños puntos de luz que facilitan el avance. Y, por lo que parece, el espionaje. La luz procede de minúsculos orificios practicados en las paredes que dan a las alcobas del otro lado. Aplico el ojo en cada uno.

El primero revela un dormitorio muy bien equipado. Veo una cama con dosel y una maraña de sábanas. La figura que duerme en el lecho cambia de postura con un ronquido. Es Rowan… y al parecer duerme desnudo.

Contengo un gritito. No es que me sorprenda, sino que… no lo sabía. Una vez que estemos casados, él… ¿dormirá de esa guisa a mi lado?

«Pues claro, Ruby. ¿Tú qué te crees que es el matrimonio?».

Sigo avanzando. No quiero invadir su intimidad.

La siguiente mirilla da una sala de color damasco, con dos delicadas butacas doradas junto al fuego y una librería bajo la ventana. La princesa Belle ya está levantada, acurrucada en una de las sillas con una expresión reflexiva en el rostro mientras mira lo que debe de ser el fuego de la chimenea. Puede que tenga un libro en el regazo, pero no lo está leyendo. Contengo el aliento al pasar, porque no tengo claro si el fuego camuflará el ruido.

Las siguientes habitaciones están vacías. Dos parecen ocupadas —supongo que son los aposentos de Asher y de Cedric— y la tercera es un santuario polvoriento.

La alcoba del príncipe Sorren.

Apenas puedo ver nada: las cortinas están echadas y el ambiente

cargado por el desuso. A las criadas se les prohibió limpiarla. Yo supuse que el rey la habría vaciado, pero las cosas de Sorren siguen ahí, como esperando su regreso.

Bajo un tramo de escaleras y estoy en los aposentos de la reina Narissa. Sabía que estaban a una buena distancia de las habitaciones del rey, pero hasta este momento no había sido consciente de lo lejos que estaban.

Las criadas siempre supimos que no había amor entre el rey Octavius y la reina Narissa. Pero no se consideraba un escándalo ni nada parecido. ¿Qué matrimonio real se ama? Los miembros de las casas reales se casan por dinero o por poder: ellos no pueden disfrutar del privilegio del amor. Puede que sea el único lujo plebeyo que a ellos les está vedado. Yo qué sé. Incluso Rowan y yo… nos casamos porque nos han dicho que tenemos que hacerlo. Al menos compartimos una amistad. Es más de lo que tienen muchos reyes y reinas.

Recuerdo haberme sentido un poco triste cuando se anunció el compromiso del príncipe Asher. Lady Rosaline es muy dulce: se muestra amable con sus doncellas y, a pesar de su intento de robar mi gatita, siempre ha sido sumamente elegante y hermosa. La esposa perfecta para el segundo hijo de un rey. Pero ella y Asher se criaron juntos, aquí en el castillo. Y ella nunca fue la chica con la que él se escapaba al jardín después de la cena. Nunca era la elegida para sentarse a su lado durante los torneos que se celebraban cada verano. Ni la chica con la que bailaba en los interminables bailes. Él, bueno, nunca la cortejó.

Y el modo en que lord Stone ha presumido siempre de la pareja, como si fuera mérito propio, me hace pensar que es así. Otro matrimonio concertado. Otro cálculo insensible, a expensas de la felicidad de su propia hija.

Pero vete a saber. Puede que lady Rosaline esté encantada con el arreglo. Todo es posible.

Pasados los aposentos de Narissa está la biblioteca real. Está desierta, el hogar todavía apagado. Me pregunto quién me habrá relevado en mis tareas. Tendría que preguntarle a Sara.

Fuerzo la vista para ver qué hay al fondo del pasillo largo y oscuro. El pasadizo se alarga mucho más allá de estas salas. No tengo tiempo para explorarlo todo —me toca clase de etiqueta con la gobernanta Blake—, pero da igual. Ya he confirmado lo que sospechaba. Lo que no pude decirle a Sara anoche. La verdad se instala en las profundidades de mi pecho, pesada y repulsiva.

Durante todos estos días había pensado que nadie pudo visitar al rey en el tiempo transcurrido entre las buenas noches de Drake y el momento en que lo encontró muerto, al día siguiente. Pero Narissa, Cedric, Belle, Asher y Rowan tenían acceso a los aposentos del monarca. Tan solo tenían que abrir una puerta. Sin guardias, sin cerraduras ni vigilancia.

Eso significa que la esposa del rey Octavius o cualquiera de sus hijos podría haberlo matado mientras dormía, y nadie habría sabido nunca que uno de ellos estuvo allí.



DIECISÉIS

Apenas he tenido tiempo de volver a mi habitación, cerrar la puerta secreta y enfundarme mi engorroso vestido diurno cuando unos fuertes golpes en la puerta me pegan un susto de muerte.

Cuando abro, encuentro a lord Hayes esperando al otro lado. Se ha arreglado la barba, pero exhibe unas ojeras profundas y oscuras.

—Buenos días, majestad —me dice al entrar—. ¿Has dormido bien?

Asiento y respondo:

—Espero que tú también.

—¿Estás lista? —me pregunta, haciendo caso omiso de mi educada respuesta—. La princesa Belle te está esperando.

—¿La princesa Belle? —repito, sorprendida—. Pensaba que había quedado con la gobernanta Blake.

Lord Hayes niega con la cabeza.

—La princesa Belle necesita tu ayuda esta mañana.

Recorremos el pasillo en silencio, seguidos de Reece. Es mucho más joven que Drake, de pelo corto y oscuro, y grandes ojos castaños. Unas cuantas doncellas nos fijamos en él cuando empezó

a trabajar en el castillo, pero pronto descubrimos que ya tenía un amor. Al parecer se casaron en verano y ella vive ahora en Ryvin.

Lord Hayes me conduce a la sala personal de Belle, una bonita cámara circular situada en el interior de la Torre Norte, con tapices de motivos florales en las paredes, un fuego vivo en la chimenea y varias butacas repartidas por la habitación. Es raro pensar que hace un ratito la he visto en su propia alcoba.

La princesa Belle se levanta para saludarnos y, cuando lo hace, descubro que no está sola. Sir Henry también está presente, de pie junto a la ventana, mirando algo del exterior. Pero me otorga su atención al momento.

Me saluda con una profunda reverencia y su poblada cabellera rubia cae hacia delante. Cuando se incorpora, sus penetrantes ojos azules buscan los míos.

La princesa Belle me toma la mano y me acerca al fuego. No tengo claro cuál es el protocolo real, pero agradezco el amable gesto.

—Sir Henry me ha contado lo que pasó anoche. Qué horror. ¿Te encuentras bien?

Asiento sin decir nada, porque temo que si hablo de ello se me rompa la voz. Ella parece entenderlo.

Me estrecha la mano.

—¿Lo ves? Está perfectamente —dice dirigiéndose al médico del castillo—. Ahora, caballeros, si sois tan amables de dejarnos solas…

Dirige un saludo a los dos hombres y se queda esperando, sin soltarme la mano, a que nos hagan una reverencia y se marchen.

Tan pronto como se cierra la puerta, me suelta la mano.

—Vaya, qué vergüenza.

—¿Disculpa?

La miro estupefacta.

Todos sus miramientos desaparecen al instante y solo queda la princesa fría e impenetrable. Se acerca a un pequeño buró que hay contra la pared y abre la cubierta con la llave que lleva colgada del cuello. Sin volverse a mirarme, dice:

—Has dejado que te tocara. No me has corregido cuando me he dirigido a ti sin usar tu título. Has dejado que hablara por ti y me has permitido despachar a los hombres.

—Vale… —No entiendo qué pretende con esto, pero su actitud desdeñosa me está provocando un hormigueo desagradable en la piel—. ¿Te estás quejando de que me haya mostrado respetuosa contigo?

Saca una pipa del escritorio y la enciende con un trocito de yesca que ha hundido en el fuego. Tarda unos minutos en completar el proceso, durante los cuales me observa, pero no responde. Por fin, sopla una serie de anillos de humo y dice:

—Eso no ha sido respeto. Ha sido deferencia.

Me balanceo sobre los talones.

Ella levanta un dedo.

—En primer lugar, nadie toca a un monarca no ser que él o ella le toque primero. —Otro dedo—. Todos se dirigirán al monarca como «majestad» o «su majestad». Sin excepciones. Nadie habla de la salud del monarca sin permiso y nadie osa hablar en su nombre.

—Vale —digo. Un rubor asciende por mis mejillas. Parece obvio cuando ella lo detalla punto por punto—. Ya me lo has dejado claro.

—Ninguna mujer ha gobernado Lumaria desde los tiempos de la reina Cora —prosigue, y no puedo dejar de observar su expresión calculadora—. Tanto si te gusta como si no, te encuentras en una posición histórica. Y te comportas como si fuera un favor que te hacen, no un derecho.

Enderezo los hombros.

—¿No lo es?

Ella se encoge de hombros.

—Tú sabrás. ¿Qué hiciste para ganarte este «favor», majestad?

Mierda. Yo misma me he tendido esta trampa. Y todavía no conozco la respuesta. Si tengo que decirle a una sola persona más que todavía no tengo la menor idea de por qué el rey me escogió…

Un momento.

—No tengo que darte explicaciones —le espeto en tono firme.

Una sonrisa asoma a sus labios.

—Bien dicho. Pero incluso eso implica darte por enterada. La próxima vez, obvia la pregunta por completo. Profiere una orden o despacha a la otra persona.

Despacio, asiento.

—Vale.

Le da otra calada a la delicada pipa.

—Dentro de tres días celebraremos el baile de compromiso.

Asiento. Como si pudiera olvidarlo, después de una semana tomando lecciones de baile y probándome incontables vestidos.

—En el baile —continúa—, todos los hombres presentes, casados o solteros, jóvenes y viejos, te invitarán a bailar. Es la costumbre. Como es natural, no tendrás tiempo de bailar con todos y tienes que bailar con Rowan en primer lugar, porque es tu prometido. Pero los demás son más importantes estratégicamente. Escoge con inteligencia. Los nobles más ricos, lord Phillip y lord Maddox, son buenas elecciones. El consejo: lord Hayes, lord Stone y lord Rutherford. Vendrá una delegación de Tartula: si viniera el príncipe Trevan, tendrías que bailar con él. Padre estaba negociando un nuevo acuerdo comercial con ellos cuando Sorren… cuando Sorren murió. Y tienes que concederles un baile a Cedric y a Asher, por supuesto, para dejar claro que no se está gestado una rebelión

interna.

—¿Y esa muestra de cohesión sería mera apariencia? —pregunto —. ¿O auténtica?

Ella sopla otro anillo de humo.

—¿Piensas que la familia está planeando una rebelión?

—El príncipe Asher ha dejado muy clara su postura.

Esta conversación parece una partida de ajedrez, en la que cada una calcula sus pasos al tiempo que trata de prever los movimientos de la otra.

Nunca he sido capaz de intuir lo que Belle quiere o siente realmente. Siempre ha demostrado más habilidad que sus hermanos en los juegos de la corte.

¿Juegos… o mentiras?

Cedric me dijo que todos mienten. Dijo que todos son víboras, como la serpiente que encontré en mi baño.

—¿El príncipe Asher sería capaz de matarme para quedarse con la corona? —le pregunto a la princesa Belle, mirándola con atención.

Ella no se inmuta.

—Pensó que sería rey. Tiene motivos para dudar de ti.

—¿Eso es un sí?

Belle deja la pipa en el escritorio.

—¿Puedo ser sincera contigo, majestad?

Algo me dice que el juego acaba de cambiar. Asiento lentamente.

Con un suspiro, confiesa:

—En lo que a mí concierne, ni tú ni Asher sois los legítimos herederos. Sorren debería estar aquí. Debería ser él quien bailara en la fiesta, quien ascendiera al trono el día de la coronación. En él vertió mi padre toda su sabiduría y todo su conocimiento… y su amor. Puede que Rowan sea mi hermano gemelo, pero Sorren era mi mejor amigo. Era mi ídolo y yo… yo era su sombra. Yo presencié

todo lo que aprendía, vi todo lo que era como persona y como futuro gobernante. Quiero a Asher y estoy segura de que mi padre te escogió por alguna razón, sea cual sea, pero ni él ni tú poseéis las cualidades de Sorren. Ninguno de los dos estaréis nunca a la altura del recuerdo de mi hermano mayor y del rey que habría sido.

Carraspea para aclarase la voz. La luz del fuego se refleja en sus mejillas húmedas.

—A mí me da igual que seas reina o que Asher te mate. Ninguno de los dos seréis nunca como Sorren.

Por fin, mientras esas palabras todavía reverberan en mis oídos, se vuelve para posar su dura mirada en mí. Una fina línea asoma entre sus cejas levemente arqueadas.

—Lo único que te puedo decir es que lleves cuidado, majestad. No hay nada tan peligroso como una corona.



DIECISIETE

Durante los dos días siguientes estoy ocupada con pruebas de vestidos, clases de danza y de etiqueta, sesiones de entrenamiento con el teniente Gaynor y el príncipe Asher, y reuniones con mis consejeros. Lord Hayes ha terminado de interrogar a Lissa y a Theia; de momento las han dejado libres. Volvió a preguntarme si quería remplazarlas, pero me parece que es mejor tenerlas cerca. Aunque todavía no estoy segura de que la serpiente fuera un intento de asesinato, prefiero no arriesgarme. He añadido a Sara como tercera doncella. Su argumento de no demostrar favoritismo no es tan importante como mi seguridad, y lo sabe.

Ella se asegura de que ninguna de mis doncellas esté a solas en mis aposentos o conmigo, en ningún momento.

Por las noches, cuando no puedo dormir, me interno en el pasadizo secreto que discurre por detrás de las habitaciones reales.

Nada de interés ha pasado estas últimas noches. Belle lee mucho. Una vez Rowan salió; otra noche se quedó mirando el fuego con aire taciturno mientras bebía una jarra de cerveza. Cedric duerme como un tronco.

Asher nunca está en su habitación y me pregunto si pasará las noches con Rosaline o fuera del castillo, planeando mi muerte. Se me hace un nudo en el estómago.

Levanto la vista hacia las sombras del dosel que cubre mi cama. Se desplazan como nubes con el titilar de las llamas. Qué sibarita por mi parte dejar mi vela encendida tanto rato después de que haya oscurecido. Cierro los ojos, y una imagen de mí misma junto a Sara aflora en mi mente. Llevo el uniforme de criada y el pelo negro recogido en una trenza. Las dos nos reímos con los brazos entrelazados. A esa Ruby la entendía. Sara y Lissa eran sus amigas; Mellie era como una madre para ella. Tenía una vida tranquila, un trabajo tranquilo. Esa Ruby espiaba al príncipe Rowan y al príncipe Asher entre las ramas de los árboles que bordean el jardín formal. Se llevaba libros a escondidas de la biblioteca y leía durante toda la noche. Tenía una amistad secreta con un príncipe con el que nunca hacía nada más que discutir sobre ajedrez. Salvaba gatitos y regañaba a los perros del otro príncipe.

La veo con absoluta claridad en mi pensamiento, pero cuando abro los ojos en la suntuosa alcoba real, iluminada por la tenue luz de las velas, sé que esa Ruby se ha esfumado.

Esta Ruby… está obligada a ser distinta y no la entiendo. No sé ser la persona que se espera que sea la reina de Lumaria.

Aún no, al menos.

Paso una página del diario del rey Octavius.

Hoy Garrick y yo hemos conocido a una chica. Piernas vertiginosas, melena hasta la cintura y una boca capaz de agujerear la piedra. Jamás en toda mi vida había escuchado a una mujer tan malhablada. También es verdad que no le hizo ninguna gracia que ensuciáramos las sábanas de su madre, que había tardado horas en

colgar del tendedero. Le pregunté quién le había enseñado esos modales, y juro que si sus ojos hubieran sido dagas ya estaría muerto. No quiso decirme su nombre, pero Garrick se lo sacó mientras yo recuperaba los malditos caballos.

Esme.

Quiero volver a verla.

Si no hubiera sabido que el rey no sentía amor por su esposa, su diario me habría instruido al respecto. Empieza poco después de que ascendiera al trono, tras la muerte de su padre. Estaba recién casado, recién coronado… y al parecer, muy salido.

Ir leyendo las entradas produce una sensación de fatalidad inminente. El rey pasaba prácticamente todo el tiempo con lord Garrick, su amigo más íntimo y su gran aliado. Saber que el Gran Traidor estaba conspirando en secreto contra él me retuerce las tripas, porque en el diario no para de hablar de lo mucho que confía en Garrick y de cuán agradecido está de contar con su amistad.

Me levanto de la cama suspirando, me enfundo una bata larga y negra encima del camisón, que me tapa del cuello a los tobillos, y me calzo unas chinelas. Princesa se retuerce y se despereza dejando a la vista su barriga tricolor, pero no abandona su cálido nido de almohadones.

Echo mano de un farolillo con una buena cubierta exterior, un pañuelo grande para protegerme el pelo de las telarañas y mi pequeño cuchillo. Últimamente no voy a ninguna parte sin el arma. Por suerte, ahora el teniente Gaynor y Asher me dejan entrenar con el cuchillo en lugar de obligarme a hacerlo con la pesada daga. Y por «dejar» me refiero a que puse en práctica la lección de Belle y se lo ordené.

Hoy hago mi recorrido más tarde y el pasadizo está especialmente

oscuro y pútrido esta noche. Avanzo despacio, tan sigilosa como puedo, con un mínimo rayo de luz para ver el camino. Hasta eso me parece arriesgado, pero me da miedo tropezar y delatarme.

Con un poco de suerte los miembros de la familia real ya estarán dormidos. La alcoba de Rowan está a oscuras, lo que me da cierta esperanza, pero es evidente que hay alguien en la alcoba de Belle. No veo a nadie, pero oigo ruidos suaves que sugieren…

Se me suben los colores. Ah, Belle no está sola. Eso no pasó las dos últimas noches. Al menos no me oirá moverme por el interior de las paredes.

Casi he llegado a la altura de la habitación de Cedric cuando un rumor me detiene en seco.

Reduzco la luz al mínimo y me quedo escuchando, aguzando los sentidos a través de la oscuridad. Pienso que voy a oír un correteo o el gritito chirriante de una rata, quizá el susurro de una serpiente.

Se me hiela la sangre en las venas.

Ahí está otra vez.

No es un gritito ni un susurro…, sino un paso.

Yo no soy la única que recorre a hurtadillas el pasadizo secreto esta noche. Alguien avanza por delante de mí en dirección adónde sea que acabe.

Sin pararme a pensar, sigo caminando a hurtadillas detrás de los pasos que me preceden, como si fuera yo la rata o la serpiente.

Rowan me dijo que el pasaje estaba pensado como una vía de escape para la familia real, así que ya sabía que el túnel continuaba después de sus habitaciones, pero todavía no había explorado esta parte.

Me lo tomo con calma, procurando ser lo más silenciosa posible. No me atrevo a aumentar la luz del farolillo, aunque me envuelve una oscuridad densa e impenetrable.

Con una lentitud insoportable, bajo un estrecho tramo de escaleras y luego otro y otro más siguiendo los pasos desconocidos, hasta llegar a los sótanos. Aquí el ambiente es frío y húmedo, y las paredes han cambiado: la piedra tallada del castillo ha mudado en un túnel de techo curvado que recuerda a una cueva.

Oigo un chirrido metálico allá delante, a lo lejos.

Me quedo petrificada.

Mucho después de que el sonido se haya esfumado, me obligo a seguir avanzando. Llego a una pesada puerta de hierro que marca el cambio del sótano al túnel propiamente dicho. Quienquiera que ha pasado antes que yo la ha dejado entornada: consigo colarme sin que vuelva a chirriar.

A partir de aquí, el túnel es estrecho y oscuro como una pesadilla. No oigo ni veo a nadie delante de mí. Inspiro hondo para reunir valor y empiezo a avanzar más deprisa, tanto como puedo sin dejar que mi farolillo golpee contra las paredes de tierra y ahogando gritos cuando las arañas se me enredan en la capucha y en el pelo. Es el temor lo que me impulsa a seguir adelante, el miedo a la oscuridad y a los lugares subterráneos, pero también la determinación.

Quiero saber quién está recorriendo el túnel, adónde va y por qué.

La puerta de la salida está cerrada y asegurada por dentro. Me arriesgo a destapar la luz de farol para echar un vistazo al pasador y al cabo de un momento estoy fuera, notando el mordisco del frío en una noche de luna. Me ciño el pañuelo a la cabeza y miro en derredor.

No veo a quién he estado siguiendo, pero oigo el crujido de sus pasos en el bosque. Avanza a un ritmo pausado y yo todavía estoy demasiado cerca. Tengo que esperar un momento antes de seguirle o corro el riesgo de que me descubra.

Detrás de mí, los muros del castillo se elevan hacia la noche. Esta

parte se interna en un pequeño bosque y el follaje de hiedra, helecho y cedro se adhiere a las paredes sin orden ni concierto. Las plantas ocultan parciamente la puerta. La examino de cerca. El cerrojo requiere una llave que no tengo.

Tendré que preguntarle a Rowan quién la tiene.

Y añadir al poseedor a mi lista de sospechosos.

Dejando la puerta entornada para poder volver a entrar, acecho los pasos que se internan en el bosque.

Me quedo muy atrás, escondida, hasta que la figura embozada llega a las afueras de Ryvin. Allí me resultará más fácil mezclarme con los grupos de mujeres que recogen la ropa tendida y barren los peldaños de sus puertas, y con los hombres que vuelven a casa después de trabajar en el muelle. Deambulo por las callejuelas, esquivando charcos de desperdicios y algún que otro mendigo, todo el tiempo con la cabeza gacha y el cuchillo escondido en la vaporosa tela de la bata. No es el atuendo más apropiado para un paseo nocturno, pero espero que el color oscuro y la pálida luz de las escasas farolas sean suficientes para que pase desapercibida. No me preocupa tanto que alguien me reconozca —mi retrato todavía no se ha difundido— como llamar la atención de alguien que pulula por las calles por motivos más oscuros que los míos.

Delante de mí, la figura dobla la esquina y entra en una taberna llamada El Perro Maldito justo cuando un cliente un tanto perjudicado sale tambaleándose a la calle. A continuación se oyen gritos cuyo motivo viene a ser: «Aparta tus asquerosas manos de las camareras».

Mierda. Este no es un sitio en el que pueda entrar sin llamar la atención. Y, aunque pudiera, no tendría manera de distinguir a mi presa de todas las figuras embozadas del interior.

Me quedo un ratito escondida en la calle, observando la puerta y

sopesando las alternativas que tengo. Mi desasosiego aumenta con cada segundo que pasa. ¿Y si es Rowan, que ha venido a beber algo o a buscar una mujer con la que pasar la noche? Me dejó muy claro que la familia real usa el pasaje a menudo por motivos personales.

Acabo de decidir que voy a volver al castillo cuando un hombre cruza el umbral y sale a la luz dorada de las farolas. Reconozco al instante la oscura mata de pelo castaño, los abruptos filos de su mandíbula bajo una barba de dos días, la belleza salvaje de su rostro.

«El príncipe Asher».



DIECIOCHO

Me pego a las sombras. Asher no parece borracho ni a la caza de una mujer. Sus labios dibujan una línea fina y adusta, y sus ojos observan la calle con penetrante intensidad.

Lo acompaña un hombre alto, mayor que el príncipe, de nariz bulbosa y cabello ralo. El tipo lleva abrigo, las solapas subidas y un sombrero calado hasta las orejas. No es un caballero. El abrigo no se le ajusta al cuerpo y está sucio; la barba y las botas lo identifican como un trabajador. El hombre mira a un lado y a otro antes de acompañar al príncipe Asher por una bocacalle situada a su izquierda; gracias a Dios, en sentido contrario a donde estoy yo.

Mi determinación aumenta. Es posible que ese encuentro no tenga nada que ver conmigo. Pero y si fuera así…

A las criadas se nos enseña a guardar silencio, a llevar cuidado y, por encima de todo, a ser invisibles. Me abro paso por las calles atestadas de gente tomando el sombrero del hombre alto como punto de referencia. Nadie me detiene; nadie me presta la más mínima atención. Sigo a Asher mientras se acerca cada vez más al río, donde la oscuridad es más profunda: hay menos farolas y los

locales son más sórdidos.

Súbitamente, unos cuantos hombres irrumpen trastabillando en la calle adoquinada, gritando y blandiendo los puños. En una esquina alejada, un grupo de prostitutas envueltas en vestidos multicolores, ceñidos y muy escotados, jalean a los hombres enzarzados en la pelea.

Yo me aparto, pero los mirones me cortan el paso y pierdo a Asher de vista.

«Maldita sea».

Alguien me empuja, un hombre situado en los alrededores de la pelea. Intento esquivarlo, pero entonces se fija en mí. Proyecta la mano hacia mí y me aferra el brazo.

—Vaya, vaya, pero ¿qué tenemos aquí? —farfulla arrastrando tanto las palabras que me cuesta entenderlas.

—Nada.

Me zafo de su mano con un tirón rápido.

El hombre me planta las manos encima otra vez.

—¿Cómo que nada, guapa? Y vas vestida para irte a dormir. Tendremos que meterte en la cama.

Se me acelera el pulso cuando me atrae hacia su cuerpo. Tiene los ojos velados y desenfocados, el aliento empalagoso contra mi mejilla. Forcejeo para liberarme, pero él está atento esta vez y me clava los dedos en el brazo.

—Suéltame. Lo vas a lamentar como no lo hagas —le advierto. Aferro el cuchillo con la otra mano.

Se ríe. A carcajadas. Luego pega su cara a la mía.

—Oh, me arriesgaré tratándose de una chica tan guapa como…

Le acerco el cuchillo a la garganta.

—Quítame las manos de encima.

El exceso de alcohol lo ha tornado descuidado, pero cuando nota

el mordisco de mi hoja sus ojos adquieren una expresión peligrosa. Con un gruñido inarticulado me aferra la mano que sujeta el arma. Rápida como una serpiente, le pincho en el cuello, suficiente para que sangre, y le deslizo la hoja por el brazo. Este segundo corte es más profundo y él retrocede con un rugido al tiempo que afloja la presión de la mano. Yo me suelto y le atizo una patada en las rodillas.

El hombre pierde el equilibrio y cae.

Echo a correr.

Ya no me preocupa averiguar el destino de Asher. Ya no me preocupa nada salvo escapar. Empiezo a asimilar lo sucedido: me duele el brazo y todavía noto el olor a licor del hombre en la cara.

Me he librado por muy poco. Me he salvado por los pelos.

Con el corazón a punto de salírseme por la garganta, busco un hueco entre el gentío, cerca de las prostitutas. A mi espalda se oyen chillidos, y distingo la voz del hombre, que sobresale por encima de las demás.

Debería haberle hecho un corte más profundo.

Casi he llegado a las mujeres. El sonido de sus voces zalameras, los gritos de los hombres que se pelean… Todo se funde en un jaleo discordante que me permite alejarme sin que nadie se dé cuenta. Me giro y miro para asegurarme de que el hombre no me sigue.

En ese momento, unas manos me aferran y me arrastran al callejón.

El pánico me reduce a puro instinto. Chillo, araño, golpeo. Intento usar el cuchillo, pero quienquiera que me haya capturado me desarma con facilidad. Este hombre es más grande y más fuerte que el borracho de antes. Y está claro que no lleva encima unas copas de más. Me inmoviliza los brazos con precisión y fuerza casi sobrenaturales, y me arrastra a una zona más sombría y silenciosa,

lejos de la muchedumbre.

Y de la seguridad que me brinda la gente.

Vuelvo a gritar, un chillido tan agudo que me escuece la garganta.

—Basta —dice una voz en mi oído. Mi asaltante me rodea con el cuerpo con tanta fuerza que casi me provoca dolor. Es un abrazo infernal.

Forcejeo con más rabia.

—Majestad… Ruby… basta.

—¿Asher? —Me atraganto con su nombre.

Afloja el abrazo una pizca, pero todavía me arrastra por el callejón, lejos de la multitud.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Me planta una mano sobre la boca. Le muerdo el dedo con toda mi rabia.

Retira la mano maldiciendo y me suelta con un pequeño empujón, y yo acabo estampada contra el ruinoso muro de un edificio que está cerca del río.

—¿Qué estás haciendo tú? —me espeta rabioso—. Sola, en plena noche, en la peor zona de Ryvin. Sin guardias, sin protección… ¿Tienes idea de cuánta gente te quiere ver muerta?

—¿Cómo tú? —replico con cierta violencia.

Durante una milésima de segundo, parece verdaderamente sorprendido. Pero la furia asoma de nuevo a su rostro y me mira entornando los ojos.

Abre la boca, sin duda para soltarme algo mordaz, pero un movimiento en la entrada del callejón capta su atención. Sin previo aviso, me pega contra la pared con todo el cuerpo y me sujeta la cara entre las manos a la vez que hunde el mentón hasta situar los labios peligrosamente cerca de los míos.

—¿Qué haces? —gruño.

Su cálido aliento me acaricia la mejilla.

—¡Eh! ¡Esa es mía! —grita una voz—. Me lo debe. Me ha herido.

Un dedo gélido resbala por mi columna vertebral. Es el borracho de antes.

Asher se acerca todavía más, de tal modo que no puedo asomarme al callejón. Solo veo el rotundo contorno de su mandíbula. Solo siento el peso de su cuerpo contra el mío. No consigo recuperar el aliento, no teniéndole… tan cerca… de mi cuerpo.

—Pues no haberla dejado escapar. Ahora me pertenece, amigo. Ve a buscarte otra —grita Asher.

Los pasos suenan más cerca.

La voz de Asher se torna peligrosa.

—Lárgate.

—¿Me vas a obligar tú?

El príncipe cambia de postura, levanta el brazo y el hombre grita.

Yo me encojo.

Asher devuelve la atención a mi cara. Su dedo roza mi mejilla, seguramente sin pretenderlo.

—No te preocupes. Estás a salvo.

Se me congela el aliento en el pecho. ¿A salvo? ¿Teniendo sus ojos verdes tan cerca, mirándome con tanta rabia? ¿Estando atrapada bajo su cuerpo?

«¿A salvo?».

Pasado un instante me está arrastrando por el callejón y el grito del hombre ha mudado en un gemido de dolor.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto sin aliento, porque ahora nos movemos a toda velocidad.

Levanta una mano y me muestra un minúsculo cuchillo.

—Es un arma arrojadiza.

La miro fijamente.

—Ese es el cuchillo que quiero aprender a manejar.

Enarca una ceja, pero se le insinúa una sonrisa en las comisuras de los labios.

Llevamos varias manzanas recorridas cuando vuelve a hablar.

—¿Cómo lo has hecho para salir del castillo sin escolta? ¿Han desaparecido los guardias otra vez?

Me planteo si mentirle. Pero ¿qué sentido tendría? Quizá sea mejor contarle que el secreto familiar ha dejado de ser un secreto para mí.

—Tu hermano me habló de los pasadizos.

Me lanza una mirada perpleja.

—¿Hace poco?

—¿Te parece mal?

Menuda sorpresa.

—¿Me estás diciendo que no conocías su existencia?

—¿Y cómo iba a conocerla? —le pregunto con sincera perplejidad —. Ningún miembro del servicio la conoce. Rowan me dijo que se construyeron como rutas de escape para los miembros de la realeza.

—Sí —dice, mirándome con atención—, pero Rowan y tú lleváis años reuniéndoos en secreto.

Se me hiela la sangre en las venas. Oyendo el tono que emplea al pronunciar las palabras «en secreto», este momento se me antoja infinitamente peligroso.

—¿Cómo lo sabes? —le espeto.

—No lo sabía con seguridad. Pero ahora sí.

Me fulmina con la mirada según avanzamos por los resbaladizos adoquines.

—Jugábamos al ajedrez —le digo, intentando que no parezca que me pongo a la defensiva. No tengo que defenderme ante él—.

Éramos amigos. No había nada malo en ello, salvo que él era un miembro de la realeza y yo soy… era… una criada.

Asher emite un ruido indefinido mientras me guía por otra calle, esta vez bordeando la orilla del río. Hemos dejado las tabernas atrás: ahora solo hay almacenes vacíos y algún que otro soldado de guardia en el puerto, fumando.

Los barcos crujen y el agua chapotea contra los laterales de los muelles. El ambiente inspiraría paz si no fuera porque es la clase de sitio en el que podrían asesinarte solo para quitarte las monedas que llevas en la bolsa.

—¿Era eso lo que hacías esta noche? —me pregunta Asher. Su voz me sobresalta—. ¿Escapar? ¿O reunirte con Rowan?

—Te estaba siguiendo —le confieso. Que sepa que lo estoy vigilando.

Casi hemos llegado a la muralla del castillo cuando soy yo la que se detiene para mirarlo con atención.

—¿Y qué hacías tú ahí fuera esta noche, príncipe Asher?

Me cede el paso a la entrada del túnel y me entrega su propio candil.

—¿Majestad? —me dice, sin responder a mi pregunta.

—¿Sí?

Odio el resplandor dorado que la luz del candil proyecta en su garganta y en la curva de su mandíbula.

Se pasa una mano por la cabellera. Sus ojos emiten un destello peligroso.

—No vuelvas a seguirme.

A continuación, me cierra la puerta en las narices.



DIECINUEVE

Garrick me ha pedido mi bendición para casarse con Esme. Esto explica las misteriosas idas y venidas que se traía últimamente. Pero la noticia sigue siendo un golpe bajo. Yo albergaba esperanzas de... (no, esperanzas no es la palabra adecuada). Yo deseaba algo que superaba incluso el poder de un rey. Y Garrick hace bien en lanzarse a por ello. En escogerla. Les daré mi bendición, aunque ella sea una plebeya. Merecen la felicidad que han encontrado.

Pobre rey Octavius, qué manera de lloriquear. El diario no es más que un lamento interminable sobre el amor que siente por Esme y lo mucho que desearía ser él quien se casara con ella en lugar de Garrick. Mientras tanto, es muy evidente que Garrick está tramando algo. Las «misteriosas idas y venidas», las respuestas cautas que el consejero ofrece a las preguntas del rey. Salta a la vista que el monarca está demasiado cegado por el amor que le inspira Esme como para reparar en la conducta cada vez más sospechosa de

Garrick. No sé si saber todo esto me ayuda en algo, pero en cualquier caso me exaspera.

Hoy es la víspera del baile y por fin ha concluido la última prueba del vestido, así como la última lección de Belle. Cierro el diario y lo escondo en el escritorio del rey. Ahora sería un buen momento para dar un paseo por el jardín con Sara.

Entre Beatriz y su ejército de modistas, Lissa y Theia siempre enredando por ahí y yo ocupada con una u otra reunión, apenas hemos tenido tiempo últimamente para pasar un rato a solas.

—¿Estás segura de que esto es apropiado? —me pregunta Sara mientras deambulamos entre la vegetación. Un jardinero poda un arbusto a varios metros de distancia—. Ahora mi posición social es inferior.

—Como diría el príncipe Asher, «gilipolleces». O al menos deberían serlo —rectifico al ver su expresión—. Tú eres mi doncella personal y mi dama de compañía, Sara —digo con firmeza al mismo tiempo que resisto el impulso de frotarme la cara para borrar el cansancio. Se supone que las reinas no se cansan—. Dudo mucho que nadie se atreva a presentar una queja ante mí.

Asiente, pero todavía parece preocupada, algo que no es nada propio de mi amiga.

La llevo hasta el final de un largo seto salpicado de delicados rosales.

—¿Qué te pasa?

Se encoge de hombros.

—A veces me gustaría que… —se interrumpe y echa a andar de nuevo.

—Sara.

Resopla una risa.

—No te preocupes, majestad. No sé ni lo que digo. Todo va bien.

—La otra noche… —dejo la frase en suspenso. He pensado a menudo en lo que me dijo (o estuvo a punto de decirme) mientras yo me quedaba dormida. Todavía no sé qué pensar de aquello—. La otra noche me pareció que me decías algo de una chica sacada de un cuento de hadas. ¿Qué querías decir? ¿Quién parece salida de un cuento de hadas?

Sara se queda paralizada. El sol poniente tiñe el cielo de un tono rosado que otorga a su piel un matiz dorado. La luz aún me permite ver el rubor que se extiende por sus mejillas. Al cabo de un momento me dice:

—Hablaba de ti, Ruby. Tú eres un cuento de hadas viviente. Tú pareces sacada de un cuento de hadas.

Esboza una sonrisa radiante y echa a andar de nuevo arrastrando la mano por la parte superior del seto, pero yo no me trago su inocente explicación ni por un instante.

Le gusta alguien y no quiere decirme quién es.

Tengo ganas de insistir, convencerla, suplicarle. Pero me limito a seguirla. La conozco lo suficiente como para saber que ni torturándola se lo arrancaría hasta que esté dispuesta a contármelo.

—Claro —le digo, imitando su aire ingenuo—. Yo soy un cuento de hadas viviente.

Cuando comprende que no la voy a presionar, su sonrisa se torna sincera.

—El otro día oí unas cuantas cosas sobre el rey —dice Sara, que está deseando cambiar de tema—. Ya sabes, las preguntas que me pediste que hiciera.

Me concentro al instante.

—Sí. Sobre quién vio al rey el día previo a su muerte. ¿Qué has descubierto?

No se lo puedo decir, pero ahora que conozco la existencia de los

pasadizos secretos, considero sospechosos a todos los miembros de la familia real. Aunque la serpiente también me demostró que la muerte pudo ser en diferido. Después de encontrar la víbora en mi baño, ya no estoy segura de que sir Henry estuviera en lo cierto respecto al veneno. O la toxina, mejor dicho. Y eso significa que cualquiera que tuviera acceso a los aposentos del rey los días previos a su muerte pudo dejar allí una serpiente o algo igual de peligroso.

Sara se golpetea la barbilla con un dedo.

—El príncipe Cedric estuvo con el rey ese día, a primera hora. Cuando se marchó, Octavius recibió a Bryson durante cosa de una hora. Luego se reunió con sus consejeros, aunque se rumorea que acabó echándolos. Lissa le abrió la cama esa noche. Las chicas dicen que estuvo fuera un rato, pero no demasiado rato, tú ya me entiendes. No parecía alterada y se fue a la cama como de costumbre. Sir Miller se encontraba mal, pero se las arregló para ayudar al rey con su rutina nocturna. Ah, y Henson le trajo las comidas. Gareth dice que lo probó todo, como hace siempre. Y luego, como ya sabes, Drake dio comienzo a su guardia y nadie más entró en la habitación hasta que él lo hizo al día siguiente.

—Qué interesante —le digo mientras despliego las piezas en el tablero de mi mente. Poco a poco voy visualizando la partida. Con demasiada lentitud, me temo—. ¿Y el resto de la familia real? ¿Alguno de ellos vio al rey aquel día? ¿Visitó la reina Narissa a su marido en algún momento?

El diario del rey Octavius deja muy clara una cosa: su esposa nunca le inspiró al monarca ni una mínima parte del afecto que sentía por Esme. ¿Estaba Narissa celosa? ¿Hubo indiscreciones, otras mujeres a lo largo de los años? Puede que viera en la enfermedad del rey la ocasión ideal para vengarse. Y estoy segura de que a la

reina le encantaría librarse de mí.

Sara se detiene. Hemos llegado al pequeño huerto de frutales que hay cerca de una estatua del rey Octavius. Alguien ha dejado flores en la base.

—Que yo sepa, solo fue a verle el príncipe Cedric.

—¿No te parece raro? —le pregunto—. Si tu marido estuviera enfermo, o tu padre, ¿no entrarías un momento para saber cómo se encuentra?

—Bueno, no es mi padre.

Sara arranca una hoja rígida y brillante del seto y la frota entre los dedos. De golpe, me acuerdo de que se escapó de un padre maltratador para venir aquí. Ojalá pudiera tragarme mi propia lengua.

—Lo siento…

Ella desdeña el comentario con un gesto de la mano.

—Ya sé que no lo decías en ese sentido. Y sí, supongo que una persona que no odiara a su padre lo visitaría. Pero ninguno de nosotros se dio cuenta de que estuviera tan enfermo, ¿no? Puede que ellos tampoco.

Rowan comentó algo así… Que llevaba un par de días sin ver a su padre. Si no recuerdo mal, dijo que el rey no quería visitas. Lo mismo que dijo sir Henry. Sin embargo, Cedric y sus consejeros estuvieron con él ese día.

Me quedo mirando los ojos pétreos de la estatua del rey Octavius. Ojalá pudiera contarme lo que le pasó en realidad. Por lo que parece, cuanto más me acerco a la verdad, más secretos tengo que desentrañar.

Y hablando de secretos…

—¿Has oído algo de que Belle tenga un amante?

—¿La princesa Belle? —Sara da un respingo de la sorpresa—.

Nunca se oyen cotilleos sobre ella.

—¿Podrías preguntar por ahí, por si acaso? Me pareció oír…, no sé, algo. Despertó mi curiosidad.

Sara sonríe con ojos chispeantes.

—Claro. Ahora eres tú la que has despertado mi curiosidad.

Pero lo que deseo de verdad es averiguar más sobre el príncipe Asher y sus misteriosos asuntos en Ryvin.

—¿Y por casualidad sabes dónde estaba el príncipe Asher la noche que el rey murió? ¿Con lady Rosaline, quizá?

Sara trastabilla un momento. Tuerce la cabeza a un lado mientras trata de recordar.

—Lo siento, no. No sé dónde estaba y dudo mucho que fuera con lady Rosaline.

—Los vi juntos por la mañana —le digo al recordar la camisa abierta de Asher y la mano pálida de Rosaline en el brazo de su prometido.

—Ah, ¿sí? —Sara se encoge de hombros—. Ya preguntaré. Pero no creo que…

Suenan unos pasos allí cerca. Levanto la vista y me sorprendo al ver a Rowan caminando hacia nosotras. El sol del atardecer tiñe de naranja intenso su piel dorada.

—Buenas tardes, majestad. Sara —nos saluda al tiempo que se inclina ante nosotras con un guiño.

Sara le hace una reverencia.

—Vaya, hola, príncipe Rowan. Es maravilloso verlo. Está muy guapo esta noche.

—Qué pelota eres —responde él con una carcajada—. ¿Podría quedarme un momento a solas con mi prometida?

Sara me lanza una mirada rápida y yo asiento. Con otra reverencia, pone rumbo al castillo.

—Perdona por la interrupción —se disculpa Rowan.

—No pasa nada —le digo—. Casi no te he visto últimamente.

—Qué vergüenza. —Entrelaza el brazo con el mío y me aleja de la estatua del rey Octavius—. ¿Aprovecharás para pegarme un pisotón cuando bailemos?

Contengo a duras penas un bufido nada refinado.

—Es posible.

—Me pondré las botas más recias que tenga para protegerme los pies —me dice sonriendo—. Dime una cosa, ¿soy yo lo único que has echado de menos últimamente?

Me ha conducido a un pequeño rincón decorado con rosales trepadores. También hay una mesa de mármol con sus sillas. Contengo una exclamación cuando veo lo que me está señalando.

—Oh, ¿podemos jugar?

Me apresuro hacia la mesa, donde nos espera el ajedrez de Rowan. Antes de que él responda siquiera, me siento delante de las piezas negras y le sonrío.

Él toma asiento en la silla de enfrente.

—Cuánto me alegro de volver a ver a la vieja Ruby.

—Sigue aquí —le aseguro, ya mirando el tablero—. Y te va a pegar una buena paliza.

Se ríe, un sonido delicioso que llevaba sin oír desde la mañana que supimos que había muerto su padre.

—Tú empiezas.

Le veo mover el primer peón.

—Me acuerdo de que el personal de cocina le servía la merienda a tu familia en esta mesa —le digo mientras hago mi primer movimiento. Yo solía observarlos escondida en el pino del otro lado del seto. Veía jugar a Rowan y a sus hermanos mientras yo me preguntaba si ese era el aspecto que tenía una familia de verdad.

Y soñaba con poder tener la mía propia.

—A madre le encanta estar al aire libre. El castillo se le antoja sofocante. —Sonríe hacia el tablero con los ojos tristes—. Procede de Yanos, ya sabes, un reino costero… Se crio entre la brisa del mar y las terrazas con balaustradas.

—Qué maravilla. Yo nunca he ido al mar, pero siempre he soñado con verlo.

El río Talas es grande y caudaloso, pero el mar Hinassi es infinito, poderoso. Libre.

Todo lo que yo siempre he querido ser.

—Bueno, ahora podrás ir, si quieres —dice. Es raro que su sonrisa se apague cuando pronuncia las palabras. Me sorprende que la perspectiva de hacer un viaje no le provoque más emoción. Es una de las pocas cosas que estoy deseando hacer una vez que haya pasado la coronación. Se supone que debo visitar otras partes de Lumaria, así como a nuestros aliados más próximos, para presentarles mis respetos como nueva reina. Por fin podré viajar a otros reinos, como los protagonistas de los libros que leo.

—¿Tú lo has visto? —le pregunto, tratando de entender su respuesta.

—Cuando era muy pequeño, madre nos llevaba a la playa unos meses de vez en cuando. Padre no se podía alejar tanto tiempo de Lumaria, así que enviaba a lord Hayes con nosotros. Sorren se pasaba todo el viaje mareado, pero a Asher y a mí nos encantaba. Aprendimos a pescar tiburones. —Su sonrisa asoma de nuevo—. Bueno, pensábamos que eran tiburones. Así los llamaba Tareth. Me parece que eran peces normales y corrientes, pero muy grandes.

Separa las manos para mostrarme el tamaño.

Me relajo un poco.

—Parece un viaje maravilloso. ¿Belle y Cedric iban también?

Baja los brazos para devolver la atención al juego. Hace su jugada.

—Belle sí. Cedric aún no había nacido.

—¿Y a Belle le gustaba?

Me cuesta imaginar a la refinada melliza de Rowan pescando tiburones.

Se encoge de hombros.

—No me acuerdo. Mi madre casi nunca la dejaba jugar con nosotros. Decía que Belle era una dama y una princesa, que no debía ir por ahí persiguiendo tiburones y cayéndose de las barcas.

Se me encoge el corazón al pensar en la joven princesa Belle metida en casa porque tenía que aprender las mismas tonterías que ahora me enseña a mí en lugar de correr en libertad con sus hermanos. Pero no me sorprende.

Le mato el peón.

—Cuando estemos casados podemos ir juntos. Me encantaría aprender a pescar.

—Claro —dice, pero la sonrisa no se refleja en sus ojos, igual que ha pasado antes. Me fijo en la pelusa que le cubre la mandíbula, en el movimiento de su pelo rubio oscuro. Belle y él comparten la misma nariz y los mismos labios carnosos, pero los ojos azules de Rowan son más brillantes que los de la princesa, el cabello de él más oscuro. Su parecido con Sorren resulta casi escalofriante.

—Maldita sea —dice por lo bajo cuando le mato el caballo.

Jugamos un rato en silencio.

—¿Y qué…? —le digo por fin— ¿Te imaginabas casado con alguna otra persona?

Levanta la vista un momento para mirarme. Yo me río y desdeño su apuro con un gesto de la mano.

—No soy ninguna cría, Rowan. Sé que has estado con muchas

mujeres. Y seguramente te han robado el corazón más de una vez, a juzgar por algunos de los comentarios que me has hecho en el pasado. Yo solo soy la humilde criada con la que te escapabas para jugar al ajedrez.

—Ya no —responde, pero no parece que eso le haga feliz.

—Lo que intento decirte es que lo entiendo. Sé que lo haces por tu familia. Y yo lo hago por la corona. Es una suerte que seamos amigos, pero estoy segura de que esta no era la boda que te imaginabas ni la que te hacía ilusión. No pasa nada por reconocerlo.

Me mata la torre con un movimiento rápido de la mano.

—Ninguno de los dos debería estar en esta situación. Tú no deberías ser reina, Ruby. Es una aberración, teniendo en cuenta todo lo que representa la corona.

Un momento. ¿Qué acaba de decir?

Sus palabras me sientan como una bofetada en la cara. ¿Una aberración?

Me pongo de pie y al hacerlo derribo con la mano la mitad de mis figuras de ajedrez.

—Espera, Ruby.

Me persigue y me obliga a parar debajo de un arco cubierto de hiedra. Varios trabajadores silenciosos y discretos están encendiendo las antorchas del jardín, pero nosotros estamos en una pequeña burbuja de oscuridad. Las sombras no me dejan ver su expresión. Pero ni falta que me hace, ¿verdad?

—Ruby, tú no lo entiendes… No quería decir que…

—¿No querías decir que eres un esnob? ¿Codearte con el servicio estaba bien hasta que la humilde criada se convirtió en una igual? Lo entiendo perfectamente, Rowan.

La verdad es que me sorprende lo mucho que me duele. Comprender que he obviado las señales. Porque estaban ahí, ¿no?

Su tendencia a desviar la vista, sin hablarme nunca durante las comidas o en presencia de su madre. El hecho de que ya no quisiera pasar tiempo conmigo como hacíamos antes. He pasado por alto los comentarios maliciosos de lord Stone y los gestos despectivos de lord Rutherford. Estoy lidiando con la manifiesta hostilidad del príncipe Asher. Pero ¿que Rowan albergue esa clase de sentimientos? ¿Mi amigo Rowan?

—Tú no eres mi igual, Ruby —dice, y yo resoplo una carcajada explosiva. Me agarra las manos negando con la cabeza y algo parecido al terror impregna sus palabras—. No, quiero decir, nunca has sido mi igual. Siempre has sido mejor. Eres más lista, más trabajadora, más considerada con los demás. Eres más curiosa y estás más abierta a vivir nuevas experiencias que nadie que conozca. Eres demasiado buena para la monarquía.

—Rowan, eso que dices no tiene pies ni cabeza.

Quiero reírme, pero en realidad tengo ganas de llorar. ¿Qué narices me está diciendo?

Tira de mí para atraerme al calor de su cuerpo y agacha la cabeza con la intención de mirarme a los ojos.

—No tiene ningún sentido que mi padre tuviera la capacidad de decidir sobre tu destino, criada o reina. Deberías haber podido elegir.

Noto la intensidad de su mirada como si fuera un contacto físico. Sus palabras se me antojan peligrosas.

Deliciosas.

Los recuerdos de la otra noche afloran espontáneamente. Cuando estaba entre los brazos de Rowan y el albornoz dejaba mi hombro al descubierto.

Puede que él esté recordando también esos momentos, porque su mirada se posa en mis labios. Sus manos todavía sujetan las mías y me arrastran lentamente hacia delante, hacia él.

El aliento abandona mi cuerpo.

Ay, mi madre, va a besarme. Las mariposas han vuelto, junto con una sensación de inestabilidad, como si estuviera viajando en un carruaje.

—Ruby, puedo…

La antorcha que tenemos detrás se enciende y nuestras siluetas adquieren relieve de golpe. El trabajador emite un ruidito, quizá de sorpresa, y se marcha a toda prisa, pero la magia se ha roto. Yo me despego de Rowan y me abrazo para protegerme del fresco nocturno, desconcertada ante el alivio que me inunda.

—Será mejor que entre —me excuso—. Casi ha anochecido.

Su rostro cambia, aunque no muestra decepción, como yo esperaba, sino una expresión comprensiva.

—Claro. Y mañana será un gran día.

El baile y este compromiso que no hemos escogido.

—Gracias, Rowan —le digo con el corazón en un puño. Los dos estamos atrapados—. Por si te sirve de algo, nuestra amistad siempre me hará feliz.

—A mí también. —Me desliza los dedos por debajo de la barbilla —. Encontraremos una solución, ¿vale? Mereces escoger tu propio destino.

Me recuesto contra él un poquito mientras emprendemos el regreso al castillo.

—Tú también.

Pero estamos hablando por hablar, ¿verdad? El mundo tiene la última palabra.



VEINTE

La traición se me antoja insoportable. Apenas puedo concebirlo, no me cabe en la cabeza... pero es cierto. He visto las pruebas con mis propios ojos. Garrick nos ha convertido en carnaza para los lobos. Esme, pobre Esme... Su marido es un traidor. Le he prometido que le perdonaré la vida, pero no me atrevo a mirarlo a la cara. Si lo hago, si lo veo, no creo que sea capaz de cumplir mi promesa. Mi rabia tiene vida propia, es un monstruo alojado en mi pecho. Apenas puedo respirar de tanto que me pesa. No, no puedo verlo ni hablar con él. No cuando albergo la seguridad de que le haría pedazos con mis propias manos, de que le infligiría el mismo dolor que él nos ha infligido con la máxima crueldad, a mí, a Esme, a toda Lumaria. La sangre de esta guerra ensucia sus manos.

—¡Ruby!

Cierro el diario de golpe y lo escondo debajo de la almohada, obligando a Princesa a bajarse de mi pecho al hacerlo. Ella maúlla irritada.

—Hola, Sara —le digo con alegría.

Ella me mira con severidad.

—¿Qué estás haciendo, si se puede saber? Tienes que prepararte para el baile. ¿Te acuerdas? ¿El fiestón que han organizado en tu honor y el de Rowan?

—Solo estaba leyendo. Relajándome un poco antes de la gran noche.

Le dedico una sonrisa culpable, todavía con la mente repleta de la rabia del rey Octavius. No sabía que fue Esme la que impidió que el Gran Traidor fuera ejecutado. Tampoco creo que nadie lo sepa. Los antimonárquicos tendrían más combustible con el que avivar las llamas si supieran que el rey perdonó la vida del criminal más odiado de Lumaria porque estaba enamorado de la esposa del traidor.

—Y has perdido la noción del tiempo.

Sara pone los ojos en blanco mientras extiende mi vestido. La prenda de esta noche es un derroche de terciopelo azul, brocado de oro y suave armiño. Solo es un poco menos desmesurado que el vestido para la coronación en el que está trabajando Beatrice, y sospecho que únicamente se ha moderado para que pueda bailar, una perspectiva que por otra parte, me aterra.

Me he aprendido los pasos: ese no es el problema. Lo que me agobia es la charla educada, el tener que escoger a mis parejas de baile de manera estratégica. Belle no ha dejado de instruirme al respecto, pero la única directriz que se me ha quedado grabada es «baila con el consejo» y «baila con mis hermanos». Puede que tenga suerte y esos bailes me ocupen toda la noche.

Sé que la presencia de Rowan, mi primera pareja de baile, será un consuelo. Aunque no paro de dar vueltas en la cabeza a sus palabras de anoche. Si eso es lo que piensa de mí y del destino, ¿qué sentimiento le inspira en realidad nuestro compromiso? ¿Y qué

sentimiento me inspira a mí? Es guapísimo, con esos ojos azules como piedras preciosas, pero nunca he pensado en él como algo que no fuera un amigo. Nunca he suspirado por él ni he soñado con él, no como me pasa con…

Corto de cuajo el pensamiento. Eso no importa. Ahora la cuestión es: ¿puede haber química entre Rowan y yo? ¿Podremos convertir este matrimonio concertado en algo más?

Intento imaginarme bailando con él. Besándolo…

La súbita imagen de mí misma bailando con el príncipe Asher irrumpe en mi mente, por más que intente mantenerla a raya. El cuerpo de Asher pegado al mío, una mano en mi cintura, la otra en mi propia mano. Su aliento contra mi oreja, tan cerca como lo tuve en el callejón. Susurra mi nombre con ese gruñido quedo que le caracteriza. Y, por alguna razón, lleva puesta la armadura de cuero.

Sacudo la cabeza para ahuyentar la imagen.

Ya basta. «Céntrate, Ruby».

Alguien golpea la puerta con los nudillos y Sara se apresura a abrirle a Lissa, que ha traído otro estuche más de maquillaje.

—Perfecto —dice Sara, y las dos se ponen a trabajar con ganas.

Para cuando me han retorcido el cabello en un recogido decorado con perlas y cintas doradas, y la cara me brilla por los polvos de oro que me han aplicado y mis labios están pintados de rojo oscuro, los dedos adornados con anillos, incluida la sencilla banda que me dejó el rey; y para cuando han terminado de unir, prender, coser y abotonar las distintas partes del vestido, el corazón me late a un ritmo desacompasado.

En ese momento, entra Theia con un despliegue de flores en los brazos. Me tiende el ramo.

—Drake dice que os están esperando, majestad.

Inspiro hondo, levanto la barbilla y poniendo en práctica las

lecciones de Belle, camino con paso fluido. Drake me abre la puerta y yo salgo entre el revuelo de los enormes faldones, que apenas pasan por la puerta.

En el castillo reina un gran bullicio. Los criados corretean de la cocina al Gran Salón y de allí al salón de baile. Los invitados entran por las puertas principales, así que Drake me acompaña por la terraza. Tengo que hacer una entrada triunfal, cómo no.

Casi hemos llegado al salón de baile cuando Rowan me intercepta.

—Majestad —me dice con una profunda reverencia—. Tengo un mensaje de lord Hayes para ti.

Está increíblemente guapo con la chaqueta de terciopelo azul celeste que le resalta los ojos y un pantalón negro, ceñido, que le marca los muslos. Resisto la tentación de mirarle los pies para comprobar si es verdad que se ha puesto unas botas recias.

—¿Sí? —pregunto.

Mira al guardia que me acompaña.

—Es un mensaje personal, majestad.

Qué… interesante. Espero que todo vaya bien. Ya soy un manojo de nervios; solo me falta otro percance que añadir a la lista.

—Déjanos solos un momento, Drake —ordeno con tranquilidad—. Puedes adelantarte y asegurarte de que el camino esté despejado. Voy enseguida.

—Por supuesto, majestad.

Drake me hace una reverencia y prosigue hacia las puertas que dan al salón de baile.

Me acerco al borde de la terraza, lo más lejos posible de los guardias que flanquean el pasillo.

—Ruby… estás…

Traga saliva visiblemente mientras observa mi vestido antes de posar los ojos en mi rostro.

Bajo el peso de su mirada me siento como una niña tonta que juega a los disfraces.

—Ya lo sé. Estos trapos son ridículos.

Un destello asoma a sus ojos.

—No iba a decir eso.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Qué quiere lord Hayes?

Un mechón de cabello rubio le cae sobre los ojos.

—Era solo una excusa. Todo transcurre según lo esperado. Es solo que… quería verte antes de que nos enfrentemos a los leones. Después de lo que hablamos anoche… quería saber que estás tranquila.

—¿Y tú? —Escudriño su rostro—. Me hablas de que escoja mi propio destino, pero este compromiso también es una imposición para ti. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Hace amago de tomarme las manos, pero entonces se da cuenta de que llevo un ramo de flores. Durante un buen rato se limita a guardar silencio con arrugas meditabundas en las facciones. El tintineo de las copas y las risas se filtran a través de la noche.

Por fin, parece tomar algún tipo de decisión.

—Ruby, no tenemos por qué seguir sus reglas. No tenemos por qué dejar que nadie decida por nosotros. Podemos decidir. Podríamos marcharnos, ahora mismo. Esta noche. Podríamos escoger nuestro destino.

No consigo descifrar el sentido de sus palabras. ¿Marcharnos? ¿Escoger nuestro destino? No entiendo nada.

—¿Qué estás diciendo, Rowan?

—Saldremos al jardín ahora mismo y no volveremos. Desapareceremos. —Se acerca y me sujeta la cara entre las cálidas manos. Nunca había visto una expresión tan intensa en su rostro. Su mirada prácticamente me quema—. Ruby, no hace falta que

juguemos a este juego. Es excesivo. Mató a mi hermano. Y ahora ha matado a mi padre. No quiero que acabe también con tu vida.

Mi mente está entumecida y silenciosa. Rowan, el canalla despreocupado y mi rebelde compañero de ajedrez, príncipe y hermano, me está diciendo que se quiere fugar conmigo. Rowan, la misma persona que, cuando me pilló espiándolo, decidió que fuéramos amigos en lugar de delatarme. Nunca, jamás, le había oído hablar así.

—Oh, Ruby —murmura. Sin soltarme la cara, agacha la cabeza hasta que nuestros labios se rozan. Es agradable y dulce, y el beso se me antoja tan reconfortante como una taza de té caliente.

Me concedo permiso para imaginarlo: los dos corriendo por el laberinto del jardín, huyendo de la absurda idea de que yo sea reina. Escapando del asesinato del rey y de toda esa gente que me quiere muerta. Tal vez encontrásemos una pequeña casa de campo en algún lugar apartado. Yo sería la criada de algún lord menor y él sería comerciante, y quizá incluso nos casáramos de verdad y tuviéramos hijos y viviéramos una vida tranquila. Una existencia marcada por la comodidad, la seguridad y el respeto.

A lo mejor, con el tiempo, surgía la pasión.

Hace un mes habría considerado la idea de escaparme con Rowan una gran aventura, la promesa de algo nuevo.

Sin embargo, ahora me parece una solución cobarde.

El rey Octavius confió en mí. Me ofreció todo un reino y me pidió que cuidara de él. No puedo huir de mis responsabilidades. Esa no es una opción que esté dispuesta a escoger.

Hay lágrimas en mis ojos cuando deshago nuestro beso.

—Lo siento mucho, Rowan. No me puedo fugar contigo.

El brillo de sus ojos se apaga, pero igualmente me dice con vehemencia:

—Por favor, Ruby. Por favor, marchémonos.

Niego con la cabeza, apesadumbrada.

—No puedo. Pero si tú necesitas marcharte, lo entiendo. Podemos romper el compromiso. Buscaré otra manera de apoyaros a ti y a tu familia.

Replica en un tono casi rabioso:

—Esto no tiene nada que ver con eso. Tiene que ver con…

Se calla de golpe. Inspira profundamente. Frota las palmas de las manos en su abrigo.

Cuando sigue hablando, lo hace en un tono casi desenfadado.

—Será mejor que vayamos al baile. Estarán esperando a que hagamos nuestra entrada triunfal.

Lo miro un ratito más, preguntándome el motivo de este cambio tan brusco. Pero él me dedica una sonrisa triste y entrelaza el brazo con el mío.

Juntos nos encaminamos a las gigantescas puertas de cristal que dan al salón de baile.

—¿Seguro que no te has disgustado? —le pregunto por lo bajo justo cuando Drake se reúne con nosotros.

Rowan me arrastra hacia su cuerpo con suavidad.

—El problema nunca he sido yo.

Cuando Drake abre las puertas del salón, aferro con fuerza el ramo de flores y la daga, no muy ceremonial, que llevo prendida a la cintura en su enjoyada vaina.

Roman y yo avanzamos hacia nuestro futuro y me pregunto sin poder evitarlo a qué destino acabo de pegarle un portazo en las narices.



VEINTIUNO

Una alfombra azul oscuro discurre desde la puerta hasta el centro de la estancia, y una multitud de nobles vestidos de punta en blanco relucen a la luz de un millar de velas. El resto de la familia real nos espera en el otro extremo de la alfombra. Aun a esta distancia veo la mueca en la boca de la reina Narissa. Es la primera en la fila del besamanos, pero está claro que este honor —en el que insistí cuando lord Stone me ofreció distintas opciones en el orden de bienvenida— no le parece suficiente.

Levanto la barbilla y adopto una expresión tan impávidamente regia como soy capaz. Igual que la princesa Belle, cuyo talante es la viva imagen de la imperturbabilidad. La expresión de Asher es una nube de tormenta formada por sus ojos verdes, el cabello oscuro y el odio que emana. Cedric no para de cambiar el peso de una pierna a la otra y parece incomodísimo.

El cuarteto de cuerda concluye su pieza y las trompetas toman el relevo, radiantes y chillonas. Tras las florituras, una voz sonora y profunda anuncia:

—La reina Ruby Zara Giovani Alyssa Veracruz y su prometido, el

príncipe Rowan Victor Finneas Maxwell.

Por Dios, qué nombres tan absurdos. Todos los míos, excepto Ruby, son inventados: lord Hayes dijo que no podían presentarme como Ruby la criada. Los escogí de libros que he leído a lo largo de los años, una combinación de ficciones para la ficción definitiva.

Doy un paso adelante soltando el brazo de Rowan por un instante, tal como hemos ensayado. Todos los presentes se deshacen en saludos y reverencias como una sola persona. La sensación es abrumadora.

Intimidante.

Vertiginosa.

«Respira, Ruby».

Despacio, tal como he practicado con la princesa Belle, recupero el brazo de Rowan y juntos recorremos la alfombra para reunirnos con su familia. Cuando llegamos a su altura se reanuda la música.

Narissa no puede ocultar el desprecio que le inspiro. Su reverencia es tan superficial y desganada que hasta yo me percato de que constituye un insulto.

—Buenas noches, reina viuda —le digo recalcando lo de «viuda».

Ella intenta atravesarme con la mirada.

El príncipe Asher apenas me mira cuando se inclina hacia mi mano como si le costara un gran esfuerzo. Le dice a su hermano:

—Espero que sea esto lo que quieres.

A continuación, es el turno de la princesa Belle, que hace una profunda reverencia y rompe su impavidez el tiempo suficiente para dedicarme un pequeño asentimiento de ánimo.

El príncipe Cedric me besa la mano después de que su hermana le propine un codazo sutil. No para de mirar hacia un lado, pero me dedica una sonrisa.

—No soy muy buen bailarín —me dice—. Me disculpo de

antemano.

Sonrío y me gustaría poder susurrarle: «No te preocupes. Yo tampoco». Pero seguro que eso sería materia de cotilleo para los nobles que nos observan con atención.

Una vez que la familia real me ha saludado, nos colocamos en la fila para recibir al resto de los invitados al baile. Nadie me toca, pero yo los saludo y repito sus nombres. Muchos «bienvenido» y «gracias por venir» y poco tiempo para apaciguar mi corazón desbocado.

Un noble mayor, de cabello blanco y deslumbrante con su capa negra de pieles y una chaqueta con bordados, se queda parado delante de mí sin inclinarse y sin decir nada. Lo miro a los ojos y me niego a agachar la mirada, pero una gota de sudor frío me resbala por el cuello. No necesito las clases de la princesa Belle para saber que esto es un desafío. Una negativa a reconocerme como reina.

—¿Su nombre, señor? —le pregunto con suavidad, aunque ya he oído a Asher saludarle como lord Maston.

Dedica un momento a adoptar una expresión ofendida por el hecho de que yo no sepa quién es, así que yo aprovecho el instante para pasar al noble siguiente. Esto le irrita aún más si cabe. Pero cambia de idea acerca de lo que pretendía decirme cuando Drake en persona le acompaña a otra zona del salón de baile.

—Majestad —dice lady Rosaline con esa voz tan dulce que tiene cuando le llega el turno. Me hace una reverencia flexionando mucho las rodillas. Está guapísima y muy elegante enfundada en su vestido de color morado con las mangas abullonadas. A diferencia de su padre ha escogido joyas discretas: un solo anillo de oro y dos finas ristras de perlas en torno al cuello. Ya ha reanudado el paso cuando murmura, de modo que solo yo pueda oírla—: Siento mucho lo de la gatita.

Abro los ojos de par en par. No esperaba que se refiriese a ese

momento… o que recordase siquiera que la criada impertinente era yo.

Finalmente, después de mucho rato, la cola del besamanos llega a su fin y un lacayo me trae una copa de vino. Mi ramo de flores ha desaparecido. Si no recuerdo mal, Theia dijo que las repartirían como obsequio a las jóvenes casaderas de la aristocracia.

—¿Me concedes este baile, majestad?

El príncipe Rowan me tiende la mano inclinándose ante mí. Yo dejo la copa y lo tomo del brazo, y pillo al príncipe Asher torciendo el gesto.

¿Ese hombre sonríe alguna vez?

Rowan me acompaña a la pista de baile y ejecutamos los primeros pasos de un vals. La precisión de la danza me tranquiliza. Igual que las del ajedrez, las reglas del baile son concretas y predecibles.

Todos los ojos están puestos en nosotros. Veo algunas sonrisas, pero abundan más los ceños y los susurros disimulados. Los chismosos están disfrutando del espectáculo que ofrece la criada misteriosamente elevada a reina.

Clavo la mirada en la rosa blanca que Rowan lleva en el ojal e intento sonreír como si de verdad tuviera ganas.

—Esto es aterrador —reconozco en susurros mientras me arrastra por la pista de baile—. ¿Cuánto tiempo tenemos que hacerlo?

—Bueno, los bailes acostumbran a durar hasta el alba… —Se ríe de mi expresión horrorizada. Es agradable verlo animado otra vez—. Pero eso no significa que tengas que quedarte. Eres la reina. Tu palabra equivale a la de Dios. ¿No fue eso lo que dijo Tareth?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tengo aspecto de ser Dios?

Su expresión jocosa cambia, se torna más intensa. Me mira largo y tendido desde los pies hasta la corona que llevo en la cabeza.

—No, de ser Dios no —responde con suavidad, y me pega el cuerpo mientras nos desplazamos por la pista—. Pero quizá una diosa.

Me arden las mejillas.

—Pero, en serio, deberías marcharte antes del alba —me dice en un tono más grave—. No te agotes. Esta gente no lo merece.

—Rowan, lo siento… Lo de antes. Es que…

No sé qué intento decirle exactamente, pero no quiero que siga haciendo esto, hablar conmigo y bailar conmigo como si todo fuera bien, como si no acabara de reconocer que quiere fugarse conmigo.

Antes de que pueda terminar —o de que él pueda responder— la canción llega a su fin. Rowan me arrastra entre giros exagerados al borde de la zona de baile y concluye con una inclinación final. Luego me acompaña afuera con un giro inverso antes de arrastrar a su hermana con un giro natural para integrarla en la pista. Lord no-sé-qué me está esperando, prácticamente temblando de impaciencia mientras aguarda su turno. Detrás de él, Asher me fulmina con la mirada. Otra vez. ¿No debería estar bailando con lady Rosaline?

Cuando se da cuenta de que lo miro, se da media vuelta y abandona la estancia a grandes zancadas.

Concedo mi atención al noble unos instantes antes de ponerle una excusa para marcharme.

Debería estar en la pista, pero Belle insistió en que concediera los primeros bailes a sus hermanos. Eso significa que Asher y yo deberíamos estar en la pista. Si se marcha sin más… no creo que mi imagen salga reforzada, ni la de Rowan. No podemos permitir que los chismosos piensen que hay desavenencias entre los dos.

Abandono la fiesta siguiendo a Asher por el pasillo oscuro y resonante que hay más allá cuando una mano sale disparada de la oscuridad y me arrastra al hueco de una escalera de caracol.

«Otra vez no».

—Te dije que no me siguieras —gruñe Asher.

La vela que lleva en la otra mano arroja lenguas de luz a su cara en sombras. Es tan alto y tan corpulento que llena el espacio y tiene que inclinarse hacia mí para no golpearse la cabeza.

—Pues deja de escabullirte —replico—. Y deja de arrastrarme a rincones oscuros. No es agradable.

—Odio los bailes. Son…

—¿Estupideces?

Una sonrisa renuente se le insinúa en los labios.

—Sí.

—A mí me parece que tu problema es otro —le digo. A mi voz le pasa algo raro. Suena demasiado ahogada, demasiado grave para ser la mía.

—¿Y qué problema es ese, mi reina?

Deja la vela en la repisa que hay a su espalda.

—Que no querías bailar conmigo.

El corazón se me acelera por alguna razón que no entiendo y un estremecimiento recorre mi piel bajo el vestido.

Se ríe en un tono que pretende ser brusco, pero que no lo es; en realidad no.

—¿Y eso es un problema?

—Es el protocolo. —Intento aferrarme a mi enfado—. Se supone que tengo que bailar contigo y con Cedric, pero tú no estás cooperando.

—Ah… Así que quieres que coopere, ¿eh? —La luz de la vela titila en sus labios. Su manera de decir «cooperar» otorga a la palabra un matiz indecente—. Que se ocupe Rowan de los deberes familiares. Él es tu prometido, al fin y al cabo. A mí no me interesa.

Las palabras calan en mí, tan alentadoras como un chapuzón en

un lago helado.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Asher está prometido con lady Rosaline y me odia. Pues claro que no quiere bailar. Y yo, la reina, me estoy poniendo en ridículo persiguiéndolo por ahí. Ese sí que será un buen tema de conversación para los chismosos.

—Lo siento —le digo mientras una sensación ardiente se apodera de mis mejillas. No sé qué me pasa. Algo. Algo relacionado con la persona que Asher era antes y mi costumbre de mirarlo desde la distancia—. Sé que me odias. No debería haberme empeñado en que bailes conmigo. Ha sido injusto.

Se que me estoy saltando una de las reglas de Belle —de hecho, muchas, seguramente—, pero me da igual. Este momento me ha descolocado. Tengo que volver al baile. Tengo que cumplir mi deber.

Salgo al pasillo.

—Ruby. Espera.

Me detengo sorprendida al oír que Asher pronuncia mi nombre de pila.

—Vuelve. Por favor.

Me doy media vuelta entre el frufrú del vestido. Me tiende una mano; aturdida, le dejo que me arrastre al hueco de la escalera otra vez. Miro fijamente sus ojos, de un dorado verdoso a la luz de la vela. Entrelaza los dedos con los míos, despacio.

Desliza la otra mano por mi cintura.

Se inclina hacia delante para murmurarme en la delicada curva de la oreja:

—Nuestro problema nunca ha sido el odio.

Un delicioso escalofrío resbala por mi piel. Empezamos a mecernos con los cuerpos pegados, pero esto no es un vals. Su mejilla roza la mía provocándome minúsculas descargas eléctricas en

todo el cuerpo. Nuestros labios están muy cerca. Nosotros estamos muy cerca. Tantos momentos vividos a lo largo de los años, cuando yo lo observaba en secreto. Y hace poco, cuando él me vio, me miró con atención, como si no pudiera evitarlo.

Ay, Dios, tiene toda la razón. Esto no es odio.

Y está claro que es un problema.

Súbitamente un rayo de luz ilumina la cara de Asher. A continuación, retumba un trueno tremendo, tan intenso que tiembla el suelo.

Abro los ojos de par en par.

—¿Es una tormenta?

Asher tuerce la cabeza mientras una expresión rara se apodera de su cara. Hace un gesto de negación.

—No creo que…

Y, en ese preciso instante, estallan los gritos.



VEINTIDÓS

Sin dudar ni un momento, Asher sale disparado del hueco de la escalera en dirección al salón de baile. Corro tras él y maldigo entre dientes cuando mi engorroso vestido se me enreda entre las piernas.

Para cuando llego a la sala con el cuchillo en ristre, el humo ya se eleva en nubes sofocantes y un olor acre impregna el aire. La gente corre por todas partes buscando refugio. Se oye el repicar de las espadas y una mujer chilla a todo pulmón cerca de la entrada con el hombro desnudo manchado de sangre. Hay cristales por el suelo. No distingo a Asher —ni a ningún otro miembro de la familia real— en el maremágnum.

De repente, Drake aparece entre el humo. Hay rastros de sangre en su cara y en su espada. Exhibe lo más parecido a una expresión de pánico que he visto nunca en su rostro.

—¡Majestad! —Se apresura hacia mí—. Os estaba buscando. Vamos, tengo que poneros a salvo.

—¿Qué pasa? —le pregunto resistiéndome a seguirlo cuando tira de mí. Intento mirar al interior de la sala para entender qué está pasando—. ¿No deberíamos quedarnos? ¿No podemos ayudar?

—Sois la reina —me dice con severidad—. Tenéis que salir de aquí.

Prácticamente a rastras me saca al pasillo, lejos del estrépito y del gentío. Lejos de Asher y de Rowan. Se me encoge el corazón.

—¿Están a salvo los demás? ¿Qué pasa? —pregunto de nuevo, ya sin aliento por el peso del vestido.

—Un atentado —dice Drake—. Se ha producido una explosión y nos han atacado. Han herido a la princesa Belle. En cuanto a los demás… esperemos que estén sanos y salvos.

Tardo un rato en comprender adónde me lleva Drake: el pasadizo secreto que discurre por detrás de las dependencias de la realeza no es el único túnel del castillo. También hay catacumbas. En la actualidad, los miembros de la casa real son enterrados o incinerados más allá de los muros del palacio, pero tiempo atrás los cuerpos de la aristocracia se sepultaban bajo el edificio. En las profundidades, muy por debajo del reino de los vivos.

Drake abre la pesada puerta de hierro y, cuando lo hace, nos golpea una vaharada del mohoso aire de un túnel estrecho y oscuro. Es imposible que mi vestido quepa aquí dentro.

Enviándole una disculpa mental a Beatrice y a sus laboriosas ayudantes, extraigo el cuchillo de su vaina y procedo a cortar por los precisos puntos que sujetan los faldones al corpiño. Aunque me tiemblan las manos, solo tardo unos instantes en desprender la enorme pieza de tela del resto del vestido.

Unos gritos a lo lejos rompen el silencio.

—Deprisa, majestad —me dice Drake. Hay pánico en sus ojos cuando tira los faldones a las escaleras y me arrastra hacia la oscuridad.

Una serie de cuevas se despliegan por debajo del castillo. En la más alejada, donde se encuentran los mausoleos de los primeros reyes y reinas, arden las antorchas, pero las largas galerías que se

extienden en el espacio intermedio están atestadas de huesos y oscuridad. Solo he bajado aquí una vez, cuando Rowan me desafió a colarme con él. Me recibe el mismo aire estancado, el mismo silencio sepulcral. Se me eriza el vello de la nuca.

Drake y yo nos quedamos un momento parados en la base de las escaleras, resollando. La ausencia de luz nos envuelve como un manto asfixiante. El resto del mundo se me antoja a un universo de distancia.

La presencia de Drake se torna pesada a mi lado, su respiración suena demasiado ruidosa en el silencio.

Y súbitamente, recuerdo que no estaba en mi puerta cuando encontré la serpiente en el baño.

Su afirmación de que fue la última persona que vio vivo al rey y la primera que lo vio muerto.

Me recorre un escalofrío de la cabeza a los pies. ¿Por qué no hemos ido a mis aposentos, donde se puede bloquear la puerta? ¿Donde una salida secreta ofrece una vía segura al exterior del castillo?

¿Por qué, en vez de eso, estamos atrapados aquí abajo, donde no podríamos escapar si alguien consiguiera entrar?

¿Y si hay alguien esperándome dentro?

Mi respiración se acelera, la oscuridad empieza a pesarme.

¿No me habrá traído Drake aquí abajo… para deshacerse de mí personalmente?

—Deberíamos encontrar otra salida —digo rompiendo el silencio—. No podemos quedarnos aquí.

—No podemos arriesgarnos a salir al aire libre —responde. El apremio de su voz parece auténtico. Pero eso no reduce la agitación de mi corazón—. Los antimonárquicos han tomado el castillo por asalto. La estarán buscando. Os quieren a vos.

La mano de Drake busca mi brazo y me insta a abandonar la base de las escaleras para internarme en la oscuridad de la cueva.

Opongo resistencia.

—No creo que este sitio sea seguro.

Ojalá no me temblara tanto la voz.

—Por favor, majestad. Tenemos que alejarnos de la puerta.

Drake usa un pedernal para encender la antorcha que hay en la base de las escaleras. La luz parpadea macabra sobre los cráneos que forran las paredes.

—¿Mejor así?

Me giro para mirarlo…

Y veo surgir otro rostro de la oscuridad, por detrás de su hombro.

No tengo tiempo ni de gritar antes de ver al hombre hundir una daga en la espalda de mi guardia.

VEINTITRÉS

Drake gime y su cuerpo se crispa cuando el acero penetra en su carne. A pesar de todo avanza un paso trastabillante para tapar la entrada al pasaje. Para impedir que su atacante pueda alcanzarme.

Oigo un chasquido húmedo cuando el hombre extrae la daga. Muy despacio, Drake se desploma en el suelo y la antorcha oscila en su mano. Sus ojos buscan los míos. Mientras la sangre brota de su boca, me grita una única palabra.

—¡Corre!

A continuación, levanta los temblorosos brazos y usa la antorcha para prender fuego a los ropajes del hombre.

Las sombras y las llamas empiezan a saltar. El hombre aúlla. Drake gime de nuevo y veo el instante en que la vida abandona su cuerpo.

Con un sollozo entrecortado, me doy media vuelta y salgo corriendo.

El hombre suelta una retahíla de maldiciones a mi espalda y oigo las frenéticas palmadas de sus manos contra la tela, el roce de un cuerpo que rueda por el suelo.

Rezo para que haya bastado con eso, para que las llamas acaben

con él. Se hace un silencio. Pero antes de que el alivio llegue a inundar mi cuerpo, el inquietante eco de unos pasos se proyecta en el aire.

«Mierda».

Serpenteo por los largos corredores de huesos buscando el recodo más oscuro, el escondrijo más silencioso. Voy apagando antorchas a medida que avanzo para sumir los pasajes en una oscuridad más profunda, porque soy consciente de que su manto es la única protección con la que cuento. Sigo corriendo, rogando que haya otro camino, que la galería continúe, pero pronto, demasiado pronto, llego a un punto muerto.

Una pared de huesos me cierra el paso.

Conteniendo otro sollozo, doy media vuelta y me cuelo en un nicho que alberga tres sarcófagos.

Me agazapo detrás de uno con mi ridícula arma en ristre e intento aquietar mi agitada respiración.

Lágrimas silenciosas resbalan gélidas por mis mejillas.

Aguzo los oídos con desesperación para poder oír sus pasos, fuerzo la vista para atisbar el más mínimo destello de luz.

El tiempo que tarda en encontrarme se me antoja un suspiro y una eternidad. Me quedo acuclillada detrás del sarcófago tanto tiempo como puedo con la esperanza de que el destello de la antorcha no me alcance.

Pero al cabo de nada me ilumina.

Suelta una exclamación triunfal, pero el entusiasmo hace que se precipite y la luz de la antorcha se proyecta enfermiza contra las paredes de huesos que me envuelven. Eso me libra de su primera y apresurada embestida. Pero no tengo escapatoria. Es un tipo inmenso, una sombra gigante que me bloquea el paso.

Un gigante que no sabe que voy armada.

Me abalanzo sobre él canalizando todo mi terror en el movimiento que Asher me ha obligado a practicar una y otra vez. El tamaño del cuchillo ayuda. La fuerza que me presta un terror desmesurado ayuda todavía más. Le hundo la hoja en el vientre. Él trastabilla hacia delante al tiempo que lanza un rugido y yo tiemblo tanto y estoy tan conmocionada que suelto la daga. El hombre cae y se lleva el cuchillo consigo.

Mierda, mierda, mierda.

Ahora no tengo nada con lo que defenderme.

Retrocedo hasta toparme con una pared de huesos, notando el latido del pánico en las sienes, cuando él se incorpora y avanza de nuevo hacia mí.

Esto es el fin. Estoy jadeando, rascando el muro y arrancando piedras y huesos con el anhelo de encontrar una grieta, una hendidura que pudiera insinuar una puerta oculta, una última esperanza. Tengo los dedos ensangrentados, en carne viva, y en este momento lo sé con cada fibra de mi ser.

No voy a salir de esta. Voy a morir.

El hombre también lo sabe.

Enarbola la daga. Con la otra mano sostiene la antorcha.

La luz le ilumina la cara, la sonrisa cruel.

Ahogo un grito.

Ay, Dios mío. Lo conozco.

Es el hombre del sombrero de copa que vi en Ryvin. El que estaba hablando con Asher.

Blande la daga y está a punto de clavármela cuando, de repente, se le afloja la mandíbula. La daga cae de su mano y repica contra el suelo de piedra, acompañada de la antorcha.

Y entonces, lo veo entre la luz temblorosa: la ensangrentada punta de una espada le asoma del pecho. Y justo detrás, con sangre

en la sien y la chaqueta desgarrada, está Asher.

VEINTICUATRO

Me quedo mirando con incredulidad cómo Asher arranca la espada y pasa por encima del moribundo machacándole los huesos. Aparta la antorcha de una patada y llega por fin a mi lado.

—¿Estás herida? —me pregunta con una voz empapada de un instinto de protección oscuro e inesperado.

Mi cuerpo reacciona y me asalta el impulso de echarle los brazos al cuello, desplomarme sobre él, respirar la seguridad que me ofrece.

Pero me quedo rígida; mi columna vertebral está envuelta en hielo.

—Asher —le digo con voz ronca—. Te vi… te vi con ese hombre en Ryvin.

Visualizo el recuerdo: Asher y el hombre saliendo de la taberna, enfrascados en conversación mientras recorrían la calle nocturna. Por más que los envolvieran unas sombras cambiantes, sé quién es el hombre que ha intentado asesinarme y con quién estaba esa noche en Ryvin.

—¿Qué hacías con él? —le pregunto en el ambiente opresivo que

crean los tenebrosos huesos de los muertos—. ¿Por qué quería matarme?

Asher no responde. En vez de eso, recoge la antorcha del suelo.

—No sé por qué Colin quería acabar con tu vida —responde en tono áspero y grave—. Nuestro encuentro de aquel día no tuvo nada que ver con esto. Ven, vamos. Tenemos que salir de aquí.

Emprende la marcha por la galería sin esperar a que le siga.

No sé si creerle. Pero tengo claro que no quiero quedarme aquí en la oscuridad con un cadáver reciente. Me apresuro a saltar el cuerpo con sumo cuidado.

—Asher —le llamo casi en susurros. La voz no me acaba de funcionar.

Tampoco las piernas. Se han tornado blandas como mantequilla y tiemblan de un modo horrible.

La parte más complicada es pasar por encima del cadáver de Drake.

La culpa y la pena me asaltan en oleadas. Pensar que he dudado de él. Saber que me ha protegido a costa de su propia vida. Me resulta insoportable dejarlo aquí, entre los muertos de las catacumbas. Juro volver tan pronto como me sea humanamente posible para asegurarme de que su sacrificio sea público y compensado. Para asegurarme de que se le entierre con honores.

—Date prisa, Ruby —me urge Asher cuando se para a esperarme en el último peldaño de la angosta escalera. Todavía me tiemblan las piernas cuando lo alcanzo. Salimos al distribuidor del castillo y noto el ambiente caliente y saturado de humo en comparación con la fría humedad de las catacumbas. Asher avanza a toda prisa por el pasillo.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, y las palabras me raspan la garganta.

—A tu habitación —responde—. Lord Rutherford convocará en breve una reunión del consejo. Lord Hayes va a instalar un hospital de campaña en el Gran Salón. Lord Stone está… Bueno, espero que no siga escondido en un rincón chillando como un cerdo.

—¿No deberíamos ir directamente a la reunión?

Se vuelve a mirarme y arquea una ceja.

—¿Así?

Me miro el cuerpo. Ah. Vale. La fina enagua blanca del vestido que he descuartizado revolotea sobre mis muslos desnudos. El corpiño está desgarrado, casi todas las cuentas se han desprendido durante la pelea y las ballenas que quedan apenas contienen mi pecho.

Me pongo colorada.

—Muy bien. Primero me visto y luego nos ocupamos de todo lo demás.

Enfilamos en silencio el camino hacia los aposentos de rey. Los gritos y la conmoción resuenan en el castillo, pero se trata de un revuelo más controlado que antes. Peticiones de ayuda más que explosiones. Los ecos de un llanto reverberan en algún lugar cercano y se me encoge el corazón al pensar en todo lo que ha pasado esta noche, en todo lo que aún no sé sobre el ataque.

Asher se gira a mirarme una y otra vez, y en cada ocasión sus ojos recorren mi cuerpo. ¿Con expresión de reproche? ¿O para asegurarse de que sigo de una pieza?

Tratándose de él es imposible saberlo.

Llegamos a la puerta del rey sin cruzarnos con una sola alma, algo que, teniendo en cuenta mi desnudez, seguramente sea una bendición.

—Nos vemos en el Gran Salón —le digo a Asher haciendo amago de cerrarle la puerta en las narices.

—Te espero aquí.

Algo en su expresión sombría me asusta.

—¿No pensarás que…?

—¿Si pienso que podrían quedar rebeldes en el castillo? —Me mira con gravedad—. Prefiero no correr riesgos.

Es raro verlo ahí de pie, en el puesto de Drake, y se me revuelven las tripas. Cierro la puerta y me recuesto contra la hoja un momento mientras intento respirar.

Agacho la cabeza, abrumada por el peso de este día. Por la muerte de Drake. Por los disturbios en Lumaria. Por el hecho de que un hombre —un hombre que Asher conocía— ha intentado matarme. Por la intervención del propio Asher, que inexplicablemente me ha salvado.

Pensaba que el príncipe quería verme muerta y ha tenido la ocasión perfecta: ni siquiera habría tenido que ensuciarse las manos. Solo con esperar un momento, con no apresurarse… yo habría desaparecido del mapa y él habría conseguido lo que quiere.

Hay jugadas de ajedrez en las que sacrificas ganancias a corto plazo por una estrategia global, pero el objetivo siempre es, en último término, ganar.

Ahora ya no estoy segura de saber lo que se propone ganar el príncipe Asher.

Sin una doncella que me eche una mano, escojo el vestido más sencillo que tengo, con lazos en la parte delantera. Me lavo las manos y la cara, y me froto los churretones de lágrimas mezcladas con kohl y polvos dorados. Cuando me reúno con Asher en el pasillo, me parezco más a Ruby la criada de lo que me he parecido en semanas.

Asher me mira largo y tendido antes de dirigirnos al pasillo.

Antes de llegar siquiera al Gran Salón oigo el revuelo que reina en el interior. Llantos, gemidos, gritos de socorro. En el interior nos

recibe el tufo de la sangre mezclada con ceniza. Cadáveres envueltos en sábanas se alinean junto a una pared. La cantidad de muertos es apabullante. Y los criados todavía están trayendo más.

Al otro lado de la estancia han instalado camastros para acomodar a los heridos. Sir Henry, muy ajetreado, se apresura de uno a otro con ayuda de varias criadas que siguen sus indicaciones.

Narissa está sentada a un lado con Belle y Cedric. Los tres llevan apósitos en la cara y hay manchas de sangre en las vestiduras. Belle se mira las temblorosas manos y por una vez su expresión refleja hasta qué punto está alterada. Cedric está inclinado hacia delante con la cabeza enterrada entre las manos.

¿Dónde está Rowan?

El rostro de Narissa se desencaja cuando ve a Asher. Él se apresura a reunirse con ella y la deja echarle los brazos al cuello y llorar.

Filas de soldados pasan por detrás de mí patrullando el Gran Salón. Estoy segura de que hay guardias por todo el castillo buscando a los rebeldes.

Cuando Lord Hayes me ve, todo su cuerpo se crispa de la sorpresa. Camina a grandes zancadas al centro del salón, donde yo estoy.

—Majestad, ¿por qué no estás escondida? ¿Estás herida? Sir Henry debería examinarte.

Señala el camastro que hay junto a Cedric.

—Estoy perfectamente —le aseguro—. ¿Dónde está Rowan? No lo veo.

La expresión de lord Hayes se transforma.

—Ven, el consejo te está esperando.

Esto no me gusta. No, esa respuesta no me ha gustado nada. Se me cae el alma a los pies y de nuevo miro a un lado y a otro con

desesperación. Rowan tiene que estar aquí. Lord Hayes no me va a dar una mala noticia. No lo va a hacer.

Busco los ojos de Asher. Él tiene el ceño fruncido y su expresión traiciona la inquietud que le embarga. Aprieta por última vez el hombro de su madre con cariño antes de seguirme a la sala del trono junto con lord Hayes.

Lord Stone y lord Rutherford ya están allí, además de varios de los principales funcionarios, incluido el teniente Gaynor. No hay rastro de Rowan.

«Ay, mierda, ay, mierda».

Tendría que haberme escapado con él. Si lo hubiera hecho, Rowan estaría ahora sano y salvo.

—Decidme qué le ha pasado a Rowan —exijo levantando la voz por encima de los murmullos quedos de los consejeros.

Lord Hayes carraspea y señala con el mentón los dos tronos instalados en el fondo de la sala.

Cuanto más tardan en responder, más aprisa me late el corazón. Me encamino al trono del rey y me siento en él, obediente, sintiéndome una absoluta impostora. De todos los eventos y actividades que hemos organizado para celebrar mi coronación, nada me ha parecido más real —ni más falso— que el hecho de sentarme en este trono.

—Bueno —digo apretando los dientes, ya preparada, consciente de lo que van a decir—. Decídmelo de una vez. ¿Dónde está Rowan?

El teniente Gaynor da un paso adelante y se dirige a mí de un modo que incluye a Asher como comandante del ejército de Ryvin.

—Un grupo de antimonárquicos armados, bien organizados, han tomado por asalto el salón del baile rompiendo las ventanas y lanzando bombas incendiarias fabricadas con botellas rellenas de alcohol. Atacaron a los invitados gritando propaganda y lemas

antimonárquicos.

—Y atacaron al príncipe Rowan —termino por él—. ¿Es… es uno de los cuerpos del Gran Salón?

Noto el sabor de la bilis subiéndome por la garanta.

Las palabras «Rowan ha muerto» laten en mi cráneo con tanta intensidad que apenas oigo lo que dice el teniente Gaynor a continuación.

—Majestad, el príncipe Rowan… fue visto organizando el asalto con los atacantes. Les ordenó que se alejaran de sus hermanos y tomó las armas con ellos. Mis hombres lo han arrestado. Está encerrado.

Tardo un momento en procesar lo que el teniente acaba de decir.

—¿Que Rowan…? ¿Que Rowan ha hecho qué?

Seguro que le he oído mal.

El teniente Gaynor agacha la cabeza. Asher suelta una maldición y se estampa el puño en el muslo.

Lord Stone se sobresalta. Sus elegantes ropajes están empapados y manchados de hollín.

—Ese chico siempre se ha dado muchos aires. Ya se veía que iba por mal camino.

Antes de que yo pueda reaccionar, Asher se planta delante de él.

—Estás hablando de mi hermano. Cuidado con lo que dices.

Rowan estaba conspirando con los antimonárquicos. No me cabe en la cabeza. Pero si él forma parte de la monarquía… No tiene ningún sentido.

¿Por eso quería marcharse? ¿Intentaba ponerme a salvo?

Y luego, la peor pregunta de todas: ¿sabía lo del asesino?

Tengo las tripas revueltas. Me parece que voy a vomitar.

—Durante los disturbios —empiezo a decir con voz ronca— un asesino me siguió a las catacumbas. Mató a Drake y estuvo a punto

de matarme a mí también.

Lord Stone se queda blanco como el papel. Me giro a mirar al príncipe Asher. ¿Menciono que él me salvó? ¿O que conocía al asesino? Ay, Dios. Un pensamiento horrible se despliega en mi mente. ¿Y si Rowan y Asher estaban compinchados? ¿Y si todo el ataque ha sido una tapadera para asesinarme a mí?

Pero, en ese caso, ¿por qué Asher detuvo al hombre? Si él estaba en el ajo, podría haber dejado que el asesino —Colin, le llamó— acabara con mi vida.

Lord Stone carraspea para aclararse la voz.

—Majestad, salta a la vista que estás en peligro. Teniendo en cuenta los atentados que has sufrido y el hecho de que tu prometido se encuentra encarcelado actualmente, deberías nombrar a un sucesor. Si no lo haces, cundirá el caos cuando te asesinen. Nombra al príncipe Asher y lo tendremos todo atado.

Sus palabras me azotan como un rayo. ¿Acaba de decir «cuando te asesinen»?

Lord Hayes interviene con expresión compungida.

—Majestad, por favor, disculpa a lord Stone. Le cuesta mucho mantener la cabeza fría en momentos de crisis. El rey Octavius le confiaba ante todo las cuestiones financieras.

Lord Stone resopla, pero no lo niega.

Lord Hayes prosigue:

—Teniente Gaynor, envía a unos cuantos hombres a las catacumbas a recuperar los cuerpos.

Con una reverencia rápida, el teniente abandona la sala a toda prisa.

—¿Y qué ha dicho Rowan? —pregunto, intentando que no me falle la voz.

Pero el príncipe Asher formula su pregunta al mismo tiempo,

centrado en los aspectos técnicos, aunque yo me estoy desmoronando.

—¿Cuál fue el punto de acceso?

—Las ventanas. Como ha comentado el teniente, tiraron las botellas a través del cristal —informa lord Hayes.

—¿Y qué ha dicho Rowan? —repito en voz más alta, demasiado alta—. ¿Ha reconocido que estaba cooperando con ellos?

Lord Hayes traga saliva, incómodo.

—Todavía no ha dicho nada. Pero lo interrogaremos. Si nos hemos equivocado, lo soltaremos.

—¿Cuántos rebeldes calculáis? —pregunta el príncipe Asher, prosiguiendo su interrogatorio. No podría jurarlo, pero me parece que desvía la mirada una milésima de segundo hacia mí. No creo que esté tan tranquilo con todo este asunto como aparenta, en absoluto. No es posible.

—¿Veinticinco, quizá? Tendremos un recuento más definitivo por la mañana, cuando hayamos recuperado todos los cadáveres —responde lord Hayes.

—¿Y cuántas bajas entre los invitados al baile?

El príncipe Asher está formulando todas las preguntas que debería estar haciendo yo. Pero sigo ofuscada, horrorizada ante la idea de que Rowan pueda haber participado en un ataque organizado para hacer daño a la familia que afirmaba amar. Para hacerme daño a mí.

Lord Hayes responde:

—Diez muertes, según la última información. Dos nobles, tres criados y cinco soldados. Pero cabe suponer que la cifra aumentará.

—Necesitamos un sucesor, su majestad —insiste lord Stone.

Me vuelvo a mirarlo.

—Lord Stone, tu opinión ha quedado clara. Y, habida cuenta de que no tienes nada más que aportar, puedes marcharte.

Empieza a balbucear. Pero yo no he terminado. Sufrir un intento de asesinato es brutal y ¿cuántos llevo yo? ¿Tres? Dudo mucho que estos hombres puedan mantenerme a salvo.

—Lord Rutherford, organiza una ceremonia para rendir tributo al sacrificio de Drake y los demás soldados caídos. Publica también un comunicado informando de que tenemos controlada la situación. Que quede claro que yo estoy sana y salva, y que estamos buscando a los cerebros del atentado. Todos los comunicados y planes deben contar con mi aprobación previa. Príncipe Asher, haz lo posible por fortificar el castillo. Más soldados, más guardias, lo que haga falta. —A continuación, me giro hacia lord Hayes—. Quiero conocer la identidad del hombre que intentó matarme y saber si trabajaba a las órdenes de los antimonárquicos. ¿Era yo su objetivo principal?

—Por supuesto, majestad —asiente el consejero.

Lord Rutherford resopla contra su bigote y dice:

—Todo eso está muy bien, pero tenemos que ser contundentes con los traidores. De momento, hemos apresado a cuatro rebeldes. Podríamos organizar una ejecución para mañana al anochecer. Para demostrar que a la reina no le tiembla el pulso.

Un sudor frío me resbala por la nuca. Una ejecución, mañana mismo…

—¡No!

La palabra bien podría haber surgido directamente de mi pecho, pero es lord Hayes quien la ha pronunciado.

Lord Stone lo mira enarcando una ceja.

—Esta traición al reino y la amenaza a la vida de la reina no pueden quedar impunes. Lo sabes, Tareth. Tiene que haber consecuencias.

Lord Hayes se vuelve a mirarme con expresión desconsolada.

—Lo siento, majestad. Eso ha estado fuera de lugar. Es que… el

rey Octavius me confió el cuidado de sus hijos en más de una ocasión. La traición de Rowan es un verdadero golpe. Todavía no me hago a la idea.

Recuerdo lo que me contó Rowan sobre su viaje a Yanos, cuando Tareth enseñó a los chicos a pescar «tiburones». Cómo hizo retroceder a Asher cuando me atacó.

—Lo entiendo —digo—. Todos estamos conmocionados. No tomaré decisiones relativas a castigos hasta haber hablado con Rowan. Todos merecemos conocer la verdad.

Lord Hayes asiente, pero todavía parece desconsolado. Yo me siento igual.

«Ay, Rowan, ¿qué has hecho? ¿Y qué voy a tener que hacer yo ahora?».



VEINTICINCO

Tan pronto como se cierra la puerta de mi alcoba, me desplomo en el suelo. Princesa se sube a mi regazo lanzando maullidos agudos para llamar mi atención. Me inclino hacia ella, rodeo su pelaje suave con las manos y le dejo lamerme la punta de la nariz.

En el cuarto de baño contiguo está corriendo el agua. Cuando levanto la vista, Sara está sentada en el suelo delante de mí con una expresión que es el vivo reflejo de mi propia pena.

—Dicen que van a ahorcar a los rebeldes —me informa con un susurro roto.

Encorvo la espalda.

—No sé qué voy a hacer, Sara. ¿En qué estaba pensando Rowan?

Ella niega con la cabeza.

—No lo entiendo. ¡Pero si él forma parte de la monarquía! ¡Y se iba a casar contigo!

«No tenemos por qué dejar que nadie decida por nosotros».

Aquel discurso sobre el destino… ¿acaso le estaban coaccionando? ¿Estaba atrapado en una conspiración? Era obvio que quería escapar. Si me hubiera marchado con él…

¿Habría dado conmigo el asesino de todos modos?

—Penn y Rushman también participaron en el ataque —dice Sara negando con la cabeza—. A Penn lo mataron, pero he oído que Rushman huyó.

Penn y Rushman. Un ayuda de cámara y un lacayo… Todos sabíamos que Penn no era trigo limpio porque robaba licores de la cocina. Pero Hessa nunca lo pilló con las manos en la masa y él trabajaba para el odioso lord Locklan, que era aún peor y nunca tomó medidas contra el criado descarriado. Tomo nota mental de que debo hacer seguimiento del paradero de lord Locklan a lo largo de esta noche y averiguar dónde reside su lealtad. Siempre se han oído rumores de que los aristócratas debían de estar financiando en secreto a los antimonárquicos. Me niego a creer que fuera Rowan… o que fuera el único.

—Hay mucha gente herida. He pasado tanto miedo… No sé lo que habría hecho si…

A Sara se le rompe la voz y omite el final de la frase: «si te hubiera pasado algo».

Sé que no es una actitud regia, pero me inclino hacia delante y la abrazo. Permanecemos en esa postura, llorando la una en el hombro de la otra, hasta que Lissa sale de la estancia contigua.

—El baño está listo, majestad —me dice Lissa con aire apurado. Me desprendo de Sara y bajo a Princesa de mi regazo.

Mi baño es apresurado y en absoluto reparador, pues no pierdo de vista el grifo ni un momento. En estos momentos el mundo entero se me antoja un nido de víboras.

Pasa de la medianoche cuando Sara apaga el fuego, inspecciona mi cama para asegurarse de que no haya nada raro y me desea buenas noches. Me siento en la cama con el diario del rey encima de las piernas, pero no lo abro. Tengo el cerebro demasiado agotado

como para sumergirme en las congojas del monarca por la traición de Garrick, pero la tensión que me recorre el cuerpo me impide dormir. Me paso un rato viendo cómo Princesa merodea por la habitación, contenta de que haya otro ser vivo aquí conmigo.

Sin embargo, la noche me pesa. La muerte de Drake. La reunión secreta del príncipe Asher con el asesino, al que ha matado antes de que pudiera terminar el trabajo.

Rowan encerrado en un calabozo como presunto antimonárquico.

¿Pudo haber matado él a su propio padre en nombre de la causa antimonárquica? ¿Por eso sabía que yo estaba en peligro? El rey pensaba que la amenaza procedía de su círculo más íntimo, pero quizá también abarcaba el movimiento más amplio de los contrarios a la realeza.

Con Rowan en el centro de todo ello.

Todavía tengo el estómago revuelto. Me levanto de la cama y me echo la bata por encima del camisón. Con el diario del rey encajado debajo del brazo, me interno en la oscuridad del pasadizo secreto. Echo una ojeada rápida a cada alcoba al pasar: la habitación vacía de Rowan está iluminada por el pálido fuego del hogar. Seguramente su ayuda de cámara lo avivó antes del ataque. Contengo un sollozo. Belle está sentada con Cedric en la cama del chico y los dos hablan en tono quedo. En los aposentos de Asher y en la alcoba de la reina viuda impera la oscuridad. Me quedo parada un momento y aguzo los oídos impulsada por el deseo de oír algo, lo que sea, capaz de responder a las preguntas que me dan vueltas a la cabeza.

No oigo nada, como es natural.

Sigo avanzando por un pequeño tramo de escaleras, deslizando los dedos por la piedra tosca de las paredes, hasta que llego a la biblioteca. Todavía tengo las manos doloridas tras la lucha con el asesino y me cuesta abrir la puerta secreta. Por fin, consigo

empujarla y trastabillo al interior antes de pararme en seco.

Asher está sentado junto a la mesa del ajedrez con un peón en la mano, mirándome fijamente.

Pego un bote y me aferro la bata a la altura del pecho, dejando caer el libro al hacerlo.

—Asher —balbuceo—. ¿Qué haces aquí?

Los recuerdos desfilan por mi mente: su rostro inclinado hacia el de mi asesino mientras caminaban juntos por las calles de Ryvin, sus rostros pegados cuando Asher apuñaló al hombre por la espalda. Los ojos del príncipe, rutilantes y feroces cuando estuvo a punto de tirarme por encima de las almenas. ¿Quiere este hombre matarme o salvarme? ¿Qué se trae entre manos?

Se levanta despacio, todavía con el peón en la mano. Me dedica una pequeña reverencia. Él también se ha bañado y cambiado de ropa. Lleva abierto el cuello de la camisa blanca y los pantalones se le ajustan a las caderas. Ay, Dios, y va descalzo.

Otro recuerdo cruza mi mente, el de un hueco estrecho bajo unas escaleras y las palabras «nuestro problema nunca ha sido el odio» contra mi oído.

Me somete a una inspección parecida. Su mirada se detiene en mi pelo suelto, todavía húmedo, y en la caída de la bata. La fina tela del camisón arde contra mi piel. Debería marcharme. Esto es inapropiado en todos los sentidos.

En ese momento poso la mirada en el tablero de ajedrez y, de repente, no me preocupa lo que llevo puesto.

—¿Eras tú? —Me acerco para estudiar la partida—. Rowan no me lo dijo, pero me juró que no era él.

Cuando oye el nombre de su hermano, una sombra de dolor cruza el rostro de Asher. Se pasa el peón de una mano a la otra. Tras una leve vacilación, lo coloca en el tablero.

Ha dejado el alfil desprotegido. Examino mentalmente las posibilidades. ¿Está sacrificando la pieza para conseguir un beneficio mayor? De ser así, yo no lo veo.

Mato el alfil.

Él maldice con suavidad.

Una sonrisa baila en mis labios.

Mueve otro peón.

—Cuando era pequeño, mi padre me enseñó a jugar. Nos enseñó a todos… Celebrábamos pequeños torneos. Hay seis tableros distintos guardados en esta habitación. Antes también había un tablero en sus aposentos, pero lo retiró cuando Sorren murió.

Muevo el caballo. Mientras él estudia el tablero, acerco la silla al fuego para poder sentarme.

—¿Quién te enseñó? ¿Rowan? —pregunta mientras evalúa mi movimiento.

—Tu tutor. Aprendí mucho antes de que Rowan y yo empezáramos a jugar.

—Ah. —Esboza una sonrisa de medio lado—. Sorren era el mejor de todos. Padre jugaba con él casi cada noche.

Comete otro error involuntario y yo le mato el segundo alfil.

—Pero no nos dejaba tocar este tablero. —Levanta la mirada de pronto y sus ojos verdes arden como esmeraldas a la luz del fuego —. Y nunca lo hice, no hasta el día después de su muerte.

Una extraña sensación se apodera de mí.

Él devuelve la atención a la partida.

—Exceptuando a Sorren, ninguno de nosotros podía competir con el intelecto de padre. No constituíamos un desafío para él. Pero había alguien que sí. Este tablero y estas figuras estaban reservadas para un contrincante que consideraba a su altura. Nunca nos dijo quién era.

Pero Rowan lo sabía.

Todas las mañanas que pasé limpiando el polvo de los libros, avivando el fuego, barriendo el suelo… Mirando de reojo las piezas de ajedrez, discurriendo el siguiente movimiento…

Noto el latido del corazón en la garganta.

—¿Me estás diciendo que todo ese tiempo estuve jugando al ajedrez con el rey?

Y a Rowan nunca se le escapó ni una palabra.

Asher sostiene mi mirada.

—Majestad —dice el príncipe en un tono incisivo que me provoca escalofríos—, me parece que ha llegado el momento de que me cuentes de qué conocías a mi padre.



VEINTISÉIS

Me quedo mirando el tablero con la cabeza a punto de estallar. Yo no conocía al rey. Él nunca me habló de ajedrez… ni de nada mínimamente trascendente. Todavía no alcanzo a entender cómo pudo ser él la persona con la que estuve jugando tantos años.

«¿Por qué Rowan nunca me lo dijo?».

También me preocupa que sea Asher el que me pide explicaciones, cuando no es el único que tiene preguntas.

—Lo haría si hubiera algo que contar.

Muevo la torre para amenazar a su caballo. Asher tiene razón en una cosa: no es tan buen jugador como su padre.

—Personalmente, me preocupa más saber de qué conocías al hombre que intentó asesinarme hace un rato.

Derriba un peón sin querer. Lo devuelve a su sitio antes de poner a salvo su caballo. Bueno, no está a salvo, pero él cree que sí.

—Se llamaba Colin. Trabajaba en los muelles de Ryvin y…

—Y era uno de los antimonárquicos —apunto.

Estudia el tablero para no mirarme a los ojos. Tarda una eternidad en mover, y cuando lo hace me pilla desprevenida.

—Jaque —dice.

Y entonces, cuando estoy a punto de volcar el maldito tablero porque sigue sin revelarme nada, añade:

—Sí.

—¿Y de qué lo conocías? ¿Y qué hacías aquella noche en la ciudad hablando con él? Dices que no tuvo nada que ver con lo que ha pasado hoy, pero te das cuenta de lo que parece, ¿no? ¿Estabas… estabas colaborando con Rowan?

El rey Octavius sospechaba que uno de los miembros de su familia o, cuando menos, una persona de su círculo más íntimo se proponía atentar contra su vida. Asher era el que saldría más beneficiado de su muerte: se habría convertido en rey. ¿Acaso Rowan y él estaban utilizando a los antimonárquicos para conseguir sus objetivos?

Solo de pensarlo me entran ganas de gritar. Esa manera de proceder contradice todo lo que sé de Rowan. ¿Y si era Asher el que le coaccionaba?

Solo que Asher mató al asesino.

Esa es la pieza que no encaja, por rocambolesco que suene todo lo demás.

Asher se pasa una mano por el ondulado pelo castaño. Me da rabia que mis ojos se queden atrapados en el gesto, y no poder apartar la mirada.

—Me haces muchas preguntas, pero casi no has respondido las mías. Te voy a hacer otra. ¿De verdad esperas que crea que tú misma no tenías nada que ver con los antimonárquicos?

Me río en su cara, perpleja a más no poder.

—¿Disculpa?

Entorna los ojos.

—Rowan y tú llevabais años reuniéndoos en secreto. Abandonaste el baile en el momento más oportuno, justo antes de que empezara

el peligro…

—¡Tú también! —replico casi a voz en cuello—. Y mi amistad con Rowan… no tenía nada que ver con los antimonárquicos. Yo no tenía ni idea de que…

Se me quiebra la voz. Todavía no me lo puedo creer.

Hace un gesto de negación con la cabeza, irritado, y se concentra de nuevo en la partida.

—Dime cómo conociste a mi padre. ¿Eras su amante? ¿Una espía? ¿Una saboteadora? ¿Quién susurra al oído de la reina?

—Nadie me susurra nada al oído —le espeto.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera mi hermano?

Los rizos se le derraman sobre la frente cuando hunde la barbilla para clavarme los ojos.

Nos miramos fijamente un instante. El fuego me abrasa la espalda. Ese debe de ser el motivo del ardor que noto en las mejillas, del calor que me resbala por el pecho como unos dedos, hasta llegar a mi vientre.

Carraspeo.

Sus ojos descienden al escote de mi bata antes de volver a posarse en el tablero.

No vamos a llegar a ninguna parte si continúa formulando preguntas que no tienen respuesta. Puede que, si le doy algo, si sacrifico un peón, él se sincere también un poquito.

—Rowan y yo somos amigos. Solo amigos. Y yo no era la amante del rey Octavius ni una espía ni una saboteadora. Te lo juro. No tengo la menor idea de por qué me nombró heredera. No sé por qué jugó conmigo al ajedrez a lo largo de los años. Ni siquiera sé por qué ni cómo empecé a…

Un recuerdo aflora en mi mente. Fue cuando empezaba a trabajar en el castillo. Estaba muy emocionada, encantada de tener algo que

hacer por fin, de poder compensar a la familia real por haber permitido que me criara aquí, una huérfana de guerra sin otra posesión que un collar. Fue Bryson en persona el que me llevó a la biblioteca y me mostró dónde estaba la escoba, y luego me llevó a la mesa donde estaba el tablero de ajedrez. Me dijo algo como de pasada. ¿Qué fue?

—Me parece que fue Bryson —intento recordar—. Me comentó algo del tablero. Que era para practicar, que todo el mundo tenía permitido mover una pieza, si así lo deseaban. Fue como si me diera permiso. Así que cuando terminé de barrer y de encender el fuego, hice mi primer movimiento.

Asher escudriña mi rostro como si intentara retirar las capas que ocultan la mentira y poder dejarla al descubierto. Sin embargo, le he contado la verdad y por fin la tensión abandona sus hombros. Desplaza la atención al tablero. Lo observo hacer el movimiento y lo veo. He ganado. Está ahí, claro como el día.

Tres turnos y le haré jaque mate.

—¿Por qué te marchaste del baile esta noche? ¿A dónde habrías ido si yo no te hubiera seguido?

Muevo la reina.

Se encoge de hombros ligeramente, pero se ha ablandado lo suficiente para decir:

—Ya te lo dije, no me gusta bailar. Sabía que todo el mundo esperaba que bailara con Rosaline y quería retrasar el momento.

—¿Te estabas escondiendo? —le pregunto con escepticismo. No parece de los que se esconden.

De nuevo se encoge de hombros, pero esta vez se le enrojecen las puntas de las orejas.

—Todavía no me has explicado qué hacías hablando con Colin dos días antes del baile —le digo, haciendo un esfuerzo por recuperar la

concentración.

Su expresión muda en algo parecido a recelo, pero esta vez, finalmente, me contesta.

—Sabía que Rowan estaba en contacto con una facción de antimonárquicos de Ryvin. Lo vieron en una manifestación hace unos meses. Quería saber si tú también estabas involucrada. Fui a preguntarle a Colin por ti.

—Nunca en mi vida había visto a ese…

Pero Asher se ha puesto de pie con un movimiento tan rápido que ha volcado las piezas del ajedrez. Se queda mirando el fuego con la mano en la empuñadura de la daga que lleva prendida a la cadera.

—Ven conmigo, majestad.

Me apoya una mano en la parte baja de la espalda y me empuja con suavidad hacia la puerta. Intento no reparar en el calor que me transmiten sus dedos a través del vestido.

—¿Qué pasa? —le susurro.

Vuelve la mirada hacia el fuego: a la puerta secreta que hay detrás.

—Tenemos público.



VEINTISIETE

Asher y yo salimos al pasillo y, de forma inesperada, estamos caminando a toda velocidad, casi corriendo. Sus pies descalzos golpean el frío suelo de piedra mientras que mis endebles chinelas amenazan con abandonar mis pies.

Alguien nos estaba observando desde el pasadizo secreto, pero ¿quién?

¿Y por qué Asher no ha intentado averiguar quién era en lugar de salir corriendo? Tenía que ser un miembro de su familia: Narissa, Belle o Cedric. Quizá no quiera que sepan lo de Rowan y su relación con los antimonárquicos.

Así que aquí estamos, corriendo por el pasillo como si nos persiguieran fantasmas.

Llegamos a la Vieja Torre y, cuando trastabillo, me coge de la mano. La escalera de caracol no se acaba nunca y mi mundo se reduce al calor y a la firmeza de la mano de Asher, a la visión de sus muslos fuertes y musculosos, que suben por delante de mí. Hay antorchas encendidas a intervalos, pero pasamos más tiempo envueltos en sombras que en luz. Cada vez que yo flaqueo, me

anima a seguir apretándome la mano.

Por fin, salimos al parapeto, igual que la otra vez, solo que en esta ocasión la noche se extiende ante nosotros, fría y cuajada de estrellas.

El pelo, movido por el viento, me azota la cara y me vela la visión. El vértigo se apodera de mí y me tambaleo. Me siento transportada a nuestro último encuentro en las almenas, cuando me arrastró muy cerca del borde y pegó su cuerpo al mío mientras me hablaba con voz grave y amenazadora. Pero esta vez Asher me lleva a un rincón seguro, alejado de las almenas. Aquí la torre de piedra que tenemos detrás nos protege del viento.

—¿Por qué me has traído otra vez? —le pregunto ahora que de verdad estamos solos. Y, en efecto, tengo la sensación de que somos las únicas personas del mundo entero, al amparo de la noche, la piedra y el viento.

—El jardín está atestado de soldados y no hay una sola zona del castillo que no tenga oídos. Seguro que ya lo sabes. Dentro siempre hay alguien escuchando.

—¿Subes aquí a menudo? —le pregunto, porque algo en su manera de levantar la cara al viento y respirar profundamente lo sugiere.

Noto que se encoge de hombros.

—Vengo… más a menudo… desde la muerte de Sorren. Y me pregunto por qué…

Su voz se apaga.

El deseo súbito, abrumador, de apretarle la mano o abrazarlo me induce a hacer todo lo contrario. Me aparto.

No puedo olvidar que, hace solo unos días, la mano de Asher estaba alrededor de mi cuello; que amenazó con empujarme desde esta misma torre.

Que se reunió con Colin dos días antes de que el hombre intentara matarme.

Que estoy prometida con su hermano. Al menos de momento.

—¿Por qué le preguntaste a ese hombre por mí, Asher?

La oscuridad lo convierte en un fantasma. No hay luz suficiente para interpretar su expresión ni siquiera para verle la cara. El timbre áspero de su voz retumba bajo mi piel cuando dice finalmente:

—Pensaba que tú habías matado a mi padre y quería saber por qué. Si pertenecías a los antimonárquicos, tendría sentido. Albergaba la esperanza… de que hubieras sido tú y no Rowan.

Me quedo sin aliento.

—¿Pensabas que yo lo maté? Pero si eras tú el que más ganaba con su muerte…

—¿Así que no niegas que fue asesinado? —me pregunta con brusquedad.

Entonces lo sabe. Y de súbito veo las semanas pasadas desde una perspectiva distinta. Las amenazas de Asher, su violencia. ¿Eran los actos de un asesino… o de un hijo abrumado por la pena a la caza de la persona que mató a su padre?

Inspiro hondo. Aparte de Sara, no hay una sola persona en este castillo en la que confíe, pero necesito que Asher se fíe de mí… de modo que le digo la verdad.

—El rey dejó escondido un mensaje para mí. No decía por qué me había escogido como heredera, pero sí que una persona de su entorno más próximo estaba intentando acabar con su vida. Me encomendó la tarea de desentrañar la verdad.

Durante un buen rato, el único sonido es el aullido del viento.

—¿Cómo sabes que la nota iba dirigida a ti? —me pregunta Asher finalmente.

Busco mi colgante y separo la piedra de mi piel.

—Estaba en una caja y mi colgante era la llave.

Asher resopla impresionado.

—Yo me hago tantas preguntas como tú. Pero te juro que no conocía los planes del rey. No tenía ni idea de que supiera siquiera quién era yo.

Se mueve y, de pronto, sus manos cálidas y ásperas me rodean el rostro. Busca mis ojos, como si pudiera encontrar la verdad escrita en ellos.

—¿Quién eres, Ruby? —me dice en tono hosco.

Una parte de mí desearía recostar la cara en sus manos y contárselo todo. Satisfacer su curiosidad y ofrecerle la solución al misterio. Pero no puedo, porque su búsqueda también es la mía.

—No sé quién soy —respondo, y el viento casi me arrebata las palabras.

—Por lo que parece, nadie más lo sabe tampoco —confiesa al cabo de un momento, desplazando las manos a mis hombros—. Colin no había oído hablar de ti. Nada te relaciona con los antimonárquicos y nadie sabe quién eres ni de dónde procedes. Ni siquiera pude confirmar la historia que cuentan los otros criados: que eres una huérfana de la guerra.

Sus palabras se alojan en mi pecho, frías e inclementes.

¿Qué significa que no pudo confirmarla?

Una ráfaga de viento frío silba por el recodo y me inclino hacia él instintivamente, atraída por su calor.

—Gracias —murmuro—. Por detener a Colin.

—Te juro que no tenía ni idea de lo que se proponía hacer.

—Si tú no le contrataste —le digo en un tono de voz que es apenas un susurro—, ¿quién lo hizo? ¿O formaba parte del grupo que atacó el castillo? Quizá lo organizaron todo para acabar conmigo.

—No lo sé. —Murmura en la oscuridad, su voz cálida contra mi cara—. Lo que más me asusta es que…

Se le atragantan las palabras.

—¿Qué? —le pregunto. El viento sibilante me azota las mejillas.

Con un gruñido áspero, Asher dice:

—Que sea Rowan el que está detrás de todo esto… que él matara a nuestro padre e intentara matarte a ti también.

—No sabemos que fuera él —le recuerdo, aunque ese mismo miedo ha cruzado mi pensamiento—. Podría haber sido cualquiera.

—Pero Colin no era una cabeza pensante. Solo era un mercenario. Así que alguien lo contrató. Y, hasta que averigüemos quién fue, estás en peligro.

Asiento, pero la afirmación no me provoca ni de lejos tanto miedo como me habría provocado hace cuatro semanas. Llevo en peligro desde el instante que lord Hayes leyó la última voluntad del rey. Y seguramente seguiré en peligro hasta el día de mi muerte.

Asher avanza un paso hacia mí.

—Estás temblando.

Me pega su mano cálida a la espalda y resisto la tentación de arquearla hacia su palma. La bata chasquea contra mis piernas y el aire frío de la noche me sacude las mejillas. Y, a pesar de todo, el aire que nos separa es sofocante. Estamos tan cerca que veo el destello de la luz de luna en sus ojos.

Su mirada desciende a mis labios. Y con suma delicadeza me aparta un mechón de pelo de la frente.

Tardo un momento en darme cuenta de que he dejado de respirar. Mi cuerpo busca el suyo, busca su calor, lo busca a él…

Pero en ese momento, como si Asher volviera en sí, una sombra cruza su rostro y retrocede un paso.

—Vamos —gruñe—. Será mejor que te lleve adentro.



VEINTIOCHO

Belle tiene un aspecto horrible. El profundo arañazo que le provocó un fragmento de cristal perdido le recorre la mejilla y se torció el tobillo al tropezar con una silla mientras intentaba huir. Unas ojeras oscuras le ensombrecen los ojos, que ahora abre de par en par por la incredulidad.

—¿Quieres que sea tu consejera? —me pregunta.

Estamos sentadas en la sala de mis aposentos y estoy segura de que mi aspecto no es mucho mejor que el suyo. Anoche dormí fatal, abrumada por pesadillas de hombres que intentaban matarme y por los recuerdos de Rowan pidiéndome que me fugara con él. He pasado toda la mañana sumida en las mismas dolorosas cavilaciones que atormentaron al rey cuando su mejor amigo le traicionó.

He despertado sabiendo que no quería ser como el rey, que se negó a ver a su amigo. Yo poseo la presencia de ánimo necesaria para enfrentarme a Rowan, como mínimo.

O eso espero.

Pero antes tengo que hablar con Belle.

—Necesito a una persona en cuyo criterio pueda confiar —le digo.

Lord Stone da por supuesto que habré muerto en pocos días, lord Rutherford me ignora en las reuniones de mi propio consejo y lord Hayes, el más respetuoso de los tres, todavía me trata como a una hija a la que hay que proteger en lugar de tratarme como a una monarca a la que debe obedecer.

—Tú conoces el castillo y el reino como la palma de tu mano —le digo a Belle—. Y llevas tiempo aconsejándome. Sabes cómo tratar a los hombres que no te respetan y dominas la etiqueta real mejor que nadie. En realidad, no tengo a nadie más.

—¿Y qué pasa con Tareth, Liam y Simon?

Me encojo de hombros.

—Ya los remplazaré dentro de un tiempo. No hay reglas acerca de cuántos consejeros puede tener una reina. Y esos hombres… no contribuyen a que me sienta segura.

Belle me lanza una mirada cómplice y el peso de mis hombros ya se ha aligerado. Sabe de lo que le hablo. Bien.

—Sería un honor convertirme en tu consejera. Creo que los hombres de mi padre tienen…, bueno, digamos que tienen carencias, por vasto que sea su conocimiento. Espero llegar a convertirme en un recurso valioso.

—Ya lo eres —le aseguro con una sonrisa sincera, aunque cansada —. Valoro que seas tan comprensiva con… mi situación.

Al decir «mi situación» me refiero al hecho de que soy una mujer y, lo que es peor, una criada que tiene que aferrar con uñas y dientes cualquier parcela de poder que pueda conquistar.

—¿Y qué puedo hacer ahora por ti? —pregunta Belle. El cansancio le encorva esa columna normalmente recta hasta la rigidez.

Desdeño la pregunta con un gesto de la mano.

—Deberías descansar. O ir a ver a sir Henry. Ese corte que tienes en la cara no tiene buen aspecto. Yo tengo que… —me interrumpo

mientras busco la palabra adecuada y por fin la encuentro—. Hablar con tu hermano.

Hace una mueca, una minúscula grieta de angustia en su armadura de mármol.

—Rowan me dijo una vez que vosotros dos podéis leeros la mente —le comento en tono quedo.

Ella sonríe en dirección al suelo y una lágrima resbala por su mejilla.

—Ojalá. Le preguntaría a qué diablos está jugando.

Le toco el brazo.

—Se lo preguntaré de tu parte. Yo… pienso que hay muchos cabos sueltos en esta historia. No me puedo creer que…

Ella asiente y endereza la espalda, recuperando la compostura. Con un suspiro entrecortado, dice en tono firme:

—Mostrar clemencia socavaría tu autoridad y tu posición como reina. Pero la fuerza no tiene por qué implicar brutalidad.

El ahogo que siento en el pecho disminuye un poco. Asiento.

—Por favor, descansa. Te informaré de lo que descubra.

La acompaño a la puerta y la veo alejarse renqueando por el pasillo.

Tanto Reece como Garon están de servicio. El príncipe Asher ha doblado el número de guardias que vigilan el castillo. Con un último vistazo a Princesa, que está hecha un ovillo en la butaca que hay junto a la chimenea, cierro la puerta y me reúno con los guardias.

Cuando llegamos a la Vieja Torre, Reece encabeza la marcha y Garon sube a mi zaga. Remontamos varias vueltas de la escalera de caracol antes de llegar a la planta que hace las veces de prisión. Pasamos por delante de una serie de celdas con pesadas puertas de madera y ventanucos con barrotes de hierro. Hay más guardias desperdigados por el pasillo: hacen reverencias a mi paso.

No tardamos demasiado en llegar a la celda de Rowan. A mi señal, Reece y Garon se retiran al final del corredor.

Al principio Rowan no repara en mi presencia. Está sentado en el pequeño taburete que hay en su celda. Encorvado, se rasca una costra del dedo.

—¿Rowan? —le digo con voz queda.

Levanta la vista y se pone de pie a toda prisa, pero no se acerca a la puerta.

—Me han dicho que querías verme —le digo escudriñando su rostro.

Según el teniente Gaynor, Rowan había manifestado que hablaría conmigo y con nadie más.

Tengo muchas preguntas, un montón de sentimientos entremezclados en las tripas.

—Lo siento mucho, Ruby —me dice Rowan, y su rostro se desencaja—. Todo se me fue de las manos. Quería contártelo… Intenté sacarte de allí. Cuando vi que Belle y madre estaban sangrando… Dios mío, soy la persona más idiota del mundo.

El dolor de sus ojos me parte el corazón. Pero no está negando nada.

—Eres uno de los antimonárquicos. ¿Cómo es posible, Rowan?

Se encoge de hombros ligeramente y empieza a pasearse por esa celda pequeña y vacía.

—Siempre me ha parecido injusto que las personas lleven vidas tan distintas. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Porque uno nació en una familia de trabajadores en lugar de hacerlo en un castillo? ¿Porque la suerte quiso que la madre de tal persona fuera una criada y no una aristócrata? Sorren siempre me contaba lo que estaba aprendiendo sobre el reino, pero todas las enseñanzas de padre y todos los libros que Sorren me animaba a leer hablaban de «sacar partido» de las

clases bajas. Nunca explicaban cómo apoyarlas o ayudarlas a vivir mejor. Y entonces te conocí, un diablillo con los tobillos desnudos en un torbellino de hojas. —Sonríe a recordar el momento—. Me habían dicho que los plebeyos no eran inteligentes, que necesitaban que les organizáramos la vida… pero tú no parabas de ganarme al maldito ajedrez. Y empecé a fijarme en las otras doncellas, en mi ayuda de cámara, en Bryson, que mantiene el castillo en funcionamiento como si nada. No entendía que mi padre tuviera unas ideas tan equivocadas acerca de todo.

—¿Así que lo mataste? —le pregunto con toda la suavidad de la que soy capaz.

Me mira con cara de no entenderme y deja de pasearse.

—¿A quién?

—A tu padre —le digo.

Se ríe un poco y luego se pone serio al ver la expresión de mi rostro.

—Un momento, ¿hablas en serio?

Asiento.

El color desaparece de su cara.

—¡Pues claro que no! Puede que les diera unas monedas a un par de manifestantes y que estuviera pendiente de sus peticiones y de sus protestas, pero yo no le haría daño a nadie. Pensé que podría convencer a mi padre de que ayudara más a la gente. Le persuadí de que subiera los sueldos el año pasado, ¿recuerdas?

—El ataque de anoche fue más que una protesta —le recuerdo, ahora en un tono más duro. Pero, por primera vez desde que he recorrido este pasillo, tengo la sensación de que puedo respirar. Si puedo despejar los peores miedos de Asher acerca de su hermano, mucho mejor.

—Abandoné el grupo en cuanto supe que ibas a ser reina, tienes

que creerme. Pero organizaron el ataque al baile con tanta rapidez… Yo no les ayudé, pero tampoco os conté a ti ni a Asher lo que sabía. —Se pasa una mano por la cara—. Debería haberlo hecho. Soy responsable. Intenté que los rebeldes dejaran en paz a mi familia, y fue entonces cuando los guardias me vieron.

—Rowan —digo, sabiendo que todo depende de mi próxima pregunta y rogando al cielo para que no le vea rascarse la oreja, que es el tic que le traiciona desde que era un niño—, ¿me pediste que me fugara contigo porque te habían encargado que me sacaras de la fiesta? ¿Había… había alguien esperándome en el jardín?

Abre los ojos de par en par.

—Ruby, yo jamás haría eso. Nunca. Ya te lo he dicho… yo no les ayudé. Solo intentaba mantenerte a salvo. La única razón por la que yo…

Se muerde la lengua para guardarse lo que estaba a punto de decir. Yo estudio su rostro, la feroz sinceridad de sus ojos. Me fijo en sus manos tensas en torno a los barrotes del ventanuco de la puerta. No se rasca la oreja. No hay autoengaño ni evasivas.

Solo Rowan.

—Di —le animo—. La única razón por la que tú… ¿qué?

Con un suspiro, pega la frente a los barrotes del ventanuco.

—Tú eres la única razón. La razón por la que me uní a los antimonárquicos. La razón por la que quería escapar. Llevo enamorado de ti desde que nos conocimos. Me destrozaba saber que no había ninguna posibilidad de que acabáramos juntos, que lo máximo que podría ofrecerte sería un romance secreto. Todas esas aventuras que tú pensabas que tenía… casi siempre eran excusas para escaparme a las reuniones de los antimonárquicos. Cuando padre te escogió… todo cambió. De pronto, estábamos prometidos. Lo que yo había deseado desde que nos conocimos era posible al fin

y tú ni siquiera lo habías escogido.

El corazón me late tan deprisa que se me va a salir del pecho. Estoy perpleja. Sin habla.

¿Rowan me ama?

—Nunca me lo dijiste —murmuro con voz ronca—. No lo sabía.

—Pues claro que no —dice—. No quería presionarte ni que pensaras que pretendía aprovecharme de ti.

Esta revelación es más de lo que puedo afrontar.

Porque Rowan está en una celda. Y porque sé que el amor que siento por él es distinto del amor que él siente por mí. Me parece que está en lo cierto. Si yo hubiera tenido elección… es posible que hubiera elegido otra cosa.

Respiro hondo. No puedo decírselo. Su apuesto rostro ya está roto de dolor y vergüenza. Así que me aferro a lo que me ha traído aquí: pedir explicaciones.

—Había un asesino. Estaba allí para matarme y por poco lo consigue. ¿Fue el ataque al castillo una maniobra de distracción para pillarme desprotegida?

Rowan se aparta de la puerta y el horror inunda su rostro.

—No, no. En teoría solo pretendían sembrar el caos. Hacerse oír. No tenían que matar a nadie. Te lo juro, si el objetivo hubiera sido hacerte daño, te lo habría dicho. Te habría sacado de allí como fuera. Sabes que lo habría hecho.

—Entonces ¿yo no era un objetivo? —Veo mentalmente las catacumbas, la oscuridad y el hombre que intentó acabar con mi vida—. Pero seguro que los antimonárquicos me quieren muerta. Abajo la monarquía y todo eso.

Rowan niega con la cabeza.

—La idea era llamar tu atención, nada más. Te lo juro. Aunque todo el asunto se nos fue de las manos.

Sus palabras se arremolinan en mi cabeza. Tendré que confirmarlas con los otros prisioneros, pero si lo que dice Rowan es cierto, significa que el asesino trabajaba a las órdenes de alguien más. El ataque fue una distracción. Y las personas que lo llevaron a cabo no eran conscientes de ello.

—¿Conoces a un hombre llamado Colin? —le pregunto estudiando sus expresiones—. Un tipo grande de aspecto amenazador.

Asiente despacio.

—Sí, Colin es uno de los líderes del movimiento. Anoche no le vi, pero seguro que participó en la planificación. ¿Lo han capturado?

Me viene a la mente una imagen que me deja sin aliento.

—Algo así.

Rowan inclina la cabeza. Las ojeras le dan un aspecto demacrado. Su elegante chaqueta azul se ha chamuscado y hay sangre seca en uno de los puños.

—Por favor, dile a madre que lo siento —me pide. Su voz solo es un vestigio ronco de sí misma—. Lo siento muchísimo, Ruby. Espero que… lo que dijiste de ocuparte de mi familia…

—Encontraré la manera —le prometo.

—Me habría pasado la vida tratando de hacerte feliz —dice en un tono casi nostálgico—. Me habría esforzado al máximo en ofrecerte un matrimonio auténtico, rebosante de amor. Tú eres la mejor de todos nosotros, Ruby. Ayudarás a todo el reino de Lumaria. Lástima que yo no vaya a vivir para verlo.

El dolor que noto en el pecho amenaza con desgarrarme. Introduzco la mano entre los barrotes del ventanuco. Él me toma los dedos con delicadeza y los frota entre las palmas de sus manos para calentarlos.

—¿Piensas que voy a condenarte a muerte?

—No tendrás elección. —Me aprieta las manos—. Piensa en el

Gran Traidor. Han pasado veinte años y toda una revolución se ha fraguado a costa de la debilidad del rey. Conozco a esa gente, Ruby. No les des alas.

—¿Mataste a alguien anoche?

La expresión de su cara es casi cómica.

—Pues claro que no.

—En ese caso una ejecución no sería justa. No es debilidad hacer lo correcto.

Apoyo la frente un instante en los barrotes, lamentando no poder abrazarlo. Lamentando no poder pasar un ratito con él, no tener tiempo para procesar lo que Rowan siente por mí. ¿Siempre estuve destinada a romperle el corazón?

Bueno, a la mierda el destino.

Rowan hace amago de soltarme la mano, pero yo se la retengo un momento más. Contemplo su rostro, los ojos azules que tan bien conozco, su cabello rubio encantadoramente despeinado, lo memorizo todo, sabiendo que nada volverá a ser lo mismo entre nosotros.



Reece, Garon y yo volvemos a mis aposentos, donde me aguarda una visita inesperada.

—Majestad —dice la reina Narissa. Todavía lleva un vendaje en la cabeza, pero tiene la mirada clara, la expresión despierta. Me ofrece la insinuación de una reverencia—. Necesito audiencia contigo.

—Por supuesto, reina viuda.

Le indico con un gesto que entre en mi habitación y entonces, demasiado tarde, comprendo que debería haberme reunido con ella en un terreno más neutral. ¿Y si fue ella la que dejó la serpiente en

mis aposentos? ¿Y si lleva algo escondido en la falda o en las manos que represente un peligro para mí?

La miro con atención. Incluso Princesa guarda las distancias.

Narissa avanza hacia la chimenea y se queda mirando las llamas.

—Belle dice que has visto a Rowan esta mañana.

Todavía tengo el corazón alterado.

—Así es.

—No me puedo creer que mi hijo sea uno de los antimonárquicos. Tiene que haber un error.

Gira la cabeza para lanzarme una mirada acusadora, como si me culpara a mí de la equivocación. Exhibe su expresión asesina de siempre. Sin embargo, la rabia no logra ocultar del todo el dolor subyacente.

Casi con un tono dulce de voz, le digo:

—Lo siento. Ha confesado. No contribuyó activamente a preparar el ataque, pero sabía de antemano que tendría lugar y no nos advirtió.

Las palabras condenatorias rompen algo en la reina viuda. Se estremece y su máscara de desdén se quiebra por completo. Se tapa la cara con las manos y se echa a llorar.

No he recibido nada de Narissa salvo rechazo, críticas e incluso odio. Puede que asesinara a su marido. Incluso es posible que intentara asesinarme a mí. Pero no puedo evitar compadecerla ahora. Al margen de todo lo que sea, también es una madre que ama a sus hijos.

—Me pidió que te dijera que lo siente —le transmito—. Por si te sirve de algo, creo que intentaba ayudar a Lumaria.

Ella respira profunda y entrecortadamente antes de incorporarse. Su rostro recupera el aire digno y sereno.

—Por favor, no condenes a mi hijo a muerte, majestad.

Comprendo que sus crímenes revisten gravedad, pero… —se interrumpe para ordenar sus pensamientos—. Pero su papel fue menor en comparación con el de otros.

La miro a los ojos un instante. Ha venido a suplicar por la vida de su hijo. Está claro que le resulta humillante. Ella, la reina viuda, pidiéndole algo a una criada. Pero está aquí. Lo está haciendo de todos modos.

Dejo que el silencio se alargue hasta que su incomodidad se hace patente.

Entonces levanto la barbilla.

—Rowan no nos avisó del ataque, aunque sabía perfectamente que se iba a producir. Debe ser castigado por el crimen cometido y para enviar un mensaje a todo aquel que planee hacernos daño. Pero —levanto una mano antes de que me interrumpa— no mató a nadie ni tomó parte activa en el ataque. Estoy segura de que cooperará y nos proporcionará toda la información que posea sobre los rebeldes. En consecuencia, una condena a muerte sería injusta. Será enviado a las Simas donde pasará un periodo de… —Pienso a toda prisa un plazo razonable—. Cinco años.

En ningún caso pensaba sentenciar a Rowan a muerte. Yo misma no habría sobrevivido a algo así. Pero tiene razón en que las consecuencias tienen que ser importantes.

Si el Gran Traidor ha vivido encerrado en las Simas todos estos años, Rowan tendrá que vivir allí también.

Narissa inclina la cabeza y, con una voz que podría cortar la piedra, dice:

—Gracias, majestad, por tu clemencia.

Tras eso, da media vuelta y se marcha con la cabeza alta.



VEINTINUEVE

Me siento delante del hogar de mi habitación. Princesa ronronea en mi regazo. No sé si nota mi angustia o si tiene un día especialmente cariñoso, pero no para de girar sobre sí misma, de frotarse la cara contra la mía y de amasarme los muslos con sus pequeñas garras. Yo le acaricio el suave pelaje mientras intento concentrarme en seguir respirando.

Rowan irá a las Simas igual que Garrick hace veinte años. Él no estaba detrás de mi intento de asesinato, de eso estoy segura, pero participó en las protestas de los antimonárquicos e incluso amenazó a la monarquía. De la que ahora yo formo parte. Me pongo a pensar en todo el tiempo que hemos pasado juntos, escapándonos en secreto, jugando al ajedrez, hablando de las pequeñas injusticias que sufríamos.

Y todo ese tiempo él estaba enamorado de mí.

Y fue ese amor lo que le llevó a radicalizarse.

Me cuesta asimilarlo. Yo pensaba que solo me consideraba una distracción divertida. De algún modo obvié lo evidente… El hecho de que decidiera hacerse mi amigo desde el principio.

Pero hay algo más que me preocupa. El compromiso matrimonial se ha roto.

Tendré que buscar otra solución antes de mi coronación, sí, pero no es eso lo que me reconcome por dentro con un regusto muy parecido al sentimiento de culpa, sino el hecho de que no me… sabe mal que Rowan y yo no vayamos a casarnos. Por mucho que lo quiera, por muy apuesto que sea, cada vez que nos acercábamos, cada vez que estábamos a punto de besarnos e incluso cuando nos besamos, yo notaba que mi cuerpo y mi corazón oponían resistencia. Habría sido un buen compañero y un buen amigo. Pero la pasión nunca habría existido.

Supongo que, como reina, la pasión no es algo a lo que debería aspirar. Pero eso no significa que no experimente una pizca de alivio.

Hundo la cabeza y me retuerzo de vergüenza. ¿Alivio? ¿De que Rowan vaya a pasar encarcelado cinco años? No sé en qué estoy pensando. Y tampoco es que mis perspectivas sean mucho mejores.

Princesa me muerde el dedo con suavidad y se me saltan las lágrimas.

—No, chiquitina, eso duele —le digo, pero agradezco la distracción.

Súbitamente unos golpes en la puerta nos sobresaltan a las dos.

—¡Adelante! —grito.

Lord Hayes entra en mi sala con prisas. Tras hacer una mínima reverencia, dice de inmediato:

—Majestad, he oído que has hablado con Rowan. ¿Qué ha dicho?

—¿Te encuentras bien? —le pregunto un poco alarmada.

El consejero se caracteriza por su ecuanimidad e impavidez. Hoy lleva la barba desastrada, tiene la mirada vidriosa y el nudo de su corbata está torcido. ¿Tan preocupado está por Rowan?

—Sí, sí, estoy perfectamente —dice desdeñando el asunto con un

gesto de la mano. Luego lo matiza—: No he dormido, como era de esperar. Pero me encuentro bien. Me gustaría saber qué ha dicho el príncipe Rowan, por favor.

Con un suspiro, le cuento nuestra conversación.

—Entonces ¿no será ejecutado?

El hombre se comporta como si fuera él quien tiene la soga al cuello.

—Pues claro que no. Él no participó directamente en el ataque y no sabía nada del asesino. Lo voy a enviar a las Simas durante cinco años. Supongo que tú te puedes encargar, ¿cierto?

Asiente.

—Claro, majestad. Tardaré unos días en organizar la partida.

—En cuanto a los otros rebeldes, los castigos deberían estar en consonancia con los crímenes. Si hay pruebas de que cometieron asesinato, deberían pagar con la vida. En caso contrario, un encierro en las Simas será un castigo proporcionado.

Inclina el cuerpo ante mí, esta vez con más fortuna. Se pasa la mano por el pelo y advierto el cansancio de su rostro, los surcos de la edad alrededor de los ojos. La muerte del rey, este ataque… Todo esto le está pasando factura.

Ha sido una pieza fundamental del castillo desde que llegué siendo solo un bebé. Teniendo en cuenta su edad, su época como consejero podría llegar a su fin en un futuro no muy lejano. Aunque le dije a Belle que estaba pensando en jubilarle, la idea me rompe un poco el corazón.

A nadie le gustan los cambios.

Ni las preguntas sin respuesta.

Me viene a la mente la conversación que mantuve con Asher.

«Ruby, ¿quién eres?».

—Lord Hayes, ¿tú sabes algo sobre mi procedencia o de la

persona que me trajo al castillo? Cuando era un bebé, quiero decir.

Hay que reconocer que se toma el cambio de tema con naturalidad. Pero niega con la cabeza.

—Nada oficial, si te refieres a eso. Si no recuerdo mal, fue la cocinera quien te acogió. Siempre pensé que esa historia de que te había traído un desconocido solo era eso, un cuento. Di por supuesto que eras su hija ilegítima.

Sus palabras me parten en pedazos.

¿Piensa —siempre ha pensado— que Mellie es mi verdadera madre?



—¿Dónde está Miriam? —le pregunto a Hessa asomando la cabeza en la cocina.

Hessa da un respingo y vierte sopa en el fuego.

—¡Ay, Señor, no me pegues estos sustos, cariño! Perdón, majestad. No me había dado cuenta de que eras, bueno, tú.

Lo que quiere decir en realidad es que se ha olvidado de que yo, Ruby, ya no soy una persona a la que puede gritar y regañar.

—No pasa nada —le digo agitando la mano. Con un gesto majestuoso, seguramente—. ¿Dónde está Miriam? Necesito hablar con ella. Con urgencia.

Hessa se encoge de hombros.

—La última vez que la he visto estaba en el jardín. Arrancando malas hierbas, me ha dicho, pero con esa vista tan mala que tiene seguro que está arrancando mi romero.

Me doy media vuelta. Ella me grita a la espalda, otra vez con retraso:

—¡Majestad!

El gran salón del servicio, repleto de mesas, está casi vacío a esta hora del día, pero uno de los lacayos, Lucas, está recostado contra la pared con una taza de algo caliente y aromático en las manos.

Se inclina cuando paso por su lado de camino al patio de la cocina.

Al salir a la luz del día, experimento un nauseabundo *déjà vu.* Mis ojos se desplazan solos a la zona del gallinero donde el coyote destrozó a la familia de Princesa. En parte espero encontrarlo lleno de sangre, gruñidos y tristeza.

Pero el patio está tranquilo, el gallinero aseado con una capa de paja limpia y un nuevo cazarratones dormitando al sol. Echo un vistazo automático a la cancela, pensando en cerrarla. Seguro que el bobo del perro de Asher la ha dejado…

Pero la cancela está atrancada. De hecho, no solo está bien cerrada, sino que tiene un cerrojo nuevo, plateado y brillante a la luz del sol. Me apresuro hacia allí.

Por fin hay un cierre como Dios manda, no un pasador cochambroso que cualquier perro puede abrir.

Me vuelvo a mirar el castillo con extrañeza, aunque en ese momento avisto a Miriam en el jardín, con los brazos hundidos hasta el codo en la albahaca.

—Miriam, tengo que hacerte una pregunta —le digo. Bueno, le grito, en realidad. A pesar de todo, necesito tres intentos para conseguir que me preste atención.

—¿Sabes dónde se instaló Mellie cuando se jubiló? —le pregunto, una vez que se ha recuperado de la impresión de verme enfundada en un vestido elegante.

Miriam lo piensa un momento y su cara surcada de arrugas se frunce como un melocotón marchito. Ha sido vieja toda mi vida: es mayor incluso que Mellie. Pero no tiene familia fuera del castillo, así

que se quedará aquí hasta el final de sus días.

—Me parece que vive en Spyrian con sus hijos. —Hurga en la tierra y arranca unos cuantos manojos de hierbas—. Pregúntale a Bryson. Seguramente podrá decirte algo más.

Spyrian. Está a un par de horas de aquí.

Después de darle las gracias, vuelvo a entrar a toda prisa, seguida de mis dos sombras uniformadas, para buscar a Bryson. Él me ofrece indicaciones más precisas y yo lo observo con atención para ver si atisbo en él una mirada compasiva, algún indicio de que también el ayuda de cámara da por supuesto que Mellie es mi madre y que yo soy demasiado ingenua para haber sumado dos más dos.

Su expresión no revela nada, pero yo me pregunto sin poder evitarlo: ¿todo el mundo piensa que soy la hija de Mellie? ¿O solo es una idea de lord Hayes?

Es cierto que la cocinera siempre fue una figura materna para mí: me mareo solo de pensar que realmente sea mi madre.

Pero, de ser así, ¿por qué no me lo dijo?

¿Y por qué no me llevó consigo cuando se jubiló?

Cruzo corriendo el Gran Salón y bajo la escalera a la armería.

—¿Asher? —grito mientras entro en la enorme sala. Según Garon, a esta hora del día suele estar instruyendo a los guardias del castillo, pero cuando hemos ido a buscarlo al campo de entrenamiento el teniente Gaynos me ha dicho que estaba haciendo inventario.

La sala se encuentra en penumbra: solo hay dos antorchas encendidas. La luz dorada se refleja en las espadas colgadas de las paredes. Reece y Garon no se despegan de mí.

—¿Asher? —grito de nuevo.

—Majestad. —Sale de entre las sombras que ocultan el fondo de la sala. Su voz es un gruñido peligroso y la armadura de cuero cruje amenazadora—. ¿Necesitas algo?

Por un instante pienso en dar media vuelta y olvidar todo el asunto. Salta a la vista que Asher quiere estar solo y que yo soy la última persona a la que le apetece ver ahora mismo.

Sin embargo, yo no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho lord Hayes. Y no puedo dejar de pensar en los miedos de Asher.

—He visto a tu hermano —le digo. Me vuelvo a mirar a los guardias y les pido con una mirada que nos concedan un poco de intimidad. Esperan fuera mientras yo me interno en la estancia.

—¿Y?

Asher se planta en el centro del cuadrilátero de entrenamiento, todavía con media cara sumida en tinieblas. El cabello le cae sobre la frente, como si llevara las sombras consigo.

—Dice que no tuvo nada que ver con la muerte de vuestro padre. De hecho, se rio de mí cuando se lo sugerí. También admitió que conocía a Colin, pero no tenía ni idea de que se proponía matarme.

Ojalá tuviera alguna prueba más definitiva. Pero lo único que puedo ofrecerle son las palabras de Rowan y mi propio convencimiento de que me dijo la verdad.

Asher me mira largo y tendido. Finalmente, suelta un gran suspiro.

—Gracias por decírmelo —responde, ahora con menos hostilidad.

No es un inicio ideal, aunque lo daré por bueno de todos modos.

—También le he dado vueltas a la pregunta que me hiciste acerca de quién soy. ¿Estarías dispuesto a venir conmigo para… para que pudiera averiguarlo?

Arquea una ceja con gesto inquisitivo.

Inspiro hondo.

—Lord Hayes piensa que Mellie, la antigua cocinera, podría ser mi madre. Me gustaría ir a Spyrian a hablar con ella.

—¿En qué tipo de protección has pensado?

Se acerca un poco más. Soy consciente de cada una de sus

respiraciones, de la belleza letal de su rostro.

Me encojo de hombros ligeramente. Ni siquiera me lo había planteado.

—¿Reece y Garon? Podría añadir otro guardia, si te parece necesario.

—Si me parece… Si me… —Suelta una carcajada breve, amarga—. Sí, me parece necesario. Vas a necesitar todo un destacamento. Yo lo organizaré. Podemos salir mañana por la mañana, si te parece bien.

—¿Podemos? ¿Seguro?

—Me has pedido que te acompañe. No me negaré a la petición de mi reina.

Que Asher se refiera a mí como «su reina» me provoca algo en las entrañas, una sensación que rehúso examinar.

—Gracias —le digo aturullada—. Mañana me parece bien.

Me doy media vuelta para marcharme, pero su mirada se demora en mí, cargada y llena de connotaciones, como si supiera perfectamente el efecto que me causan sus palabras. Y de súbito no me puedo sacudir la emoción nerviosa ante lo que podría depararme el día de mañana.



TREINTA

—¿Puedes llevarte a Princesa al patio de la cocina? —le pregunto a Sara. Casi ha llegado la hora de poner rumbo a Spyrian con Asher. Intento convencerme de que las extrañas volteretas de mi estómago se deben a los nervios por ver a Mellie y nada más—. Le entra ansiedad si se queda sola aquí arriba.

—Claro —responde Sara. Como era de esperar, tarda cinco minutos en capturar al pequeño terremoto. Ya ha desgarrado el chal que he dejado doblado sobre una silla y ha derramado la arena de la caja por todas partes.

—He visto que han arreglado la cancela del patio de la cocina. Por fin.

Me miro en el espejo del baño. Llevo el pelo recogido en recatados torzales y un vestido más o menos discreto de color verde pálido con el cuello de visón. Hace fresco esta mañana y nubes grises y bajas cubren el cielo.

¿Será este el vestido que lleve puesto cuando descubra que, en realidad, siempre he conocido a mi madre?

¿El vestido que lleve puesto cuando le pregunte por qué? ¿Por qué

me mintió?

—Fue el príncipe Asher en persona —dice Sara, y le planta a Princesa un beso en la nariz—. Poco después de la muerte del rey Octavius, el príncipe bajó con ese perro tan pesado y lo vio abrir la cancela. Instaló el nuevo pestillo él mismo.

Los ojos de mi reflejo se abren de par en par. ¿Asher solucionó el problema?

—Bueno, pues qué bien. Ya era hora.

Sara me lanza una mirada rara cuando salgo y, de repente, no sé qué hacer con mi cara. ¿La he mirado raro yo también? ¿Por qué parezco rara? ¿Por qué me siento tan rara?

Uf, mierda.

—Llegaré hacia el anochecer.

Me inclino para plantarle a Princesa un besito en la nariz y acabo hundiendo la mía en su pelo. Ya se está retorciendo.

—Dile a Mellie que le envío mi amor —dice Sara—. Espero que pueda darte las respuestas que buscas.

—Yo también.

Sara se marcha antes de que Princesa consiga escapar. Yo me toco el collar y noto la piedra cálida contra mi piel. No quiero hacerme ilusiones.

Es raro albergar la esperanza de que alguien te haya mentido toda la vida. Pero si eso implica averiguar la verdad, bienvenido sea.

Suenan unos golpecitos en mi puerta y me sorprende ver a Lissa entrar en mi habitación. Ella no suele venir a esta hora. Sara me trae el desayuno y enciende el fuego de la chimenea —cuando no me he levantado y lo he hecho yo misma—, y Lissa y Theia no vienen hasta la tarde, a veces hasta la noche, cuando es la hora de mi baño y de vestirme para la cena.

Sara y yo lo hemos organizado así para que nunca me quede a

solas con Lissa.

Cierra la puerta al entrar. El corazón me da un vuelco en el pecho y me late un poco más rápido de lo habitual.

—Lissa, ¿pasa algo? —le pregunto.

Ella retuerce su delantal entre las manos. Las mejillas de su preciosa carita redonda se ruborizan. Le brillan los ojos.

—Majestad, tengo que deciros una cosa. —Le falla la voz y carraspea para aclararse la garganta—. Sé… sé que la mayoría de la gente habría ordenado detenernos a Theia y a mí. Y quería daros, bueno, las gracias. No nos debéis nada. Pero no nos lanzasteis a los lobos.

Hay algo en su voz, en su rostro, que me hace preguntarme si tomé la decisión correcta. ¿O es esto el principio de una confesión?

Se ruboriza todavía más.

—Yo… solo quiero que sepáis que estáis a salvo conmigo. Pase lo que pase.

—Bueno, gracias. Eso espero —respondo, un poco incómoda. Pero teniendo en cuenta lo que la oí decir sobre el rey en el pasado, tiene sentido—. Venga —le digo, despachándola con un gesto de la mano —. Tengo que marcharme y aquí no puedes hacer nada mientras estoy fuera.

Puede que me esté agradecida, pero eso no significa que confíe en ella.



Asher ya me está esperando cuando salgo del castillo.

Lleva una chaqueta de terciopelo negro bordada con hilo de plata. En esta ocasión sin armadura. El color blanco de su camisa acentúa el corte rotundo de su mandíbula, que se tensa todavía más cuando

me ve. Mientras me ayuda a subir al carruaje me fijo sin poder evitarlo en sus muslos ceñidos por los pantalones.

Calen se sienta con el cochero, mientras que Reece sube detrás. Varios soldados más nos acompañan a caballo. Asher quería llevar aún más guardias, pero marqué el límite en media docena. No quiero llamar una atención no deseada sobre Mellie.

Uno de los caballos relincha y agita la cabeza contra el bocado al emprender la marcha. Asher se ha sentado a mi lado y su manga de terciopelo roza la fina seda de mi vestido. El amplio banco tapizado y la madera pulida de la carroza real, que es grande y ridículamente suntuosa bajo cualquier punto de vista, se me antojan exiguos teniendo tan cerca el cuerpo alto y musculoso de Asher. Con cada respiración me llega el aroma de su especiado jabón de naranja.

Una parte de mí querría apartarse para dejar más espacio entre los dos. Pero él no parece incómodo en absoluto y yo no quiero admitir que lo estoy, así que no me muevo. Consciente a más no poder de que nuestros brazos se están tocando y de que solo unos centímetros separan nuestros muslos, me dedico a mirar por la ventanilla.

La ciudad se va perfilando en derredor, piedra a piedra. El carruaje toma una ruta parecida a la que tomamos en el desfile, por la calle que conduce al paseo del río. Nos desviamos antes de llegar al agua y enfilamos por calles angostas flanqueadas de pequeñas tabernas, mercados callejeros y mujeres que tienden la colada.

—Espero que hayas dormido bien —dice Asher.

—La verdad es que no. A Princesa…, o sea, a mi gata le ha dado por perseguirme los pies.

Suelta una risa sorprendida.

—¿Y tú? —le pregunto, ya que por lo que parece estamos manteniendo una conversación educada.

No me responde.

Le lanzo una mirada furtiva; se está observando las manos, que descansan sobre sus rodillas. Tiene un callo en el pulgar y una costra en el nudillo. También cicatrices, y un meñique torcido que parece roto y mal curado. Sus manos no encajaban con el chico que yo veía cuando espiaba a los príncipes desde los árboles del jardín. El chico que se tendía en la hierba durante horas a leer y a dibujar caricaturas de sus padres y tutores con movimientos pausados y elegantes.

—Gracias por arreglar la cancela del jardín —le digo.

Cierra los puños y posa la mirada en mi rostro.

—No me había dado cuenta de que Rocky estuviera provocando daños. Me alegro de que me lo comentaras.

Nos quedamos en silencio un momento y nuestros brazos chocan cuando la carretera de adoquines se transforma en un camino de tierra. Estamos dejando Ryvin atrás. Las ruinosas casitas de las afueras de la ciudad se transforman en pastos verdes salpicados de árboles de grandes copas, de esos que te apetece escalar.

Yo nunca había salido de Ryvin. Al menos, no que yo recuerde.

—¿Alguna vez has estado en Spyrian? —le pregunto en el tono más desenfadado que puedo adoptar.

—Unas cuantas veces —responde—. Está de camino a Ploughton, donde tenemos una unidad permanente de tropas de infantería.

—Ah —digo, un poco avergonzada. No sabía que teníamos compañías más allá de las murallas de la ciudad, pero las tenemos, claro. Y debería haberlo sabido. O mis consejeros deberían habérmelo dicho.

—¿Alguna vez has viajado, majestad?

Por lo que parece, Asher ha reparado en mi ignorancia al mismo tiempo que yo.

Niego con la cabeza.

—Las criadas no tenemos oportunidades para viajar ni motivos para hacerlo. Pero una reina… Debería viajar por todo el país, ¿no?

Se me encoge el corazón al recordar la conversación que mantuve con Rowan sobre Yanos, cuando me contó que pescaba tiburones con sus hermanos. Me pregunto si Asher habrá visitado a su hermano en la Vieja Torre o si Rowan todavía se niega hablar con nadie que no sea yo. No me atrevo a preguntar.

—Una vez que sea seguro, deberías. —Asher me mira un instante y por una vez no tengo la sensación de que esté discurriendo cómo asesinarme—. Antes tenemos unas cuantas cosas que resolver, ¿verdad?

La vaguedad de sus palabras me recuerda que no estamos solos: tenemos delante al cochero y a Caleb, soldados a ambos lados y a Reece en el banco de atrás.

Pasado un momento, Asher dice:

—Spyrian es una ciudad más pequeña que Ryvin. De hecho, es poco más que una aldea. Pero se trata de una localidad próspera. El ejército apoya a los campesinos y a los trabajadores de la zona. Es un buen lugar para vivir.

—Espero que Mellie sea feliz —digo. Al pensar en la cocinera laboriosa y lozana que me crio, me cuesta más que nunca sostener este barniz aristocrático del que he intentado revestirme a lo largo de las últimas semanas. Me recuesto sobre el asiento y relajo los hombros—. ¿Por qué no me lo diría?

—Quizá pensó que eso la pondría en peligro a ella o a su trabajo —dice Asher. Está mirando por la ventanilla y el cabello se le riza ligeramente contra la sien. Siento tentaciones de retirárselo un poquito para verle mejor la cara…

No, ni hablar. Me sacudo la palabra «tentaciones» de la mente.

Levanto la vista hacia Calen. Bajando la voz hasta casi un susurro, murmuro:

—El rey, tu padre, pensaba que la historia es importante, que podía explicar cosas. Yo esperaba que se refiriese a «mi» historia. Pero si soy la hija secreta de una cocinera del castillo, dudo mucho que eso ayude a entender nada.

—Pero sabrás de dónde vienes —responde Asher con voz queda —. Eso es tan importante como cualquier nota críptica que mi padre te dejara.

No tengo claro que sea tan importante.

—Tengo que averiguar quién me ha estado, bueno, amenazando. No puedo quedarme sentada esperando a que se salgan con la suya.

Me abstengo de mencionar nuestras sospechas de que el rey fue asesinado. Que mi vida corre peligro no es ningún secreto, después de que apareciera la serpiente en mi habitación y de lo sucedido en el baile.

—No se lo permitiremos —dice Asher en tono firme.

Y es agradable oírlo, la verdad, después de pasarme semanas pensando que era él quien quería matarme, aunque el consuelo no es completo.

Me vuelvo a mirarlo y Asher dirige toda la energía de sus brillantes ojos verdes hacia los míos.

—Asher —le digo—. Seguro que, siendo el máximo mando del ejército de Lumaria, tienes espías y otras fuentes de información. Ahora que has tachado a Rowan de la lista, ¿de verdad no hay ningún otro sospechoso?

Me quedo de piedra cuando se ruboriza. Me sostiene la mirada como si le costara un esfuerzo.

—Por desgracia, yo, mmm, he dedicado todas mis energías a averiguar si tú eras la amenaza, majestad. Te aseguro que ahora

ampliaré mi radio de sospecha.

—¿Y tu familia? —le pregunto a toda prisa, todavía en voz lo bastante baja como para que el traqueteo del carruaje ahogue mis palabras—. Tu padre pensaba que el peligro procedía de una persona cercana. No creo que fuera Rowan. ¿Y si…? Bueno, cuesta imaginar a Belle o a Cedric tramando algo contra él, ¿verdad? ¿Qué me dices de…, bueno…, tu madre?

Qué pregunta tan incómoda e insensible por mi parte. Pero Narissa… se ha mostrado tan hostil, tan decidida a que me casara con su hijo, a que su familia conservara sus derechos al trono… Y el diario del rey ha dejado aún más patente si cabe, la fría relación que existía entre la reina y él.

La poderosa mandíbula de Asher se crispa.

—Todos hemos llorado la muerte de Sorren. Me cuesta imaginar a un miembro de mi familia pensando en provocar más muertes.

Por un instante, sus facciones se ensombrecen. Carraspea.

—Lo siento —le digo con voz queda—. Ninguno de nosotros deseaba nada de lo que ha pasado.

Arquea una ceja.

—¿Ni siquiera tú?

Es poco probable que me crea, pero le digo la verdad.

—Yo era una criada. Claro que soñaba con una vida más cómoda, una existencia que no me condenara a la soledad y a la invisibilidad. Pero convertirme en reina no me ha proporcionado una familia ni amor ni amistad. Y desde luego no me ha facilitado la vida. ¿Y qué diferencia hay entre que te vean solo como un delantal o solamente como una corona?

Asher me observa largo y tendido, tanto rato que noto cómo se me suben los colores. El aire desaparece del carruaje y el ambiente se carga. No sé cómo interpretar su expresión, pero sí oigo con

absoluta claridad el latido frenético de mi corazón.

Separa los labios, para hablar o quizá para respirar, pero el roce de la lengua contra sus labios me hace ser consciente de cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Pero agradezco tener tantas almohadas —digo.

Él me mira de hito en hito.

En ese preciso instante, una rueda del carruaje pisa una piedra y se inclina hacia un lado, y yo me precipito sobre el regazo de Asher.



Llegamos a casa de Mellie por la tarde. Vive en una casita de campo en las afueras de la ciudad, en medio de un grupo de casas que comparten un huerto.

El príncipe Asher me ayuda a descender del vehículo con su mano cálida y firme. Espero que él no note la humedad de la palma de mi mano. No he sido capaz de mirarlo desde que me he caído sobre su regazo y hemos pasado un buen rato tratando de desenredar brazos, piernas y vestido. Se ha portado como un perfecto caballero, porque lo es —y está prometido, por el amor de Dios—, pero, por motivos que no atino a explicarme (yo también estaba prometida hasta hace dos días, por el amor de Dios), he tenido que hacer grandes esfuerzos para no quedarme sentada encima de él. Si no lo miro, no sabré si se ha dado cuenta. Prefiero seguir sin saberlo. Me parece más conveniente.

En este momento tengo cosas mucho más importantes en las que pensar. Así que guardo los brazos de acero de Asher y su suave chaqueta a buen recaudo en mi mente, bien lejos de cualquier otra parte del cuerpo.

Esta es la casa de Mellie.

La hiedra que cubre las paredes enmarca la puerta pintada de un rojo brillante. La entrada está recién barrida y un pulcro camino de piedra discurre desde la entrada hasta mis pies, hoy enfundados en unas botas de viaje de suave cuero.

Todo está aseado y bien cuidado. Por supuesto.

Hace casi dos años que no veo a Mellie. Pero antes de eso, ella estaba presente en mi vida a diario, prácticamente todas las horas del día. Me orientaba, me enseñaba, me dejaba espacio y permitía que aprendiera por mí misma. Ella era la mano cálida en mi frente, el vaso de leche caliente cuando no podía dormir.

En todos los sentidos salvo en el oficial, era mi madre.

Para cuando Caleb golpea con los nudillos la brillante puerta principal, me tiemblan las manos.

Pasan siglos antes de que la puerta de madera pintada se abra despacio. Una anciana aparece en el umbral. Fuerza la vista para mirarme y esos surcos que tan bien conozco asoman a su cara.

—Ruby, tesoro, ¿eres tú?

No importa que lleve dos años sin verla ni que tal vez me haya mentido toda la vida, ni siquiera que yo ahora sea reina. Recorro el camino a la carrera y me abalanzo a los brazos de Mellie.



TREINTA Y UNO

Mellie me invita a pasar como si yo fuera la niña a la que enseñó a cortar filetes de pescado o a lavarse el pelo, y no la reina de Lumaria. Y yo la quiero todavía más por ello. Por primera vez desde que murió el rey Octavius, me siento como si fuera yo misma.

—Entra, cariño, ven a sentarte —me dice al tiempo que me acompaña a la mesa alargada de la cocina y me invita a tomar asiento en el banco.

Asher nos sigue con cierta timidez y rehúsa sentarse. En vez de eso, se queda de pie en el umbral como si montara guardia.

—Mellie, ¿cómo estás? —le pregunto. De pronto, me siento terriblemente culpable por no haberla visitado antes.

Trastea por esa cocina pequeña y oscura, y al poco tengo delante un plato de tartaletas de manzana. Se planta delante de mí con las manos en las caderas.

Ya sé lo que está esperando.

Tomo un bocado de tartaleta y me derrito al saborear la crujiente cremosidad de la pasta y la especiada calidez del relleno. Sonríe y le tiende una al príncipe Asher antes de sentarse por fin delante de mí.

—La cadera me causa algunas molestias, pero por lo demás, estoy estupenda. Mis hijos viven aquí al lado y sus pequeños corretean todo el día por aquí. Estoy aún más ocupada que cuando vivía en el castillo, supongo. Todo el mundo quiere las golosinas de la abuelita Mel.

Sus ojos titilan cuando me hace un guiño.

—Me alegro mucho —le digo. Se me encoge el corazón cuando la imagino cuidando de sus hijos y de sus nietos como cuidaba de mí. ¿Soy su hija ilegítima, como piensa lord Hayes? ¿Son sus hijos mis hermanos?—. La verdad es que te echamos de menos en las cocinas. Hessa… Bueno, es un cambio.

Mellie se ríe con carcajadas que recuerdan al chirrido de una puerta.

—Es un don y una maldición ser imprescindible.

—Estoy segura de que tu familia sabe que eres un don, igual que yo.

Observo su rostro, buscando parecidos. La curva de la mejilla, el ángulo de la nariz.

Me busco a mí misma en ella.

No hay nada que salte a la vista, pero, ay, cómo echaba de menos sus ojos astutos y su sonrisa amable. Esa combinación única de bondad y sinceridad directa.

Y, sí, también las tartaletas de manzana. Tomo otra y ella me sonríe con expresión de aprobación.

—Bueno, Ruby, mi niña. He visto la carroza real aparcada ahí delante. Cuando me enteré no me lo podía creer, pero supongo que es verdad. ¿Realmente eres la nueva reina?

Asiento y la tarta se me pega a la garganta. En esta cocina no quiero serlo.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—Muy bien, supongo que no has venido a hablarme de Hessa ni a compartir recuerdos. ¿Qué necesitas?

Me pregunto si sabe lo que le voy a preguntar. Sus ojos azul claro no revelan nada. Se le da bien guardar secretos. Tiene que ser así, si se las ha arreglado para guardar este tantos años.

Me giro un momento hacia Asher, cuyo rostro tampoco delata nada, y devuelvo la atención a Mellie.

—Quería preguntarte… ¿Tú eres mi madre?

Tan pronto como las palabras salen de mis labios, noto un peso en el estómago.

Mellie me mira un buen rato con expresión indescifrable. Ni siquiera sé si la he pillado por sorpresa. Luego se levanta con brusquedad y se acerca al hogar.

—Apuesto a que te apetece un vaso de leche caliente con esas tartaletas.

—Mellie.

—Tú y tus preguntas. Siempre igual.

Su tono cariñoso se ha tornado tenso y está intentando escabullirse como hacía antes.

Frustrada, respondo en un tono demasiado alto.

—¡Pues claro que hago preguntas! Me dijiste que era huérfana. Que me trajo un desconocido. ¿Era mentira? ¿Quién soy, Mellie?

La jarra de barro que contiene la leche se le resbala de las manos y se hace añicos contra el borde del hogar de piedra. Le tiembla la voz cuando dice:

—Es cuanto puedo decirte.

Corro a su lado. Está llorando, dolorosos sollozos que la recorren entera.

Me arrodillo a su lado con mi estúpido vestido de reina y limpio el estropicio. Como he hecho siempre. Como haría siempre que

estuviera con ella. En un tono más dulce, le digo:

—Por favor, Mellie. Necesito saberlo.

Ella suelta un suspiro largo y entrecortado.

—La verdad no tiene nada que ver con lo que tú piensas.

—Entonces… —Las palabras se me pegan a la garganta—. ¿No eres mi madre?

Volvemos a la mesa y la ayudo a sentarse. Se retuerce las manos y se mira los dedos, como si estos contuvieran la respuesta. Con suavidad, dice:

—No, no soy tu madre, cielo. Nada en el mundo, por inapropiado que fuera, me habría impedido reclamarte si fueras mía.

Las lágrimas se me deslizan por las mejillas sin que pueda evitarlo.

Desde que lord Hayes sugirió que podría ser hija de Mellie, la idea me ha obsesionado. Sus palabras y su expresión amorosa son un bálsamo para mí.

—Pero no podía contarte el secreto. De hecho, me dijeron que si no lo guardaba podía darme por muerta.

Se me revuelven las tripas. Me falta el aire. El calor del fuego es excesivo y el corazón me late a toda velocidad.

—Así pues, hay un secreto. Mellie, tienes que contármelo. Soy la reina. No permitiré que nadie te quite la vida por revelarlo.

Las palabras del rey sugerían que la historia, quizá incluso mi propia historia, era importante para Lumaria. Puede que se refiriese a la Guerra de las Siete Semanas o a alguna antigua leyenda lumaria sin la menor trascendencia. Ahora mismo todo eso me importa una mierda. A mí me importa mi historia. Los padres que nunca conocí, las preguntas que nadie me respondió nunca. ¿Tengo los ojos de mi madre? ¿El pelo de mi padre? Toda mi vida me he concentrado en la gratitud, en mi supervivencia. Pero eso no significa que la herida no

fuera profunda e incurable, un vacío que habría debido llenar todo aquello que desconozco. La verdad de dónde procedo y de quién.

Mellie estrecha mis manos entre las suyas.

—La persona a la que se lo prometí ya ha muerto. Pero no quiero pasarte a ti la carga de esta verdad. ¿Estás segura de que debes acarrearla?

Un profundo escalofrío me recorre la columna vertebral cuando asiento. He llegado demasiado lejos como para retroceder ahora.

Me giro a mirar a Asher. Sigue en el umbral de la puerta, de espaldas a nosotras, pero aprieta los puños despacio.

Mellie se inclina hacia delante y une sus artríticos dedos ante sí.

Con la mirada clavada en el desvaído mantel que cubre la mesa, empieza a hablar.

—Recuerdo hasta el último detalle de aquella noche. Incluso recuerdo cómo empezó todo. Estaba cansada. Tenía dos críos en casa y era tarde. Sabía que cuando llegara ya estarían acostados y eso me entristecía. La reina Narissa había pedido pastel de trucha asalmonada para desayunar, y debía dejar la pasta preparada la noche anterior. Había enviado a todos los demás a casa o a la cama.

»Tenía los brazos hundidos en la harina cuando la puerta se abrió. Por poco me da un ataque al corazón. —Se lleva la mano al pecho, como si reviviera el sobresalto—. Y entonces la sorpresa fue mayúscula: el rey Octavius en persona estaba en el umbral, empapado de lluvia y con los ojos desorbitados.

—¿El rey Octavius?

La miro boquiabierta.

Ella asiente.

—Sí, el rey en persona. Calado hasta los huesos y cargado con un fardo de mantas en el que lloriqueaba un bebé. Me tendió a la niña y me pidió que la secara y la hiciera entrar en calor. Así que lo hice.

Avivé el fuego, busqué telas limpias, te sequé y te calenté. Tú no parabas de llorar con una expresión furibunda en esa carita tuya hasta que te di un poco de leche de cabra. Entonces te tranquilizaste al instante.

Mi corazón late a un ritmo extraño y miro la espalda de Asher sin poder evitarlo.

—¿Me estás diciendo…? ¿Me estás diciendo que soy hija del rey Octavius?

Mellie niega con la cabeza.

—El rey no era tu padre. Aunque entiendo que lo preguntes. También fue lo primero que yo pensé. Pero el rey Octavius también necesitaba entrar en calor, así que le preparé té caliente y un poco de pan y él me contó toda la historia. Estaba tristísimo. De no ser así, dudo mucho que me la hubiera revelado.

Asiento instándola a continuar. Me retuerzo las manos con tanta fuerza que me clavo las uñas en las palmas.

Ella alarga los brazos para tomar mis manos. Con suavidad, me obliga a abrir los dedos que retuerzo como garras.

—Tu madre era una mujer llamada Esme y el rey estaba enamorada de ella.

Se me para el corazón.

«¿Esme?».

—Pero ella se casó con su mejor amigo, porque el rey ya estaba casado. Y porque Esme lo amaba, pero amaba más a Garrick. Contrajeron matrimonio y el rey bendijo la unión, aunque estaba desolado. Luego, menos de dos años más tarde, Castella atacó nuestra frontera y el rey descubrió que Garrick les había vendido la información que habían utilizado para la invasión. Tuvo que castigarle, como es natural, pero por más furia que albergara no fue capaz de ejecutar a su mejor amigo. Así que lo envió al campo de

prisioneros de las Simas. Tú solo tenías unos meses y tu madre estaba tan afligida como cabría esperar. Siempre defendió la inocencia de Garrick. El rey fue a visitarla para tratar de entender por qué Garrick lo había traicionado a él y a todo el reino, pero la encontró muerta y la casa saqueada. Tu madre te había escondido en otra habitación, donde el rey te encontró, débil y hambrienta. Octavius no sabía qué hacer, solo que tenía que salvar al bebé de Esme. No podía dejar allí a la niña.

—¿Y me llevó contigo?

Mi voz suena tan apagada que la pregunta a duras penas es audible. Sus palabras todavía reverberan en mi cabeza, una y otra vez: la impresión que me han provocado es tan intensa que su eco resuena como las ondas de una piedra en un estanque. O las olas que acarician la orilla.

El rey Octavius hablaba en su diario de la traición de Garrick e incluso de su amor por Esme. Pero no mencionó ni una vez a una niña ni tampoco habló de la muerte de la mujer. Fue como si al enviar a Garrick a las Simas hubiera dado por concluida la historia.

¿Por qué no escribió ni una palabra sobre mí? ¿Porque le dolía demasiado? ¿O para protegerme?

Mi padre… mi padre es el hombre más odiado de Lumaria.

El Gran Traidor en persona.

—Bueno. —Mellie suelta una risita triste y me estrecha la mano—. Si te digo la verdad, no creo que el rey pensara con claridad. Vio luz en la cocina y supo que no podía entregarte a Narissa. Comprendió lo que ella pensaría si lo veía aparecer con un bebé. También quería protegerte. No quería que te criaras a la sombra de la traición de tu padre. Me vio esa noche y decidió confiarme tu historia. Me obligó a guardar el secreto bajo amenaza de muerte. Sabía que yo tenía mi propia familia y que no podía presentarte como mi propia hija (a mi

marido no le habría parecido bien), así que inventamos el cuento del desconocido y de la familia destrozada por la guerra. Tras eso cuidé de ti, con ayuda del resto del servicio. Y del propio rey Octavius, cariño. Se aseguró de que los tutores reales te instruyeran y de ofrecerte todas las oportunidades posibles sin revelar tu secreto. Y ahora… vaya, mírate. Realmente te dio todo lo que pudo.

Me limpia las mejillas húmedas con las palmas de sus manos. Mis lágrimas son tan abundantes que no la veo.

—Ay, cariño. Mi querida Ruby.

—¿Y… mi nombre? ¿Y el collar? —pregunto con voz ronca.

—El collar es el regalo de boda que le hizo el rey a Esme. Un tanto inapropiado, en mi opinión, si te soy sincera.

Suelto una risa ahogada.

—En cuanto a tu nombre… —continúa—. Ruby, el nombre te lo puso tu madre. Como teníamos que fingir que te había traído un desconocido, dijimos que lo había elegido yo. Pero no era verdad. Esme lo escogió. Tu mamá eligió tu nombre.

—Oh, Mellie.

Estoy demasiado abrumada como para decir nada más.

Se levanta y se sienta a mi lado. Me abraza y el aroma a canela de su cuerpo es tan reconfortante que rompo a llorar de nuevo.

—Así que… Garrick. El Gran Traidor.

—Te he dicho que la verdad sería una carga. Pero recuerda, tú no ocupas tu posición actual por ser hija de Garrick. Estás aquí por ser la protegida del rey. Serás una buena reina para este país.

Intento escuchar sus palabras. Intento creerlas.

—Tu madre… Su tumba está en un cementerio cercano. El rey Octavius arregló las cosas para que me viniera a vivir aquí cuando me retirase. Me pidió que me encargara del sepulcro. Al fin y al cabo, yo era la única que podía hacerlo, ¿no?

—Sí —digo con voz ronca—. Sí.

Abrazo a Mellie con fuerza. Le debo la vida. Por haberme cuidado cuando era una niña. Por haberme contado la verdad ahora.

Saco una bolsa pequeña, muy pesada, de mi faltriquera. Ella niega con la cabeza, pero yo la dejo sobre la mesa.

—Por las tartaletas de manzana, Mellie, y por romper el silencio. Te ayudará a cuidar de tus nietos. Y… de la tumba de Esme. De la tumba de mi madre.

Cuando se despide de mí en la puerta y me señala las verjas del cementerio, que asoman a lo lejos, se le saltan las lágrimas.

—Hay un monumento en la tumba —dice con una voz pastosa que no es nada propia de ella—. La encontrarás con facilidad. El ángel… el ángel tiene la cara de tu madre. Cuídate, majestad. Siempre serás bienvenida en esta casa. Estoy… estoy muy orgullosa de ti, Ruby.

Se le quiebra la voz. Se da media vuelta y cierra la puerta antes de que yo pueda responder. Antes de que pueda abrazarla por última vez.

Me quedo de pie delante de su casa y no encuentro a la reina Ruby por ninguna parte. Tampoco encuentro a Ruby la criada. Hay una nueva persona en mí, una nueva Ruby, hija de Esme y de Garrick. Hija del Gran Traidor de Lumaria. Todavía no sé cómo vivir con esta nueva Ruby dentro, así que estoy paralizada. Atascada. Estoy total y absolutamente sobrepasada.

Asher se marcha un momento para hablar con Calen, Reece y el cochero. Cuando vuelve, me coge del brazo.

—Vamos al cementerio.

Mis piernas se mueven, bajan los escalones de la entrada y se desplazan por el camino de piedra hasta la carretera de tierra sembrada de baches. Giran hacia el cementerio y seguimos caminando. Los rayos del sol, ahora más bajo en el cielo, proyectan

reflejos dorados en las nubes de tormenta que se acumulan a lo lejos. Tendríamos que salir pronto si queremos llegar al castillo antes de que oscurezca.

—Ahora todo tiene más sentido —dice Asher con voz queda, casi como si hablara consigo mismo.

Me tambaleo sobre el suelo irregular con mis botas de tacón. Él me sujeta el brazo con más fuerza.

—¿Qué tiene más sentido?

—Que padre te escogiera. Eres la hija de su mejor amigo y de la mujer que amaba.

—Soy la hija de un traidor.

Garrick ha sido el Gran Traidor de Lumaria toda mi vida. Su nombre aparece en infinidad de libros de historia como sinónimo de infamia. Alevosía. Deslealtad. El rey describió en su diario cuán herido se sentía, cuánta perplejidad le provocaba que su mejor amigo se hubiera vuelto contra él. Pero nunca, ni una sola vez, escribió sobre mí. Nada sobre la hija de Garrick.

¿Por qué?

¿Era esta la historia que quería que descubriera? ¿Cómo me ayuda a encontrar al asesino del rey? ¿Y qué implica para mi posición en Lumaria el que mi padre sea el traidor más infame y denigrado de todo el reino?

Miro de reojo a Asher con el estómago revuelto. ¿Usará esta información para deslegitimarme? Le proporciona motivos para reclamar el trono.

No me atrevo a formularle la pregunta en voz alta.

—No lo entiendo —digo en vez de eso mientras enfilo la senda de piedras y hierba que conduce al cementerio. Sea lo que sea o que les ha dicho el príncipe Asher a los guardias, nos han dejado solos y se han quedado esperando en casa de Mellie. Se lo agradezco más

de lo que puedo expresar en palabras. Mi rostro surcado de lágrimas no se encuentra en condiciones de ser visto y menos aún de dar órdenes—. En la nota que me dejó, tu padre dijo que la explicación de todo el misterio estaba en la historia. ¿Se refería a esto? No entiendo la relación. Garrick sigue preso y mi parentesco no me relaciona con la familia real, ¿no? Si fuera hija del rey, tendría sentido. Pero esto… esto, en todo caso, me hace aún menos digna de la corona.

Asher medita mis palabras con la mirada clavada en el suelo.

—¿Y si no estaba seguro de que tu padre fuera culpable?

Eso me da que pensar.

Todavía me cuesta creer que conspirase contra mí. Nunca hubo una señal, ni el más mínimo indicio de que debería desconfiar de él. En cuanto a Esme, su fe es inquebrantable (…). No ha vuelto a dirigirme la palabra desde que se lo llevaron a las Simas.

El rey Octavius no estaba seguro de que Garrick fuera culpable. Pero estaba tan enfadado y se sentía tan herido que nunca se lo preguntó directamente. Lo envió a las Simas sin hablar con él siquiera. Para no hacerle pedazos con sus propias manos.

Asher me abre la verja y, casi de inmediato, entiendo las últimas palabras de Mellie. El monumento —un ángel con las alas desplegadas— domina todo un rincón del cementerio. Me encamino hacia allí y noto cómo mis botas se hunden en la hierba húmeda. Allí, grabado en el mármol, está el nombre de Esme, la fecha de su nacimiento y de su muerte, pocos meses después de mi propio nacimiento. Debajo se lee en una inscripción: «Amada por siempre».

Y ahí arriba… los ojos pétreos del ángel me miran con el rostro de mi madre.

Con mi rostro.

El cielo se oscurece. A lo lejos retumba un trueno, amenazador. Una ráfaga de viento me empuja la falda. Sin hacer caso de nada de todo eso, me arrodillo ante la tumba de mi madre y estallo en sollozos.



TREINTA Y DOS

No sé cuánto tiempo transcurre antes de que me seque las lágrimas y pronuncie para mis adentros un último adiós. Tengo la falda mojada y manchada a la altura de las rodillas. Me noto débil y temblorosa: mi mente alberga tantos pensamientos distintos que me siento como si estuviera jugando al ajedrez con cinco adversarios a un tiempo.

Me pongo de pie justo cuando un relámpago ilumina el cielo.

—Majestad —dice Asher—, tenemos que darnos prisa.

El cielo se abre antes de que lleguemos a la verja. El mundo se transforma en un alud de hierba resbaladiza y oscuridad, salpicado de los cegadores fogonazos del rayo. Asher hace ademán de agarrarme el brazo, pero es demasiado tarde. Resbalo y me caigo, torciéndome el tobillo y arañándome el brazo contra una lápida. «Maldita sea».

Me levanto trastabillando y frotándome el brazo. Asher me ayuda a avanzar hacia la desigual carretera de tierra, algo que no me resulta nada fácil con el tobillo lesionado. Miro al cielo y dejo que la lluvia fría arrastre mis lágrimas. Al momento estoy tiritando.

—Tenemos que resguardarnos de la lluvia —me dice Asher—. Vamos.

Ponemos rumbo a la casa de Mellie, pero no llegamos tan lejos, porque Calen y Reece ya están acercando el carruaje. Los caballos patalean y sacuden la cabeza, tan incómodos con la lluvia torrencial y con los frecuentes rayos como yo. Justo cuando llegamos a su altura, uno de los caballos intenta salir corriendo y el vehículo da un tumbo en el que por poco golpea a Asher.

Él se tambalea hacia atrás, contra mí, y por un momento ejecutamos una especie de danza desequilibrada. Acabamos al borde de la carretera aferrados el uno al otro con fuerza. Él huele a lluvia, a naranjas especiadas y a las tartaletas de Mellie.

Yo aspiro su cuello un instante, hasta que los dos recuperamos el equilibrio.

—Los caballos están inquietos —chilla Calen—. ¡Tenemos que buscarles un refugio hasta que pase la tormenta!

Los soldados de nuestro séquito ya han desmontado. Nadie quiere caerse del caballo cuando estalle el próximo trueno.

Asher se vuelve a mirarme. El fogonazo de un rayo le ilumina la cara: el pelo mojado, pegado a la frente; los ojos brillantes; la piel pálida.

—No podemos volver a Lumaria esta noche, majestad. Me gustaría enviar a los hombres al cuartel para que se sequen y atiendan a los caballos. Hay una posada aquí cerca… Me he alojado allí otras veces. Podremos descansar y volver al castillo por la mañana. ¿Te parece bien?

—¿Allí estaremos seguros? —pregunto.

Los dientes me empiezan a castañetear. Sea lo que sea lo que hagamos, tenemos que hacerlo cuanto antes. Me vuelvo a mirar la casa de Mellie, pero la tormenta la oculta. De todos modos, no

quiero molestarla. Hoy ya ha hecho suficiente por mí.

—Me aseguraré de ello —dice.

Asiento, y Asher se pone en marcha de inmediato. Comunica sus instrucciones a Calen y al resto de los soldados. Reece vendrá con nosotros.

Asher me acompaña de regreso a la carretera, en sentido opuesto al carruaje. Nos adentramos en un tortuoso vecindario de resbaladizas callejuelas adoquinadas y alguna que otra vela en las ventanas. Todavía no se ha puesto el sol, pero bien podría haberlo hecho: la tormenta ha reducido el mundo a un sombrío remolino de lluvia. Cada vez que la luz de un rayo nos ilumina, asoma un detalle distinto, congelado en mi retina como una imagen residual: la abrupta esquina de un edificio, la protuberancia de un árbol ornamental, el majestuoso perfil de Asher.

Reece guarda las distancias, tan discreto que casi olvido que está aquí.

—¿Está muy lejos la posada? —le pregunto al príncipe al mismo tiempo que me recojo el pesado vestido, empapado de lluvia, e intento no hacer una mueca de dolor cuando apoyo el peso en el tobillo torcido.

Asher señala un resplandor dorado al final de la calle.

—Allí.

La lluvia arrecia de nuevo, tan intensa que amenaza arrastrarnos. Asher me agarra del brazo y, de repente, estamos corriendo como podemos hacia el acogedor faro que nos llama en la ventana cálidamente iluminada.

Los dos llamamos a la puerta y un posadero malhumorado responde al momento.

—No tenemos habitaciones —ladra haciendo amago de cerrar.

Asher se lo impide usando la mano que exhibe el emblema real.

El posadero se detiene y observa a Asher —y su emblema— con más atención. Súbitamente agranda los ojos.

—Me disculpo, su majestad. No os había visto bien.

Asher le dedica una sombra de sonrisa.

—Bueno, pues ahora sí. Y siento molestarte, Finch, pero necesito una habitación.

—Pues claro, majestad. Me temo… bueno, solo tengo una. No suelo alojar a nadie a causa de su tamaño. Y es un poco húmeda.

—¿Cuenta con un hogar? —pregunta Asher.

Finch asiente.

—Un fuego es cuanto necesitamos.

Entrelaza el brazo con el mío y cruza la puerta conmigo bien pegada a su cuerpo. El repentino contacto físico me provoca un estremecimiento. Me quedo paralizada y me arden las mejillas al ver la sonrisa elocuente del posadero.

Me retuerzo para preguntarle a Asher a qué está jugando, pero él me aferra con más fuerza y me lanza una mirada que sugiere: «Confía en mí».

A regañadientes, le dejo que siga abrazándome e intento no disfrutarlo.

Más allá de la entrada hay una sala agobiante y ruidosa, llena de humo. Unos cuantos hombres, apiñados junto a la barra, se vuelven a mirarnos; otros están pendientes de varias mujeres enfundadas en escotados vestidos de terciopelo y maquilladas de un modo exagerado.

¿Por eso quiere Asher que me haga pasar? ¿Por una prostituta?

Oigo pasos a nuestra espalda: Reece ha llegado.

—Bueno —dice Asher—, ¿puedo ver la habitación?

El posadero endereza la espalda y dice:

—Por supuesto, alteza. Seguidme.

Le acompañamos, chorreantes y renqueando, por dos tramos de escaleras y luego por un pasillo hasta llegar a una pequeña puerta que da a una buhardilla. Hay una cama estrecha, una chimenea apagada y una silla tan desvencijada que si soplara una brisa fuerte se convertiría en leña para el fuego.

—Enviaré a una criada para que encienda el fuego —dice el posadero, pero yo niego con la cabeza.

—No, gracias. —Luego, para seguirle la corriente a Asher, añado de mala gana—: No queremos que nos molesten.

El hombre se encoge de hombros.

—Como quieran. ¿Y el soldado? —Señala a Reece, que nos ha seguido escaleras arriba, con el pulgar—. Hay sitio en los establos…

—Yo me quedo aquí —dice Reece, que adopta posición de firmes como si la minúscula puerta fuera la enorme entrada dorada a los aposentos del rey.

Tras hacer una reverencia, el posadero se aleja por el pasillo con la cara congestionada a pesar del frío que hace en este rincón olvidado. Tan pronto como lo perdemos de vista —y que cabe suponer que no puede oírnos—, Asher le dice a Reece:

—Ve a cenar algo. Haz un pequeño reconocimiento, entérate de si hay rumores circulando. Quiero saber si hay alguien hablando de la reina, especialmente ahora que el pueblo sabe que los rebeldes se colaron en el castillo. Dudo que nadie la haya reconocido esta noche, pero comprueba eso también.

Reece asiente.

Asher me arrastra al interior de la habitación y cierra la puerta. La buhardilla es fría y húmeda, tal como nos han advertido, pero ante todo es pequeña.

Muy pequeña.

El cuerpo alto y musculoso de Asher parece llenar toda la

habitación.

Me evalúa con la mirada y yo observo su pelo oscuro y brillante, con los rizos pegados a la frente. Su camisa está tan mojada que se transparenta. Si se despojara de la chaqueta, le vería el pecho con absoluta claridad.

Lo estoy mirando fijamente.

Y me cuesta un gran esfuerzo apartar los ojos.

—Discúlpame por tomarme esas libertades —me dice Asher, y por alguna razón respira como si acabara de correr un buen trecho—. Pero es más seguro que nadie te reconozca.

—Lo entiendo —le digo, y a mí también me falta el aliento. Puede que sea porque tengo un frío horrible—. Aunque, por respeto a lady Rosaline, habría preferido que la mentira no fuera necesaria.

Él suelta una carcajada amarga.

—Te aseguro que a lady Rosaline le importan un comino mis transgresiones, reales o imaginarias.

Entorno los ojos, sorprendida. Pero la vida amorosa de Asher no es asunto mío, me recuerdo. Lo que debe preocuparme ahora es mi ropa empapada y el castañeteo de mis dientes.

Desplazo la atención a la chimenea. Solo tardo unos instantes en encender un fuego pequeño pero vivo. Cuando me incorporo, me doy cuenta de que mi vestido lleva barro prendido… y que su peso ha arrastrado el escote del corpiño mucho más de lo que sería conveniente.

Asher carraspea.

—Tenemos que quitarnos estas prendas mojadas.

Pero se queda ahí de pie, mirándome.

La pequeña alcoba se caldea con rapidez y el hueco que nos separa vibra de calor. Aquí dentro no hay privacidad posible. Tras buscar con la mirada algo con lo que taparnos, arranco las mantas

de la cama y le lanzo una sábana a los brazos.

—Toma. Tú te puedes cambiar en aquel rincón —le digo, señalando un espacio despejado junto al fuego—. Yo me desvestiré junto a la cama.

Le doy la espalda, me envuelvo con la manta y empiezo a despojarme del vestido empapado debajo de la improvisada cortina. Con tanta rapidez como puedo, me quedo en camisola, que, aunque está húmeda, no se ha mojado tanto como el vestido. Luego me ciño la manta al cuerpo.

—Estás sangrando.

Me doy media vuelta. Asher se ha librado de la chaqueta, pero no se ha quitado el resto de las prendas. La sábana que tiene en la mano está mojada, como si la hubiera usado para secarse.

Estalla un trueno que sacude la posada entera.

Asher me señala el brazo. Tengo un corte de mi caída en el cementerio. No es profundo, pero escuece. Se me acerca despacio, como si yo fuera un caballo asustadizo. Lo miro con atención. ¿El príncipe Asher, tan apuesto que quita el aliento, mando supremo del ejército y antiguo heredero al trono de Lumaria, me quiere curar una herida?

Se inclina hacia mi brazo y sopla para refrescarme la piel.

—La lluvia la ha dejado limpia —me dice con suavidad. Se quita el pañuelo que lleva al cuello, dejando su garganta a la vista. Está tan cerca que huelo el aroma especiado de su jabón y el efluvio de la lluvia en su pelo. Me envuelve el brazo con la tela mojada y la aprieta la venda con suavidad para fijarla en el sitio—. Esto impedirá que sangre. Ya te la curaremos bien cuando lleguemos al castillo.

Todavía estoy temblando y me duele el tobillo. Me escuece el brazo. Y mi corazón… No sé qué le pasa a mi corazón. Una parte está exultante y feliz por haber encontrado finalmente las respuestas

al misterio de mis padres. Pero otra parte ha quedado expuesta, abierta y en carne viva.

—Asher —digo. Y como es evidente que estoy medio muerta de frío o al menos terriblemente ofuscada, de mis labios brotan las palabras—: A mí sí que me importaría. Si estuviera en el lugar de lady Rosaline, te querría solamente para mí.

Sus manos todavía sujetan mi brazo. Levanta el mentón para mirarme.

Sus ojos verdes brillan como nunca, limpios como la hierba después de una tormenta. Noto el calor de sus manos en el brazo. En la piel.

Sin que intervenga mi voluntad consciente, mis manos buscan su cara, le rodean la mandíbula y ascienden a su pelo empapado de lluvia.

Ya no me queda espacio en la mente para remordimientos ni revelaciones. Solo para las palabras: «Nuestro problema nunca ha sido el odio».

Solo para su voz, sin aliento de tanto correr a través de mis pensamientos, día y noche.

—Ruby —murmura acerándose un poco más, como si una cuerda tirara de él. Pega la frente a la mía, todavía mojada—. Esto es muy mala idea.

Pero sus manos ya acarician mi pelo al tiempo que echan mi cabeza hacia atrás, con suavidad. Las mariposas que tanto me preocupaban cuando Rowan y yo estábamos tan cerca no me molestan ahora. Un trueno restalla en el cielo y el fuego crepita en el hogar, y yo contengo el aliento con la esperanza de no arrepentirme de lo que estoy a punto de hacer. Cierro los ojos. Abro los labios. Su aliento revolotea sobre mi boca…

Unos golpes en la puerta rompen el jadeante silencio.

Apartamos las manos y nos separamos como si nos hubiéramos quemado.

—Adelante —ladra Asher.

Reece abre la puerta cargado con una bandeja de humeantes cuencos de estofado y dos panecillos calientes. Asher me tiende mi cena y sale al pasillo con la suya para hablar con Reece.

Me arde la piel. Me hundo en la endeble silla, delante del fuego y envuelta en la manta de la cama, e intento convencerme de que la interrupción ha sido lo mejor que podía pasar. Intento convencer a mi corazón de que se apacigüe, a mis mejillas de que se enfríen.

Intento convencerme a mí misma de que bajo ningún concepto debería besar a Asher. Por muchas ganas que tenga de hacerlo.



TREINTA Y TRES

Me quedo mirando el tablero de ajedrez de la biblioteca. Todas las piezas están en su sitio, preparadas para una nueva partida.

Pero yo no he venido a jugar.

Han pasado dos días desde que volvimos de casa de Mellie. No he visto a Asher. Está ocupado planificando con lord Hayes el traslado a las Simas de Rowan y los demás rebeldes. Y yo estoy ocupada… tratando de no pensar en Asher.

«Estuvimos a punto de besarnos».

Esta vez lo sé con absoluta seguridad. Hubo momentos del pasado en los que dudaba, en los que tan solo reconocía ante mí misma que pensaba en sus labios, en el calor que desprenderían y en lo mucho me gustaría probar su sabor.

Pero esta vez… Esta vez sus manos me acariciaron el pelo y tuve su frente pegada a la mía. Esta vez sucedió realmente.

Y eso no cambia el hecho de que besar a Asher sería un desastre total. Su hermano y yo estuvimos prometidos hace muy poco tiempo. Él está prometido con lady Rosaline.

Hasta hace una semana, él pensaba que yo había asesinado a su

padre y yo estaba segura de que quería asesinarme a mí.

Aquella noche, después de su charla con Reece, Asher volvió a la alcoba y me dijo que nadie me había reconocido y que, por tanto, yo estaba a salvo, al menos de momento. No corrían rumores sobre el ataque al castillo, aparte de la sensación general de que los antimonárquicos eran cada vez más fuertes, algo que ya sabíamos.

Y luego se acurrucó en el suelo junto al fuego, como un gato, envuelto en una de las mantas, y se durmió. Yo me quedé con la cama y con el tormentoso silencio de lo que podría haber pasado.

El recuerdo de aquel «a punto» me tiene aferrada por el cuello como un animal que intentara despedazarme. De todo lo que pasó aquel día, de todo lo que averigüé, lo que más me atormenta es lo que estuve «a punto» de descubrir sobre los labios de Asher.

Ahuyento el recuerdo de aquel instante con gran esfuerzo, avergonzada de los pensamientos que alberga mi mente. Tengo problemas más importantes que atender.

Concretamente, la cuestión de mi padre, el Gran Traidor.

Cojo un peón y le doy vueltas en la mano. Todavía no soy capaz de entender de qué modo está conectado mi padre con todo lo que está pasando —el asesinato del rey, los atentados contra mi persona —, pero sin duda forma parte de la historia de Lumaria y ahora forma parte de mi vida. Así que me siento inclinada a creer que mi padre es una pieza importante del misterio. Él es la historia de la que hablaba el rey. Tiene que serlo.

Y luego está el asunto del pasadizo secreto. Si lo que dijo Drake es verdad, nadie entró en los aposentos del rey procedente del pasillo principal con anterioridad a su muerte. Pero su esposa o alguno de sus hijos pudieron usar el pasadizo secreto para hacerle una visita. Asher, como presunto heredero, era el que tenía motivos más evidentes. Aunque, según pasa el tiempo me parece menos

sospechoso. Para empezar, no parece demasiado interesado en ser rey. En segundo lugar, pensaba que yo había matado a su padre.

A continuación, viene Rowan. Como antimonárquico, sin duda tenía motivos para atentar contra la vida de su padre. Salvo que, habiendo cuatro hijos vivos, la monarquía no iba a desaparecer con la muerte del rey Octavius. Y vi la cara de Rowan cuando se lo pregunté. Su perplejidad parecía sincera, como si la idea nunca se le hubiera pasado por la cabeza. También tengo los años de nuestra amistad como prueba. Rowan quería a su padre. Hablaba de él a menudo y siempre con cariño. En todo caso, le entristecía no poder pasar más tiempo con él.

Dejo el peón en su sitio y cojo el caballo. Jugueteo también con él y mi mirada se desenfoca mientras sigo repasando mi lista de sospechosos.

Belle. Ella tenía acceso a través del pasaje, pero no se me ocurre ni una sola razón por la que pudiera querer hacerle daño a su padre. No la iban a nombrar heredera, así que la ambición no podía ser un motivo y, por lo que yo sé, nadie trató de empujarla a un matrimonio no deseado ni a ninguna otra posibilidad repugnante. A juzgar por lo que cuentan las criadas, Belle se llevaba bien con el rey. Conoce bien la corte y los deberes de una reina. Lo sé porque me ha ayudado a ejercer mi cargo, del que no sabía nada de nada. Si me empeño, puedo discurrir razones por las que querría verme muerta, la principal de las cuales sería la venganza por arrebatarle la corona a su hermano. Pero me cuesta imaginarme a Belle introduciendo una serpiente en mi baño o contratando a un asesino a sueldo. En cuanto al rey, dudo que tenga fuerza suficiente para ahogarlo.

El último de la lista de hermanos es Cedric. También es el único que sabía que el rey me había nombrado heredera. ¿Se disgustó Cedric al enterarse? ¿Sería posible que se colara en la alcoba de su

padre esa noche e intentara convencerlo de que cambiara de idea, y lo matara en un arranque de rabia al no poder salirse con la suya? El casco del caballero se me clava en la palma de la mano. Cedric siempre parece un poco ausente y desconectado. Pero me dijo que toda su familia miente. ¿Se refería también a sí mismo? ¿Está lidiando con el sentimiento de culpa o la vergüenza? No habría matado a su padre llevado por la propia ambición, pero quiere mucho a sus hermanos. ¿Quizá lo hizo por Asher?

Devuelvo el caballo al tablero y noto un remolino de angustia en el estómago. ¿Acaso es Cedric la víbora de la que él mismo me previno?

No tengo pruebas. No puedo plantarme delante de él y acusarle de haber asesinado a su propio padre y de haber intentado matarme a mí. Y la cuestión histórica no cuadra, a menos que el rey le revelara mi verdadero parentesco. Son muchas suposiciones a tener en cuenta en este caso.

Por último está la reina viuda Narissa. Atrapada en un matrimonio sin amor, amargada por la muerte de su hijo mayor. ¿Deseaba la muerte del rey Octavius? Debía de dar por sentado que Asher sería el heredero. Y, sin duda, se muestra hostil conmigo. Echo mano de la reina y la hago rodar entre mis dedos. También quería que me casara con Rowan. En general se ha mantenido al margen, salvo por alguna mirada desagradable de vez en cuando. ¿Realmente pudo ser capaz de arriesgar su posición y la de sus hijos por matar al rey?

Y también existe la posibilidad de que alguien más conozca la existencia del pasadizo. Un consejero tal vez o la amante de alguno de los hermanos. ¿Acaso lady Rosaline? O quizá alguien recibiera un soborno para que les revelara el secreto a los antimonárquicos. Ahora que las protestas están cobrando fuerza y que los antimonárquicos se muestran cada vez más atrevidos, podrían haber

organizado algo así. O podrían haber envenenado al rey de algún modo, mediante una serpiente o una toxina en su comida. Sir Henry no cree que fuera veneno, pero yo vi el tono violáceo de la piel del monarca cuando fui a ver su cuerpo. Vi el gesto crispado de sus dientes. Puede que el envenenamiento no sea probable, pero todavía es posible.

Todo lo cual me deja sin una vía sólida de investigación, aparte de Cedric y quizá Narissa.

Pero carezco de pruebas fehacientes y sigo sin encontrar ningún tipo de conexión con la «historia» o con lo que he descubierto sobre mi padre.

El rey, la reina, la torre, el alfil, el caballo, el peón… todos los jugadores se están moviendo por el tablero y yo sigo sin ver el patrón. No sé quién es cada uno.

Y, lo más importante, no sé quién soy yo.

¿El rey, al que se debe proteger a toda costa? ¿La reina, poderosa pero bajo amenaza constante?

¿O soy un mero peón?

Princesa, que lleva un rato correteando en silencio por los rincones de la biblioteca y jugando debajo de la ventana con los rayos del sol, trota súbitamente a la puerta y su maullido suave capta mi atención. Pasado un momento entra lord Hayes con prisas.

—Majestad, aquí estás.

—¿Sí, Tareth? —le pregunto a la vez que me pongo de pie.

—El príncipe Asher me pide que te informe de que han terminado los preparativos para el viaje a las Simas. Él acompañará a… bueno, a los prisioneros. Tienen pensado partir dentro de una hora. Por si…, ya sabes, si quieres despedirte.

Me quedo petrificada y un dolor agudo se adueña de mi pecho. No, no quiero decirle adiós a Rowan. Pensaba que seguiría aquí,

siendo mi amigo, por siempre. Pensaba que nos casaríamos y que haríamos lo posible por extraer amor y pasión de una amistad cada vez más profunda. Pensaba que teníamos un futuro juntos.

El pasado interrumpe mis pensamientos.

Las Simas.

Mi padre.

—Tareth, ¿lord Garrick Donahue sigue encerrado en las Simas? —le pregunto sin venir a cuento.

Él se queda perplejo ante el cambio de tema y balbucea un momento.

—¿A cuento de qué preguntas eso? —me espeta por fin, pero enseguida cierra la boca al ver mi expresión.

«Una reina no se justifica ante nadie», recita Belle en mi mente. Lord Hayes continúa, como si él también la hubiera oído.

—Me disculpo, majestad. La respuesta es sí. Eso creo.

—Gracias –respondo. Me agacho para recoger a Princesa y me encamino a la puerta.

—¿Majestad? ¿Necesitas algo más? —me pregunta con aspecto aturullado mientras corretea a mi lado.

—Sí —le digo—. Envía a Sara a mis aposentos con un baúl. Y dile a Asher de mi parte que retenga la comitiva.

—¿Por qué? ¿Cuánto tiempo? —me pregunta, y el desconcierto dibuja profundos surcos en su frente.

—El suficiente para que haga el equipaje. Por favor, informa al príncipe Asher de que voy a viajar con ellos.

—¿Que vas a…? ¿Que vas a hacer qué?

Lord Hayes se detiene con un estremecimiento.

Yo le lanzo una ojeada por encima del hombro y le digo en un tono que no admite discusión:

—Ya me has oído. Voy a las Simas.

Todavía no estoy lista para despedirme de Rowan.
Pero estoy más que preparada para conocer a mi padre.

TREINTA Y CUATRO

—Ni en sueños —dice Asher, pasando por alto el hecho de que *ni en sueños* debería hablarle a la reina en ese tono.

—No depende de ti —le recuerdo.

Es la primera vez que hablamos desde aquel momento tan intenso en la posada. Y la conversación está discurriendo de maravilla, ya lo creo que sí.

Él se pasea por delante de la chimenea. Yo les indico a Sara y a Theia que sigan haciendo el equipaje.

—Es muy peligroso. Ya hay muchas posibilidades de que los antimonárquicos ataquen la caravana y tu presencia solo servirá para convertirla en un objetivo aún más atractivo para los que odian la monarquía. No podré garantizar tu seguridad.

Parece casi angustiado solo de pensarlo y reconozco que resulta mucho más agradable verlo así que cuando me fulminaba con la mirada.

Siento tentaciones de apoyarle una mano en el brazo para tranquilizarlo, pero no me atrevo estando Sara y Theia en la habitación.

—Nadie sabrá que la reina viaja con la caravana —le digo—. Me vestiré como una criada. Sara me acompañará. Solo seremos dos sirvientes que cuidan de los soldados durante el trayecto.

Me mira con una expresión tan escandalizada que casi se me escapa la risa.

Me interpongo en su camino y le obligo a parar.

Él sabe lo de mi padre. Está al corriente de mi amistad con su hermano. Seguro que entiende por qué acompañarle es tan importante para mí.

—Voy a ir —le digo con suavidad, sosteniéndole la mirada. Suplicándole que me entienda—. Lo necesito.

No tengo que pedirle permiso. Pero el viaje será más sencillo si no se pasa todo el trayecto enfadado conmigo.

Guarda silencio, quieto como una estatua, mientras me escudriña. Por fin suspira.

—Sí, majestad. —Me hace una reverencia—. Pediré que nos pongan seguridad extra.



—¿Tienes la daga? —me pregunta Asher. Frunce el ceño con ademán preocupado, pero se dirige a mí con el mismo tono autoritario que emplea para dar órdenes a sus soldados.

Asiento y doy unos golpecitos al bolsillo de mi delantal para confirmarlo.

Enfundarme mi viejo uniforme de criada ha sido raro, pero también una maravilla. Por un lado me siento mucho más cómoda. No tengo que ir estrujada dentro de un corsé, y la falda cabe en el banco del carruaje sin tener que hacer malabarismos. Aún mejor, me he librado de las pesadas joyas que Theia siempre me está colgando

del cuello. La única pieza de oro que llevo ahora es el anillo que el rey me dejó. Aunque ya poseyera el anillo con el emblema real —que me están fabricando para la coronación de la semana próxima— no podría llevarlo en este viaje. Pero es agradable llevar la banda de oro en el dedo, una remembranza secreta de que sigo tratando de cumplir la tarea que el rey Octavius me encomendó.

A mi lado, Sara prácticamente da saltitos de emoción.

—No me puedo creer que vayamos a salir de Ryvin —murmura sin dejarse impresionar por la severa mirada que le lanza Asher.

Tras comprobar que estamos listas —y decididas— da la vuelta a su caballo y se desplaza a la cabeza de la caravana.

El grupo está compuesto por veinticinco soldados con sus monturas, un carruaje cerrado con barrotes en las ventanillas para los cinco rebeldes que transportamos, incluido Rowan —al que todavía no he podido ver—, y varios carruajes más, además de los carros de provisiones. Sara y yo viajamos en uno de los carruajes como criadas encargadas de contribuir al cuidado de los soldados, pero en nuestro vehículo van también Reece, Calen y Garon, cuyo trabajo consiste única y exclusivamente en mantenerme a salvo.

Sara me acompaña en calidad de doncella y dama de compañía… y para que el engaño sea más creíble. Le ha pedido a alguien —a una de las criadas, me parece— que cuide de Princesa mientras estamos fuera, pero yo no dejo de pensar que ojalá la lleváramos con nosotras. Sus travesuras tienen la capacidad de tranquilizarme.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Sara.

El carruaje cruje bajo el peso de nuestros cuerpos. No es una de las carrozas reales, con almohadones mullidos y una buena suspensión. Según vamos dejando atrás las afueras de Ryvin, los campos se extienden desde el horizonte hasta el río. Muchos de los sembrados están en plena cosecha, pero unos pocos ya están

preparados para el invierno. El aire que me muerde las mejillas anuncia el frío que se avecina, aunque el sol brilla radiante en un cielo sin nubes.

Me alegro de haberme traído un grueso chal de lana. Por una vez, casi echo de menos la infinidad de estolas de pieles que tengo a mi disposición como reina. Qué blanda me he vuelto.

—No estoy nerviosa por el viaje en sí —respondo—. Esta parte es emocionante.

Se le dibuja una sonrisa en los labios, aunque está demasiado ocupada contemplando la campiña como para volverse a mirarme.

—¿Pero el destino es harina de otro costal?

—Sí —respondo, lacónica. Y, al igual que Asher y nadie más, ella sabe por qué.

—¿Y si resulta que es tal y como todo el mundo piensa que es? —me pregunta con voz queda, apenas audible entre el *clip clop* de los numerosos cascos.

Pues claro que lo será. Puede que el rey no estuviera completamente convencido de la culpabilidad de lord Garrick, pero tampoco encontró pruebas que lo exonerasen. Tampoco habló nunca con él, por lo que yo sé. El resultado más probable de este encuentro es la confirmación de todo lo que me han explicado sobre el Gran Traidor de Lumaria. Pero al menos lo sabré con seguridad. Al menos veré a mi padre con mis propios ojos.

Toda mi vida he albergado un reino fantasma en mi interior, poblado de una familia que imaginaba que era la mía. Padres que vivían en una casita de campo, en una pequeña aldea próxima a la frontera de Castella. Una madre que me quería tanto como para esconderme cuando llegó la guerra. Imaginaba conversaciones con ellos, visualizaba el aspecto que tenían, qué partes de mí misma había heredado de ellos.

Desde que hablé con Mellie, esos fantasmas han ido cambiando, adaptándose. Ahora mi madre tiene el rostro de un ángel de mármol, una cara que veo en mí misma. Y mi padre… Bueno, para bien o para mal, mi padre es un hombre que vive y respira. Es una persona con la que me puedo encontrar cara a cara.

Y esa es una oportunidad que no puedo desperdiciar, aun a riesgo de que me duela.



El viaje a las Simas dura dos días y eso significa que Sara y yo pasaremos la noche en una tienda bien vigilada. Será la primera vez para las dos.

Para cuando nos detenemos e instalamos el campamento, la espalda me pide a gritos el suave lecho de plumas del rey. Por desgracia, tendré que conformarme con las finas esterillas que Sara ha traído para nosotras.

Veo a Rowan de lejos cuando dejan bajar a los prisioneros para que se alivien y coman un poco, pero Asher se interpone con su caballo como una exhalación y me lanza una mirada de advertencia antes de que tenga ocasión de acercarme a él.

Supongo que algo de razón tiene Asher —¿por qué se le iba a conceder a una criada una conversación con un prisionero?—, pero todavía me rompe el corazón no poder hablar con él.

La encantadora mata de pelo de Rowan es ahora una mata de pelo a secas y el pantalón y la camisa sencillos que viste están hechos una porquería. Sabiendo el tiempo que dedicaba siempre a su apariencia, estoy segura de que la falta de higiene le horroriza.

Ojalá hubiera podido ahorrarle este trance. Pero confesó haber colaborado con los antimonárquicos. Murió gente asesinada esa

noche. Tanto si fue un participante activo como si no, aportó dinero a la causa antimonárquica. Trató de ayudar a escapar a algunos de los rebeldes.

Perdonarle a él, un miembro de la realeza, el castigo por el delito cometido solo serviría para echar más leña al fuego.

Pero eso no lo hace más fácil.

Noto por la tensión de su cuerpo, por su manera de ladrar órdenes, que tampoco es plato de gusto para Asher.

Es raro imaginar juntos ahora a los dos hermanos. Me pregunto qué habría pasado si Rowan y yo nos hubiéramos casado. ¿Habríamos llegado a encontrar la pasión de un matrimonio por amor en lugar de estar juntos por deber? Los cimientos eran excelentes. Y no se puede negar que Rowan es apuesto. Él me inspiraba… posibilidad… aunque no una atracción pura y dura.

Pero esa promesa de futuro, esa posibilidad, ha desaparecido.

Y a mí solo me queda una maraña de sentimientos confusos y acalorados por su hermano que no tengo ninguna posibilidad de llegar a expresar.

Asher se ha negado a que Sara y yo atendamos realmente a los soldados, así que nos enciende una pequeña fogata y le pide a Reece que nos sirva la comida. Lo veo revolotear entre las sombras asegurándose de que cada uno de sus soldados tiene lo que necesita. Justo antes de que los prisioneros sean conducidos de vuelta a su carruaje, Asher habla con Rowan.

—¿No tienes hambre, Ruby? —me pregunta Sara señalando con un gesto del mentón el plato de hojalata que tengo en las manos, todavía lleno de pan y carne seca.

Cuando me lo recuerda, tomo unos cuantos bocados.

—Es rara la idea de dormir fuera.

Sara se encoge de hombros.

—Mi padre solía dejarme fuera de casa para castigarme. Dormía acurrucada contra la chimenea. A veces estaba caliente. Una noche, los lobos se pasaron horas aullando al otro lado de la colina. No me dejó entrar.

Le doy un toque cariñoso con el hombro. Todavía recuerdo las noches que se despertaba gritando al principio de su llegada al castillo. Nos colábamos en la habitación de la otra y nos sentábamos juntas, con las manos unidas en la oscuridad, hasta que conseguíamos mantener a raya las pesadillas.

—Esta noche no habrá lobos —le aseguro—, pero con todos esos hombres por aquí, el tintineo de los arreos y los pisotones de las botas, no te puedo prometer silencio.

Al final, ninguna de las dos consigue dormir bien. Pero al menos nos tenemos la una a la otra.

Para cuando llega la tarde siguiente, hemos dejado atrás los sembrados y el bosque, y hemos empezado a remontar las estribaciones de las montañas Foruna. Yo me asomo a mirar las laderas áridas y rocosas. La tierra aquí está cubierta de arbustos y roca desnuda; nada que ver con las verdeantes tierras de labranza que se extienden a lo largo del río Talas.

—Sara —le digo. No paro de darles vueltas a las mismas ideas y tengo el cuerpo dolorido después de un largo día rebotando por abruptas carreteras y de una noche durmiendo en un terreno un tanto desigual—. ¿Circulan muchos rumores sobre el príncipe Asher y lady Rosaline por las cocinas? Tú siempre te enteras de los cotilleos.

El gesto de Sara se crispa a mi lado.

—¿Qué? Yo no he oído nada especial. Lo mismo de siempre, ¿no? Esos dos no parecen demasiado interesados el uno en el otro.

«El aliento de Asher contra mis labios, su frente pegada a la

mía…».

—¿Piensas que lady Rosaline está triste por haber perdido su posición en la línea de sucesión al trono? —cavilo.

Asher se comporta como si no le importara, pero estos últimos seis meses todo el mundo dio por supuesto que él y lady Rosaline ascenderían al trono cuando el rey falleciera. Puede que para ella fuera muy importante. ¿Debería otorgarle más presencia en mi lista de sospechosos?

—Para nada —responde Sara a toda prisa. Con seguridad—. Se siente aliviada. Es decir, supongo que se siente aliviada, por lo que dice la gente.

Miro a Sara de reojo. ¿Se está sonrojando? Un momento…

—Sara, ¿no estarás…?

Un potente silbido interrumpe mi pregunta. El carruaje reduce la marcha. Delante de la fila de caballos y vehículos, atisbo una gigantesca verja de hierro que surge de la misma roca.

Las Simas. Hemos llegado.

Despacio, las verjas se abren y nuestro séquito se adentra en un campo abierto rodeado de vertiginosas paredes de roca. Las Simas es más que una prisión: es una mina que se interna en las profundidades de las montañas Fortuna. Aquí los prisioneros trabajan extrayendo el hierro que se convertirá en las espadas de acero de los ejércitos de Lumaria.

Un pequeño lago limita el paso a nuestra izquierda. A la derecha, una auténtica aldea de casas de piedra asciende por los riscos. Y, justo delante, un hueco oscuro: la entrada a la mina. Hay soldados montando guardia por todas las instalaciones, mientras que una fila constante de prisioneros entra y sale de la mina.

Tan pronto como nuestro carruaje se detiene, salto al suelo. Sara me imita. Asher se acerca y desmonta entre el repiqueteo de su

armadura.

—Majestad, te están preparando una alcoba privada. Tardarán solo un momento.

Parece agobiado, con el pelo pegado a las sienes por el sudor y el casco en la mano. Sus ojos van y vienen de un lado a otro según inspeccionan el entorno en busca de peligros potenciales.

—Quiero ver a Rowan —digo—. Necesito… Necesito despedirme.

Ahora que ha llegado el momento, tengo las tripas revueltas. No sé si voy a ser capaz de hacer esto.

Asher asiente.

—Claro. Y… ¿la otra reunión que querías celebrar?

—Sí, por favor, arregla eso también —ordeno con firmeza.

Guarda silencio y sus ojos buscan los míos. Por un momento me concede toda su atención, haciendo caso omiso del caos controlado que nos envuelve.

—Estás segura de querer enfrentarte a él.

No es exactamente una pregunta, pero escudriña mi rostro como buscando una respuesta.

Inspiro hondo. Le agradezco que me ofrezca una última oportunidad de cambiar de idea, pero eso no va a pasar. Me da igual que lord Garrick Donahue, el Gran Traidor, monte en cólera e intente asesinarme. Incluso eso será mejor que las preguntas sin respuesta que me han atormentado toda la vida.

Me llevo la mano al cuello, a la piedra roja que descansa sobre mi garganta. Asiento, convencida. Tengo que abrir esta partida.



Algo se me rompe dentro cuando Rowan agacha la cabeza para entrar en la pequeña choza de piedra que me han asignado. Lleva

las manos atadas ante sí y el grueso uniforme que lleva no se parece en nada a las chaquetas de terciopelo que tanto le gustan. Asher lo sujeta del brazo, pero creo que es una excusa para estar cerca de su hermano por última vez. Reece, Calen y varios guardias de la prisión llenan la pequeña estancia. Sara aguarda detrás de mí y su presencia cálida me reconforta.

Cuando Rowan me ve, se dibuja una sonrisa en su cara sucia de tierra.

—Echaba de menos a Ruby la criada.

Me miro y recuerdo que todavía voy vestida de uniforme. Me resulta imposible contener las lágrimas cuando levanto la cara para mirarlo.

—Ella sí que te echará de menos.

Su valiente sonrisa flaquea.

—Gracias por ser mi amiga, Ruby. Tanto si lo crees como si no, siempre tendrás un amigo en mí.

—Y un gran adversario al ajedrez —susurro, y ahora mis lágrimas fluyen en libertad.

—Bah, nunca lo fui —dice, y su sonrisa se quiebra. Alarga las manos hacia mí y yo le echo los brazos al cuello sin pensar. Un último abrazo, un último…

Asher aparta a Rowan y se interpone entre los dos.

—Nada de contacto físico.

Se miran a los ojos y por primera vez me pregunto si Asher se cree lo que Rowan me contó. ¿Piensa que Rowan sabía más de las actividades de Colin de lo que me dijo?

Sea como sea, hay una tensión palpable entre los dos.

Por encima del hombro de Asher, Rowan me dedica una sonrisa descarada.

—No te preocupes, majestad. Solo serán unos años. Volverás a

verme.

Asiento y se me encoge el corazón.

—Cuídate mucho, Rowan. No hagas ninguna tontería.

—¿Quién, yo?

Intenta sonreír, pero no lo consigue del todo. Sus ojos permanecen demasiado serios. Demasiado… asustados. Un campo de prisioneros es la antítesis de la vida a la que está acostumbrado.

Respiro hondo y las lágrimas se me agolpan en la garganta. Se acabó. Este es nuestro último adiós. Es el final de cualquier futuro que pudiéramos compartir… como amigos o como marido y mujer.

Rowan vuelve los ojos hacia su hermano y justo antes de que se lo lleve al exterior, me dice:

—Ruby, no confíes en nadie. Cuídate mucho tú también.

Asiento.

—Adiós, Rowan.

Y al momento, ha desaparecido.



Asher tarda más en organizar mi encuentro con Garrick. Los guardias de la prisión no le permiten salir y tendré que esperar a que termine su turno en la mina para poder ir a verlo. Estamos intentando restringir el conocimiento de mi verdadera identidad al menor número de personas posible, pero el director de la prisión se acerca y hace una genuflexión. Mira mi atuendo con recelo, pero la presencia de Asher aporta la legitimidad necesaria.

Sara y yo intentamos descansar en los duros catres de madera que hay en la choza mientras esperamos, pero mi mente está disparada y mi estómago no acaba de asentarse. No paro de pensar si debería cambiarme de ropa: ¿quiero que me vea vestida de criada

o de reina?

Como criada, puedo mostrarle la vida que he vivido sin él.

Como reina, puedo demostrarle en lo que me he convertido.

Al final decido presentarme tal como voy. Al fin y al cabo, he venido de incógnito.

—Por aquí —me dice un viejo guardián de cabello canoso, y me guía por el patio.

El sol se ha escondido detrás de la cima de las montañas y ahora nos envuelve la oscuridad. Los guardias apostados a lo largo y ancho del campo de trabajo sostienen antorchas encendidas. A pesar de la falta de luz, los prisioneros siguen entrando y saliendo de la mina.

Sara se ha quedado en la choza, pero Asher me acompaña. No deja de mirarme de reojo, como si intentara evaluar cómo me lo estoy tomando todo.

No sé qué refleja mi semblante.

Llegamos a un edificio de piedra alargado, y cuando entramos comprendo al instante que han hecho salir a todo el mundo. Un estrecho pasillo discurre entre las celdas que hay a ambos lados, pero todas están vacías.

Todas excepto una.

Se oye el ruido metálico de una puerta al abrirse. Y entonces, una gran figura se recorta en el pasillo contra la penumbra.

Primero me fijo en el pelo, negro y denso. Luego en su figura, alta y delgada. Y por fin, en su cara, demacrada pero apuesta, dotada de unos llamativos ojos grises. Lleva grilletes en las manos y en las piernas.

Se me corta la respiración. Observo, en una especie de sueño, cómo su mirada se posa en el collar que llevo en la garganta. Cómo la sangre desaparece de su rostro. Cómo abre la boca de la impresión.

Ya no albergo la más mínima duda.
Este es lord Garrick Donahue. El Gran Traidor.
Mi padre.



TREINTA Y CINCO

Enderezo las rodillas para no caerme.

—Lord Donahue —digo, sorprendida de que mi voz suene más o menos normal.

Nada en este momento es normal.

—Ahora solo soy Garrick —responde. Sus ojos exploran mi rostro con ansia y desesperación, como un hombre que se está ahogando miraría una costa que no puede alcanzar.

Llevo toda la vida oyendo historias de este hombre y todas ellas le presentaban como un tipo temible, tan malvado que lo imaginaba sobrehumano. De tres metros de altura, con unos ojos rojos e incandescentes y una sonrisa burlona y desalmada en los labios.

Pero delante de mí solo hay un hombre. No me mira con desdén ni con ira. Sus ojos no reflejan una inteligencia malvada. Nada indica que pretenda abordar esta conversación como si fuera una partida de ajedrez.

A pesar de todo, me preparo mentalmente.

—¡Que salga todo el mundo! —grito antes de que nadie diga nada —. Asher, tú puedes quedarte.

El guardia que nos ha acompañado al interior titubea, pero Asher le murmura algo y emprende la partida detrás de Reece y Calen. Asher ocupa el lugar del guardia y vigila a Garrick de cerca con la mano en la empuñadura de la espada.

Garrick observa la escena con las cejas enarcadas. Debe de ser raro ver a una criada dando órdenes a hombres hechos y derechos. O puede que esté tramando un intento de fuga.

Una vez que estamos solos los tres, le pregunto:

—¿Sabes quién soy?

Garrick me observa con una expresión que fluctúa entre la angustia y la esperanza.

—Me parece que eres Ruby Donahue. Pero hace veinte años me dijeron que mi esposa y mi hija habían muerto.

El corazón me da un vuelco gigante. «Pensaba que su hija había muerto igual que yo pensaba que había perdido a mi padre».

—Mi madre, Esme, fue asesinada —le digo, y las palabras me escuecen en la garganta—. Pero antes me escondió. Sobreviví. Me crio una criada del castillo y nunca conocí mi historia ni mi ascendencia. Hace poco descubrí la verdad.

Antes de que haya terminado siquiera, su rostro se desencaja. Levanta las manos atadas para taparse la boca, pero no despega los ojos de mi cara. Las lágrimas se derraman sobre sus manos.

No parece el gran villano de Lumaria, pero intento no ablandarme. Me recuerdo que las dos cosas podrían ser ciertas: este hombre puede alegrarse de que esté viva y ser una víbora traicionera.

—¿Ruby? ¿De verdad eres tú?

Asiento, y a mí también se me saltan las lágrimas a mí a pesar de mis esfuerzos.

—Eres idéntica a tu madre. Igualita que ella. Pensaba… pensaba que estaba viendo un fantasma.

Su voz se enronquece y está claro que le cuesta un gran esfuerzo mantener la compostura. Me gustaría ofrecerle una silla, un instante para serenarse, pero oigo voces en el exterior. Es evidente que alguien está molesto por esta reunión tan inusual.

A pesar de todo, no puedo evitar alargar una mano hacia él.

Su mirada se posa en mi dedo.

—Ese anillo…

Tuerzo la mano para que la luz de la antorcha ilumine la fina banda de oro.

Respira como si fuera su último aliento y dice:

—Se parece a la alianza de tu madre.

De golpe lo entiendo todo. El rey visitó a Esme, vio su cuerpo tendido en el suelo, apaleado hasta la muerte. El anillo de su dedo, un símbolo del amor que Octavius no pudo darle. Del amor que reservó a su marido.

—Perteneció a Esme —murmuro—. El rey me lo dejó en herencia.

Escondido en una caja con mi nombre. Un trocito de mi pasado y un misterio que resolver en el futuro.

—Tengo que preguntarte una cosa —le digo, aunque en realidad quiero preguntárselo todo. Cuando en realidad quiero salir corriendo —. El rey me eligió como su sucesora antes de morir. ¿Sabes por qué lo hizo? Dijo que la respuesta estaba en la historia. Creo que se refería a tu historia. O, bueno, a la mía.

Echa un vistazo a mi sencillo vestido y a mi delantal, ahora arrugados por el largo viaje. Me pregunto si piensa que miento.

—Entonces el rey ha muerto. Corrían rumores, pero a los guardias les gusta mantenernos desinformados.

Asiento.

—¿Y te nombró heredera a ti?

Frunce el ceño.

—Aunque tenía cuatro hijos vivos —aclaro.

No parece que mi padre haya reconocido a Asher y, por lo que dice, las noticias no se abren paso fácilmente aquí dentro, de modo que no sé si sabe que Sorren murió.

—¿De verdad, cuatro? —dice Garrick, y por primera vez la ira, las tendencias asesinas que esperaba por parte del Gran Traidor asoman a su rostro. Retrocedo un paso al mismo tiempo que Asher avanza, ya desenfundando la espada.

Con un gran esfuerzo, Garrick recupera el control de sus emociones.

—¿Me estás diciendo que el rey Octavius te nombró reina a su muerte a pesar de que tenía opciones más lógicas?

—Sí —le digo—. ¿Sabes por qué?

Su expresión se relaja de golpe.

—Espero que fuera porque Octavius descubrió la verdad antes de morir.

—¿Y qué verdad es esa? —le pregunto, ya con un deje de impaciencia en la voz. ¿Por qué no pudo el rey explicarme las cosas sin más? Cada descubrimiento y cada revelación parecen conducir a nuevos misterios, a nuevas preguntas.

—Para empezar, yo nunca le vendí nada a Castella.

Sé que todos los criminales a lo largo de la historia han negado sus crímenes desde el principio, pero eso no significa que no quiera creerle.

—El rey tenía pruebas. Tú eras su mejor amigo. No fue una especie de caza de brujas. Sin duda eran irrefutables.

Se encoge de hombros con un gesto airado.

—Me atribuyeron un crimen que no cometí. No se me concedió un juicio justo ni la posibilidad de interponer recurso, y Octavius nunca habló conmigo ni me preguntó qué había sucedido. Dices que era mi

mejor amigo y, sin embargo, nunca tuve la posibilidad de defenderme.

—Le traicionaste. Estaba enfadado.

«No, no puedo verlo ni hablar con él. No cuando estoy seguro de que le haré pedazos con mis propias manos, de que le infligiré el mismo dolor que él nos ha infligido con la máxima crueldad, a mí, a Esme, a toda Lumaria».

Las palabras del rey reverberan en mi mente, su ira resuena palpable. Consideró un acto de misericordia el no hablar con Garrick, un gesto de amor a Esme. Aun así, entiendo que Garrick se lo tomase como una injusticia, si nunca tuvo oportunidad de defenderse.

—Puede que se sintiera traicionado —dice Garrick, haciéndose eco de mis pensamientos—, pero no fue el único. Había serpientes soplándole al oído, susurrándole sus malvados disparates. Ojalá hubiera hablado conmigo. Yo le habría dicho lo que pasó en realidad y por qué.

—Pues cuéntamelo a mí —le pido. Carraspeo para aclararme la voz. Quiero creerle, pero precisamente por eso no me acabo de fiar. Sus palabras le absuelven sin más—. ¿Por qué iba alguien a tenderte una trampa?

Endereza los poderosos hombros y de nuevo Asher se interpone entre los dos con la mano en la espada. Garrick le hace caso omiso.

—Descubrí algo tan peligroso que tuvieron que silenciarme. Lo perdí todo. A mi esposa, a mi hija, mi vida. He vivido veinte años en este infierno sabiendo que el rey se dejó engañar. Que podría haberle contado la verdad solo con que me hubiera preguntado.

Una sensación de certeza se apodera de mí. Aquí está. Esta es la razón de todo lo sucedido. Noto la energía de la sinceridad en los huesos.

—Cuéntamelo —le pido—. Cuéntame qué descubriste. Yo te lo pregunto.

Me mira largo y tendido, le lanza una ojeada a Asher y luego, casi a regañadientes, niega con la cabeza.

—Sería demasiado peligroso.

Me entran ganas de levantar las manos por encima de la cabeza y gritar. ¿Por qué son tan complicados estos hombres? ¿Por qué no pueden hablar con claridad?

—¡Ya es peligroso! Alguien intenta matarme. Puede que sea por eso. —Me late el corazón a toda potencia y resisto el impulso de enjugarme las palmas de las manos en el delantal—. Dices que llevas veinte años queriendo contar la verdad. Esta es tu oportunidad.

La sombra de los remordimientos se adueña de sus facciones.

—Lo siento, de veras, pero no saber no es tan peligroso como saber. Créeme: si te lo digo no vivirás lo suficiente para llegar a llevar la corona. No puedo hacerte eso, Ruby. Vuelve después de la coronación. Entonces quizá sea seguro contártelo todo.

Le atizaría una patada en la espinilla como una niña enfadada. Pero esa no es la manera de ganar este juego. En vez de eso, le digo en tono tranquilo:

—Si lo que dices es verdad, si puedo demostrar que te tendieron una trampa, podría liberarte. No tenemos que malgastar más tiempo. Podrás disfrutar del resto de tu vida como un hombre libre, limpiar tu nombre. Pero tengo que saber dónde buscar.

Respira hondo mientras me observa largo y tendido con una pequeña sonrisa en las comisuras de los labios.

—Igual que tu madre —murmura—. Lleva cuidado, Ruby, mi niña. No confíes en nadie del castillo. En nadie.

Y entonces, antes de que yo pueda añadir nada más, grita:

—¡Guardias!
Tras eso da media vuelta y se aleja de mí, de regreso a su celda.



TREINTA Y SEIS

La noche transcurre en una nebulosa de dolor de espalda y preguntas candentes. Sara y yo no tenemos ocasión de hablar, pues el alcaide ha apostado dos guardias en el interior de nuestra pequeña choza, junto a la puerta. Yo apenas consigo pegar ojo: el adiós de Rowan y las palabras de Garrick se arremolinan en mi mente.

Asher nos despierta a Sara y a mí justo antes del alba para emprender el viaje de vuelta.

Examino mentalmente cada una de las palabras de Garrick, una y otra vez, en busca de alguna pista que pueda conectar con lo que ya sé. Ojalá se me hubiera ocurrido preguntarle quién le informó de que su familia había sido asesinada. ¿Fue la noticia de mi muerte un engaño bienintencionado, una mentira que el propio rey hizo circular para protegerme? ¿O alguien le mintió a Garrick a sabiendas? ¿De verdad el rey nunca volvió a hablar con él? ¿Hasta qué punto las pruebas contra mi padre eran condenatorias?

Y, como es natural, tampoco puedo descartar la otra posibilidad. ¿Y si Garrick me ha contado un montón de mentiras para

protegerse? ¿Y si en realidad no descubrió ningún secreto peligroso, si la trama para incriminarlo no existió? Solo cuento con sus palabras, con la expresión de su rostro. Con su pena desgarradora cuando me dio la espalda.

Le cuento a Sara las últimas novedades por lo bajo mientras el carruaje da tumbos por la abrupta carretera. Para cuando nos detenemos a pasar la noche tengo la voz ronca y las articulaciones agarrotadas.

Ahora que no hay prisioneros que vigilar, reina un ambiente más distendido en el campamento. El sonido de las risas y el tintineo de los platos de hojalata acompañan el crepitar de nuestra pequeña fogata. Asher come con nosotras; más de una vez lo pillo observándome a través de las llamas.

Sara no tarda demasiado en darse cuenta.

—Ese hombre vigila cada uno de tus movimientos —me susurra mientras intentamos acomodarnos en el duro suelo de la tienda—. No tengo claro si te considera una conquista o una presa.

Le golpeo el brazo con suavidad.

—Me parece que me considera un deber… y quizá un incordio.

No le he hablado de la noche en Spyrian, del momento ardiente que compartimos, no sé muy bien por qué. Puede que sea porque yo debería haber sido más lista y temo que Sara me lo señale.

—Bueno, está pendiente de ti, eso está claro. —Un pequeño ceño se dibuja entre sus cejas, acentuado por la luz de nuestro candil—. ¿Crees que le contará a alguien que el Gran Traidor es tu padre? Podría utilizarlo para tratar de arrebatarte la corona. Aún falta una semana para tu coronación. No es mucho tiempo, pero podría bastar para impugnar tu derecho al trono.

Los pensamientos de Sara se hacen eco de los míos. Desde la revelación de Mellie me he preguntado si podía confiar en él… o si

solo estaba haciendo tiempo en espera del momento más oportuno para revelar quién soy. Quiero pensar que no me haría eso, pero, por otro lado… todo el mundo me está diciendo que no confíe en nadie. Sinceramente, es agotador.

Sigo sentada en la oscuridad mucho después de que Sara se quede dormida, sumida en mis cavilaciones. En las preguntas que debería haber formulado, en la pena por Rowan y por Garrick. En los sentimientos contradictorios que me inspira Asher.

En el chico que veía desde los árboles hace tiempo, aquel al que intenté consolar tras la muerte de Sorren… confiaría en ese Asher sin dudarlo.

¿En el hombre atormentado que pensó que yo había matado a su padre? ¿En el comandante del ejército de Lumaria?

No lo sé.

No puedo dejar de pensar en el modo en que los ojos de Garrick se desviaron hacia Asher cuando me advirtió que no confiara en nadie.

Doy vueltas y más vueltas en el suelo. Mi cerebro se niega a callarse y noto un dolor agudo cuando una piedra se me clava en una zona de la espalda, ya resentida. Con un bufido exasperado, aparto las mantas y salgo de la tienda.

El aire nocturno fluctúa entre la brisa fresca y el viento frío; el cielo negro está tachonado de estrellas titilantes como una cúpula de diamantes. La pequeña hoguera que hemos encendido junto a nuestra tienda sigue ardiendo, así que me encamino hacia ella con la esperanza de calentarme las manos.

Ya estoy acercando los dedos helados a las llamas cuando me doy cuenta de que no estoy sola.

—¡Asher! —exclamo sobresaltada.

—¿No podías dormir? —me pregunta. Su voz suena hosca en el

tenebroso silencio.

Dudo un momento, pero al final me siento a su lado en el suelo.

—No puedo parar de pensar en…, bueno, en todo.

—¿Le has creído? —pregunta.

Me quedo mirando las movedizas llamas.

—Quiero creerle. Pero también… ¿Veinte años en una mina por un crimen que no cometió? ¿Y todo el reino pensando que eres el peor hombre sobre la faz de la tierra? ¿Cómo sobrevives a eso?

Asher resopla con suavidad.

—A mí me parece que es muy fácil hablar de un peligroso secreto sin contar de qué se trata.

Me abrazo las rodillas contra el pecho y el cuchillo que llevo en el delantal me golpea el mentón.

—Tú conoces todos mis secretos. ¿Eso los hace peligrosos?

No sé por qué le pregunto esto ahora. No sé si lo entenderá siquiera. Pero no puedo seguir respirando con esta maraña en el pecho. No puedo evitar meter el dedo en la llaga.

Él guarda silencio un momento. Cuando el murmullo de su voz brota de la oscuridad, me giro a mirar su figura bañada por la luz dorada del fuego.

—Tu parentesco no cambia el edicto de mi padre. Él sabía quién eres. Tomó una decisión.

—Podrías usar esa información para reclamar el trono. Podrías emplearla para alegar falta de legitimidad.

¿Por qué insisto?

—En lo que a mí concierne —dice en tono grave—, con la muerte de Sorren murió también el único heredero legítimo. No estoy más cualificado ni merezco el trono más que tú.

Permanecemos un rato en silencio, observando las ondulaciones del fuego.

—¿Rowan estará bien? —pregunto.

Suspira.

—Creo que sí. Entiende la suerte que ha tenido de no haber sufrido un castigo ejemplar.

Niego con la cabeza.

—Aunque hubiera contratado a Colin él mismo, dudo mucho que hubiera sido capaz de hacerlo. Somos amigos desde hace tiempo.

—¿Seguro que no erais nada más?

Su pregunta resuena en la noche como un martillo contra un yunque.

Me vuelvo a mirarlo de golpe.

Arquea una ceja y una sonrisa baila en sus labios.

—Os ibais a casar. Y nunca había visto a Rowan tan ansioso por cumplir sus deberes reales.

Noto una sensación ardiente en las mejillas. Devuelvo la atención al fuego.

—Me parece… Me parece que Rowan… —Me interrumpo. Qué incómodo es esto. Pero vuelvo a intentarlo—. Para mí solo era una amistad. Pienso que quizá para él fuera algo más.

—Hum.

No dice nada más. No digo nada más. Solo… nos quedamos allí sentados. En la oscuridad. Con el calor del fuego en el rostro.

—Intenta dormir un poco —me dice Asher finalmente a la vez que se pone de pie—. Mañana también saldremos temprano.

Llegamos al castillo a primera hora de la tarde y está claro que han enviado emisarios para avisar de nuestra llegada, porque una multitud nos está esperando cuando el carruaje se detiene ante los

portalones del castillo.

A la entrada de Ryvin, Asher ha querido parar para dar de beber a los caballos y que yo pudiera vestirme de manera más apropiada.

Tan pronto como bajo del carruaje, lord Hayes se acerca.

—Majestad, bienvenida a casa. Esperábamos con ansia tu regreso.

—Gracias —le digo, un poco perpleja ante tanto entusiasmo.

—Si no estás demasiado agotada por el viaje, nos gustaría celebrar una reunión. Hay un… tema un poco delicado… que tendríamos que comentar.

Ah. No es entusiasmo. Es nerviosismo. Lo veo en la tensión de los rabillos de sus ojos y en el temblor de su barba cuando habla.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en un tono demasiado brusco—. ¿Se ha producido otro ataque?

Lord Hayes niega con la cabeza.

—No, no. Nada parecido. Por favor, majestad. Solo será un momento. Enseguida podrás descansar del viaje.

—Claro.

Encabezo la marcha hacia el castillo, seguida de Belle y de los lores. Sara, más rezagada, irá directamente a su cuarto y espero que pueda descansar un poco antes de sus quehaceres de la noche. En cuanto a Asher…, me pregunto si está aquí o si tiene asuntos militares que atender. No me aventuro a girarme a mirar para averiguarlo.

Lord Hayes emana una energía que me pone nerviosa. Casi da botes de lo tenso que está. ¿Qué le pasa?

Narissa nos espera en la sala del trono con un gesto adusto en el rostro. Algo que no significa nada en realidad, porque ella siempre me mira así.

Tan pronto como estoy instalada en el trono, lord Stone empieza a hablar.

—Alteza, faltan pocos días para la coronación. Y, una vez más, tenemos que pensar en la cuestión del príncipe consorte.

Mi mirada se posa en Asher de manera automática. En efecto, se ha unido a esta pequeña reunión.

Pero es lord Hayes el que toma la palabra.

—Tendrá que ser el príncipe Cedric.

Lo miro preguntándome si ha perdido el juicio.

—¿El príncipe Cedric? ¿El príncipe Cedric?

—Sí, ya está todo arreglado.

Miro a un lado y a otro buscando al más joven de los hijos del rey, pero ni siquiera está en la sala. Esto no pinta nada bien.

—¿Dónde está? —pregunto—. ¿Está enterado siquiera de este plan? ¿Ha dado su consentimiento?

Belle da un pequeño paso adelante, un gesto que atrae mi atención. No me creo que esto le parezca bien. Ella siempre adopta una actitud muy protectora hacia Cedric. Siempre se preocupa por él.

—Cedric quería estar aquí, pero no se encuentra bien. Ha dado su consentimiento a esta unión, por supuesto, y está deseando compartir su futuro contigo, alteza.

Y un cuerno. Recuerdo perfectamente que Cedric me dijo que no sentía el menor interés en ser rey.

A menos que fuera mentira…

A menos que él sea la víbora en el nido. Pero, en ese caso, ¿por qué no está aquí, celebrando este desarrollo de los acontecimientos?

Me vuelvo hacia Narissa. ¿Qué piensa ella de esta unión? ¿De sustituir a un hijo por otro? No parece en absoluto contenta. Estoy a punto de preguntarle qué opina cuando lord Hayes carraspea para aclararse la garganta.

—El príncipe Cedric tiene tu edad, majestad. No tiene vínculos con

otra persona. Y, lo más importante, es miembro de la familia del rey, algo que nos garantizará unidad y estabilidad en este momento en que tan necesarias son. No hay diferencia entre el príncipe Cedric y el príncipe Rowan, en lo concerniente al bienestar del reino.

Me siento como si estuviera respirando arena. Porque algo de razón tiene lord Hayes. Estratégicamente, los beneficios están claros. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que acabo de descubrir sobre mis orígenes.

Si alguna vez trasciende que Garrick es mi padre, las amenazas sobre mi vida se multiplicarán. El odio hacia Garrick está tan extendido como el aire. Muchos súbditos murieron por su supuesta traición. Los antimonárquicos no serían los únicos que reclamarían mi cabeza. Estar casada con un hijo del rey —con cualquiera de ellos — ayudaría a controlar los posibles efectos colaterales. Pero…

«Cedric».

Por otro lado, ¿qué alternativa hay?

Odio que mis ojos se vuelvan a mirar a Asher. Que sea su reacción la que estoy esperando en realidad. ¿Qué pasaría si diera un paso al frente y dijera que desea romper su compromiso? ¿Que debería ser él quien se casara conmigo?

Busco sus ojos y me parece que he dejado de respirar. Pero no dice nada. Se da media vuelta sobre los talones y abandona la habitación.

El aire vuelve de golpe a mis pulmones.

—No me casaré con Cedric a menos que me lo diga él en persona, que me confirme que está de acuerdo con este matrimonio. Por más lógicos que sean los argumentos de lord Hayes, los hermanos no son intercambiables. Son individuos de pleno derecho y merecen escoger sus propios destinos.

Tengo el corazón en un puño. Casi oigo la voz de Rowan hablando

del destino.

Miro a Narissa a los ojos con una expresión cortante como cristal roto. Para mi sorpresa, me responde con un pequeño asentimiento.

Lord Hayes bate las palmas.

—Nos ocuparemos de eso. Comprobarás que el príncipe Cedric no solo está dispuesto, sino ansioso por celebrar esta unión.

¿Por qué tiene tanta prisa?

Lord Rutherford dice:

—Terminaré de redactar el decreto.

Doy media vuelta para encaminarme a la puerta. Me duele todo el cuerpo. Pasar cuatro días en el carruaje me ha pasado factura. Y ahora el dolor también me estruja el corazón. No tengo energías —ni ganas— para esperar a que alguien vaya a buscar a Cedric.

—Mañana por la mañana —declaro—. Hablaré con el príncipe Cedric mañana por la mañana. Entonces decidiré.

De momento, es mi última palabra. Pero si algo me ha enseñado el ajedrez es que la reina siempre es un medio para conseguir un fin.

No puede ganar sola.



TREINTA Y SIETE

El baño me caldea el cuerpo y proporciona alivio a mis músculos cansados, pero no consigue despejar las turbulencias de mi mente. «Cedric».

No quiero casarme con Cedric.

Rowan y yo éramos amigos. Al menos compartíamos un vínculo, cierto afecto de partida. Pero apenas conozco a su hermano pequeño. Cedric no aparenta su edad y parece aún menos preparado que yo para ejercer la monarquía. Según Belle, necesita con frecuencia las tinturas de sir Henry para poder conciliar el sueño y rara vez asiste a las reuniones del consejo. Cuando lo hace, es imposible saber si está prestando atención. Sé que es importante ofrecer una imagen de unidad, pero no puedo evitar pensar que tiene que haber una solución mejor. Para mí y para el país.

«Nuestro problema nunca ha sido el odio».

Salgo de la bañera y me seco frotándome la piel con saña.

Han anunciado mi matrimonio con otro de sus hermanos y Asher se ha limitado a abandonar la sala. Sin discutir, sin expresar ninguna opinión. ¿Por qué estuvo a punto de besarme, si puede prescindir de

mí con tanta facilidad?

Me enfundo el camisón y la bata, y me cepillo el pelo mojado sin demasiado entusiasmo. Tengo que meterme en la cama. El viaje me ha dejado agotada. Lo que he descubierto sobre mi padre, este nuevo compromiso… Tengo que descansar.

Sin embargo, en vez de irme a dormir, empiezo a pasearme por delante de la chimenea repasando cada momento que he pasado con Asher a lo largo de estas dos últimas semanas. Se me acelera el pulso y noto en la garganta el leve martilleo de los latidos de mi corazón. No hay respuestas en esta alcoba, no hay descanso.

Me encamino a mi vestidor y reviso unos cuantos vestidos, pero la tensión que se acumula en mi pecho no me deja respirar, y la inquietud se ha apoderado de mis piernas. No quiero perder más tiempo. No quiero esperar. En el último momento, me ato el cuchillo con su funda a la cintura, porque tampoco quiero que ningún asesino en potencia me pille desprevenida.

Siendo muy consciente de que seguramente estoy cometiendo un error inmenso, pero también de la sensación cálida que se arremolina insistente en la parte baja de mi vientre, me encamino a la puerta secreta.

Asher y yo necesitamos, cuando menos, mantener una conversación. Necesitamos aclarar las cosas.

Cuando llego a su habitación lo veo de pie ante el hogar, bañado por la luz dorada del fuego, con una jarra de cerveza en la mano. Todavía lleva puesta la armadura de cuero. Durante un momento me limito a mirarlo. Quiero saber qué está pensando. Pero él no hace nada más que contemplar el fuego con una expresión vacua en el rostro.

Noto una presión en el pecho, un cosquilleo que se extiende por debajo de mi piel. Opto por pensar que es ira. Lo miro y la sensación

me devora. Empujo el pestillo de su puerta secreta sin llamar.

Se abre, y de pronto, estamos cara a cara.

De algún modo se las arregla para no mostrar sorpresa.

—Majestad.

La coraza de cuero le abraza el pecho y los hombros, mientras que la camisa blanca fluye holgada sobre sus brazos. Unos ceñidos pantalones de cuero le envuelven las piernas. Un remolino de cabello castaño le cae sobre la frente, aunque apenas logra ocultar sus brillantes ojos verdes. Exhibe una ojeras grandes y oscuras, y me siento transportada a aquel día en la biblioteca, justo antes de que todo cambiara; al día que estaba levantado a primera hora porque todavía no se había ido a dormir. Olía a humo y a cerveza, y lady Rosaline soltaba risitas a su lado.

No he vuelto a verlo tan desencajado desde entonces. Pero tampoco parece en paz.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, y su mirada recorre mi cuerpo. A pesar de la bata de terciopelo color lavanda, me siento desnuda.

No puedo decirle qué hago aquí. No puedo hablarle de la rabia, el desasosiego y el calor en el vientre. No sé qué hago aquí.

Me fijo en la daga que lleva prendida a la cadera.

Desenvaino mi cuchillo.

—Llevamos varios días sin entrenar.

—Cómo íbamos a… —empieza a decir.

Me abalanzo sobre él con mi daga «de prácticas» apuntando a su garganta.

Él salta hacia atrás y desenvaina su propia daga.

—¿Y has pensado que este podía ser un buen momento? —Aparta mi cuchillo—. ¿En mi habitación?

He adquirido fuerza, aunque no haya mejorado en habilidad. No

suelto el cuchillo y utilizo el impulso para girar y volver a embestirle, esta vez apuntando al corazón.

—¿Por qué no? —pregunto, empujando su bloqueo—. Es importante que sepa qué hacer cuando esté bajo amenaza, aunque esa amenaza se oculte tras una puerta cerrada. Una mujer nunca está segura.

Salta fuera de mi alcance antes de volver a atacarme. Esta vez soy yo la que intercepta su ataque, y respiro su aliento y su calor cuando me embiste para burlar mi defensa.

—¿Quién te ha amenazado, Ruby? —me pregunta con voz ronca y queda.

Tengo ganas de gritarle: «¡Tú! Tú me has amenazado, tú has hecho que me lo cuestionara todo».

—No lo sé, Asher, voy por el segundo matrimonio concertado y ni siquiera soy reina todavía. A mí eso me parece terriblemente amenazador.

Su sorpresa me da ventaja; afloja los brazos y me retuerzo para liberarme.

Asher gruñe y su mano se desplaza con un gesto rápido. Ahora empuña una segunda daga. Como un ángel vengador, avanza hacia mí.

—Siempre puedes decir que no.

La furia burbujea en mi cuerpo.

Aparto su primera daga y me pego a su pecho. El movimiento le pilla tan desprevenido que olvida bloquearme. Mi cuchillo le acaricia la garganta.

—¿Y poner en peligro el futuro de tu familia? Todo el mundo quiere algo de mí, todo el mundo necesita algo de mí. ¿De verdad piensas que puedo negarme?

Una tormenta se apodera de su rostro.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—¿Y tú qué crees? —Estoy tan furiosa que las lágrimas resbalan por mis ardientes mejillas—. ¡Di algo! ¡Protege a tu hermano de este matrimonio absurdo! ¡Diles que no te quieres casar con Rosaline! Deja de fingir que no te importa una mierda y…

—Estoy cumpliendo con mi maldito deber —gruñe empujando mi cuchillo con el cuello como si me desafiara a clavárselo.

Estamos tan pegados que su aliento me agita el cabello. Sus manos me están sujetando, pero no intenta apartarme. No se defiende. Me está… abrazando, estrechándome contra su cuerpo, y mi cuchillo es lo único que nos separa. Mi pecho sube y baja.

—Ya, ¿y qué sensación te produce ahora ese maldito deber?

Mi cerebro le ordena a mi cuerpo que se aleje, pero, por alguna razón, al mismo tiempo que despego los hombros mis caderas se retuercen hacia las suyas. La furia ha prendido fuego a mi cuerpo.

Soy pasto de las llamas.

—Es… —empieza a decir, y su voz se apaga. Posa los ojos en mis labios—. Una agonía.

Empuja el cuchillo con un gemido, como si estuviera dispuesto a morir por besarme.

Me rindo y un cosquilleo recorre mis dedos cuando suelto el cuchillo. Sus dagas caen al suelo repicando y aferra mi bata entre los puños para atraerme hacia sí. Le recibo con la boca, con las manos y con mi hambre.

Nos besamos como si nos fuera la vida en ello.

Es grande, mucho más alto que yo. Sus brazos me envuelven igual que si fueran de hierro. Lo beso con más ansia y él me responde con idéntica pasión, atrapando mi labio inferior entre los dientes.

En el instante en que me tomo un descanso, en que me paro a respirar, afloja su abrazo. Me concede espacio. Sin embargo, yo lo

vuelvo a besar, llenándome los pulmones de su mismo aliento.

Baja las manos y, de repente, me levanta en volandas enredándose mi bata entre las piernas. Me empuja contra la fría pared de piedra. Yo le ato los tobillos a la espalda y lo invito a acercarse.

—No quiero ser un deber —murmuro entre jadeos, y él me besa esa zona sensible en la base de la garganta.

Se frota contra mí y noto su respiración caliente contra mi piel.

—Nunca antes había envidiado a mis hermanos. Intenté… intenté odiarte…

Sus labios dibujan una línea de fuego en mi clavícula. El desasosiego que sentía no desaparece, sino que se transforma en una nueva energía. En un nuevo deseo.

Le desato las piernas y dejo que mi cuerpo resbale por el suyo hasta que mis pies tocan el suelo. Entonces recorro su vientre con las manos, buscando una grieta en su armadura, una vía de entrada.

Él se da cuenta y me complace, desprendiéndose del pesado cuero. Hundo los dedos debajo de la camisa y dejo al descubierto el aterciopelado acero de su pecho.

En consonancia con mi urgencia, me despoja de la bata por los hombros. Nuestras bocas se buscan para trazar nuevas líneas de calor.

Cuando nos desplomamos en su cama, la pila de mantas estalla como una nube, un capullo que contiene la tormenta que se gesta entre los dos. El peso de Asher, su presión contra esa suavidad, me provoca descargas eléctricas en las profundidades del vientre. Se detiene con los labios contra la curva de mi mandíbula.

—¿Seguro que esto es lo que quieres?

Gruño mientras lo beso y le enredo las manos en el pelo denso y suave para atraerlo hacia mí.

—Te deseaba incluso cuando te odiaba.

Se ríe, y el rumor de su pecho provoca delicadas llamas de efervescencia en mis profundidades. Desaparece un momento y el aire fresco es un grito contra mi piel. Pero regresa al momento, sus piernas desnudas resbalan contra las mías y su aspereza es un contraste delicioso.

Nuestros besos se profundizan, electrifican cada terminación nerviosa. Arqueo la espalda para pegarme a él y le deslizo las manos por debajo de la camisa. Se despoja de la prenda con un movimiento rápido y su boca busca de nuevo la mía. Mi camisón resbala a la altura de mis caderas y noto la presión de su calor contra mi centro doliente.

Me mordisquea la oreja, deposita besos ardientes en mi hombro.

—¿Estás tomando…?

—A todas las criadas nos dan flor de luna —jadeo, atrayéndolo aún más cerca—. Nunca he dejado de tomarla.

Suspira cuando hunde el cuerpo en el mío y es como si los dos pudiéramos respirar finalmente.

Cuando estalla la tormenta, la cabalgamos juntos.



TREINTA Y OCHO

Mis sueños son inconexos y amenazadores. Voces lejanas, un viento siniestro, un ángel de mármol con la cara de mi madre que derrama lágrimas de sangre.

Y entonces, de golpe, estoy despierta y una mano me aprieta la boca mientras una voz repite en susurros:

—No grites. No grites.

Mi primer impulso es hacer exactamente eso.

Pero estoy tan desorientada, tan dormida que no forcejeo de inmediato. La mano desaparece y una cara se perfila a la tenue luz del fuego.

Cedric.

La respiración de Asher es profunda y regular. Sigue durmiendo, a mi lado.

Me doy media vuelta para despertarlo, pero Cedric se lleva un dedo a los labios y niega con la cabeza. Luego me indica por gestos que le siga.

Despacio, insegura, me siento desprendiéndome de la maraña de mantas de la cama de Asher. Me envuelvo el cuerpo con los brazos:

todavía llevo puesto el camisón, pero sin el calor de las mantas, el frío de la habitación me cala los huesos.

Cedric baja la mirada, seguramente por educación, pero yo me ruborizo. Madre mía. Cedric debe de saber que nos vamos a prometer y aquí estoy yo, en la cama con su hermano. ¿Por eso ha venido? ¿Porque me vio y quiere saber a qué estoy jugando?

¿A qué estoy jugando?

Voy rápidamente a la sala y busco mis cosas deprisa y corriendo. Una chinela, el cinto y el cuchillo, la bata, otra chinela.

—Aquí no estás a salvo —murmura Cedric.

«¿No estoy a salvo aquí?».

De repente, abandona la habitación de Asher. ¿Está caminando en sueños? ¿Tiene una pesadilla?

Le sigo al pasillo y de ahí a su habitación.

Hace frío aquí dentro. Del fuego del hogar solo queda una única brasa ardiente. La ventana está entreabierta y el gélido aire otoñal se cuela por la rendija. Instintivamente corro a cerrarla. Luego devuelvo mi atención al fuego. Leña, troncos, un par de golpes de aire con el fuelle chapado en oro que hay junto al hogar. Pronto las llamas bailan alegremente y noto el calor en la cara.

Cuando me vuelvo a mirar a Cedric, está de pie en mitad de la habitación, observándome.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

La inquietud me retuerce las tripas. ¿Por qué no me dice nada? ¿Por qué quería que abandonara la habitación de Asher?

¿Por qué me ha dicho que no estoy a salvo?

Se gira hacia mí. Exhibe una expresión severa a la luz más brillante del fuego. Tras un silencio incómodo, me dice:

—No necesito nada. Pero tú sí. Tienes que salir de aquí. Tienes que abandonar el castillo. Debes marcharte. ¿No lo ves? La sombra

mató a Sorren. Mató a mi padre. También quiere matarte a ti.

—¿Qué sombra, Cedric? —le pregunto en tono dulce. No sé de qué está hablando, si está sufriendo alguna clase de pesadilla o trata de asustarme. Sea lo que sea, es inquietante.

Se pasa la mano por el pelo como si él tampoco lo tuviera claro.

—La vi ahí arriba, en la torre —dice—. Una sombra detrás de Sorren. Lo empujó. Cayó. La sangre… —Sacude la cabeza como si quisiera ahuyentar la imagen—. No, la sangre no. La sombra. Quiere que desaparezcas, Ruby, igual que Sorren. Igual que padre. No puedes dejar que te atrape.

—¿Qué… qué estás diciendo? —Mi corazón empieza a desbocarse y los últimos vestigios del sueño me han abandonado. Un escalofrío me recorre la columna vertebral—. ¿Me estás diciendo… que viste a alguien empujar a Sorren de la torre?

Cedric se me acerca de golpe y mira a un lado y a otro como si nos estuvieran vigilando. Me susurra al oído:

—Aquí no estás a salvo.

—¿Y tú? —le pregunto con voz queda—. ¿Estás a salvo aquí, Cedric?

Su cara se desencaja.

—Tengo mucho miedo.

Con suavidad, le agarro del brazo. Entramos juntos en su alcoba y lo acompañó a la cama. Las sábanas están enmarañadas, las almohadas escampadas por el suelo. Salta a la vista que su sueño ha sido turbulento. Poblado de pesadillas. Lo ayudo a sentarse en el lecho. Recojo las almohadas. Murmuro palabras tranquilizadoras, con voz queda, mientras él sigue expresando su inquietud por mí, por la sombra, por sí mismo.

Al lado de su cama, en la mesilla, hay un pequeño frasco.

—¿Es tu medicina para dormir? —le pregunto. Él asiente con aire

aturdido. Le insto a tomar un par de sorbos y le convenzo de que se tumbe.

—Todo va bien —le digo—. La sombra no puede hacerte daño.

Sus pestañas aletean. Apoya la cabeza en la almohada, pero la tensión todavía le recorre el cuerpo. Me siento en la cama y le doy golpecitos en el brazo hasta que su respiración se aquieta.

Mientras se queda dormido, lo observo. Tenemos la misma edad y es guapo a rabiar, igual que el resto de su familia. Se parece mucho a Asher, con ese pelo castaño y los ojos verdes. Pero ahí terminan las semejanzas. Cedric carece de la asertividad de Asher. Tampoco comparte la madurez tranquila de Sorren ni el encanto de Rowan.

Estoy a punto de levantarme cuando Cedric me agarra la mano.

—La sombra es peligrosa, Ruby. No dejes que te mate.

Espero hasta estar segura de que se ha dormido del todo, con el corazón agitado y un barullo de pensamientos en la cabeza.

¿Quién es la sombra? Rowan ya no está y Asher…

No podía referirse a Asher…, ¿verdad?

¿Qué vio Cedric realmente cuando Sorren cayó? ¿Y cómo sabía dónde estaba yo esta noche? ¿Estaba espiando a través del pasadizo secreto? ¿Qué más ha visto?

Me arrastro de vuelta a su sala con las preguntas retorciéndose por mi cabeza como serpientes. No sé qué pensar de la advertencia de Cedric, de esa sombra…

Asher está de pie ante el hogar, iluminado por el fuego a contraluz, la cara envuelta en sombras.

—¡Por Dios! —chillo, y me llevo la mano al cuello—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Cedric ha tenido otra pesadilla?

Asiento y trago saliva, nerviosa. Asher se ha enfundado los pantalones y la camisa. El cuello desabrochado le deja la clavícula a

la vista y la pequeña marca que yo le he dejado.

—Fue Cedric el que encontró a Sorren. Fue complicado para todos, pero para él… Ya pasaba la mayor parte del tiempo perdido en sus pensamientos. Ahora es mucho peor.

—Ha entrado en tu alcoba. Lo he acompañado a la cama.

Echa un vistazo al dormitorio sumido en la oscuridad.

—Deberías haberme despertado. No sabía dónde estabas.

—Lo siento. Pero ahora tengo que irme —le digo—. Esta noche ha sido… intensa.

Me encamino hacia el tapiz de la pared, junto a la chimenea de Cedric, donde creo que debe de estar la puerta secreta.

Asher me aferra la mano.

—Espera.

«La sombra es peligrosa, Ruby. No dejes que te mate».

Se me encoge el corazón. ¿Cómo es posible que siga dudando de Asher después de todo lo que ha hecho? Me salvó la vida, me ha guardado el secreto de mi padre, me ha besado como si sintiera algo importante por mí. Y sin embargo…

Carraspeo.

—Los guardias podrían llamar a mi puerta, podrían descubrir que me he ido…

—Ruby.

Mi nombre en sus labios me detiene. Me vuelvo a mirarlo. Sus ojos reflejan la luminosidad del fuego.

—Mañana voy a romper mi compromiso con Rosaline.

Le estudio a la luz dorada. El corazón me golpea las costillas como un pájaro enjaulado.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que tenías razón. Al diablo con el deber.

Se me congela el aliento en los pulmones. ¿Qué está pasando?

Su voz se torna más profunda, ronca y tierna, el mismo tono con el que me hablaba en la oscuridad de su habitación. Cuando me ha besado.

—No deberías casarte con Cedric. Deberías casarte conmigo.

Sus palabras caen en mi mente como una piedra en un estanque de agua. Las ondas se expanden.

Hace unas horas, cuando le estaba deslizando las manos por las deliciosas ondas del pelo y mi cuerpo sentía ansia del suyo, esas palabras me habrían llenado de felicidad.

Pero ahora… Ahora solo puedo ver la expresión atormentada de los ojos de Cedric. Solo puedo oír su voz, instándome a que me marche. Diciéndome que no estoy a salvo.

Cedric vio algo en la torre con Sorren. Una sombra. Piensa que empujaron a su hermano. Si el rey fue asesinado… ¿quién dice que Sorren no sufrió el mismo destino?

¿Y quién salía más beneficiado? ¿Primero de la muerte de su hermano y luego del fallecimiento de su padre? Y ahora, una boda… ¿Qué hago, si todo fue cosa de Asher? ¿Si su objetivo no era otro que ascender al trono, ya fuera por herencia… o por matrimonio? No, no. Esto es absurdo. Asher me salvó.

«Pero también conocía a tu atacante».

Todo es demasiado turbio. Y yo estoy muy cansada. Ya no veo las piezas con claridad; no sé cuál es mi posición. Lo que hemos hecho esta noche, cómo me he sentido… No puedo soportarlo.

—Yo…

No tengo ni la más mínima idea de qué decir.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Asher, sujetándome el mentón con la palma de la mano.

La expresión de auténtica —o aparentemente auténtica— preocupación de su rostro es una daga en mi corazón. ¿Cómo puedo

albergar estas dudas?

¿Y cómo puedo estar segura de que son infundadas?

—Sí. —Me inclino para darle un beso en la mejilla—. Solo estoy cansada. Tengo que volver antes de que alguien se dé cuenta de que me he marchado.

Me muestra el pestillo oculto y me acompaña a los aposentos del rey llevándome de la mano por el oscuro pasadizo.

Espero unos minutos hasta estar segura de que ha regresado a su alcoba. Y entonces, vuelvo a entrar en el pasaje secreto.

Tengo que ver a Sara.

No puedo hablar con nadie más, no puedo confiar en nadie más. Tengo que contárselo todo. Ya no puedo jugar esta partida a solas.

Me apresuro por el pasadizo a tientas, buscando el camino con las manos y las puntas de las chinelas. Llego a las dependencias del servicio y salgo al pasillo. Llamo a su puerta con suavidad. No me contesta.

En silencio, giro el pomo y entro en su cuarto.

—Sara —susurro—. Sara, necesito hablar contigo.

Sigue sin responderme.

Sara no está aquí.

Doy media vuelta y salgo a toda prisa de las dependencias del servicio. En cualquier momento podría toparme con alguien. Querrán saber qué diablos estoy haciendo aquí abajo.

Y no tengo una buena respuesta.

«Una reina no se justifica ante nadie». Trato de interiorizar las lecciones de Belle mientras me apresuro hacia la entrada secreta. Estoy parada delante del tapiz, intentando recordar la ubicación del pestillo, cuando una mano se posa en mi hombro.

Me giro a mirar mientras contengo un grito.



TREINTA Y NUEVE

Lord Hayes está plantado detrás de mí. Su gran figura llena oscuro pasillo.

—Majestad, ¿qué haces aquí abajo? —me pregunta con voz queda. También va envuelto en su bata, muy ornada y de aspecto pesado—. ¿Por qué no te acompaña un guardia?

—Yo…

No tengo una excusa preparada.

Estoy muy cansada. Yo sola no puedo con esto. Seguramente debería haber compartido mis preocupaciones con lord Hayes desde el principio.

—Tareth, hay secretos en este castillo. Y si no descubro cuáles son, me sentiré amenazada por siempre. Necesito… Necesito desentrañar las mentiras.

—Majestad, esta no es una conversación para mantener en el pasillo. Ven conmigo.

Se da media vuelta sobre sus babuchas y se aleja de la puerta secreta.

Le sigo dando gracias para mis adentros por su candil, pues la

mayoría de los pasillos carecen de luz a esta hora de la noche. Por fin, se detiene a la entrada de una pequeña sala. Una vez que estamos dentro, cierra la puerta. Yo me acerco al calor del fuego y me ciño la bata al cuerpo. Todavía no he entrado en calor tras la gelidez de la habitación de Cedric.

Se me encoge el corazón al recordar el ardor que Asher y yo hemos compartido. ¿No ha significado nada? ¿Cómo puedo pensar que me ha utilizado o manipulado cuando he sido yo la que le ha perseguido? Inclusive la sugerencia de que nos casemos… ¿no la he suscitado yo?

Tampoco es que Cedric lo haya señalado como la sombra.

No sé qué pensar ni qué sentir. No sé qué hacer.

Y yo siempre sé qué hacer. Cuando juego al ajedrez, voy tres pasos por delante. ¿Por qué me siento como si ya no fuera capaz de ver siquiera el tablero?

—¿Qué te preocupa concretamente, majestad? —me pregunta lord Hayes.

—Creo que el rey fue asesinado —le suelto sin más. Las palabras surgen de mí como el corcho de una botella. Empezaremos por ahí. Siempre volvemos al rey—. Y estoy empezando a pensar que Sorren también lo fue.

Con una actitud que le honra, lord Hayes no me grita que estoy loca ni me envía directa a sir Henry para que me administre un tónico. En vez de eso, se recuesta contra el pequeño escritorio que hay junto al fuego, cruza las piernas por los tobillos y dice:

—Cuéntamelo todo.

Y lo hago. Bueno, casi todo.

Le cuento el misterio de la nota de rey, su críptica mención de la «historia», la posibilidad de que alguien se hubiera colado en su alcoba o le hubiera dejado una serpiente o lo hubiera envenenado.

No menciono los pasadizos secretos ni quién es mi padre, pero sí la nueva revelación de Cedric: que pudo haber alguien en la torre con Sorren. Que alguien pudo haberlo empujado.

—Cedric dice que debería marcharme del castillo, que aquí no estoy segura. Yo…

Pienso en la serpiente, en el asesino de las catacumbas.

—Es posible que… —Lord Hayes suspira—. Es posible que el príncipe Cedric tenga razón.

—No puedo casarme con un miembro de la familia real. Cualquiera de ellos podría ser el asesino del rey y…, ay, Dios…, el asesino de Sorren. Incluido Cedric. Fue él quien me dijo que en su familia todos mienten. El propio rey sospechaba de su familia. Por eso me escogió.

Dios mío, no sé en quién confiar. Puede que Cedric solo tuviera una pesadilla. Puede que estuviera intentando distanciarme de Asher.

O puede que Asher haya sido el villano desde el principio.

Lord Hayes me observa un buen rato.

—Eso explica por qué no escogió a uno de sus hijos. Pero no explica por qué te escogió a ti. ¿Has formulado alguna teoría al respecto?

Lo miro con más atención. Está muy tranquilo. Casi como si…

—No estás sorprendido —señalo—. Todo esto no te viene de nuevo. ¿Qué sabes?

Lanza un pequeño suspiro y une las manos en el lazo del cinturón de su bata.

—Reconozco que tenía mis sospechas. No dije nada porque no tenía pruebas y porque albergaba la esperanza de estar equivocado.

—¿También en lo concerniente a Sorren? —le pregunto con un estremecimiento.

—Parece como si alguien hubiera hecho planes relativos al trono —dice lord Hayes—. Y me temo que tú complicaste aún más las cosas si cabe.

—Entonces piensas que uno de los hermanos de Sorren quiere apoderarse del trono.

Asher, Rowan, Belle, Cedric… ¿Cuál de ellos sería capaz de tales niveles de ambición?

Asher pensó que yo había matado a su padre. Y Rowan estaba decidido a poner fin a la monarquía. ¿Cómo encaja eso con todo lo demás?

¿Y qué pasa con Narissa, que podría haber deseado la muerte del rey? Dudo mucho que hubiera asesinado a su propio hijo. Recuerdo cómo se quedó tras la muerte de Sorren. Permaneció un mes entero encerrada en sus aposentos y, cuando salió, estaba tan pálida y demacrada que parecía un espectro.

Lord Hayes carraspea.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Tu coronación será en pocos días. Si podemos mantenerte a salvo hasta entonces, habremos superado buena parte del peligro. Ahora entiendo que… insertarte en la familia real quizá fue un error. Una vez que seas reina, puedes nombrar a un heredero distinto, una persona de tu confianza. Cambiar la línea de sucesión por completo, para que tu muerte no sirva para colmar sus ambiciones.

No me gusta. Odio la idea de huir como una mera aspirante al trono, aunque sea así como me siento.

—No sé. No creo que eso sea una muestra de fortaleza. Si abandono el castillo…

—No creo que tengas que marcharte. —Lord Hayes se separa del escritorio y empieza a pasearse por delante del fuego. Se frota la barba—. Hay un sitio en el que podríamos esconderte que está

dentro del castillo.

Lucho contra el impulso de moverme y, en vez de eso, hago crujir mis nudillos. Tras las amenazas que ya he afrontado, me parece de mal agüero que lord Hayes esté tramando ahora cómo hacerme desaparecer. Es en este momento cuando debo demostrar que no tengo miedo, que no me intimidan las amenazas ni las conspiraciones, ¿no es cierto?

—Sí, creo que eso podría funcionar —continúa, ajeno a mis inquietudes—. Anunciaré que vas a viajar a tu ciudad natal para reflexionar antes de tu coronación. Escogeré un lugar remoto. Enviaré al príncipe Asher con la caravana para que el engaño sea más convincente… y para asegurarme de que no te busque. Tú te quedarás aquí, bien segura, hasta el día de la ceremonia.

—No me hace gracia —insisto—. Parecerá que me estoy escondiendo, a pesar de las excusas. Creo que debería mostrarme más decidida. Podría anunciar mi plan de sucesión ahora, antes de la coronación.

Lord Hayes niega con la cabeza y la frustración asoma a su expresión.

—Tienes que darme tiempo para descubrir lo que pueda sobre la muerte de Sorren. Y tenemos que ponerte a salvo. No te haces una idea de cuán precaria es tu posición, majestad.

Cuanto más arguye, menos me gusta la idea de esconderme. Preferiría volver a enfrentarme a Asher armada con un cuchillo a desaparecer en la noche.

—No —digo más decidida—. Interrogaremos a la familia real. Los encarcelaremos si consideramos que suponen una amenaza. No debería ser yo la que se esconda.

Tareth suspira y se frota la cara con la mano.

—Es una insensatez no tomarse en serio esta amenaza.

—Sabes algo que yo no sé, ¿verdad? —le pregunto. Nunca le he visto oponer tanta resistencia. Puede que haya un motivo—. ¿Se han producido otras amenazas?

Hace solo unas horas me estaba presionando para que me casara con Cedric. Lord Hayes nunca me ha parecido una persona indecisa. Su actitud me escama.

Al oír eso, lord Hayes levanta los ojos y me perfora con la mirada.

—¿Hablaste con lord Garrick Donahue cuando estuviste en las Simas?

Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

—¿Por qué? ¿Eso qué tiene que ver con todo esto?

Él sigue mirándome fijamente.

—Dímelo tú. Has dicho que el rey te habló de historia. Y tú me preguntaste por Garrick. ¿Por qué, majestad?

Una pieza del ajedrez se coloca en su lugar. Lord Hayes y lord Donahue… se conocían.

—Tú estabas allí —digo con suavidad. *Clic, clic, clic.* Las piezas se mueven por el tablero—. Tú lo conocías. Sabes lo que pasó. Lord Hayes, ¿se te ocurre algún motivo por el que alguien podría haber querido tenderle una trampa a lord Donahue?

Lord Hayes vuelve a su escritorio y enciende una vela en un pesado candelabro de peltre.

—¿Una trampa a lord Donahue? Eso es ridículo.

Pero no se ríe.

No sé qué pensar. No sé qué está pasando aquí. Pero algo se está cociendo. Algo con lo que no me siento cómoda. De pronto, no quiero estar en esta habitación en mitad de la noche con este hombre.

—Estoy cansada. Podemos proseguir esta conversación con el resto del consejo.

Me encamino a la puerta.

—Majestad, espera.

Cuando me giro hacia el consejero, veo un movimiento rápido, un destello blanco y plateado. Una descarga de dolor estalla en mi sien y me sumo en una oscuridad voraz.



CUARENTA

Un golpe tembloroso de metal contra metal me arranca de mi estupor. Tengo fango en el cerebro. Abro los ojos, pero no entiendo lo que veo. ¿Dónde estoy? Hay piedra fría debajo de mi cuerpo y la puerta que tengo delante, reforzada con acero, está cerrada.

—¡Tareth! —chillo con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que te he dicho. Mantenerte escondida hasta después de la coronación.

—¿Después?

Me duele la cabeza y apenas puedo pensar. Pero no debería haber dicho «después».

Me mira a través de la rejilla que hay en el ventanillo de la puerta. Está jadeando, sin fuelle. Como si acabara de subir unas escaleras muy largas cargando con una mujer inconsciente.

«¿Estoy en la Vieja Torre?».

—Déjame salir ahora mismo. He dicho que no quería esconderme. —Hablar me revuelve las tripas. Me incorporo con gran esfuerzo—. Así no vamos a detener al asesino.

—Pero yo impediré que tú destruyas el reino.

Me pongo en pie trastabillando y el suelo se inclina a mi alrededor durante unos nauseabundos instantes. De repente, tengo claro que había juzgado mal a Tareth.

—Eras tú. No la familia real.

—Siempre ha sido mi trabajo proteger a Lumaria de cualquier amenaza, externa e interna.

Casi parece orgulloso.

Me entran ganas de acuchillarle la cara.

—Tú incriminaste a lord Donahue. Lo que me dijo era verdad.

La sangre congestiona el rostro de lord Hayes.

—Sabía que habías hablado con él. Sabía que estabas a punto de estropearlo todo.

—¿Por qué le tendiste una trampa? —le pregunto con voz temblorosa—. ¿Cómo podría arruinarlo toda la historia que compartes con él?

—¿Esperas que me crea que no te lo contó? —resopla.

Bueno, está claro que no me lo va a decir. «Maldito seas, Garrick. Deberías haberme contado este secreto tan importante y peligroso. ¡O al menos haberme prevenido contra Tareth!».

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le pregunto. Ojalá desaparecieran los puntos brillantes que me dificultan la visión—. ¿Meter una serpiente en mi celda? ¿Matarme de hambre?

Una mirada rápida me permite comprobar que, en efecto, estoy en una celda: un cuartucho minúsculo en el que no hay nada, ni siquiera un orinal. Solo una ventana alta a través de la cual veo una franja del cielo del amanecer.

Lord Hayes suelta una carcajada desagradable.

—No esperaba verte esta noche, pero en pocas horas tendré el veneno que pondrá fin a tu vida. No verás otro anochecer, querida mía. Y cuando el día de tu coronación sigas sin aparecer, el príncipe

Asher, el legítimo heredero, ocupará tu lugar.

Es un hombre repugnante.

—Si no hubieras matado a Sorren y al rey, la sucesión nunca habría representado un problema.

Levanta una ceja y resopla una carcajada explosiva.

—¿Piensas que yo los maté? Y se supone que tú eres la de la mente privilegiada… Vaya con la niña mimada del rey, su pequeño proyecto, que tenía que aprender a jugar al ajedrez y recibir clases del tutor real… Lo de Sorren fue una tragedia, aunque sabía demasiado.

Mi borrosa mente, que ahora mismo no se siente nada brillante, da vueltas y más vueltas a sus palabras. ¿Está insinuando que él no mató a Sorren y al rey? Ya ha reconocido que le tendió una encerrona a Garrick y que intentó matarme a mí. ¿Por qué iba a mentir acerca de los otros crímenes?

Todo el desdén que le inspiro a lord Hayes se manifiesta en forma de manchas rojas en sus mejillas y es evidente que se moría por contarme lo listo que es, que básicamente ha creado un vacío de poder para rellenarlo él mismo. O quizá lo que ansiaba realmente era la oportunidad de decirme que no soy bienvenida.

Una minúscula sonrisa baila en las comisuras de sus labios.

—Sí, me parece que esto es perfecto —dice—. Tú desaparecerás y yo estaré aquí para guiar el reino, como he hecho siempre.

Antes de que pueda responderle, su cara desaparece del ventanillo. Sus pasos resuenan cuando se aleja y luego dejo de oírlos también. Chillo, solo por probar. Pero sé, en lo más profundo de mi ser, que nadie vendrá a rescatarme.



CUARENTA Y UNO

Trastabillo hacia la puerta. No hay manilla a este lado, solo el hueco de la cerradura y la pequeña ventana enrejada. Me aferro a los barrotes e intento separar el hierro de la madera mientras grito sin cesar.

¿Cómo ha podido hacer esto lord Hayes?

Me apoyó, me ayudó.

Cambio la atención a la ventana. El cielo ha mudado de gris a un azul desvaído con matices dorados. Está saliendo el sol. ¿Quién está apostado junto a mi puerta? ¿Garon? ¿Calen? ¿Cuánto tardarán en darse cuenta de que no estoy allí? Inspeccionarán el castillo. Me encontrarán.

¿Lo harán antes de que Tareth vuelva con el veneno? ¿Antes de que le diga a todo el mundo que me he escondido hasta mi coronación?

El corazón me martillea la caja torácica. Me duele la cabeza y todavía veo rayas blancas en los bordes de mi campo visual.

«Vale, Ruby, piensa».

Paseo la mirada por la pequeña estancia. Paredes de piedra, un

ventanuco, suelo desnudo. Esto no es una celda para albergar a un prisionero. No hay orinal ni jergón de paja para dormir. Ni un solo objeto que pueda usar.

Me ciño la bata al cuerpo. Hace un frío que pela aquí dentro y la celda está tan alta que oigo el aullido del viento contra la ventana. Mi mano se detiene a la altura de la cintura. La bata cuelga suelta sobre mi cuerpo y he perdido el cinturón. Pero noto algo…

Abro la parte delantera de la bata para palparme el fino camisón.

Y encuentro el cinto con el cuchillo atado a mi cintura.

Retiro el arma, pequeña y afilada, de su funda.

Corro hacia la puerta, haciendo caso omiso del mareo que me revuelve la cabeza. Estudio la cerradura, las bisagras, el lugar donde el cerrojo sujeta la puerta a la pared. Si tuviera un martillo, podría arrancar los pernos de las bisagras. Pero el cuchillo es pequeño y la elegante empuñadura, perfecta para mi mano, no es lo bastante larga ni pesada para mover los pernos.

A continuación, intento introducir la hoja en la minúscula rendija entre el marco y la propia puerta. Si pudiera empujar el cerrojo, quizá…

El cuchillo no entra en el hueco.

Mi tercera y última opción es tratar de forzar la cerradura. Algo que, debo reconocerlo, aprendí a hacer gracias a un mozo de cuadra sin principios que le enseñó el truco a Rowan, quien a su vez me lo enseñó a mí.

No llevo horquillas en el pelo, pero la hebilla del cinto tiene una forma parecida. Con una maniobra a la que dudo mucho que ninguna reina de Lumaria haya recurrido nunca, a menos que la gobernanta Blake se saltara conmigo una lección muy interesante, introduzco el pincho de la hebilla y la punta del cuchillo en la cerradura.

Tardo más de lo que me gustaría, tanto que el corazón se me desboca y un sudor frío me empapa la nuca, pero el mecanismo cede con un chasquido que reverbera en el pequeño espacio.

La puerta se abre con un golpe metálico y yo por poco me caigo de rodillas. De la sorpresa, pero también de puro terror.

El pasillo es mucho más oscuro que la celda: no hay ventanas, y la luz del ventanuco apenas atraviesa el umbral. Las tinieblas me envuelven amortiguando mi respiración y provocan ecos extraños cuando mi hoja choca con el marco.

¿Cuánto tiempo tengo antes de que vuelva lord Hayes? ¿Y si ya está viniendo de camino?

Me sacudo el miedo. Soy la reina de Lumaria.

Yo detento el poder.

Pero eso no significa que quiera toparme con él en este pasillo abandonado y solitario. Me apresuro en la oscuridad con las manos extendidas para abrirme paso.

Tardo siglos en encontrar la puerta que da a las escaleras. Me detengo, escuchando.

Nada.

Una antorcha ilumina la primera curva, pero la luz llega a intervalos distantes, intercalada por tramos de oscuridad que tengo que atravesar. Los tortuosos peldaños de la Vieja Torre están desgastados por el centro y son mucho más bajos de lo que cabría esperar. Mi descenso es más lento de lo que me gustaría, pero no puedo arriesgarme a caer.

Cada pocos peldaños me paro a escuchar si se oyen pasos.

¿Cuánto tiempo se tarda en conseguir veneno? Me acuerdo del rey de cuerpo presente, el gesto antinatural de sus labios sobre los dientes apretados. El vientre abotargado. La piel violácea.

Si no llego al fondo de estas escaleras, yo también acabaré así.

Me libro de las chinelas para que mis pies descalzos conecten con la fría piedra. Me muevo más rápidamente, tan aprisa que la escalera de caracol me marea. Pero mejor estar mareada que abotargada y moribunda.

Mejor estar mareada que muerta.

De súbito, mi pie no encuentra el escalón. Me apoyo en el otro tobillo, el que me torcí en el cementerio una semana atrás. El dolor estalla en mi pierna. Se me escapa un grito. Pero no puedo parar, ahora no.

Cojeando, voy dejando atrás las puertas de los otros pisos y me detengo varias veces preguntándome si debería entrar, si esa será la planta que alberga a los verdaderos prisioneros y a sus guardias, guardias que obedecerán mis órdenes.

Pero no quiero entretenerme. Si me equivoco y solo encuentro una zona de almacenaje, le estaré concediendo a lord Hayes mucho más tiempo para encontrarme.

Por fin, por fin, con el tobillo rabiando de dolor, llego a la última puerta. Abro una rendija y me asomo al pasillo. Este corredor está mejor iluminado, con pequeñas llamas crepitando en sus candeleros.

No veo a nadie.

Ahogando un gemido, recorro el pasillo a la carrera. Me he marcado el vago objetivo de llegar a mis aposentos. Con un poco de suerte mis guardias estarán allí. La puerta se puede cerrar por dentro y el pasadizo me dará acceso a gran parte del castillo.

Llegó a la esquina y veo a Reece apresurándose hacia mí. Cuando me ve, se detiene en seco. Su cara pierde el color.

—¿Reina Ruby?

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Acaban de relevarme de mi puesto —me dice—. Lord Hayes está informando al consejo y a la familia real. Dice que habéis sufrido una

amenaza y que permaneceréis escondida hasta la coronación. No deberíais estar aquí fuera.

Le dedico una sombra de sonrisa.

—Reece, necesito que juntes a tantos guardias como puedas, lo antes posible. Reúnete conmigo en la sala del trono. ¿Estás seguro de que lord Hayes ya está allí?

Asiente.

—Acaba de convocar la reunión. Lo he visto yo mismo. Ha relevado a todos vuestros guardias personales. Le hemos suplicado que nos dejara acompañaros al escondite, para protegeros. Pero ha dicho que no nos necesitabais. Garon estaba furioso.

La idea de que alguien se ponga furioso por defenderme me tranquiliza. Aferro el cuchillo con más fuerza.

—Necesito que te des prisa. A la sala del trono, lo antes que puedas. Trae a todo aquel que encuentres que me sea leal. Eso es importante, Reece. Solo hombres de tu confianza.

Asiente con solemnidad. Puede que no sepa qué está pasando exactamente, pero cualquiera puede intuir que se está gestando un conflicto político, estoy segura.

Forzando el tobillo, sigo avanzando. Un poco más.

Cuando llego a la sala del trono, bajo el ritmo.

Dos guardias flanquean la puerta. Los he visto antes, infinidad de veces, pero no recuerdo sus nombres.

—Voy a entrar —anuncio sin aliento e intentando no estremecerme de dolor—. Necesito que entréis conmigo. Si alguien intenta hacerme daño, reducidle.

El soldado de la derecha se cuadra con los ojos muy abiertos. El otro, mayor, se limita a asentir. Respirando profundamente para serenarme, asiento y ellos abren las puerta a la par.

—… manifiesta amenaza a su vida. Tenemos que fijar una nueva línea de sucesión por si se diera el caso de que…

Lord Hayes está hablando con Asher y con Belle. Cedric está algo retirado a un lado, con su madre, mirando fijamente los altos tronos de oro. Lord Stone y lord Rutherford también están presentes, así como un sacerdote, algo inusual. Me fijo sin poder evitarlo en que Asher está de pie al lado de lady Rosaline. Me pregunto si le habrá dicho que desea romper el compromiso. Me pregunto si todavía piensa así.

—No, no me he escondido, como estás insinuando.

Mi voz resuena por encima de las mentiras de Tareth.

Se da media vuelta a toda prisa. Me complace apreciar hasta qué punto es cómica su expresión de sorpresa: los ojos desorbitados y la cara privada de color. Ahora sus labios se abren y se cierran como si fuera un pez.

—Ma… majestad… Cómo… Por qué…

—Apresadle —les digo a los guardias que me escoltan—. Por traición e intento de regicidio.

Durante un vertiginoso instante se hace el silencio en la sala y nadie se mueve lo más mínimo. Incluso los guardias se quedan paralizados. El corazón me da un vuelco enorme. ¿Qué pasa si no me hacen caso? ¿Y si en vez de obedecer se vuelven contra mí?

Y entonces, se desata el caos.

Los guardias se abalanzan hacia delante.

Reece y sus refuerzos llegan por detrás.

Narissa chilla, lord Stone está gritando, el sacerdote agita las manos y Belle rodea a Cedric con los brazos. Asher avanza a grandes zancadas hacia mí.

Y Tareth está inmóvil como una estatua en el centro de todo. Me mira con una expresión de puro odio en los ojos. No desvía la vista, ni siquiera cuando los guardias le sujetan los brazos. Me lo dice todo en esa mirada asesina: hasta qué punto desea verme muerta; todo el alcance de su rabia; cuán decidido está, incluso ahora, a pararme los pies. Noto todas esas cosas en las entrañas. Pero yo me mantengo firme, con la columna recta como una jabalina.

Cuando pasa por mi lado, esgrimo mi cuchillo.

—Registradlo, por si lleva armas.

Súbitamente inclina el cuerpo hacia mí. Muy cerca de mi oreja, para que solo yo pueda oírlo, gruñe:

—Será mi legado el que sobreviva, no el tuyo. ¡Mi legado!

Antes de que pueda reaccionar, los guardias lo apartan a empujones y se lo llevan.



CUARENTA Y DOS

Alguien ha mandado llamar a sir Henry, tanto por Narissa, que se ha desmayado, como por mí, que tengo una herida en la cabeza.

Asher me desliza las yemas de los dedos por la zona dolorida de la sien y yo hago una mueca.

—¿Qué demonios ha pasado? —me pregunta.

—Lord Hayes intentó matarme. Él estaba detrás de todo lo sucedido —me limito a decir.

No tengo energías para contarle toda la historia. De repente, no tengo fuerzas para nada. Hace tres días que no disfruto de una noche de sueño y acabo de escapar de un secuestro. El tobillo lesionado apenas me sostiene, pero el brazo de Asher en torno a mi cuerpo impide que me caiga aquí mismo. Por el rabillo del ojo veo a lady Rosaline, que se mantiene al margen con aire incómodo. A juzgar por su expresión, preferiría estar en cualquier otra parte.

—Tengo que vestirme —digo—. Necesito ocuparme de esto. De algún modo.

—Te ayudaré —me dice Asher.

Nos damos media vuelta para salir de la sala, pero Belle se

apresura a interceptarme antes de que pueda marcharme.

—Majestad, estás herida. Deberías esperar a sir Henry.

Desdeño el asunto con un gesto de la mano.

—Envíale a mis aposentos después de que haya reconocido a tu madre.

Asiente, pero insiste, como si le supiera mal:

—¿Estás segura?

Debo de mostrar muy mal aspecto.

Mientras Asher y yo renqueamos hacia mis aposentos, con Reece pegado a mis talones, inclino el cuerpo hacia él. Ya no albergo dudas. La sombra de Cedric era lord Hayes, no Asher. Saberlo es un rayo de luz entre toda la oscuridad de estas últimas horas.

«Lo de Sorren fue una tragedia, aunque sabía demasiado».

Me pregunto qué sabía Sorren que era tan peligroso. ¿Lo mismo que sabía Garrick o alguna otra cosa? Lord Hayes debía de guardar un montón de secretos.

Me aseguraré de que el interrogatorio los saque a la luz todos y cada uno.

Cuando llegamos a mi puerta, Asher me sonríe y el corazón me palpita con un aleteo que sugiere: «me encantaría abalanzarme contigo a mi enorme y mullido lecho. Pero el dolor de cabeza y el reciente atentado a mi vida moderan el impulso».

Asher me planta un beso suave en la punta de la nariz.

—Descansa un poco.



Me despierto horas más tarde tendida de mala manera en la cama. Desvío la mirada un momento al escritorio del rey. El lecho ya es mío, pero el escritorio le sigue perteneciendo. La caja secreta de

plata que me dejó continúa en una esquina, con su carta escondida.

¿Desconfiaba el rey Octavius de lord Hayes? Yo supuse que se refería a un miembro de la familia, pero Tareth, su consejero de toda la vida, era prácticamente un familiar. ¿Llegó a sospechar que Tareth le había tendido una trampa a Garrick? Y, de ser así, ¿por qué nunca hizo nada al respecto?

¿Quería que yo averiguara la verdad sobre el Gran Traidor? ¿Que despejara la oscuridad de mi legado, liberara a Garrick y limpiara su nombre? ¿O quizá me estaba advirtiendo de que no acabara como mi padre? Cuando el rey jugaba al ajedrez, siempre me dejaba pequeñas advertencias, como una pequeña broma para que supiera que me estaba tendiendo una trampa.

«Legado».

No me puedo quitar esa palabra de la cabeza.

Lord Hayes se ha referido al legado. ¿Qué ha dicho? Algo de que su legado sobreviviría…

Unos golpecitos en la puerta me arrancan de mis pensamientos.

—¡Adelante! —grito, pensando que será sir Henry.

Me levanto de la cama con esfuerzo. Uf. Todavía llevo puesto el camisón sucio y la bata. Si al menos tuviera tiempo para darme un baño…

La puerta se abre y entra Sara deprisa y corriendo. Aún mejor que sir Henry.

—¡Sara! ¿Dónde te habías metido? Te he… —Las palabras se apagan en mi garganta.

Sara no está sola.

Lady Rosaline se precipita hacia mí con una revoltosa gatita en los brazos.

—Te hemos traído a Princesa. Seguro que la echabas de menos.

—Gracias. Ya lo creo que sí —respondo.

Princesa se abalanza a mis brazos y se aleja de un salto antes de que pueda achucharla. Luego corretea por la habitación con la cola en alto para explorar sus rincones favoritos.

Rosaline observa sus travesuras entre risitas y, de golpe, comprendo que… fue ella la que cuidó de Princesa mientras estábamos fuera. Sara se lo pidió a ella.

Y en ese momento, caigo en la cuenta de algo más importante.

—Anoche fui a buscarte, Sara —digo, observándola con atención —. No estabas en tu habitación.

Se pone colorada y desplaza la mirada a Rosaline como si no pudiera evitarlo.

—El caso es que estaba, hum, estaba conmigo —me suelta lady Rosaline.

—Entiendo.

Y es cierto. Es evidente por las miraditas que se lanzan y el rubor de sus mejillas.

Rosaline es el cuento de hadas de Sara.

¿Por qué no me lo dijo?

Sara me lee el pensamiento como si yo fuera un libro abierto.

—Quería habértelo contado antes. Casi lo hice —me confiesa en tono quedo. Como suplicándome que sea comprensiva—. Pero el secreto no me pertenecía solo a mí, ¿verdad?

Rosaline baja la vista.

—Es culpa mía. Mi padre es muy dominante. Si lo descubriera, buscaría la manera de hacer que despidan a Sara.

—¿Y pensaste que yo lo permitiría? —le pregunto, con más severidad de la necesaria. Seguramente.

—Ruby —me advierte Sara por lo bajo.

Vale, vale. Ya me calmo.

—He oído en las cocinas… —Sara titubea—. Dicen que el príncipe

Asher va a romper el compromiso.

—¿Es verdad? —me pregunta Rosaline casi emocionada.

—¿A ti te parecería bien? —le pregunto.

Asiente a toda prisa, mirando de reojo a Sara.

—Sí. Ya lo creo que sí. Hace años que lo deseo, incluso antes de… —Deja la frase en suspenso, pero el sentido está claro: «incluso antes de conocer a Sara»—. Una vez intenté planteárselo a mi padre, pero me dijo que no importaba lo que yo pensara. Que era una cuestión de estado.

Ah, claro. Una cuestión de estado. Pongo los ojos en blanco.

—Es verdad. Estoy segura de que Asher ya te está buscando para poder hacer pública la noticia. —Sonrío sin poder evitarlo al ver la mirada de dicha que comparten—. Bueno, lady Rosaline, tengo que pedirte que nos dejes solas. Necesito que Sara me ayude a vestirme.

—Claro, majestad. Gracias.

Me hace una reverencia encantadora y le lanza un beso a Princesa de camino a la puerta. Pero se detiene al llegar al umbral.

—Ah, Sara, no te olvides de contarle a Ruby lo que viste anoche.

Eso capta mi atención.

—¿Qué viste?

—Seguramente no era nada importante —dice Sara—, pero me preguntaste si Belle tenía un amante.

—¿Lo tiene?

—Bueno, la vi salir de la alcoba de sir Henry. Era… muy tarde.

Sara vuelve a sonrojarse. Supongo que vio a Belle cuando se encaminaba sigilosamente a la alcoba de Rosaline.

¿Belle y sir Henry? Él es mucho mayor que ella.

Le digo:

—Puede que Belle hubiera ido a buscar medicina para Cedric. El chico tiene pesadillas.

Pero anoche fui yo la que ayudó a Cedric a volver a la cama. Hum.

Sara se encoge de hombros, aunque le brillan los ojos ante la perspectiva de un buen cotilleo.

—Como ya te he dicho, es posible que no sea nada.

Seguramente tiene razón. De todos modos, archivo la información como archivaría el estilo de juego de un adversario. No afectará a mi siguiente movimiento, pero me podría resultar útil más adelante.

—Gracias por decírmelo —dijo sosteniendo la mirada de Sara, y espero que entienda que no me refiero solamente a lo de Belle.

Con un pequeño gesto de despedida, Rosaline se marcha.

Sara empieza a hablar tan pronto como se cierra la puerta.

—Abajo dicen que lord Hayes te atacó. ¿Es cierto? ¿Te encuentras bien?

Señalo con el dedo el cardenal de mi sien.

—Estoy perfectamente. Ahora. Lord Hayes estaba detrás de todo. De los intentos de asesinato y de la muerte del rey. También del accidente de Sorren. Lo empujaron de la torre. No saltó.

Despacio, Sara se sienta en la silla más cercana. Princesa salta de inmediato a su regazo.

—¿Por qué? ¿Por qué haría lord Hayes unas cosas tan horribles?

—Bueno, a mí quería matarme porque pensaba que no merecía la corona. Pero al rey Octavius y al príncipe Sorren…

«¿Piensas que yo los maté? Y se supone que tú eres la de la mente privilegiada…».

¿Llegó a confesar lord Hayes que les había asesinado? Dijo que Sorren sabía demasiado, eso seguro.

—Creo que lord Hayes sabía algo y que Sorren se enteró —deduzco—. Y era algo malo. Tan malo como para matarlo.

Pero mucho después de que Sara se marche, mientras presido la reunión del consejo y doy cuenta de mi primera comida en lo que se

me antoja una eternidad; y mientras trato de conciliar el sueño en la cama del rey, un descanso que mi dolorido cuerpo pide a gritos mientras mi cerebro sigue inquieto, reproduzco mentalmente la conversación, una y otra vez. Sus palabras me obsesionan día y noche. «Será mi legado el que sobreviva, no el tuyo. ¡Mi legado!».

Le he hecho jaque al rey, pero me temo que la partida no ha terminado. Tengo el horrible presentimiento de que he pasado algo por alto y estoy a punto de presenciar una jugada totalmente inesperada.



Cuando llamo a la puerta secreta de su alcoba, Asher me recibe con un ceño de preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

Alarga las manos para envolverme en un abrazo. Por un instante me concedo permiso para perderme en su calor, en el cítrico especiado de su aroma. Luego me despego de su cuerpo.

—Necesito que me ayudes con una cosa.

—Lo que quieras —responde sin titubear.

—¿Me acompañarías a la alcoba de Sorren?

Se le crispa la mandíbula con un recelo súbito, pero asiente pasado un momento.

La puerta que da a los aposentos de Sorren está cerrada y asegurada. Si bien podría forzarla, tenemos otra alternativa, así que entramos a través del pasadizo secreto.

De inmediato, me doy cuenta de que no somos los únicos que hemos estado aquí: en el polvo del suelo hay marcas de huellas que van de la puerta secreta al interior de la habitación. No veo señales en la zona de la puerta principal. Mmm.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Asher con suavidad—. No me apetece revolver en las cosas de mi hermano.

Me vuelvo a mirarlo y le estrecho la mano.

—Ya lo sé. Pero es necesario. Me parece… Me parece que Sorren sabía algo; quizá el secreto que Tareth y Garrick se han esforzado tanto en ocultar.

Si esto no funciona, iré a ver a Garrick después de la coronación. Y siempre existe la posibilidad de que los interrogadores le arranquen algo a Tareth. Pero estoy nerviosa, impaciente. Tengo la sensación de que no puedo perder tiempo. El secreto de Tareth, la verdad de la muerte de Sorren… esa es la pieza que falta. Necesito entender el sentido de todo.

Asher hace amago de pasar por mi lado, pero lo detengo.

—Espera. Dame un momento.

Por las cortinas cerradas se cuela una luz tenue. Una minúscula rendija permite que un único rayo de luz juegue con las motas de polvo en el centro de la estancia. El olor de la falta de uso y del aire estancado lo inunda todo y tengo que frotarme la nariz para no estornudar.

Despacio, escudriño la habitación. A diferencia de mis aposentos, los de Sorren no cuentan con una sala y una alcoba separadas, pero la única estancia es enorme. Me fijo en la cama arrimada a la esquina del fondo, hecha y aseada. Pero no por Sorren… Una criada estuvo aquí al menos en una ocasión después de su muerte. La mesilla de noche alberga una vela, pedernal y un libro delgado. Delante del hogar, dos butacas comparten una mesa baja, sobre la cual descansa un tablero de ajedrez con la partida empezada. Miro el estado del juego… y reconozco la apertura que mi adversario misterioso empleó varias veces conmigo.

Así que Sorren también jugaba con su padre. El rey.

En el rincón de enfrente hay un gran escritorio. La superficie está ordenada. Veo varios fajos de papel y un abrecartas en forma de cuchillo muy parecido al que yo tengo en mis aposentos. Otra señal de que Sorren estaba siendo educado para ser el próximo rey.

El armario que hay contra la pared está abierto. Contiene filas de camisas y chaquetas que producen un efecto fantasmal en la penumbra. Observo el polvo del suelo, los borrones de las pisadas.

El escritorio.

Con sumo tiento, sigo el camino a la mesa de Sorren.

Las señales son sutiles, pero no he pasado toda la vida trabajando de criada como para no saber interpretar un poco de polvo. Las huellas sugieren que alguien ha movido los papeles. Echo un vistazo rápido, pero no hay nada de interés, una conclusión a la que sin duda llegó también mi antecesor.

Alguien abrió los cajones con cuidado y los volvió a cerrar.

Allí tampoco hay nada interesante. Me doy media vuelta y me recuesto contra el escritorio. Salta a la vista que alguien —¿Tareth? — estuvo buscando algo aquí dentro. ¿Lo encontró? Y, si no lo hizo, ¿dónde podría estar?

—¿Qué ves? —me pregunta Asher. Sigue de pie contra la pared. Con la puerta secreta cerrada, lo único que se ve es… un muro de piedra liso cubierto por el tapiz de un caballero a lomos de un corcel blanco.

—Veo lo que ve una criada —le respondo en tono quedo.

Prosigo mi reconocimiento. ¿Dónde se ha quitado el polvo? ¿Qué parece fuera de lugar? ¿Dónde pudo esconder algo Sorren?

—¿Eso qué significa? —me pregunta.

Mis ojos se posan en la mesilla de noche. Hay una alfombra justo delante, junto a la cama con dosel. Las cortinas están abiertas y los almohadones en su sitio, pero la alfombra se interna debajo de la

cama, solo un poco, en lugar de estar alineada con el borde.

Una buena criada la enderezaría. A menos que le dijeran que no lo hiciera o que la movieran después de que limpiara la alcoba por última vez.

No hay huellas en el polvo que se extiende junto a la cama.

Lo miro de reojo.

—Significa que lo veo todo.

Me encamino a la cama y me arrodillo junto a la alfombra. La retiro con cuidado. Debajo, los tablones de tosca madera están limpios, protegidos de la pelusa que se ha acumulado en el resto de la habitación a lo largo de los últimos seis meses. Deslizo las manos por encima de los tablones para comprobar si alguno se mueve.

Asher se arrodilla a mi lado y realiza su propia inspección.

Solo tardamos unos minutos en dar con el tablón. Justo debajo de la cama, oculto por las sombras, las telarañas y la alfombra. Asher lo libera y yo hundo la mano en el hueco. Encuentro una caja de madera.

—¿Qué puede ser? —pregunta Asher.

Me la apoyo en las rodillas.

—Vamos a averiguarlo.

Un crujido a nuestra espalda me petrifica. Me vuelvo a mirar la pared lisa. El tapiz del caballero. Es casi como si pudiera sentir la presencia de una persona en el pasadizo.

No puede ser Tareth.

Se me corta la respiración.

Siento tentaciones de obligar a esa persona a dar la cara. Pero no sé lo que contiene la caja. Todavía no conozco toda la verdad.

Me pongo de pie con la caja en las manos y llevo a Asher a la puerta principal.

—Vamos —le digo en voz alta y clara—. La llevaremos a tus

aposentos.

Sin embargo, cuando salimos al pasillo, no es ese el rumbo que tomo.

Me duele el tobillo mientras me apresuro a la escalera de servicio. Asher me sigue de cerca y no hace preguntas. No dice nada en absoluto hasta que nos colamos sin que nadie nos vea en mi antigua habitación del sótano, con la minúscula ventana y el pequeño catre.

—La puerta no se cierra, pero la puedes atrancar con la silla —le indico.

Se pone manos a la obra encajando el respaldo de la única silla bajo el pomo de la puerta. Enciendo mi última vela… y doy un respingo al darme cuenta de que llevo varias semanas sin pensar en velas.

—Bueno, ¿qué es? ¿Qué has encontrado?

Desengancho el pequeño cierre de la caja de madera y levanto la tapa despacio. En el interior hay un diario de piel, similar al del rey. En efecto, la primera página contiene una dedicatoria: «A mi hijo. Deja constancia de tus pensamientos y recuerdos. Esto pasará a la historia».

Busco la última entrada.

Apenas soy capaz de escribir lo que he descubierto. Intentaron mentirme, pero yo sé la verdad. Siento la verdad. Diablos, la veo. Al fin y al cabo, los ojos que veo en el espejo son los de Tareth.

Noto el momento exacto en que Asher lee las palabras. Trastabilla hacia atrás para alejarse de la mesa y se desploma en mi catre.

—¿Qué? —Pronuncia la palabra como una explosión.

Leo rápidamente el resto de la entrada y al llegar al final se me encoge el corazón, cuando Sorren escribe: *Tengo que decírselo. Será difícil, pero no puedo cargar yo solo con esto. La sombra que pesa*

sobre nuestro legado debe salir a la luz.

—Su legado —digo con suavidad—. Eso fue lo que me dijo lord Hayes. Que sobreviviría su legado, no el mío. Sorren, tú, Rowan… Vosotros sois su legado. La familia real fue la familia de Tareth desde el principio.

Ese fue el secreto que descubrió Garrick. Un secreto tan trascendente que podría inducir a alguien a matar para que no fuera revelado.

Asher se pasea por la habitación con los puños cerrados.

—No puede ser verdad. Tiene que haber un error. Mi madre… Iremos a verla. Hablaremos con ella.

Lo observo con el corazón en un puño.

—Podemos hacerlo, si quieres.

Asher se detiene y me mira fijamente, con los ojos en llamas.

—No pareces nada sorprendida. ¿Lo sabías? ¿Por qué no me dijiste nada?

Se pasa la mano por el cabello. Tiene el rostro desencajado, las mejillas congestionadas y un ceño profundo en el entrecejo.

He pasado toda mi vida pensando que no tenía padre. Descubrir que el tuyo nunca lo fue en realidad… No me puedo ni imaginar el dolor que uno siente al descubrir algo así.

—Yo no lo sabía, Asher, te lo prometo. Te lo habría dicho. Solo sabía que Sorren había descubierto un secreto, el mismo secreto que Garrick juzgó demasiado peligroso como para revelármelo.

Me desplazo mentalmente a aquel instante en las Simas. El momento en que Garrick decidió no contármelo.

—Garrick te miró cuando dijo que no podía revelármelo. ¿Te acuerdas? Él sabía que estabas allí. Quizá pensó que, si me lo decía delante de ti, me estaba condenando a muerte. Porque el secreto de tu verdadero parentesco… es mortal.

Asher entierra la cabeza entre las manos.

—Es demasiado. No lo entiendo.

Prosigo con renuencia.

—Me parece que… Cedric vio algo en la torre cuando Sorren cayó. Una sombra. Creo que empujaron a tu hermano por todo esto. Porque sabía la verdad.

«Una sombra».

Ah.

Asher gime.

—¿Sorren también fue asesinado? ¿Lo mató Tareth? ¿Que además… es nuestro padre?

Los peones, los caballos y las torres se mueven por mi mente, y cada vez tengo más clara la estrategia de cada uno. Me parece que ahora entiendo hacia dónde va este juego, pero eso no significa que me resulte fácil decírselo.

Suspiro con sentimiento.

—No exactamente.

Asher empieza a pasearse de nuevo por el pequeño cuarto antes de detenerse al otro lado de la mesa, donde el resplandor de la única vela proyecta un destello dorado en su rostro.

—¿Qué significa «no exactamente»?

—Mira, hay muchas cosas que todavía no sé —le digo. Le tiendo las manos mientras intento discurrir una manera de consolarlo—. Pero estoy decidida a desentrañar toda la historia. Tu padre, el rey, me pidió que descubriera la verdad. Y pienso hacerlo.

Sus manos aferran las mías instintivamente.

—Ruby…

Lo arrastro hacia la puerta.

—Tenemos que irnos. Todo el castillo me estará buscando. Ya casi ha anochecido. No puedo volver a desaparecer.

—Eres la reina. Puedes hacer lo que quieras.

Es una montaña grande e inamovible. Hay una pregunta en sus ojos y no tengo claro cómo responderla.

—Por favor —me pide—. No estoy preparado para salir de esta habitación. ¿Cómo voy a vivir con este peso?

Me pongo de puntillas y lo beso con suavidad.

—Tu legado no pertenece al rey Octavius ni a tu madre ni a lord Hayes. Tu legado es tuyo. Tú decides qué hacer con esta verdad.

Apoya la frente contra la mía.

—Tanto tu vida como la mía están construidas sobre mentiras, ¿no es cierto?

«Todos mienten».

Cedric tenía razón en eso. Y creo que también acertó en el asunto de las sombras.

Abrazo a Asher con fuerza, con la cabeza contra su pecho. Oigo el latido rápido y regular de su corazón.

—Esto… Lo que tú y yo tenemos… no es una mentira.

Le prometo que me quedaré con él, aquí en mi cuarto, hasta que la verdad mude en algo que se sienta capaz de soportar. Lo abrazo hasta mucho después de que la vela se haya extinguido.



CUARENTA Y TRES

Cuando despierto, tengo los brazos dormidos bajo el peso del cuerpo de Asher, pero la mente despejada. Ya sé lo que tengo que hacer.

El tablero se despliega ante mí, con todos los movimientos, pasados y futuros, al descubierto.

Con sumo cuidado, despacio, extraigo el brazo entumecido, pero no me levanto. Me quedo un momento acurrucada contra el pecho de Asher, al calor de nuestro pequeño nido en el suelo. El catre era demasiado estrecho para los dos. Asher no paraba de susurrar que deberíamos estar en su enorme cama con su montaña de mantas y almohadas. Con su terciopelo y su plumón.

Pero eso habría requerido abandonar la seguridad de estas paredes lisas y dejar entrar el mundo exterior. Así que nos conformamos con mi pequeño jergón de paja y una manta.

—¿Ruby? —Su voz suena ronca de sueño.

—Asher.

Le beso las mejillas, los párpados; un beso suave como las alas de una mariposa.

—Todavía no es de día. —Me atrae hacia su cuerpo y hunde la

cara en mi pelo—. Ven aquí. Sigue durmiendo.

Le dejo abrazarme un poco más. Un último instante perfecto.

Luego me despego despacio, a pesar de sus protestas.

—El mundo está esperando. Y merece conocer la verdad. Todos lo merecemos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta abriendo los ojos por primera vez. A la tenue luz del amanecer, parecen más grises que verdes.

—Voy a jugar mi partida —le digo, fingiendo una alegría que no siento—. Ha llegado el momento de saber quién gana.

Me aferra la mano y se la acerca a los labios. La retiene ahí, como si eso pudiera impedir que me marchara.

—¿Y si te has equivocado? ¿Y si pierdes?

—¿Te acuerdas del día que jugamos al ajedrez? —le pregunto.

Arquea una ceja y, madre mía, qué guapo está. Me inclino para besarlo.

—Me acuerdo. No me ganaste —me dice con dulzura. Me pellizca el labio inferior con los dientes.

—Sí, sí que te gané —sonrío—. Solo que aún no lo sabías.

Antes de que su calor me absorba de nuevo, me pongo de pie y me aliso el vestido lo mejor que puedo.

Paso por las cocinas para hablar con Sara de camino hacia las plantas superiores. Me lanza una mirada de advertencia, pero no pregunta. Le digo lo que necesito y promete ocuparse de ello.

Paso por mi habitación para ver a Princesa. Por suerte, ya se ha producido el cambio de guardia, pero Calen y Garon me miran igualmente con sobresalto cuando me ven llegar por el pasillo.

Por fin, me encamino a la Vieja Torre con la daga prendida a la cintura y el diario de Sorren en la mano.



El viento aúlla en las almenas.

Belle, cuando llega, se abraza el cuerpo de inmediato.

—¿Majestad? Tu doncella me ha dicho que querías verme aquí arriba. ¿Por qué? ¡Hace un frío horrible! ¿No deberíamos resguardarnos del viento?

Entorno los ojos para protegerlos del sol. El día posee esa claridad diamantina que es característica del final del otoño, cuando el cielo está azul y despejado, y sopla un aire fresco, casi frío.

—Quería hablar contigo en privado, donde nadie pudiera oírnos. —Avanzo un paso hacia el parapeto. Pero no me acerco demasiado—. Me han dicho que este es el mejor sitio. El príncipe Asher me ha traído en varias ocasiones.

—Ah, ¿sí? Me parece un poco morboso.

Se asegura de no mirar hacia el borde.

—¿Por qué? ¿Porque Sorren murió aquí?

Mi tono le parece ofensivo. Enarca una ceja y levanta el mentón con ese ademán altivo del que solo ella es capaz.

—Déjame preguntarte una cosa —continúo—. ¿De verdad piensas que Sorren se suicidó? Era el favorito, el heredero al trono… Todo el mundo lo quería. Lo tenía todo. ¿Por qué iba a saltar de esta torre?

Por fin, los ojos de Belle rozan el parapeto.

—Tú no conocías a mi hermano. Creció soportando el peso de cada una de sus decisiones. ¿Esto es justo? ¿Esto otro es imparcial? ¿Tal decisión es propia de un heredero al trono? Cuando se mostraba amable, nuestro padre le decía que era demasiado blando. Si se mostraba duro, le acusaba de crueldad. Sí, puede que lo tuviera todo. Pero cargar ese peso sobre los hombros le abrumaba. —Sonríe con tristeza—. Yo lo vi todo. Siempre estábamos juntos, en especial cuando éramos niños. Padre siempre decía que yo era la pequeña…

—Sombra de Sorren, sí —la interrumpo—. Recuerdo que me lo

mencionaste.

—Cuando murió, yo también quería morirme.

Tras un destello rápido de emoción, su rostro recupera la impavidez marmórea habitual.

—Seguro que sí. —Haciendo un esfuerzo, sigo hablando en tono contenido—. ¿Y el príncipe Sorren trajo alguna vez a su «pequeña sombra» aquí arriba? ¿Para poder hablar en privado? O quizá tú le seguiste cuando estaba abrumado, para poder consolarle.

Me mira con atención, como si intentara desentrañar por qué demonios le estoy preguntando esto.

—Pues no lo sé. Supongo. Desde luego nunca he subido sola. Me aterrorizan las alturas. ¿Por qué?

—¿Estabas con Sorren cuando cayó?

Me obligo a preguntarlo en tono indiferente. Pero ella me inspira cualquier cosa menos eso.

—Pues claro que no. —Intenta sostener su fachada pétrea, pero un leve rubor asoma a sus mejillas—. Si hubiera estado aquí, le habría detenido. Le habría pedido que hablara conmigo.

Caballo a alfil.

Es ahora cuando empieza mi ataque.

—Verás, yo creo que estás mintiendo —le suelto, cruzándome de brazos. El viento me deshace la trenza, pero yo paso por alto el azote de mi pelo y no despego los ojos de Belle—. Yo creo que estabas aquí, y que te contó quién era vuestro padre en realidad. No quería cargar solo con ese secreto y ¿quién mejor para compartirlo que «su pequeña sombra»?

Ella sacude la cabeza con vehemencia al mismo tiempo que retrocede hacia la puerta.

—No sé de qué estás hablando.

Le muestro el diario de Sorren.

—Sé lo que pasó. Sé que Sorren te contó lo que había descubierto y que tú le empujaste por encima del parapeto. Lo que no sé es por qué lo hiciste. Él te hizo una confidencia. Confió en ti…

Ella niega con la cabeza.

—Tú no sabes nada. Esta conversación ha terminado. Me has insultado de todas las maneras posibles, majestad, y, lo que es peor, has insultado la memoria de mi hermano.

Se encamina hacia la puerta.

—La cuestión, Belle, es la siguiente —le digo casi con dulzura. Me muevo para cortarle el paso—: Sé que Tareth es tu verdadero padre. Y tú también. De no ser así, la cuestión del parentesco te habría escandalizado cuando la he mencionado, no el que diera por supuesta tu presencia en la torre cuando Sorren murió.

Se queda lívida. Veo funcionar su mente a toda prisa, tratando de descubrir si tengo razón, si de verdad se ha traicionado. Aprovecho esa ventaja y muevo otra pieza del tablero.

—¿Alguna vez lo has hablado con Tareth? ¿Es consciente de que tú lo sabes? Seguro que lo sospecha. Sabe que Sorren descubrió la verdad justo antes de morir. Vete a saber, quizá haya vivido con esa pena todo este tiempo, pensando que Sorren no pudo vivir con la verdad sobre la traición de sus padres. Es posible que él…

—¡Se lo iba a decir a padre! —chilla, rompiéndose finalmente. Me arranca el diario de Sorren de las manos y lo arroja al aullido del viento. El cuaderno da unas vueltas sobre sí mismo y aterriza aleteando en el borde del parapeto—. Sorren y su maldito sentido del honor. Estuvo presionando a madre y a Tareth hasta que averiguó la verdad. Podría haberse guardado sus sospechas para sí mismo. El viaje a Yanos cuando éramos niños y el nacimiento de Cedric nueve meses después… No podía dejarlo correr. Especialmente después de encontrarlos juntos. Pero podría haberlo

hecho. Podría haberse olvidado del tema. Pero no, tuvo que insistir hasta averiguar la verdad y luego no pudo guardarse para sí el estúpido secreto. Si se lo hubiera dicho a padre, nos habría repudiado a todos. Sorren no habría sido rey: habríamos perdido nuestra posición en el castillo. Habría sido un escándalo mayúsculo. Ninguno de nosotros se habría recuperado jamás.

—Pero… —empiezo a decir, y caigo en la cuenta de un nuevo horror. Ay, Dios mío, no sabe que…

Ahora que la presa se ha roto, no me escucha. Un torrente de lágrimas desciende por sus mejillas.

—Estaba aterrada, horrorizada. Intentó abrazarme y lo empujé. No quería… no quería hacerle daño. Solo.. estaba disgustada y muy asustada. Lo único que hice fue empujarlo.

»Pero entonces Cedric empezó a hablar de sombras y padre comenzó a hacer preguntas. Yo tenía que guardar mi secreto. Sir Henry me ayudó. Nosotros dos… nos hemos encariñado con el paso de los años. Sabía que un poco de ayuda para dormir no les haría daño.

—Hasta que lo hizo —apunto con suavidad.

Ella niega con la cabeza como si intentara sacudirse la verdad.

—El día que padre quiso ver a Cedric, comprendí que tenía que hacer algo. Padre sabría que yo era la sombra. Tenía que… Tenía que…

—Matarlo.

Endereza la espalda hasta la rigidez. No tiene que decirlo. Está claro.

—Y estabas dispuesta a ayudar a tu verdadero padre, Tareth, a envenenarme. Más sangre en tus manos.

Belle las levanta y me muestra las palmas.

—He hecho lo que tenía que hacer para protegernos a mi familia y

a mí.

—Lo cierto es que no —le digo en un tono casi amable—. No sé qué te dijo Sorren exactamente, pero supongo que no le diste ocasión de terminar antes de empujarlo.

Entorna los ojos. Todavía se le saltan las lágrimas, pero podría ser el viento. A mí también me escuecen los ojos.

—¿De qué hablas?

—Belle, Sorren ya se lo había dicho al rey.

Mentalmente vuelco el rey en el tablero. Pero la victoria no me produce alegría.

Retrocede un paso con la mandíbula desencajada. Negando con la cabeza intenta discutir, pero yo la interrumpo.

—Hablaba de ello en su diario. Tienes razón al decir que Sorren era un hombre de honor. Cuando pilló a tu madre con Tareth, dedicó meses a desentrañar la verdad. No sabía si se trataba de una aventura reciente o si se remontaba a mucho tiempo atrás, y no quería acusar a nadie sin pruebas. Acudió al rey antes de hablar contigo.

—Es imposible —dice ella. Le tiemblan las manos—. Sorren me dijo que era una cuestión de honor contar la verdad. No me dijo que ya lo hubiera hecho.

—Esperaba que el rey Octavius le repudiase, cuando se lo contó. Pero el rey le dijo a Sorren que siempre sería su heredero. Que la capacidad de ser un buen rey radicaba «más en el carácter que en la sangre». Eso fue lo que Sorren escribió en su diario. Le preguntó al rey si podía contarle a alguien la verdad y Octavius le dijo que se la contara a quien quisiera. Que la verdad era menos importante que el amor que sentía por sus hijos. Así que Sorren decidió compartirla contigo.

Belle apenas puede respirar. Está blanca como un fantasma.

Retrocede otro paso y choca con el parapeto.

—Mientes. Mientes.

Niego con la cabeza.

—Mataste a tu hermano y al rey por nada. Y tu verdadero padre está preso por intentar matarme para protegerte.

Su boca se abre y se cierra en un grito mudo. Por fin, susurra:

—Ruby. Ruby. Por favor.

Apenas la oigo. Avanzo un paso con una mano en la empuñadura de mi cuchillo. Casi siento pena por ella. Salta a la vista que tiene el alma hecha trizas.

—Si asumes la responsabilidad…

Su mano sale disparada como una serpiente que ataca. Me aferra el brazo al mismo tiempo que se deja caer hacia atrás, arrastrándonos a las dos por encima del parapeto.



CUARENTA Y CUATRO

Sucede con suma rapidez y con una lentitud horrible al mismo tiempo. La pared que se desmenuza contra mi cadera, los dedos como garras de Belle clavados en mi brazo, el viento azotando mi cara mientras me precipito por el borde.

Chillo, pero no brotan sonidos de mi boca.

Mis dedos arañan las piedras.

Mis piernas son ingrávidas.

Espero ver pasar mi vida ante mis ojos, pero solo veo a Asher.

La cara de Asher. Su mata de cabello negro. Sus ojos verdes como un bosque después de la lluvia. La muerte será menos solitaria si puedo aferrarme a su recuerdo.

El recuerdo se acerca de golpe y entonces mi cuerpo se detiene.

El viento grita mi nombre.

Me arde el brazo. Toda yo estoy ardiendo.

Me estoy rompiendo en dos.

Asher —el verdadero Asher— sujeta mi muñeca con las dos manos y Belle sigue aferrada a mi otro brazo. Colgamos suspendidas en el aire. El suelo parece minúsculo allí abajo.

—¡Aguanta! —aúlla Asher.

Apoya la pierna en la zona del parapeto que se mantiene firme y empieza a izarnos.

Bajo la vista hacia Belle. Ella no deja de mirar abajo y respira como si huyera de un perseguidor.

—Belle —le gritó con toda la potencia de mis pulmones—. Aguanta.

Enfoca la mirada en mi rostro. Me dedica una sonrisa extraña, rebosante de dolor. Y entonces, para mi horror, se suelta.

Asher retrocede tambaleándose con el repentino cambio de peso, arrastrándome consigo. La tosca piedra me araña los muslos y al momento estoy arriba, al otro lado del parapeto, desplomándome encima de él.

—Ruby, Ruby —repite una y otra vez con las manos en mi cara, en mi pelo, como si tratara de asegurarse de que soy real.

Me arden los brazos y las piernas, pero no voy a caer al vacío. Oh, Dios mío, no voy a morir…

—Estoy a salvo —digo contra su cuello—. Estoy a salvo.

Nos quedamos allí tendidos un buen rato, enredados el uno en el otro, besándonos al frío sol de la mañana.

—Lo siento, lo siento, no me he dado cuenta de lo que iba a hacer…. No he reparado en que estaba tan cerca del borde.

Asher me besa la frente, los párpados.

—Pensaba que trataría de huir… Quería que la detuvieras. No he pensado, no se me ha pasado por la cabeza…

Empiezo a reaccionar a lo sucedido: me tiemblan las manos entre su pelo. Me incorporo para alejarme un poco más del muro medio derruido.

«He estado a punto de morir».

Me quedo mirando la piedra en ruinas.

—Debería haberla mandado apresar. Pensaba que se alteraría más si hablaba con ella en el lugar donde todo ocurrió, que habría más probabilidades de que se sincerase. Pensé que eso nos daría ventaja. No pensé… Tendría que haber considerado su seguridad.

—No —me dice Asher con vehemencia—. Nosotros tendríamos que haber tenido en cuenta la tuya.

—Gracias por salvarme.

Me recuesto contra él para protegerme del viento voraz.

—Gracias por descubrir la verdad sobre mi familia.

Me transmite su calor con un beso.

Podría no haber vuelto a besar a Asher.

El pensamiento prende un fuego en mi pecho. Lo beso con más ganas. Con desesperación. Como una mujer que acaba de volver a la vida.

En esta ocasión, cuando el soldado de la torre viene a investigar, no hay posibilidad de malentendido.



Conseguimos recuperar el cuerpo de Belle antes de que nadie lo descubra. Sé que no le habría gustado convertirse en un espanto para la vista o en una curiosidad. Asher organiza las cosas para poder contarles a Cedric y a su madre lo sucedido en privado, de manera que puedan derrumbarse en la intimidad. Yo no dejo de pensar en Rowan, preguntándome si habrá notado el instante en que su hermana melliza ha muerto. Espero que no, por su bien. Muy pronto se lo diremos.

Envío a Calen y a Reece a arrestar a sir Henry. Ahora sabemos que estaba ayudando a Belle, proporcionándole los somníferos y el veneno que usó para matar lentamente al rey. Su relación era algo

más que un secreto: era un peligro para todos.

La confirmación de la pieza final del rompecabezas sale a la luz durante el interrogatorio de lord Hayes. El rey Octavius tenía razón. Mi historia era la clave de todo. Tareth confiesa formalmente haber incriminado a lord Garrick Donahue, además de revelar dónde se encuentra la prueba. Cuando mi padre descubrió la aventura de lord Hayes con Narissa, el propio Tareth vendió a Castella los secretos que hicieron posible el ataque. Lord Hayes colocó las pruebas que condenarían a Garrick y convenció al rey de que lo enviara a las Simas sin darle siquiera la oportunidad de defenderse. Hay que reconocer que el rey tampoco tuvo un papel brillante. Se sentía tan traicionado que nunca volvió a hablar con su amigo. Por eso Garrick nunca tuvo oportunidad de contarle la verdad.

Todavía peor: lord Hayes confesó haber asesinado a Esme antes de que ella pudiera convencer al rey de que liberara a Garrick.

Pero ahora, tantos años después, por fin, puedo hacer algo al respecto.

Y lord Hayes pasará el resto de su vida soportando el mismo castigo que impuso a un hombre inocente.



CUARENTA Y CINCO

La mañana de mi coronación, justo después del alba, Princesa y yo visitamos a Sara en el patio de la cocina. Un sol frío asoma en el cielo y capas de hielo cubren los charcos de la gélida lluvia de anoche.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con un gritito horrorizado—. Te dije que subiría con la séptima campanada. ¿Llego tarde? ¿Necesitas que te ayude ya con el vestido?

—No, no, tenemos tiempo de sobra. Es que tengo que preguntarte una cosa y no quería esperar. Además, echo de menos el aire matutino.

La veo barrer los excrementos de debajo del gallinero con las mejillas encendidas por el frío.

—Venga, suelta —me dice en tono alegre, entornando los ojos para mirarme.

—¿Quieres ser mi consejera? Hay una vacante ahora mismo. ¡Mierda, Princesa! ¡No te comas a ese pollo!

Me abalanzo hacia la gata antes de que cometa un asesinato, así que me pierdo la reacción de Sara.

Cuando por fin me giro a mirarla, está petrificada junto al gallinero. La escoba yace en el suelo, a sus pies. Abre y cierra la boca como si fuera un pez.

—¿Quieres que sea consejera de la reina? —me pregunta con los ojos tan abiertos que la imagen resulta cómica.

—Pareces sorprendida —le digo sonriendo—. ¿Ya no te acuerdas de que te dije que eres la única persona en la que confío de todo el castillo?

Cierra la boca solo para volver a abrirla.

—Pero ¿estás segura?

Asiento, ahora con una expresión más seria.

—Te necesito, Sara. Tú me dirás la verdad incluso cuando sea dolorosa. Sabes lo que es trabajar hasta el agotamiento. Y sabes escuchar y valorar los cotilleos, lo que equivale a decir que eres una espía estupenda. Ah, y si entras a formar parte de la nobleza, no hay motivo para que no puedas casarte con otra noble. Si así lo deseas, claro.

Se le suben los colores. Pienso que va a ponerse a hacer el pez otra vez, pero, en vez de eso, dice:

—En ese caso… acepto, majestad.

—Bien —respondo, y mi sonrisa se ensancha.

Con un pequeño guiño, me hace una reverencia.

—¿Eso significa que ya no tendré que barrer la caca de las gallinas?

—Sí. Pero a cambio vas a tener que aguantar muchas estupideces.

Cuando me mira con incredulidad, suelto una carcajada.



Los Encumbrados Arcos, donde tendrá lugar la coronación, donde

han tenido lugar todas las coronaciones desde que se instauró la monarquía hace trescientos años, no son tanto unos arcos como el esqueleto de una antigua catedral. La estructura de mármol permanece en pie, pero las paredes son poco más que escombros. La hierba crece entre las ruinas y hay un pasillo de mosaico que discurre desde un extremo hasta el otro, donde se yergue un enorme altar de piedra, manchado y descascarillado, pero todavía en pie.

Todo el terreno está repleto de gente y carruajes. Reece, Garon y Calen ayudan a los lacayos a abrir un pasillo hasta la entrada. Asher me acompañará al altar como consorte oficial.

Me ofrece la mano para bajar del carruaje. El gentío grita y empuja, pues todo el mundo quiere ver a la criada que el rey Octavius convirtió en reina. No se lo reprocho. Yo también sentiría una inmensa curiosidad si estuviera en su lugar. Pero en mi posición, siendo el centro de toda esta locura, el intenso escrutinio se parece a llevar un corsé demasiado apretado.

Los soldados flanquean nuestro paso. Asher ha tenido que lidiar con más protestas; hasta ahora hemos evitado recurrir a la violencia y estoy en conversaciones con varios líderes antimonárquicos. Con un poco de suerte encontraremos una solución pacífica. Estoy deseando ver cómo contribuye Sara a esas conversaciones, como mi nueva consejera.

De momento, estoy de pie bajo el sol vibrante de media tarde. Desconecto de los vítores y los abucheos, miro los arcos que se yerguen contra la brillante extensión azul del cielo y respiro. Me limito a respirar.

Se organizó un pequeño escándalo cuando retrasamos la ceremonia un mes, pero necesitábamos un tiempo para lidiar con las consecuencias de la detención de lord Hayes y la muerte de Belle.

Asher me da un toque y emprendo el avance. Pasos cortos, lentos y cuidados, como me enseñó la gobernanta Blake. La espalda recta y la barbilla alta. Como decía Belle, la época de las reverencias, de transigir y de estar pendiente de los demás ha quedado atrás.

Puede que fuera una asesina, pero me dio buenos consejos sobre cómo se comporta una reina.

—Mira —murmura Asher, señalando el altar con la cabeza.

En la primera fila, donde se sientan los invitados de honor, de pie y girado hacia mí para poder ver cómo me acerco, está mi padre. El uniforme sencillo y raído de las Simas ya no cubre su esbelta figura. Ahora viste una chaqueta de terciopelo color burdeos a su medida y me mira con la barbilla alta, los ojos llenos de orgullo.

Las lágrimas amenazan con brotarme de los ojos y estropear el maquillaje en el que tanto han trabajado Sara y Theia. Las contengo haciendo un esfuerzo.

Lord Garrick Donahue ha sido oficialmente absuelto de cualquier delito y la corona se ha disculpado oficialmente. Lo he reincorporado como consejero y he jubilado a lord Stone y a lord Rutherford. A Stone porque no paraba de pedirme que interviniera y obligara a Asher a casarse con su hija y a Rutherford porque es, bueno, muy viejo.

Necesitaré más consejeros aparte de Garrick y Sara, pero de momento me las arreglo con ellos, en particular porque Asher sigue siendo el mando supremo del ejército y siempre está dispuesto a tratar cuestiones estrategias.

Además de mi padre, el sacerdote espera enfundado en unas vestiduras tan recargadas y excesivas como mi vestido. Sara y lady Rosaline están sentadas al otro lado del pasillo con el príncipe Cedric. Cedric está muy triste por la muerte de Belle, pero su mente parece más despierta ahora que las tinturas de sir Henry ya no

circulan por su organismo. Asher dice que tiene menos pesadillas. Asher y yo decidimos que no pasaría nada por dejar que Belle se llevara sus secretos a la tumba, así que no hemos revelado públicamente lo que les hizo a su hermano y al rey. Pero se lo contamos a Cedric, por duro que fuera, para que pudiera entender lo que había visto el día que Sorren murió y, con un poco de suerte, encontrar algún tipo de paz.

Narissa fue absuelta de cualquier culpa con relación a la traición de lord Hayes, pero eso no hizo que le resultara más fácil enfrentarse a sus hijos ni aceptar lo que hizo su hija. Decidió volver a Yanos, su país natal. No puedo decir que lamente su marcha.

Ojalá Rowan estuviera aquí. Lo vi cuando viajé a las Simas para supervisar la liberación de Garrick. Rowan no está exactamente encantado de estar preso, pero lo está sobrellevando mejor de lo que yo esperaba. Fue difícil contarle lo de Belle, pero creo que, de algún modo misterioso, había percibido que a su hermana le había pasado algo malo. No me pareció que estuviera demasiado sorprendido. Pero se quedó de piedra cuando le conté lo de su verdadero padre.

Dentro de cinco años se reunirá con nosotros en el castillo. Tengo pensado pedirle que nos ayude a seguir buscando puntos en común con los antimonárquicos. Será una buena manera de mantenerlo vigilado.

En el altar, delante del sacerdote, descansa una gigantesca corona de oro.

Asher y yo nos las ingeniamos para llegar hasta allí sin que yo tropiece, me desmaye o sufra un ataque. Algo que, siendo sincera, me parece toda una victoria. El sacerdote levanta las manos y se hace el silencio entre la multitud, despacio, hasta que el único sonido que se oye es un terceto de laúdes que toca armonías lentas

y evocadoras. A lo lejos suena el gañido de un halcón.

Asher se retira a un lado, junto a su hermano.

—Pueblo de Lumaria, estamos aquí reunidos para presenciar la sagrada transferencia de poder del difunto rey Reginald Forsythe Maxwell Octavius, que Dios bendiga su alma, a Ruby Esme Donahue, hija de lord Garrick y lady Esme Donahue.

La multitud prorrumpe en abucheos. La noticia de que el Gran Traidor no fue, de hecho, el causante de la Guerra de las Siete Semanas circula despacio por el reino. Pero acabará llegando a todas partes. Yo me aseguraré de ello.

De momento, me conformo con saber quiénes son mis padres y conocer su historia.

Me arrodillo en un almohadón de terciopelo rojo ante el altar mientras el sacerdote prosigue con la ceremonia, preparada para soportar más protestas.

Pero la multitud se comporta. Y los cielos no se abren para fulminarme allí mismo.

El sacerdote sigue hablando hasta que sus palabras dejan de tener sentido. Yo pronuncio los votos que la gobernanta Blake me ayudó a memorizar, de viva voz y con convicción. Declaro mi compromiso con este reino, mi intención de ser justa e íntegra, mi deseo de construir un futuro esplendoroso para todos. El sacerdote coloca la corona sobre mi cabeza, pesada como una promesa.

Aturdida, como en sueño, me convierto, por fin, en la reina oficial de Lumaria.



EPÍLOGO

A esta hora avanzada de la noche, reina el silencio en los pasillos. La biblioteca está en penumbra, iluminada tan solo por una vela y las brasas del fuego que agoniza en el hogar. Princesa se retuerce en mis brazos hasta que la dejo en el suelo y entonces corre como una flecha hacia la silla de Asher, que me espera sentado.

Su cabello negro es una mata de rizos. Su camisa blanca resplandece.

—Mi reina —dice en un tono grave y ronco.

Me acerco despacio, viendo las luces y las sombras que la vela dorada proyecta en su cara. Asher hace un gesto de dolor mientras Princesa trepa por su pierna, pero su mirada se suaviza cuando la gata le empuja la mano con la cabeza para que la acaricie.

—¿Es siempre tan… agresiva? —pregunta.

Yo sonrío.

—Solamente si le gustas.

—En ese caso, me siento halagado.

—Bueno —le digo cuando llego a su altura.

—¿Jugamos? —pregunta, llevando la mirada hacia el tablero.

Me quedo mirando las piezas, blancas y negras, ya preparadas en sus posiciones. Juego la partida mentalmente. Los movimientos que hará Asher, las jugadas con las que yo responderé.

Echo mano de la reina y me vuelvo a mirarlo. Él sostiene mi mirada, tierno a la luz del fuego. Deposita a Princesa en el suelo con delicadeza, a pesar de sus maullidos de protesta.

Me acomodo en su regazo. Despacio, arrastro la reina por su nariz. Por sus labios.

—Podríamos jugar —le digo en tono quedo antes de remplazar con mis labios la pieza de ajedrez—. Pero no sería justo.

—¿Y eso por qué? —pregunta a la vez que desplaza las manos a mis caderas.

—Porque ya he ganado.

Dejo caer la reina y enredo los dedos en su pelo. Justo antes de que nuestro beso se intensifique, justo antes de que me pierda por completo en él, añado:

—Solo que aún no lo sabes.

—Oh, sí, sí que lo sé —murmura moviéndose debajo de mí, respirándome, incendiando cada una de mis terminaciones nerviosas —. Por suerte, en este juego ganamos los dos.

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro fue una absoluta locura y no habría sido posible sin la ayuda de las siguientes personas:

Mi fabulosa agente, Pam Gruber, de High Line Literary Collective, que siempre sabe si necesito una conversación franca, una sesión de estrategia o un abrazo virtual. Gracias por estar siempre ahí para apoyarme.

El increíble equipo de Alloy: Lanie Davis y Viana Siniscalchi, gracias por pensar en mí y editar a tope este libro. Romy Golan, ¡muchas gracias por enviar los mejores correos electrónicos!

Erica Sussman y el todo el equipo de Harper, incluidos Briana Wood, Chris Kwon, Jenna Stempel-Lobell, Erika West, Mary Magrisso, Danielle McClelland, Meghan Pettit, Gweneth Morton, Lindsey Triebel, Maya Myers y Audrey Diestelkamp: os agradezco que creyerais en Ruby y en mí. Estoy infinitamente emocionada y agradecida de poder trabajar con vosotros. Es un honor.

La agencia Rights People y todos los editores extranjeros. ¡Estáis haciendo mis sueños realidad!

Mis maravillosas amigas escritoras, que me mantienen cuerda: Kyra Whitton, Ellen Goodlett, Natalie C. Parker, Intisar Khanani, Jax McQueen, Jackson Pearce, Morgan Michael y C. Cameron Martin. Muchas gracias por ayudarme a seguir en pie.

Mis maravillosos amigos no escritores, que me recuerdan que hay

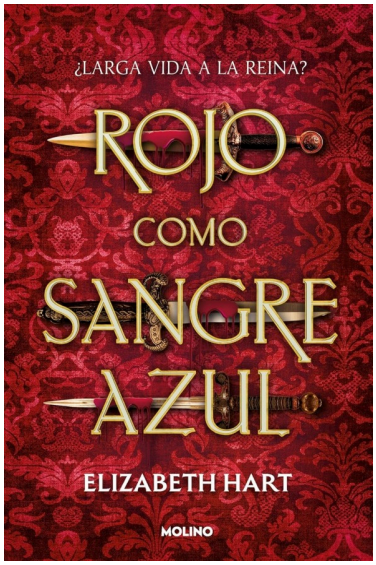
vida más allá del ordenador (y que me ayudaron a sobrevivir a él): Danielle, Tamara, Michelle, Rachel, Hanh, Chenoa, Seth, Florian, Marti, Angie y Jennifer.

Mi familia. Algunos de los plazos fueron complicados, pero siempre pude contar con vuestro amor, con vuestro apoyo y con vuestras palabras de ánimo. Gracias por estar ahí incluso en los momentos más difíciles. Os quiero mucho.

Ouija y Checkers, en los que me inspiré para crear a la gatita Princesa. Sí, enseguida me levanto y os doy de comer. Prometo que no moriréis de hambre en los próximos tres minutos.

Y tú, lectora, lector. Gracias por darle una oportunidad a Ruby. Te agradezco que escogieras este libro en una gran superficie, en la librería de tu barrio, online o en casa de una amiga (no me chivaré). Tú eres la razón de que yo esté aquí.

Un royal mystery con un toque de Una herencia en juego que combina intrigas palaciegas, dramas de sucesión y romance.



EL REY HA MUERTO.

Y, en sus últimos momentos de vida, nombró a Ruby, una criada, única heredera del trono.

LA CORONA ESTÁ EN JUEGO.

Ruby va a necesitar todos sus recursos e ingenio para hacer valer sus derechos. Sobre todo, cuando encuentre una nota en la que el difunto rey afirma que su muerte fue en realidad un asesinato… y que Ruby podría ser la siguiente.

LA PARTIDA ACABA DE EMPEZAR.

Ruby sospecha de todos los habitantes de palacio, desde los entrometidos consejeros hasta la malvada reina, y muy especialmente de los apuestos príncipes. Todos tenían sus motivos para matar al rey. Cada uno de ellos oculta un secreto mortal. Sucumbir a los encantos de los príncipes podría ser la perdición de la joven reina. Sin embargo, a medida que se acerca la hora de la verdad, la tentación amenaza con hacer añicos la determinación de Ruby por llegar hasta el final.

Elizabeth Hart siempre quiso ser escritora, pero, como en las mejores historias, su camino fue largo y complicado. Ha sido camarera, librera y editora. Ahora pasa su tiempo escribiendo, enseñando escritura creativa y planeando su próxima aventura.



Título original: *Red as Royal Blood*

Primera edición: enero de 2026

Publicado con la autorización de Rights People, Londres.

© 2026, Alloy Entertainment, LLC y Elizabeth Hart
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Victoria Simó, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Chris Kwon / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5541-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Rojo como sangre azul
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco

Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Elizabeth Hart
Créditos